

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

---

ALFONSO ARMAS AYALA

122

*DE LAS  
DOS ORILLAS*



CARACAS / 1989

---

ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

# DE LAS DOS ORILLAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
LAS PALMAS DE G. CANARIA  
N.º Documento 249739  
N.º Copia 705218

BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

---

ALFONSO ARMAS AYALA

122

*DE LAS  
DOS ORILLAS*



CARACAS / 1989

ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS



© ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA  
Caracas, 1989  
Impreso en Venezuela por Italgráfica, S.R.L.  
ISBN 980-222-469-3

Ha pretendido el autor "De las Dos Orillas" agavillar visiones, documentos, testimonios de hombres de América y de España; y, recíprocamente, otros testimonios, otras visiones de esa misma América contemplada desde la distancia geográfica, pero sentida apasionadamente desde la proximidad espiritual.

Las Dos Orillas, desde las cuales se ha pretendido otear parcelas incompletas de América, son dos perspectivas, o dos puntos de vista, desde las que se ha pretendido entender mejor la vastedad del Nuevo Mundo. Nuevo Mundo que ya resultó desconcertante, mágico y subyugador para los visionarios ojos de Colón y de los sucesivos colonizadores.

Una y otra Orilla tienen de común las riberas inconmensurables del gran Río de la Lengua. Río desbordado, vastísimo, Amazonas colosal, que a través del Océano reptaba y cruza en los dos sentidos el camino insondable de los millones de hablantes hispanos. Escuchar esa habla, variada y rica, intentar comprender sus queiebros lingüísticos, no repudiar el tono y el timbre del discurrir torrentoso de ese Río desbordador, ha sido propósito firme del autor. Y no sabe, porque tiene muchas dudas, si lo ha logrado.

Romper el barrancaral de sordera e ignorancia mutua que ha imperado en las Dos Orillas —enlazadas por el fluir de una lengua común con casi cinco siglos de intercambio— ha sido el deseo del autor de estas páginas. No henchidas de erudición —aunque la hay con emborronadas salpicaduras—, sí amasadas con pasión; con pasión de español insular que, por inten-

*sidad, tono y timbre de su habla, se halla más próximo y con audición más cercana para escuchar y para comprender mejor los esguinces, las esquinas o los meandros de los tantos riachuelos idiomáticos. No para despreciarlos, ignorarlos o arrinconarlos, sino para aprehenderlos, para incorporarlos como suyos. Para sentirse partícipe y heredero de esa habla.*

*Sin duda más alejado de la dureza épica de la lengua cidiána —la leonesa, riojana y andaluza castellanizadas—, ha sido éste factor determinante para tener el ánimo más propicio a aunar latidos y resonancias de ambas Orillas. Estas que se han pretendido acercar más; para entenderlas mejor. Y para recordar que forman parte de un tronco común, de un árbol común, frondoso en sus ramas, pero unitario en sus raíces.*

*Rememorar que Ercilla, el inca Garcilaso, Juan Castellanos, Alfonso Reyes, Martí, Bolívar o Vargas Llosa tienen una sangre común —sangre del espíritu, como dijo Unamuno— con Galdós, Góngora, Juan Ramón, Ortega o el propio Unamuno; encuadrar a las Islas —mesón obligado de los viajeros americanos— en un marco que tiene madera andaluza y formato del Caribe; colocarlas, a esas Islas, en un camino obligado durante cinco siglos, y releer entre líneas los mensajes incomprendidos que en ellas dejaron los viajeros de las Dos Orillas: he aquí algo que ha sido motivo del esfuerzo del autor de estas páginas.*

*“Nuestra América”, como dijo Martí, no es frase vacía o sólo para ser escuchada en los ámbitos de las tierras de los grandes ríos, de los descomunales bosques y de las inmensas sabanas; “Nuestra América” entraña un posesivo que debe ser entendido por el castellano de la Meseta, por el andaluz de los ríos llanos, por el riojano de las montañas, o por el asturiano y gallego de las durezas cántabras. Porque ella, “Nuestra América”, debe tener tanta resonancia y tanta raíz honda como la Hispania del Rey Alfonso X. Una y otra, la Hispania del Rey y la América del soñador Martí, están amasadas con esfuerzo, con sudor y con manos encallecidas por siglos de historia comunal. Y por ríos de sangre fraterna y nunca distante o desconocida.*

*Acercar, unir las Dos Orillas ha sido esfuerzo de muchos. De muchos que han pisado tierra americana, que descubrieron y conquistaron esa tierra y de otros muchos que nacidos en la inmensidad americana, han sentido y han expresado con orgullo la herencia que, con generosidad y sabiduría, han sabido administrar.*

*Si ese acercamiento, si esa audición hermanada, encuentra eco en las playas, en los barrancos o en las cumbres de las islas —arropadas con abalorios de América y conformada con latidos peninsulares—, tal vez entonces se habrá encontrado ese camino esperanzador por el que deberán caminar los cientos de millones de hablantes hispanos. Los de las Dos Orillas y los de un latido único.*

## LAS ISLAS

Me preguntas, viejo hermano en tantas lides, por nuestras islas, por estas afortunadas y desgraciadas islas.

¿Qué te voy a decir, hermano? Parodiando a un viejo correligionario nuestro del siglo pasado, que vivió en Francia los últimos años de su vida, “esas islas, ¿siguen siendo *cagarrutas* o ya son bosta?”. Bueno, pues eso, ya son bosta.

Ya habrás sabido por paisanos y por la prensa las noticias gomeras. Desde El Conde y la Condesa, calentoncilla ella y con el rabo siempre rojo, hasta los años de la revolución de octubre —¿te acuerdas de Jiménez Asúa y de aquellos desgraciados de Agulo o de Hermigua?—, la isla ha seguido igual. Todavía, hasta poco después de haberte embarcado para Venezuela, las falúas eran el único medio de comunicación insular: y hasta me acuerdo de las caras de los pasajeros llegados de Valle Gran Rey, mareados como piojos, cuando subían la escala del “correillo” que los llevaba a Santa Cruz, tras siete u ocho “deliciosas” horas costeano Tenerife —“sí, ya estamos por Los Cristianos; no, por Teno; que no, hombre, que eso son Las Galletas; bueno, ya estamos por Güimar”—, en la cubierta llena de tarecos, de cestos con huevos, de “ay, mi madre, que me muero” y de olor pestilente de grasa y de “barco”. Ahora, como sabes, hay un barco finlandés o sueco, no lo sé, que hace dos viajes desde Los Cristianos; y que, en medio de tanto abandono, ha sido el único signo de civilización y progreso que ha conocido la isla.

Pues bien, al igual que cuando lo de Juan Rejón —defensor del honor de la Condesa viuda—, al nuevo Juan Rejón de las islas lo único que le faltó es que hubiese terminado como el conquistador de Gran



Canaria: dilapidado por los gomeros, a causa de tanta mentira y de tanta desfachatez. Pero el hombre se salvó, lo pasó mejor: seguramente, por ser más gordo y por saber luchar mano abajo.

Pero, en fin, hermano, todo eso son "vainas". Pequeñas "vainas".

Por la isla redonda, que se va haciendo más cuadrada por el mucho desgaste que tiene, pues sigue todo igual. Los comanches de turno siguen fumando la pipa de la paz; y los comanches en turno de espera fuman la pipa de la guerra. Los primeros, cada vez más ostentosos y botarates, como "gansters" italianos de película —nuevos Mercedes, nuevos amantes, nueva cultura, nueva dinámica, nuevos negocios, nueva miseria tolerada y regulada. Los segundos, más ineptos, más bobalicones, más fragmentados, más soñadores y viendo todo verde por aquello de las gafas verdes de burro. Ahora, según se ha sabido, ha salido a la palestra un nuevo grupo político —¿cuántos?—, en el que, con más canas, más arrugas y más alifafes, se presentan los mismos que condujeron esta "chata" insular hasta embarcarla como al "Zuleika". Vienen en compañía de muchachos de la "madre patria": que, una vez más, le ponen las zetas y las jotas que les faltan a nuestros paisanos. Sobre todo las jotas; por aquello de J... Ló que tanto le gustaba hacer a nuestra Condesa de la Gomera...

Por la isla picuda, siempre menos aventurera que su vecina, y con más apego de tierra que de mar, pues, siguen las cosas sin grandes variaciones. Tendrán, dentro de poco, un nuevo Pilatos —(con o sin toalla para lavarse las manos); les llegará un nuevo Obispo— que será, supongo, con aire similar al de la Diócesis de Sta. Ana: fumador de *Lucky* y apartado de todo "meneo" pastoral. Mientras tanto, Garachico clama en el desierto por un puerto que tiene dinero pero no ingeniero. Y Santa Cruz espera terminar su no sé qué dársena Sur-Sureste, con entrada de viento gomero y con tiburones amaestrados para los niños y chachas de la Candelaria. De las islas cuasi africanas sólo te contaré que la Legión sigue defendiendo las playas rubias y majoreras de las tentativas del moro; que hay majorereros que siguen vendiendo dunas y playas; que un jeque árabe ya tiene contratadas algunas decenas de huríes para sus noches de Teguisse en blanco, muy cerca del mar, con efebos de patas peludas y todo, y que Arrecife sigue siendo un aduar modernizado con más Mercedes y con más polvo, porque ya no le queda ni cebolla que embarcar.

De las otras islas, la de la rapadura va mejor. Algo mejor. Tú sabes bien, porque viviste en los Llanos algún tiempo, que el palmero sigue comiendo en la caja; y así le va. Cada vez mejor. Más plátanos, más bienestar, más tranquilidad —no aparece un turista ni en video— y con el mismo sosiego que tú conociste en los años cuarenta: bueno, con mucho más. En el Hierro, con higos pasados y quesadillas, pues la cosa va bien. Un Alcalde procesado por meterse a representar el Pedro Crespo; un Delegado gubernamental que puede ser Gobernador provincial; un aeropuerto más idóneo para operaciones militares que civiles; y una piña tropical, maleja, que ha substituido al melocotón que ya no se ve sino en fotografías de los años treinta.

Como ves, mi crónica es muy subjetiva y muy incompleta. Por las cartas de las islas y por los viajeros de Maiquetía sabrás más y más sabrosas noticias. Sobre todo, las que germinan en una casona del Paraíso, la Canarias Express de vía estrecha.

Ya te contaré, cuando tenga humor, otras nuevas. Para que las comentes por ahí, por los rincones de la Candelaria.

## VISION DE LAS ISLAS

Antonio Rodríguez Moñino publicaba, en *El Museo Canario* (1934), "Los triunfos Canarios de Vasco Díaz Tanco", un rarísimo manuscrito existente en la Biblioteca Nacional de Madrid (R 16906).

Rodríguez Moñino, "el segundo Menéndez Pelayo español", bibliógrafo e historiador, académico de la Real Academia de la Lengua Española, miembro de la *Hispanic* de New York, catedrático de Lengua y Literatura Española, Archivero consumado y promotor de revistas y editoriales que han tenido, y siguen teniendo, eco y resonancia en la historia española contemporánea. Alumno del Dr. Millares Carló, mantuvo con nuestro paleógrafo una constante amistad; de ahí esta colaboración suya en *El Museo Canario*, revista dirigida en esos años por Millares Carlo.

Fue Antonio Rodríguez Moñino hombre de virtudes nada comunes. Su aparente adustez se convertía en generosidad sin límites; y su amistad daba vía libre para llegar a bibliotecas y archivos de difícil acceso. Aún recuerdo su celo y paciencia para proporcionarme información bibliográfica de un desdichado tema de oposiciones titulado: "La Retórica: el discurso, género parlamentario". Gracias a su sapiencia y a la paciencia de M. F. Almagro, fue posible redactar un apresurado guión que aún conservo. Guión doblemente valioso; de puño y letra de Rodríguez Moñino. Desde Argüelles hasta Azaña: allí están, con orden y método, los principales oradores parlamentarios españoles. Con las notas y con los comentarios de F. Almagro, profundo conocedor del siglo XIX español.

Su grafía manuscrita, casi tórculos de Ibarra —tan admirada por nuestro bibliógrafo—, aún la guardo, en un curioso epistolario que mantuve con él durante años.

De Díaz Tanco, el escritor extremeño del siglo XVI, Rodríguez Moñino nos refiere que fue autor, entre otras obras, de *Los Veinte Triunfos*, poemas barroquizantes y nada garcilasianos en los que el inquieto viajero describe a las Islas Canarias, en donde residió alrededor de 1520.

Los versos de Díaz Tanco —“barroquísima, arcaizante, latinista poesía de Díaz Tanco”, dice Rodríguez Moñino—, son, tal vez, uno de los primeros textos descriptivos de las islas, escritos por viajero peninsular. La Gomera, Tenerife, Gran Canaria, Fuerteventura y Lanzarote, fueron visitadas por este clérigo de Frenegal, huésped del Conde de la Gomera y curioso peregrino por las tierras de España y de las Indias.

Entre sus octavas, vale la pena releer ésta dedicada a La Gomera. Sería curioso averiguar si el meticoloso Viera —autor del *Diccionario de Historia Natural*— conoció estos versos:

*vi olmos y buxos y balos sabinas,  
vinaticos, palmas, cipreses, laureles,  
vi plátanos, cedros y linaloeles,  
vi assaz marmulanos, pimientas muy finas,*

.....

*vi dragos perfectos muy medicinales,  
también leña santa para medicinas.*

Descripción precisa, acaso traslado visual de la flora insular. Nuestro extremeño supo ver y contar. Con esa curiosa, ingenua y minuciosa técnica del viajero perspicaz.

De Gran Canaria, diría:

*Mostrósenos luego aquella nombrada  
mayor de las siete con nombre de aquél  
que a su señor es amigo fiel,  
del cual es tres meses su madre preñada.  
De caña de azúcar estaba poblada,  
de cedro, limones y mil azabares,  
y en sí demostrara diversos lugares  
de mil arboledas muy ramificada.*

Como se ve, poesía casi del tono de la de Bartolomé Cairasco: resonante, en algún momento musical y salpicada con esa visión paradisíaca.

ca con la que entintaron poetas y cronistas la geografía del Nuevo Mundo. Ese Nuevo Mundo en el que aparecían las Islas Canarias aureoladas de magia y de misterio.

Vale la pena recordar a estos hombres de Extremadura, navegantes por tantas páginas de libros columbradores de islas atlánticas; y, sobre todo, españoles que hicieron España.

Con su universalidad y con su magisterio.

## CARTAS Y FOTOGRAFÍAS

Ayer he vuelto a desempolvar el álbum familiar. Buscaba, en especial, unas fotografías amarillentas, desvaídas. Una era de una dama encorsetada, con bucles; otra, de un honorable varón, apoyado en una silla; otra, un grupo familiar: en medio los padres y a los costados tres hijos; otra, de un campesino, con jipijapa y machete; y otra, y otra más. Son fotografías con 100, con más de cien años. En el dorso, se lee: "Estudio Pino. Camagüey", "Fotógrafo Ponce. Habana", "Estudio Almet, Caracas"; entre otros marbetes o cedulillas de las fotografías. Las dedicatorias, fragantes de modernidad melancólica: "A mis tíos, con el cariño de Agueda"; "A mis padres, siempre les recuerda, Antonio"; "A mi esposa, su Alberto". Y tantos, tantos textos más.

Quiero saber qué cartas escribieron estos hombres, estas mujeres, emigrados en Cuba, en Venezuela, en Puerto Rico, en Nueva York, en Tampa o en Veracruz. Y es difícil adivinar, con no mucha imaginación, las zozobras y los temores, las enfermedades y las penurias, las alegrías y las satisfacciones. Mientras allá, en la Manigua, en la zafra de la caña, en el bochinche del viejo camino real de Caracas, en las fincas de Ponce o en los tabacos de Tampa, el emigrado, resquebrajado de sudor el alma, iba rompiendo las duras y amargas horas de cada día.

Fueron ellos, y otros miles y miles como ellos (¿cómo se llamaban, dónde estuvieron, qué cartas escribieron, en qué lugar murieron?) quienes fueron forjando los capítulos ignorados de la tierra de América: amasada con el sudor, con el esfuerzo, con el amor y con la rabia de las manos encallecidas del emigrante. De aquel que había ido a las Indias o de aquel otro que se había embarcado —sollado de proa, hacinados pasajeros, olor de humanidad en el barco francés, italiano o

español que iría desembarcando su carga humana en Santiago, en Veracruz, en La Guaira o en San Juan.

“Ahí le mando una fotografía mía, vestido de voluntario. Ahora estamos en Manzanillo...” Es un muchacho de 16, de 17 años; erguido, flaco, vestido de rayadillo, apoyado en su maüser, dispuesto a acabar con los mambises. Para guarecerse, días después, en la trocha de la Aguada, “mientras el cabecilla Gómez nos hostigaba con su caballería” —según escribiría meses después en nueva carta a su novia.

“Salimos hoy —comunica un naviero comerciante— de la Guayra; te escribiré nuevamente desde San Juan (San Juan de Puerto Rico) para ya volvernos a ver en esa”. Así escribía a su esposa, Antonio Ceballos, un isleño que tuvo comercio en Caracas, en San Juan y en Veracruz. Y que, en ese fatídico viaje —su último viaje—, naufragó en la vorágine de un huracán sin que pudiese regresar a su isla, en donde su carta presagiadora resultaba ser el único testigo de su ausencia.

“Llegamos a La Habana, después de una travesía horrible. El capitán tiró al agua a cinco cadáveres (uno de ellos, José, el casado con Isabel), lo que nos dio mucha pena. En el muelle nos recogió un hombre que nos llevó a un carro para meternos en un tren.”

Párrafo de una carta de un emigrante a su madre. Después le esperaba, de sol a sol, el trabajo en la nueva vía del ferrocarril; y la gamona nocturna; y la humedad del trópico; y la picada de la culebra... y el escozor en el corazón, agrietado de desengaño.

Sí, son palabras vivas de hombres de las islas, acunados para siempre en el hondón de la tierra de América. Son imágenes arrancadas de unas fotografías a las que sólo necesita acompañarlas con el relato vivo; con el soliloquio confesional.

Son, en fin, testigos vivos de los cavadores desconocidos de la historia. Ahí están... Ahí quedan. En la sombra, ignorados por la grande historia, trezados por los hilos afanosos del quehacer de cada día.

Y son ellos —dolor, alegría, rabia, y coraje— los verdaderos hacedores de América. Son ellos los que con su mensaje ignorado pueden enseñarnos a nosotros, novicios en americanismo, el camino que se debe recorrer.

Para aprender de ellos lecciones de humildad, de tesón, de esfuerzo, y, sobre todo, capacidad de diálogo. Supieron hablar y dialogar. Supieron ser escuchados. Supieron amasar afecto y amor.

Fugaz viajero de la tierra venezolana, pienso que aún me queda mucho que aprender para sentirme aunado con la querencia americana. Para sentirme como un venezolano más, partícipe de su pasado y movido por afán de futuro.

Otros muchos, antes que yo, sólo conocieron la cruz de la aspereza y el lábaro de la rudeza. Pero todos fueron maestros en americanidad, al sentirse atados a aquella tierra blanda y escurridiza, húmeda y reseca, generosa y avara. Tierra, al fin, que se convertiría en urna y asiento de sus vidas.

Amar y conquistar América; nuestra América. Pisarla con cariño. Escucharla con atención. Respetarla y no violarla o escarnecerla. Aprender de ella humildad y esfuerzo. Hablar con sus gentes una lengua que es la de todos. Entintarla con un timbre, un ritmo y una intensidad comunes. Sentirse en ella no huésped, sino vecino. Y, sobre todo, tirar por la borda el orgullo, la fatuidad y la vacua genealogía. Pisar desnudo y sin bagaje la nueva tierra que debemos hacerla nuestra.

Así, creo, será posible volver a reencontrarnos con quienes durante cinco siglos han sabido teñir la argamasa de la historia.



## LA PIEL DEL VOLCAN

El viajero ha cruzado el estirado alquitrán de la carretera; se ha empapado de rojo, de azul, de blanco. De blanco, de rojo, de azul. Y, por fin, al fondo, ha visto... ¿palomares, casas, manchas blancas? Sí, conforme se acerca, ha distinguido colmenas, colmenas de casas blancas. Colmenas unidas, estiradas, alineadas; colmenas estrujadas por la llama viva de la tierra, granada y encendida a la caída de la tarde.

Y en un lado del camino, un nombre, YAIZA. ¿Por qué esta esquelética y retorcida higuera en forma de Y griega? ¿Por qué esta camelluda y arrogante ZETA? ¿Por qué estas AES tan orondas, sonoras y tan rotundas? Tal vez, como dijo otro viajero, porque las AES, las Y griegas y las ZETAS llegaron con el viento, con aquel misterioso BU aleteador arribado desde el Norte de Alegranza, desde más al Norte, desde aquellas occitanicas playas desde donde un día había partido Lancelot con todos sus caballeros normandos.

¿Y qué haría nuestro caballero Lancelot cuando descretó los *malpais* rubios, los *malpais* desmoronados, los *malpais* triturados, y se asomó a esta rubicunda tierra aplanada, a este herrumbroso óxido de historia, con lava y vestigio de siglos, de miriadas de siglos? Yo no sé qué sintió Lancelot, viajero de tantas aventuras y descubridor de tantos horizontes; pero el viajero, el sencillo viajero que ha serpenteado el hervor ennegrecido del asfalto, únicamente ha sentido pasmo, anudamiento del ánimo. Tal vez, tal vez, porque aún no ha sido capaz de ir separando, una a una, las manchas blancas, las manchas rojas, las manchas negras y retorcidas que se apelotonan delante de sus ojos.

Porque, al pisar esta arrugada piel volcánica, esta gigantesca palma de mano vieja y encallecida, el camello —señor solitario y orgulloso—

parece seguir arrastrando su "gran sable de madera", como lo vio aquel otro viajero, descubridor de los aleteos más invisibles y más perennes de Lanzarote. Mientras destripa, indiferente, los caballones, las estrías, las venas retorcidas de la tierra lanzaroteña.

Y cuando, aún sudoroso, el asombrado viajero se asoma al hondón del aljibe, oasis de silencio y de frescor, escucha allá abajo, entre el chapoteo femenino del balde, el murmullo del agua mansa, quieta, dormida. Como si estuviese acurrucada, como si esperase anhelosa la caricia de la sogla lanzada hacia el fondo, buscadora de misterios nunca encontrados.

Mientras tanto, a un lado y otro, verde, rojo, ocre, verrugas de volcán, blocaos de toscas solitarias, serpentinadas de parras enanas y vigorosas: dulce océano sin horizonte de malvasía tinto, de malvasía blanco, de malvasía sin tiempo y sin medida. Y allá lejos, apenas silueteado, el oleaje infinito y torturado de Timanfaya: cruzado de ojos gigantescos, de volcanes dormidos, de volcanes soñolientos, de volcanes en duermevela constante.

O aún más lejos, escondido en el mar, el Golfo de mil colores, el Golfo verde y azulado, el Golfo gris y negro, el Golfo entintado de bermellón y de lujuria. Ofreciendo sus caricias a la playa femenina y acariciadora, estrujado entre los dientes colosales del volcán vecino, escuchando impávido el murmullo de olas centenarias en millares de años.

¿Y aquel regazo de nacimiento, apoyado entre ruinosas montañas pardas? ¿Y aquellas casas con piedras, dinteles, portales y ventanucas forjadas por los siglos? ¿Y aquella atalaya atisbadora de navíos piratas? Sí, es Femés, perdida entre arrullos de vientos centenarios; asiento un día de caballeros occitánicos, testigo del paso de aquel Gadifer depredador e insaciable.

Cuando el viajero, ahito de ver, de mirar y de contemplar, descubre el azul del mar, un mar erizado de castilletes derruidos, de playas quemadas por el sol y el viento, de playas encaladas de arena blanca, de playas coquetas y resguardadas por pequeños y altivos farallones, entonces piensa que por allí, por alguna de esas calas, por alguno de esos femeniles desembarcaderos, entró y fondeó aquel navío normando en el que desafiaba al viento azul y a la mar enrojecida el vanidoso señor de

Bretaña que se llamó Juan de Bethencourt. Aquel que aún cabalga, entre aleteos de BU del Norte; o entre desperezos de higueras vespertinas y soñadoras.

Tal vez llegue a pensar que podría encontrarse con el espíritu cabalgador del Obispo Dávila, aquel otro esforzado viajero que estuvo en “este lugar”, sin poder ver el Sol —“el que no se descubrió en tres días”—, respirando “el polvo de las arenas”, admirado de haber visto “el volcán casi a las paredes de la iglesia”. Mientras hacía la visita pastoral y hablaba con algunos de los 210 vecinos del *lugar* —de Mazo, de Chupadero, de Femés, de Casitas o de las Vegas—. Porque los de Macher, Coníl, La Tiñosa o Santa Catalina, por razones que el Sr. Obispo no entendió, no quisieron colaborar en la venta de las “170 fanegas de trigo”, con cuyo importe se pensaba comenzar las obras de la iglesia.

Pero en especial, el viajero, este viajero atónito aún por tanta belleza, desearía volver a escuchar el relato de Domingo León, aquel esforzado mayordomo cautivado en la Bocaina por los argelinos y que, como promesa de su rescate, pagó el importe de la “imagen de la Virgen de los Remedios”, con seguridad la misma que hoy podemos contemplar. Y le hubiese podido escuchar el relato de la llegada del Volcán hasta las proximidades de la Plaza de la Iglesia, y cómo los vecinos veían desaparecer sus fincas bajo la lengua de hierro rojo y caminante, y cómo “el polvo”, el polvo amarilloso y enrojecedor, inundaba el aire, tronchaba a las famélicas higueras y se chupaba a las asustadas tabaibas.

Después de escucharlo, después de volver a sentir el repeluzno de aquella oleada de langosta roja y turbulenta salida del volcán, el viajero, el aún atónito viajero, podría explicarse hoy este gigantesco jardín de margaritas volcánicas, estas entrañas abiertas y desgarradas, este “en-crespado infierno”, al decir del poeta.

Y se podría explicar que aquellas casas blancas de Yaiza de 1733 son las mismas casas blancas que están hoy aquí, más allá de la iglesia, abrazadas por el volcán dormido y escuchando, impertérritas, el caminar eterno de las nubes blancas.

Las mismas nubes, entonces fuego y lava, que abrasaron los techos, las paredes, las ventanas y hasta los aljibes de agua dormida que formaban la Yaiza de 210 vecinos. 210 vecinos templados por la fe y por la esperanza de futuro.

## EL VIAJE

Las islas, como refieren los historiadores, habían sido el puente necesario para pasar a América: primero, Colón y después, los demás conquistadores. Vale la pena contemplar un mapa, un amplio mapa, en donde aparecen con estadías en las Islas Canarias, más de veinte colonizadores que necesitaban abastecerse de víveres, de agua o de mercancías para llevarlas a los puertos de Indias.

Vino, trigo, esclavos, ganadería: estos fueron en principio los productos que salieron de las Islas camino de las Indias. Y los esclavos, no hace falta decirlo, llegaban a las Islas desde Africa camino de otros puntos de América. Es éste, el capítulo de la esclavitud, uno de los menos estudiados; sobre todo, en el siglo XIX, en donde determinados puertos canarios sirvieron de estadía obligada para los barcos negreros que iban hacia el Norte, sobre todo hacia Norteamérica. Piénsese que la vida en los barcos, aquellos pequeños barcos que hacían la carrera de Indias, ni era cómoda ni era fácil. Se necesitaba, como dice un historiador, casi 85 kg por hombre para poder hacer una travesía regularmente cómoda; al menos, para defenderse de los temporales, o de las calmas, esas calmas que muchas veces hacían que los barcos permaneciesen días y días perdidos en medio del Atlántico.

En los viajes a las Indias en el siglo XVI, había que llevar víveres y vino para ocho meses, porque era el tiempo que aproximadamente se tardaba en el viaje de ida y de vuelta; viaje éste que favorecía grandemente el paso por las Islas para evitar el amplio rodeo de hacerlo por el arco norte del Atlántico. El viaje de Canarias a Indias, en donde tanta tripulación isleña era necesaria, llenaba los protocolos de testamentos, de obligaciones, de folios llenos de mandados y de letras de escribanos. Como cuenta un historiador, en los trayectos más largos (Méjico,



Panamá), el 25% de los marinos que embarcaban, morían en el transcurso de un viaje de dos años. Los mercaderes, los viajeros, cuidaban muy bien de dejar arregladas sus cosas en las Islas, por lo que pudiese ocurrir.

Y en estas ocurrencias no era menor riesgo el naufragio que el pirata. Porque naufragios y piratas acompañaban generalmente la travesía de Indias. *Nuestra Señora de los Dolores* era un barco que había salido de La Habana rumbo a la isla de La Palma. Había navegado por las islas "de Abaxo", esto es Las Azores. Se encontraron con un corsario Inglés al que no acometieron porque consideraron que tenía más artillería y que era bastante el riesgo. Sin embargo tuvieron suerte. Pudieron apoderarse del barco y traer consigo artillería, mosquetes y "cantidad de sal", especie ésta de gran valor en medio del Atlántico. Lo que el ocurrió a *Nuestra Señora de los Dolores* hacia 1599 le ocurriría a decenas y decenas de barcos que dejaban sus quillas al aire en muchas ocasiones en medio del océano.

En el siglo XVIII, las cosas habían cambiado muy poco para las Islas. América seguía siendo deseosa para los isleños. El Profesor Morales Padrón, que tanto ha escrito sobre las relaciones comerciales de América con Canarias, cuenta una anécdota que es bien expresiva. El Presidente de la Audiencia de Caracas declaraba en 1791, que en los cinco años que llevaba el frente de su cargo había visto como de cada barco que llegaba a La Guaira procedente de Canarias, no bajaban de 50 los viajeros que venían indocumentados para quedarse en Venezuela. El Presidente de la Audiencia se dolía, y amargamente denunciaba las tragedias y los problemas que creaban los indocumentados isleños dentro de la jurisdicción de su Audiencia. El mismo año 1791, la Sociedad Económica de la Laguna, en la isla de Tenerife, hacía un amplio informe sobre la emigración, sobre la insularidad, sobre la pobreza de las islas, sobre el comercio insular, sobre las relaciones de las islas con los puertos americanos; y en este amplio informe, lo que destaca es la recomendación importante de encauzar y de regular la emigración hacia América para que ni la población insular, ni la economía insular se vieses mediatizadas por una emigración totalmente irregular y totalmente catástrofica.

En resumen, Canarias y América cada vez más cerca, cada vez más entrañablemente unidas; o más dramáticamente relacionadas. En una

orilla familias desarraigadas, maridos que abandonaban a las esposas, según cuentan los informes judiciales; en otra orilla las islas, deseosas una y otra vez de volcrase a América, de encontrar en América lo que no encontraban dentro de los campos insulares. La Española, Venezuela, Puerto Rico, Florida: reguero de nombres isleños que iban haciendo colonización, que iban haciendo la historia con dolor y con esfuerzo.

América y España unidas por el viaje. Por el azaroso viaje, casi siempre con descanso isleño. O casi siempre salpicado de habla isleña. Las Islas, antesala americana, cruzadas de aire de América.

## PALABRAS

*Para Yolanda Arencibia*

Siempre resulta grato y reconfortante leer palabras como las tuyas, orladas de sensatez y dictadas con el corazón. Mucho más, ahora en que razón y corazón no suelen ir muy hermanados.

La docencia y la investigación, tú lo dices con palabras exactas, no son fáciles de compaginar. En especial para el docente no universitario. Sólo con el acicate del "placer solitario" y con el asueto de horas libres de docencia, resultaría factible la dedicación investigadora. Porque investigar es volcar la pasión, el amor y la dedicación hacia algo que, en muchos casos, llega a formar parte de la propia intimidad del investigador. En tu caso, *Zumalacárregui* iba y venía no tan sólo por las fichas, sino que se apoderaba de tu propia vivencia.

Publicar libros de investigación es otro aspecto de tu entrevista que valdría la pena considerar como otro de nuestros males; o de nuestras enfermedades endémicas. No se publica, se dice, porque no hay obras de calidad; no se investiga, se dice, porque es imposible publicar. Pienso, que, la cola de la pescadilla la mordremos todos, y pienso, como tú, que sólo la "vocación" y "dedicación" son los factores primordiales.

Sí, pienso, como tú, que "toda" cultura es elitista. Y no hay que cargar las tintas con falsas connotaciones. El hombre de Altamira que pintó los bisontes, lo hacía por deleite, seguramente, pero pensaba que su mensaje lo iban a recibir otros hombres con igual capacidad que la suya y con la misma sensibilidad que la suya. Si no se tiene esa capacidad receptiva, de nada vale la manifestación cultural.

El *exilio* o la "exportación" de cerebros no es, lo sabemos todos, un condicionante exclusivamente insular. Las universidades americanas

están llenas de profesores ingleses, alemanes, rusos o hispanoamericanos. Los más brillantes profesores españoles, ejercen temporal o continuamente su docencia en cátedras americanas o francesas. Me gusta saber que sientes "cierto resquemorcillo" por los que se han ido; y me gusta, tanto por el vocablo empleado, (cargado de afectividad y cariño) cuanto por ese regusto que dejan tus palabras.

"La cultura de un pueblo es el resultado de una síntesis englobadora de todos los elementos que en ella han intervenido; tanto más rica cuanto más elementos han coadyuvado en esa síntesis". Estas palabras tuyas conviene releerse y repetir las. Para que los miopes cambien de visión y para que los sordos puedan escucharlas. La cultura necesita de la tradición, porque, con las palabras de nuestro Salinas, "ella nos enseña a saber por donde se anda". Romper esa tradición es romper nuestras raíces, que no están sólo en las paredes de nuestro hogar, ni en las colinas de nuestro valle, ni en las calles o plazas de nuestra ciudad, ni en la argamasa espiritual de nuestra iglesia, ni en los versos de nuestros poetas o novelistas. Sino que está en todo eso y en algo más. En el aire invisible pero patente que desde hace siglos ha venido soplando por el empuje de la historia. Ese que nos hace respirar y sentirnos libres.

Valdría la pena glosar más y más cosas de esa carta abierta que son tus palabras. Porque ellas merecen ser leídas con detenimiento, con cariño y con propósito de aprendizaje.

Porque como te decía al principio, están dichas con el corazón y con la razón.



## EL PROFESOR JUAN MARICHAL

¿Quién es este pulcro, tímido, balbuciente profesor? ¿Cuánto tiempo lleva ejerciendo su docencia en tierras anglófonas? ¿Cómo ha podido luchar y vencer en ámbito tan duro y áspero como el del puritano Boston?

Estas y otras preguntas pueden surgir cuando, por vez primera, se habla o se escucha al profesor Juan Marichal. Después, después, él mismo, más locuaz de lo que aparenta, va respondiendo a nuestras preguntas.

Juan Marichal, el profesor Marichal, es uno de los tantos españoles transterrados en el continente americano (Desde 1941, en Méjico, hasta 1958, año en que comienza su docencia en Harvard). Nacido en Tenerife en 1922, entroncado con una familia de la burguesía insular de tradición liberal profunda en sus ascendientes, conoció Marichal, al igual que tantos otros españoles, el negro sabor del destierro —casi la huida— desde Casablanca a París, hasta llegar a tierras e islas hispanohablantes. En Méjico, inició sus estudios universitarios: José Gaos, Xirau y O'Gorman son, entre otros, sus maestros. Como va a serlo años después, Don Américo Castro, en la Princeton norteamericana: en donde aprendió de viva voz las lecciones que originarían el magistral y polémico libro de Castro. Y en donde, también, se inició su devoción por el siglo de las Luces, gracias a su tesis sobre "El Pensamiento de Feijóo P."

Tal vez, haya sido ese descubrimiento del maestro del ensayismo español, el que le llevó a la redacción de *La Voluntad de Estilo*, editado en Barcelona, en 1957, por Seix-Barral, editorial enriquecida por nombres tan ilustres del mundo americano hispanohablante. Libro que se convirtió, desde su primera edición, en texto de obligada consulta universitaria. Desde Cadalso a Don Américo Castro, allí están, en florilegio

de apretado estudio. Presentado con su prólogo que es ya lectura indispensable para conocer mejor el entresijo del ensayo en lengua española.

Su *Vocación de Manuel Azaña* (1971), refleja su pasión razonadora por un escritor, político excepcional, orador nato, miembro de una generación (la de 1910) a la que Marichal ha dedicado documentadas monografías. Porque son esos hombres, guías de la España moderna, los que atraerán su atención; y su vocación investigadora: Castro, Madañaga, Marañón, Azaña, Negrín, Ortega y D'Ors: las plumas más esclarecidas de la prosa doctrinal española en los últimos ochenta años. Maestros en el decir pulcro, en el escribir medido, en el mensaje didáctico. Españoles continuadores de modernizar a España. Y de abrir fronteras de cultura a las rígidas aduanas hispanas.

De esa generación, dos nombres: Azaña y Negrín. Un político escritor y un biólogo político. Uno y otro, enfrentados en la dramática historia española de la Guerra Civil. Razón frente a Acción. Azaña, rusoniano, razonador, autocrítico severo; Negrín, vitalista, pragmático, apasionado. El uno cartesiano y el otro kantiano.

A Manuel Azaña ha dedicado Marichal páginas esclarecedoras. Ha sido el estudioso más conspicuo que ha dado una imagen completa del orador más brillante de las Cortes de 1931 y del ensayista más estricto y conceptual de su generación.

Aún podría hablarse del Marichal profesor de literatura. Es el autor de *Las tres voces de Pedro Salinas* (Madrid 1976) o el prologuista de las reediciones últimas del poeta madrileño. Ahí puede advertirse la intuición, la perspicacia y el amor con que todo crítico debe adornar su pluma. Descubrir al Salinas ensayista, al Salinas profesor, al Salinas epistolar, al Salinas prosista creador. Mostrar ese "otro" Salinas renacido en tierras americanas: presagiador, arúspice, alentador. Conseguir esto, dice mucho del escritor.

Porque la pluma de Marichal, la diagnosticadora pluma de Juan Marichal, ha sabido informar bien y mucho de la España contemporánea y de los hombres que la han conformado.

Y lo ha hecho con devoción. Y con rigor. Que son virtudes de buen escribir. Y de buen sentir.

## JUAN MARICHAL, ENSAYISTA E HISTORIADOR

El nombre de Juan Marichal es hoy familiar a cualquier estudioso de la Lengua y la Literatura Española. Precisamente, este libro que hoy comentamos dio a Marichal la autoridad y el prestigio que hoy goza sin reservas en el ancho mundo hispánico. Profesor, ensayista, editor, la figura de Marichal, hoy en su cátedra de Harvard, es ya equiparable a la de otros ilustres maestros de lengua española que han dictado lecciones de españolidad en puestos de docencia norteamericana. Y de un modo especial, recordamos el nombre de Don Américo Castro, maestro de Marichal como de tantos y tantos profesores de cultura española.

Ha intentado el autor del libro *La Voluntad y el Estilo*,<sup>1</sup> historiar un género literario siguiendo métodos distintos al estrictamente histórico. Y así el "Ensayo", tan vinculado a los hombres del 98 en especial, aparece con unos antecedentes claros en prosistas que hasta ahora habían pasado por las páginas de la historia literaria como nombres más que como valores. Le ha bastado al autor descubrir en todos ellos esa "voluntad de estilo", para que resulten unidos por un denominador común: el secreto de la expresión y la forma de expresarse.

Dividido el libro en seis jornadas —desde el siglo xv al xx—, Marichal ha sabido captar lo permanente, lo substancial. Oteador feliz, ha descubierto las bandadas literarias de cinco siglos de literatura: para apresarlas. Y para reencontrar en ellas una inclinación genérica: individual y sociabilidad. Porque no otra cosa es el ensayo, sino derramamiento y extraversión, aunque —como en el caso de Unamuno— más parezca confesión e intimidad. Todos los ensayistas, viene a decir Marichal, han procurado ser los voceros de su tiempo, y, a la par, han

---

1. J. MARICHAL: *Voluntad de estilo*, Ed. Seix Barral, Barcelona.

procurado singularizarse de sus contemporáneos merced a la lucha sostenida por conservar su independencia, por ganar la batalla de la libertad.

Y así, la prosa de Cartagena, de Pulgar, de Gámez, de Ayala, de Guevara, de Sta. Teresa, de Quevedo, de Feijóo, de Unamuno, de Cadalso o de Jovellanos, de Castro o de Ortega tiene nuevos ecos, gracias al minucioso examen y a la feliz exégesis a que se ha visto sometida. Cada uno ensayaba, buscaba nuevos caminos para no seguir trillando el sendero usado en demasía por otros, con miopía o con provincianismo exagerados. Procuró cada cual, a su manera, no ser un islote más de cultura, sino un amplio y generoso continente: en donde cupiesen las sensibilidades de otros hombres de otras latitudes. Porque como dice Marichal, recogiendo la frase del ilustre A. Alonso, “el periodista está siempre en compañía”; no actúa como recreador de belleza, sino como “fuerza histórica” esencial, indisoluble con la época que le tocó vivir.

Comienza el libro con la figura de Don Alonso de Cartagena, aquel obispo burgalés que en el Concilio de Basilea estaba definiendo por vez primera la individualidad española, “provincia que no se da a la compostura del razonar”, según sus palabras. Y prosigue con el historiador Pulgar, el magnífico Tácito de nuestra historia prerrenacentista, hasta llegar al cronista Gámez, aquel puntualísimo retratista del espíritu caballeresco del siglo xiv. No nos explicamos bien el por qué silenciar el nombre de Don Juan Manuel entre los primitivos escritores españoles con voluntad expresiva, con afán de enseñar algo a sus semejantes; aunque en su intención hubiese mucho de aquel “objetivismo moral de Castilla” señalado por el Prof. A. Castro. Nos viene a la memoria el prólogo de *El Conde Lucanor*, en donde “Yo don Johan” —singularidad expresiva— “fiz este libro compuesto de las más apuestas palabras que yo pude”, y notamos ya en este deseo de singularizarse, de búsqueda, de desnudamiento espiritual —“menos maravilla es que haya departimiento en las voluntades et en las entenciones de los hombres”,— aquel propósito, claramente expresado luego por Pulgar, cuando no sólo comienza a extraverterse, sino también a individualizarse. Don Juan Manuel, el Infante, y los judíos conversos, puntualmente señalados por Marichal, sienten por vez primera dentro de la historia literaria española, conciencia de su propio valor: se dan cuenta de lo que llamaríamos hoy, “función social del escritor”. Y entonces animados de este deseo, se proponen aconsejar, definir, orientar; y, nótese bien este detalle, son más sociables y más humanos y expresivos cuanto más individualistas.

Si a escogerse fuera, nos quedaríamos con los capítulos dedicados a Cadalso, Unamuno y Salinas; tal vez por haber sabido Marichal ahondar mejor en el secreto de sus personalidades. Cadalso, "hombre de bien", está retratado en este texto: "El continuo trato y franqueza descubren mutuamente los corazones de los unos a los otros, hace que se comuniquen las especies y se unan las voluntades". "Como quiera que los homes sean homes, et todos hay voluntades et entenciones que tan poco como se semejan en las caras, tan poco se semejan en las entenciones et voluntades", había dicho el Infante Juan Manuel. He aquí, sin conocerse, a dos españoles preocupados, hondamente preocupados, por el secreto y la intimidad de sus semejantes. El uno, el Infante, notando ya la "desemejanza" espiritual del hombre, preocupado por ella; el otro, Cadalso, cinco siglos después, ensayando un camino para intercambiar las intimidades, las "entenciones et voluntades", del Infante. Cadalso, Don Juan Manuel, Jovellanos o Vargas Ponce, españoles todos, tendiendo puentes ideológicos entre los sus coterráneos, redondeando, en fin, lo que Unamuno llamaría "la esquinudez ibérica".

Unamuno, con tanta pasión estudiado en los últimos tiempos, nos ofrece, gracias a la intuición de Marichal, un ángulo quizá poco conocido: su afán de confesión. De pregonero de sus intimidades; de las suyas y de las ajenas. No otra cosa fue su obra: perpetuo y reiterado lamento de nuestros pecados. No publicados de una manera jeremiaca, sino paulina; con prédica violenta, en pasional retórica. Aquel consejo unamuniano ("el escritor debe derramarse"), de hondas raíces teresianas ("las almas derramadas" de Sta. Teresa), define sin querer el concepto del ensayo. Del ensayo, claro está, como lo concebía Don Miguel: expresión de la intimidad, extraversion de nuestra desnudez espiritual. Unas veces, al modo moralizante, para ejemplo de los hombres; otras, para tranquilidad del espíritu. Y notemos, una vez más, la coincidencia de Don Miguel con la línea iniciada por Don Juan Manuel y los grandes escritores del medievo: voceadores de las "cosas de que más se pagan". Aquellas que forman la verdadera vida interior del hombre.

A Salinas dedica Marichal las más cordiales y sentidas páginas del libro. Porque tienen, además del rigor crítico, ese nimbo —como decía Unamuno— de afecto, de amor del discípulo hacia el Maestro. Sí, del Maestro, porque es el magisterio de Salinas lo que sirve a Marichal para escribir su hermoso ensayo. Magisterio conocido en tantos lugares, enraizados en tantos y tan variados corazones; todos los que, por vez pri-

mera y gracias a la magia de sus palabras, se sintieron aprehendidos para siempre por el poderoso secreto de la literatura hispánica. "Ganador de corazones", feliz triunfador en tan difícil lid, Pedro Salinas, poeta, prosista, escritor múltiple, aparece aquí en esa integridad humana tan difícil de captar, y sólo conseguida a través de su docencia. Desde donde consiguió universalizar lo más recóndito de nuestra historia literaria.

Pero hay más, mucho más. Sobre todo hay ese fluir guadianesco de nuestra Literatura en donde va apareciendo, a trazos iguales, hombres iguales, asemejados ya en la "voluntad", ya en la "entención"; hombres que, con el común denominador del "libre discurso", iban dando no sólo su fisonomía, sino también la de su época. Hombres, en fin, como dijo A. Alonso, ansiosos de "estar en compañía", aunque deseosos, asimismo, de dar fe de su singularidad; de su peculiar y personalísima personalidad.

Y el estar "en compañía", sentirse en relación con "los otros", convertirse en módulo, en símbolo: esto es lo más noble de la palabra escrita. Mucho más, cuando se siente portadora de lo que Alonso de Cartagena llamó "escrituras durables". Accesibles a todos cuantos han sentido la tentación de su lectura.

De su lectura y de su enseñanza.

## VEINTIUN POEMAS

Para Carlos Pinto

Sí, querido Carlos, sólo en perfil. Así, Ventura, nuestro Ventura. Nuestro *intransigente* Ventura. Nuestro lector Ventura. Nuestro *solitariamente* Ventura.

Nuestro Ventura Doroeste, traído por *El Arca*,<sup>1</sup> henchidora de versos nuevos.

¿Y por qué versos? Un prosista, un limador de palabras, un rítmico hacedor de páginas, ¿creador de poemas?

No es nueva, no es rara esta dedicación. Ahí quedan, recuerda, Carlos, aquellos ardidos versos de *Ifigenia*, aquellos destellos de fulgor a *Josefina*, aquel *Dido* fruto de virgilianas lecturas. Y siempre el poeta: pulcro, cuidadoso, en esta ocasión más hondo. Con ánimo vibrador. Con resonancia más profunda. Primero las *Elegías*. —Desde *Federico G. Lorca*. Pasando por *Miguel Hernández* y *Antonio Padrón*. Refrenados, cincelados versos. Escritos, sí, con pasión—, no con arrebato. La “negra lengua de tiros”, el “surco de sangre”, “el dolor y la nada”, “definitivamente endurecidas”: he aquí, paradigmas de ritmos. Un verso en cada elegía; cada sílaba marchando en recuento tonal para anudar cada pauta con el anillo justo. Ajustando el signo con la palabra, colocada en el sitio exacto. Con precisión casi matemática. Con ese rigor que, como tú sabes bien, Carlos, ha ritmado la vida de nuestro poeta.

*Andar y ver*: poemas de viajeros. Escrutador de ayer lejano. Visionario de piedras testigos de historia. Y loador de España (“Y nuestra España viva”). Como poeta de tradición clásica, como epígono de

---

1. VENTURA DORESTE: *Veintiún poemas*. Con perfil del autor, por Carlos Pinto Grote. *El Arca*, 1984.

tantos maestros, regustado por su devorador afán de lector sin pausa. Y entre los poetas, *Visita*: la misma que un día (¡perdidos años siempre recordados!) hicimos en compañía del fraterno amigo, ido ya, mientras el azul valladar del uniforme porteril cerraba nuestra ansiosa curiosidad provinciana por contemplar de cerca el limonero machadiano.

De los *Sonetos*, el XII. No sé por qué, lo confieso. Tal vez porque, como decía nuestro Dámaso, “el atado ramillete endecasilábico” está perfectamente unido. En cada estrofa, un vocablo; en cada estrofa, un acento especial; en cada unidad silábica, una señal para el lector: “Breve playa del sonido”, “oh, nido/ en que vibran palabras...”, “esa perfecta oreja nacarada”. Versos ahormados con vocales resonadoras, encerrados en difícil estuche de once sonidos andadores. Metáforas e imágenes extraídas del espejo de la imaginación poética.

Y por qué, por qué en Ventura, en nuestro Ventura —británica sensibilidad de humor, fino sarcasmo, burla acerada y fina—, *Resistencia* y *Ser y Tiempo*? Tal vez, pienso —no sé si me equivoco—, porque, ahí, en estos últimos versos del libro es en donde se troquela más el hondón angustiado del poeta. ¿Qué “suelos transparentes de luz y aire”, qué “alba figura”, qué “raudas ondas de la hidra” rodean al estremecido espíritu del hombre? ¿Cómo se conturba la existencia de nuestro poeta entre “lo oscuro” y “el más limpio blanco”? Las “galerías oscuras del alma”, la entibación del dolor, escurridero de ese duro y aplomado peso de los “diamantes de espacio”, parecen atenazar al poeta. Parecen agarrotar su ánimo. Parecen, sombras de sombras, como los “suelos transparentes de luz y aire”.

En estos últimos poemas, también último cuadrante de su rosa poética, es en donde asoman el tintineo del dolor, el acibar duramente paladeado. Y sobre todo, esa nada inconformadora, compañía perenne del humano vivir.

Quizás, quizás se sienta, en el trasfondo de estos últimos poemas, la brisa fría, auroral, inesperada.

Soplo alentador percibido únicamente por la insomne mirada, umbrosa e inescrutable.



## EL LIBRO

Acaba de aparecer, aún fresca la tinta, un libro. Está editado por el Ayuntamiento de Las Palmas y el Cabildo Insular de Gran Canaria.<sup>1</sup> Ha sido posible la edición gracias a la decisión de un Alcalde, con sensibilidad literaria, y al empeño de un poeta, vestido con abalorios de político.

El volumen tiene más de 350 páginas. Contiene ensayos sobre Borges, magníficos excursos que sólo puede hacerlos un lector cualificado, minucioso. Borges, pasión juvenil de Ventura Doreste, uno de los raros borgianos españoles de los años cuarenta.

Después, Alfonso Reyes, Matos, Maupassant, Rivarol, Pérez Ayala, Alexandre, Alberti, Valbuena Prat, Saulo Torón; amigos entrañables, devoción de lector.

De los más singulares, el ensayo dedicado a Valbuena, el que fue catedrático de Literatura de la Universidad de La Laguna. El análisis de dos libros suyos poco conocidos: *Teófilo* (1926) y *2+4*, narraciones del profesor novelista ampliamente estudiadas por Doreste.

Sobre *Belarmino* y *Apolonio*, fragmento de un trabajo académico de más fuste que el autor completó con la amplitud que él deseaba. Pérez Ayala, no sólo autor preferido de Ventura Doreste, sino nombre que siempre le resultó familiar en el ámbito doméstico.

Ventura Doreste, escritor, recreador constante de la lengua, cincelador de su propio estilo, paradigma de una prosa que no resulta fácil parangonarla con la de otros ensayistas de lengua española, vuelve

---

1. VENTURA DORESTE: "Análisis de Borges y otros ensayos". *El Arca* (Las Palmas, 1985).

hoy, casi con su *corpus* más denso para dar fe de su "calidad de páginas", obsesión constante dentro de su obra. Machacona persecución de linotipistas y correctores. Corrector de sí mismo con sañuda preocupación casi malsana.

Autor cuya obra comienza con cuadernillo de bibliófilo (*Ifigenia, Dido y Eneas, Sonetos a Josefina*) para llegar a *Ensayos Insulares*, el primer libro que recogió la dispersa producción del crítico, preocupado por temas relacionados con Canarias. "Artífice del idioma común", lo calificó Lázaro Carreter. Y con razón.

Porque sólo un lector, un lector voraz y apasionado como Ventura Doñeste, ha podido escribir páginas tan esclarecedoras sobre las "escrituras" vividas.

Sobre "las prosas" que por sus manos han pasado.

## PLIEGOS DE IMPRENTA

*Para Pedro, Agustín, Ventura,  
Chano, Angel, José M<sup>a</sup>, poetas*

Allá por los años cuarenta, en la calle de los Moriscos, en la trastienda de una botica, un poeta se atrevía a imprimir versos. Acto heroico era en aquellos años imprimir poesía, y mucho más cuando el poeta impresor no cantaba ni a Dios, ni a los Santos ni a las Glorias Imperiales, sino que desgarraba su corazón con latidos de miseria, de dolor y de llanto. De allí salieron cuadernillos poéticos que hoy son la delicia del bibliófilo o del lector de poesía insular.

Pedro, Chano, Ventura, Agustín, José María, Angel y algunos más entraban y salían por aquella rebotica con color de plomo y de tinta, con tórculos endecasilábicos. Y con tufillos de logia conspiradora.

Pasados los años, el impresor poeta se asentaba con su imprenta en otros lares. Y proseguiría, con esfuerzo denodado, imprimiendo libros... y venciendo, por agotamiento, a los censores de turno. Gracias a su dialéctica, gracias a su inteligencia, gracias a su humor. Por esas fechas, saldría *Antología Cercada*, el primer aldabonazo de poesía social en España; con algunas fechas de diferencia de otras antologías hechas bajo la misma inspiración.

Los cuévanos censoriales dirigieron sus miradas hacia aquellos versos, escritos con pasión, con rabia y con martillo de furia. Afortunadamente, los censores leyeron los versos sin pausa y sin rima; y afortunadamente no los entendieron, o los entendieron a medias. Sin saber muy bien lo que leían. Y así se hizo el milagro.

Por esos mismos años, estos mismos jóvenes poetas encontraban, como tantos otros poetas españoles y americanos, el apoyo y el aliento del que ya era un gran, un excepcional poeta, cuya poesía empezaba a servir de modelo para unos nuevos derroteros.

El poeta se llamaba Vicente Aleixandre, y desde su casa, exiliado y aparentemente silenciado, escribía cartas alentadoras a los jóvenes poetas insulares.

Ahí quedan textos de esas cartas, que son ya historia, en las que Aleixandre comentaba, decía, sugería y felicitaba. Y las cartas se leían en alta voz o iban de mano en mano como lectura milagrosa.

El poeta mayor, el poeta maestro servía de resonador de los versos de aquellos poetas jóvenes, de veinte, de treinta años, que escribían poesía atenazada por la soledad, por la isla y por los sigilosos tentáculos de la censura.

Por eso, pienso, queridos amigos, que la deuda que todos tenemos con el poeta desaparecido, resulta, en el caso nuestro doble y penosa, porque su voz, su palabra viva sirvió en todo momento no sólo de aliento, sino de compañía.

Y porque su poesía, aquella su poesía desnuda y dramática, había encontrado nuevos moldes y nuevas palabras escritas por quienes alentaban en aquellos momentos vigor, protesta y angustia.

## VANGUARDIA Y SURREALISMO

Para J. Miguel P. Corrales

Yo no sé, querido José Miguel, si Agustín Espinosa, surrealismo y vanguardismo, estuvo en el Callejón del Muerto del Puerto de la Cruz; tampoco sé si deambuló por las frías y ventosas galerías de un agustiniano convento lagunero soñado como Instituto; ni sé si fue aquel alumno universitario granadino que asustaba la pudibundez femenina con historias entre macabras y eróticas. Me figuro que pudo ser aquel huésped de la calle madrileña Echegaray, compañero nocturno del donjuanesco Clavijo y Fajardo, aquel lanzaroteño de Tegui, que casi provoca un cisma en el Pacto de Familia.

Quiero pensar que Agustín Espinosa, presencié aquel partido de fútbol inolvidable, en que Platko, "el ángel húngaro" de Alberti, volaba por los aires apretando balones. Quiero pensar más en un Agustín Espinosa, catedrático de Lengua y Literatura Española, que leía a unos adormecidos prebachilleres, un cuento de María Teresa León; o aquél otro de Ramón Gómez de la Serna, que sonaba a novela de aventuras.

Y quiero pensar más en este Agustín Espinosa —cartera cruzada en la espalda, pantalones anchos y caídos, calva lustrosa y animador de tantas aventuras estudiantiles— porque éste fue el que vivió en muchos, el que alentó a muchos y el que, a la postre, se ha adueñado de ti durante los anales espinosianos en que fuiste *fabricando*, ordenando, papeleteando y redactando tu tesis doctoral.<sup>1</sup>

Y en ella, en esa apretada síntesis de 38 páginas, has sabido compendiar, exponer y ordenar las centenas de folios hijas de tu voluntad, tu esfuerzo y tu sensibilidad de lector.

1. JOSÉ MIGUEL PÉREZ CORRALES: "Agustín Espinosa entre la vanguardia y el surrealismo". Barcelona, 1983.

Porque, en definitiva, después de leído el Resumen de tu tesis, la primera impresión nace de que la obra de Espinosa, la poligonal obra espinosiana, ha tenido un apasionado, un meticoloso y un afortunado lector.

Por eso, el Espinosa modernista, cubista, y surrealista, ha sido tan minuciosamente estudiado. Por eso, del *crítico* Espinosa —también como tú, excelente lector— has sabido destacar su fobia al siglo XIX (“Campoamor fue un académico que hacía cocidos de Doloras”, decía Espinosa en algunas de sus clases). Por eso, como tu dices muy bien, la burla y el juego de Agustín Espinosa ante el relumbrón empechero de los Echegaray y de los Marcelinos. Y por eso, esa película de cine mudo, gestual y expresiva que es su *Lancelot*; o esa otra novela policiaca al revés que es *Crimen. Humor y juego, inquietud imaginativa y creacionismo fecundo*: he ahí los signos de un nuevo escritor. De un escritor de vanguardia.

Tal vez por ese vanguardismo, entintado de lirismo en todo momento y cargado de ensoñaciones, es por lo que su “hondo sentimentalismo”, su humor a lo Charlot y su devoción mítica, resultan tener moldura clásica.

El papel rector que Agustín Espinosa ha tenido en la literatura contemporánea insular y su papel capital en las páginas antológicas de la prosa española contemporánea, han sido objeto de ese capítulo en el que tu perspicacia ha sido capaz de entender lo que significó Espinosa en la vanguardia literaria en Canarias.

Sí, Agustín Espinosa, caballero bretón, montado en dromedario esquelético, sobrevolando el viento lancelótico y descubriendo playas bretonas en radas lanzaroteñas. Agustín Espinosa, testigo de crímenes soñados, narrador de páginas indelebles, buceador de sueños imposibles. Agustín Espinosa, jugador infatigable de dados hexagonales, propagandísticos dados de aquel insular ilustrado que se llamó José de Viera y Clavijo. Agustín Espinosa, insular universal, recreador de una mitología mágica, visionario de sus islas, demoleedor de “hipócritas convenciones burguesas” y subyugado por un narcisismo surrealista muy de su tiempo. Agustín Espinosa, lector de Rimbaud, de Baudelaire, de Lautremont; y del Arcipreste de Hita, y de Valle Inclán, y de Ramón, buceador del “fondo irracional de la vida”.

Ese Agustín Espinosa que tú has sabido colocar con toda precisión “entre vanguardia y el surrealismo”; tal vez porque ese soterrado romanticismo que lo alentaba hacía de su juego, una mezcla de malévolo candor o de ingenuo malabarismo.

Haber convertido al Agustín Espinosa de carne y hueso en un escritor clásico, y haberlo hecho con esa soltura, esa gracia y ese *humor*, que el propio Espinosa te ha comunicado, es, creo, la mejor alabanza que se puede hacer de tu obra.

De esa tesis doctoral que ya es amante, novia y tortura tuyas y que ha sido fruto, como te decía anteriormente, de un temple de buen crítico y de un buen ojo de lector.

## RECUERDOS DE UN LECTOR

Más de una vez me has referido los diálogos que tenías con tu padre, en los últimos años de su vida devorador insaciable de *Los Episodios* de Galdós. Me contabas cómo aquel hombre, alejado por su profesión de cualquier clase de lectura, volvía una y otra vez a las páginas de Galdós. Y me insistías tanto en su devoción cuanto en su pasión.

Leer a Galdós durante los negros años de la Guerra Civil, agobiado por tantas incertidumbres, resultaba doblemente consolador. En muchas ocasiones, como me decías muy bien, era colocar un espejo delante de la lectura; o poner sordina al texto galdosiano.

Yo me acuerdo, en más de una ocasión, estar contigo, en tu casa, en nuestros años moceriles, en la habitación de tus libros y de tus coches —¿por qué esa pasión tuya por la mecánica?—, y ver a tu padre, en la terraza, junto al tráfico de la calle, con una novela de Galdós. Pasados los años, comentábamos que tenías la suerte de disponer de la primera edición de Aguilar, repetida en forma millonaria en sucesivas tiradas. Era la edición de las *Obras Completas* de tu padre sin *Los Episodios*, ya que éstos los tenía, encuadernados en pasta española, desde 1929, fecha en que los había adquirido.

Es curioso pensar, según le vi a tu propio padre, cómo había conseguido ir agenciándose las obras de Galdós. Para ir las leyendo, en las dos horas de almuerzo, antes de recomenzar la jornada de trabajo, a las 2 de la tarde.

Si quisiéramos ser pedantes, diríamos hoy que tu padre fue un obrero culturizado por su ideología republicana; bueno, a lo mejor teníamos razón, en gran parte. Sin embargo, se me ocurre que otros fac-



tores pudo haber habido; y no serían los más insignificantes, aquel contacto continuado que, según le oí decir, tuvo con los Círculos de Lectores, durante sus años de permanencia en Barcelona. ¡En la Barcelona de 1916 y 1917!

Recuerdo nítido de sus lecturas es el de aquella que nos hizo de una página de *Angel Guerra*, para el héroe romántico y singular de la revolución. Angel se duele del abandono de la desidia municipal, en Toledo, ante los destrozos y la rapiña que se estaban efectuando en la ciudad monumental. Se vendían imágenes, cuadros, objetos de arte; se traficaba y se diezaba el Patrimonio histórico. Ante tales desmanes, Angel clama al cielo y defiende la ocupación estatal de los bienes eclesiásticos. ¿Te acuerdas tú de lo que repetía hasta la saciedad aquel viejo periodista que organizó la campaña de las "cortinas de la Catedral"? Unas *cortinas* (hay que recordarlo) que en verdad fueron tapices del siglo XVIII, posiblemente franceses.

Galdós, como siempre, augurador. Anunciando, denunciando, adelantando un futuro entrevisto, en algunos de sus Episodios, con tintas muy negras y con pesimismo desalentador (¿Te acuerdas lo que durante la Guerra, tu padre decía del *Tito* galdosiano?: "¿Qué hubiese dicho hoy, con esta guerra salvaje y con tanta matanza inútil?").

Yo pienso, querido amigo, que vale la pena, como lo hizo tu padre en años dramáticos, volver a Galdós. Releerlo despacio, para, entre líneas, ir encontrando mucho de lo que D. Benito fue capaz de ver, cuando ya no tenían luz sus ojos. Pero cuando más honda y conturbada estaba su alma de español desosegado y rebelde.

Por tanto disláte, tanta locura y tanta anarquía.

## GALDOS O LO ESPAÑOL

La gente del siglo XIX, en su segunda mitad, necesitó de la novela. Fue su televisión, su radio, su gran espectáculo. La novela decía más de lo que hoy puede decir. Contenía toda el ansia de novedades, todo el amplio espíritu de positivas realidades que iban inundando la segunda mitad del siglo. Se suele decir, y conviene repetirlo, que la épica del siglo XIX estuvo escrita en prosa: los juglares fueron los grandes novelistas. Desde Dickens a Dostoiewski, desde Balzac a Queiroz; o desde Galdós a Gabriela Reuter: la novela era dueña y señora de Europa.

En España, la de los tardíos frutos, también hubo novela. Balbuciente, al principio, vigorosa después. Los ensayos de Fernán Caballero, con "La Gaviota", desembocarían en la maestría de Galdós, con "Fortunata y Jacinta". En medio, una estela de nombres, algunos un tanto olvidados, aunque por ello no menos valiosos: como el de *Clarín*, el asturiano que hizo llegar más lejos y con mayor maestría a la novela naturalista española. En medio, presidiendo el auge novelesco, Galdós, el Maestro. A pesar de que hubiese servido su nombre para banderías improvisadas, para pasiones rastreras; para incomprendiones ajenas al campo del Arte. Galdós ha vuelto hoy a salir a escena; igual que, ya ciego, saludaba desde el escenario de un teatro barcelonés, conducido de la mano de la primera actriz que acababa de interpretar "Electra", la combatida obra teatral galdosiana. Sí, Galdós vuelve a las bambalinas del gran guñol español; convertido en su primera gran figura.

¿Cuál fue su secreto y cuál la virtud de su magisterio? Casi se reduciría a estas dos palabras: bondad y sencillez. Galdós fue el español que soñó, nuevo Cervantes, con el aunamiento de todos sus compatriotas; intentó integrarlos en una gran familia; les dictó las más puras y

hermosas lecciones de españolidad; los retrató, con sus virtudes y con sus defectos; les recordó, casi con palinodia, cuáles debían de ser sus obligaciones. Y su palabra se perdió en el vacío: o no se le oyó, o no se le comprendió. La revelación que Galdós hizo de España —no de la negra, no de la blanca—, la de los “tristes destinos”, podía tener tintas subidas de color, nubarrones de melancolía; pero también jocundidad, realismo, hondura y verdad. Galdós confesó, en alta voz, a los españoles: Araceli, el mozuelo gaditano de “Trafalgar”, tiene más de una ocasión para sorprendernos con sus soliloquios, en definitiva los soliloquios galdosianos. Las ideas de Patria, Humanidad, Bondad, Comprensión, brotan de los labios de Araceli, una y otra vez. Cuando, desde la cubierta del “Trinidad”, el buque insignia de la flota española en la batalla librada en aguas gaditanas, Gabriel contempla la borrosa imagen de la “Tacita de Plata” —ya perdida entre nubes—, se imagina que el hálito de sus callejuelas, la fragancia de sus patizuelos, el crepitar humeante de sus hogares, la fe y el recuerdo de los antepasados se funden, en un todo maravilloso, para que él, un mozallete con un pie ya en la batalla, sintiese el estremecimiento del patriotismo. No el que podía haber nacido del trueno de los cañones, o del fragor de la lucha; sino precisamente de la íntima evocación de sus más puros sentimientos. Galdós enseña, de esta manera, a pensar, con fe y con serenidad, en los destinos de su patria; no para henchirla con patriotería hueca de algaradas y de alzamientos, sino para enriquecerla con la voz eterna de la tradición vivificadora. El juglar Galdós, sin aquellarre, sin gestos, sin bélicos ademanes, dictando una hermosa lección de buen español.

Las únicas luchas, las que tienen vigor y enjundia literaria, las de sus personajes. Cruzados por el huracán de las pasiones, por la brisa de los enconos, por el soplo de los requemores. Haciendo gala de un dominio en la técnica novelística, como no la tuvo ninguno de sus contemporáneos, aprendida en las páginas más densas de su cervantismo indiscutible, Galdós supo, al vestir a Ficóbriga o a Doña Perfecta, a Leré o a Nazarín, amoldar el vestido al contenido. Allí están la intransigencia, la tradición mal entendida, la envidia; o la bondad, la tolerancia, el profundo calor humano que emanan todos los grandes protagonistas de sus novelas. Vestidos con los arreos más humildes, perdidos en la grisácea zona del anonimato. Como nuevo Lazarillo sin picaresca —y no deja de haber olor de picardía en más de una página galdosiana—, hay como un escondido sentimiento de amor y de comprensión

por todos sus semejantes. Mucho más, por los desvalidos o impedidos, tan abundantes a lo largo de su obra.

Por eso, su realismo no es naturalista; porque estaba teñido de color cervantino. Porque tenía bien ahondadas sus raíces en las enseñanzas del andante caballero. Sus Quijotes, los quijotes galdosianos, no necesitaron de adarga ni de lanza; sólo de palabras, de ricas y pletóricas palabras. Para desfacer los entuertos que había por esos mundos de Dios.

Y que no se diga que si fue o no católico, o que si vistió tal o cual casaca cortesana. Galdós tenía la inquebrantable fe de los genios y solamente conoció la estameña de su pobreza española. Con esa fe —aparentemente desdibujada entre humor e ironía— y con esa vestidura, consiguió una andadura universal. Para que su magisterio pudiera ser comprendido por todos los hombres.

A pesar de que resultara incomprendido en su misma Patria.

## LA INTIMIDAD DE GALDOS

De la vida de Galdós, de su intimidad, poco se sabe; demasiado poco. Las biografías de Galdós resultan siempre parciales e incompletas, porque no han encontrado la ayuda de los epistolarios. Para conocer la intimidad de Galdós es necesario leer sus cartas, una selección antológica de las cuales publicamos hoy por primera vez. Aquí está Don Benito: uncido al carromato cortesano, desilusionado de los titiriteros palaciegos, desengañado y asqueado de la política, en la cual, según sus propias palabras, "o se mete la cabeza y el cuerpo, o se sale descabezado".

Hijo menor de los diez habidos del matrimonio de Sebastián Pérez con María Dolores Galdós, Benito conoció los mimos, los cuidados y los desvelos no sólo de sus padres, sino también de sus hermanos, bastante mayores que él. Ignacio, nacido en 1835, había decidido entrar en la Escuela de Estado Mayor, y anduvo por Cuba, en donde consiguió ascensos, condecoraciones y esposa. Destinado al Gobierno Militar de Santander, deseaba ser trasladado al de Gran Canaria; y en este empeño, en el que habían poderosas razones familiares, se vio metido nuestro escritor. Don Benito escribe, telegrafía, visita, insiste... pero nada consigue; al menos por el momento, porque el Gobierno no considera buena política la presencia de un insular rigiendo la Jefatura Militar de Gran Canaria. Y también, como descubrió Don Benito, porque Don Ignacio no participaba de las simpatías políticas ministeriales. De este fallido propósito, iniciado y sostenido apasionadamente por Galdós, van a hablar las presentes cartas. Cartas, conviene adelantarlas, que nada recuerdan la prudencia, el medio tono, la casi timidez del novelista; en las cuales, su corresponsal Cámara —socio editorial de Galdós— iba recibiendo puntualmente noticias y comen-

tarios donosísimos sobre los políticos, sobre la política y sobre sus circunstancias. Unas circunstancias que vencieron finalmente la buena fe de Galdós.

He aquí la primera carta, en enero de 1880:

“La otra noche decía *La Correspondencia* que el brigadier Clavijo había pedido su cuartel para Madrid. Aunque creemos que sería equivocación de nombres, bien pudiera suceder que este Clavijo fuera el borracho Gobernador Militar de Gran Canaria... ¿cree V. que pidiéndole personalmente a Cánovas aquel puesto para mi hermano, me lo concedería?”

Ya está planteado el problema; Clavijo —que debió haber tenido alguna diferencia con el hermano de Galdós— queda adornado por un epíteto nada cordial, y la timidez innata en Don Benito le hace preguntar al amigo si cree oportuno su gestión con el “monstruo” de Cánovas, el Jefe del Gobierno. En agosto, muere Clavijo, y Don Benito reitera a Cánovas su petición.

“De modo hasta ahora el Sr. Cánovas se ha portado bien. Pero como de esta gente política no hay que fiarse mucho, y como podría suceder que el Ministro de la Guerra tuviese compromisos adquiridos, bueno sería tocar otros registros...”

No sabemos cuáles fueron esos otros “registros”, pero es de suponer que en ellos algo mediaría Cámara. Los temores de Don Benito sobre la posibilidad de que hubiesen otros pretendientes, se confirmaría; y la intervención de los “diputadillos” —como los llama Galdós— echaría al suelo todos los propósitos del novelista. Don Benito, desconfiado, recomendaba a “D. Prisco” reiteración en las recomendaciones.

“Lescano (uno de los pretendientes) no ha venido de Canaria; se habrá valido de los diputados y principalmente de Xiquena, que es tan sinvergüenza como él... desconfío mucho de esta gente política (de Cánovas), y pudiese ser que el monstruo se dejase llevar de los compromisos de los diputados” (Carta del 22 de Agosto del 80).

El Diputado es un “sinvergüenza”, como “Lescano”; Cánovas se convierte en “monstruo”; la “gente política” no le merece confianza;

las intrigas —compromisos de los “diputadillos”— aumentan sus temores: Galdós, siempre prudente y cauteloso, exterioriza sus más íntimas preocupaciones y los recovecos más escondidos de su carácter. Como lo prueba la siguiente carta del 31 de agosto: los temores se acrecientan, las posibilidades de conseguir el traslado disminuyen. Por eso, Don Benito quiere utilizar todos los procedimientos; aun los menos decorosos.

“...yo no creí que Lezcano fuera temible; veo que lo es... atendiendo a la hazaña de ese animal cuando estaba en el ejército del Norte. Ya sabrá V. que falsificó la firma del General en Jefe en un asunto muy sucio, y que se le echó tierra para salvar el espíritu del cuerpo. Cuentan que se echó a llorar ante el General en Jefe pidiéndole perdón... En fin, todo esto en vez de perjudicarlo, le favorecerá, porque en este país, sólo los pillos, audaces y entrometidos hacen carrera...”

Don Benito se decide a “tirar con toda la artillería”; y lo hace con salvas muy sonoras. Desea que Cámara se entreviste con dos diputados —los diputadillos en cuestión—, anuncia que ha vuelto a escribir a Cánovas —cuya carta le “costó una hora de trabajo”— y desea por todos los medios inclinar la voluntad del Ministro de la Guerra a favor de Ignacio. Pero las noticias posteriores, recibidas de Madrid, le confirman más lo que él ya se presumía: la política vencería a la ordenanza. Don Ignacio pertenecía al partido de oposición, según Cánovas, y no era conveniente su traslado: la sombra del General Martínez Campos, que le había nombrado Gobernador Militar de Santander, pesa todavía en el ámbito ministerial. De ahí el nombramiento de Ribera, “sumariado en Matanzas y echado por ladrón”, al decir de Don Benito.

“Creo que la causa del fracaso ha sido la política, y el odio que a los amigos de Campos le tiene Cánovas. ¡Valiente tunante! Después de habérmelo prometido en su despacho telegráfico... En fin, es un pillete, y me alegraría infinito que le echaran a puntapiés del gobierno, como presumo que al fin sucederá... Se comprende que Cánovas lo prefiera, pues basta que sea un pillo como todos o casi todos los que rodean al monstruo, a quien de buena gana vería colgado en la Puerta del Sol”. (Carta del 23 Set. 1880).

Don Benito suelta todo su malhumor; no se recata del soltarlo. Los adjetivos son cada vez de tono más subido. Y Cánovas es el que más

adornado queda. Pero, aun nombrado Ribera, Galdós prosigue sus gestiones para conseguir la permuta. Escribe a León y Castillo, diputado canario y futuro Ministro de Ultramar, y llega hasta pensar cómo sería posible congraciarse con Romero Robledo, el principal obstáculo para el nombramiento de Don Ignacio.

“Parece mentira que ciertas personas (Se refiere al diputado tinerfeño Pérez Zamora, posible opositor al nombramiento del Brigadier Galdós) influyan de este modo en los nombramientos militares. Eso prueba la altura a que hemos llegado en política, y el estado de corrupción a que han llegado los Centros Administrativos... Como V. comprendé, los diputados quieren tener allí a un zascandil cualquiera a quien manejar a su antojo y que les sirva en las elecciones” (17 Set. 1880).

De toda la correspondencia minuciosa, apasionada, prolija, ha salido un Galdós semi-desconocido: conturbado por problemas familiares, salpicado de pasioncillas de campanario, desdenguado de la política, a cuyo carro no pudo estar atado mucho su espíritu liberal. En cada carta se le ha escapado al escritor un adjetivo, un sustantivo, una frase que no hubiese empleado en las retocadas y revisadas cuartillas autógrafas de cualquiera de sus libros. La familiaridad, la sencillez, el sentido popular del estilo galdosiano se refleja en estas mal pergeñadas cartas, riquísimas en intimidad y pobrísimas en literatura. Haber conocido en sus interioridades los bastidores de la farsa política, haber vivido personalmente un poco la tramoya de la comparsa y de las primeras figuras, haber podido entrar —como entró— en las antesalas palaciegas como un pedigüeño más: tal fue el mejor fruto de aquel su amargo aprendizaje. Sin duda, la experiencia más aleccionadora del autor de *Los Episodios*. La que le serviría para escribir con realidad tan viva y palpitante la infrahistoria española del siglo XIX.



## EL RIO DE LA LENGUA

*Para Manuel Alvar, cetrero hispano*

¿Qué sigilosos sonidos, qué duermevela misteriosa pudo percibir nuestro profesor amigo en el aire sosegado de Vegueta? ¿Cómo pudo el viajero no fortuito —más bien residente insularizado— captar, escuchar el mensaje sin palabras de aquellas piedras duras y gastadas, con aroma catedralicio y efluvio marino?

El viajero, constante viajero, no sólo paseó por las calles, por las plazas, por el silencio sin eco de la Vegueta dormida, sino que, además, vivió, convivió con las gentes de la isla en donde hoy rebulle, ensordecedora, la monstruosa ciudad estirada frente al mar. Aquella ciudad que un día fue arrabal de un campamento militar.

El profesor viajero, cazador furtivo, ducho ya en la dura cacería —piezas vivas de la lengua—, descansaba después de la tarea. Después de haber trepado a la brumosa cumbre isleña, o de haberse sentado en la arenosa cala azul, o de haber respirado el aire limpio y blanco del patio veguetero. El cazador de palabras, tenaz y reiterativo, escuchaba, hablaba, transcribía. Y se iba llenando más de hispanos sonidos insulares.

Cumbres, playas, medianías de la Isla cubiertas por el profesor andarín y parloteador. Medianías, playas y cumbres en donde cada palabra tenía un vestido o un talante especial, porque la palabra, nacida del habla común, era acunada, recogida por el cazador nunca ahito de tanta pieza lograda.

El Río de la Lengua, por mil afluentes enriquecido, iba abriendo cauces por las barranqueras secas, por los regazos apenas húmedos, por los tesos áridos, por los portales silenciosos de las casucas verdes, por las mesas cojitrancas de la venta, por los asientos de piedra que el espíritu profesoral escuchaba, anotaba, grababa, y el sonido articulado y

vivo de la palabra hispana seguía torrente sin pausa, despeñándose por los labios insulares.

Y en medio de tanta y tan enriquecedora cacería, el profesor viajero, iba redescubriendo las entrañas de los sonidos, el meollo de los significados, injertos de los nuevos signos. Y de este modo, aquellos graves y metálicos sonidos castellanos que un día empezaron a dejarse oír junto al cauce verde del barranco, en torno a la plazuela diminuta de una ermita, iban ampliando su onda expansiva. Desde el solar del viejo Real —germen de la Vegueta tan bellamente evocada por el profesor— hasta las arriscadas montañas de la Cumbre. Voces sin voz, henchidas de siglos, que habían llegado desde la desnudez de la Meseta, desde la planidera galaica, o desde el meandro seseoso andaluz. Voces que aún hoy seguían, piedras vivas de sonido, rodando, puliéndose, haciendo más romas las aristas, más femeninos sus contornos.

Seguramente por eso, el insularizado profesor, oteador de tantas sirtes insulares y de tantos valles secos y rojos, evocaba desde la roquera Sierra madrileña, turbada por tanto estrépito, el sosiego y el silencio de la Vegueta secular.

Aquella, en donde un día comenzó a oírse el atronador sonido vocálico de Castilla. Y en donde la intimidad de unos pocos amigos escuchaba el rico anecdotario del profesor, cada vez más atado al corazón de la Isla.

## EVOCACION DE BLAS CABRERA FELIPE

Estaba allí, en una estantería de la biblioteca, de la vieja biblioteca a la que acudía casi todos las tardes. Era una biblioteca provinciana, polvorienta y silenciosa. Tenía las viejas novelas de Sué, tenía las novelas de Baroja —¿por qué atraía tanto Baroja a aquellos lectores quinceañeros?—, tenía los primores de Azorín en unos ya valetudinarios Australes, y tenía viejos manuscritos; y libros de Historia, con más láminas que textos; y, sobre todo, tenía, evocada hoy, fragancia de costumbre inveterada. Al salir del Instituto, casi todas las tardes, íbamos hacia aquella sala destartalada y casi familiar; en donde, en ocasiones, leíamos; en ocasiones hacíamos los problemas de Matemáticas; en ocasiones destartalábamos el silencio impuesto desde la ventanuca del vigilante con ademanes unas veces enérgicos, y otras, suavos.

Sí, en aquella estantería estaba la colección de la revista, con cubierta blanca y roja y negra, con dibujos originales e incomprensibles —¿quién sería aquella Maruja Mallo de los monigotes?—, con un índice atractivo y pulcro. Era una revista de la que nos había hablado aquel profesor de historia, de voz chillona y aire escrutador. La revista, decía, tenía artículos de historia, de filosofía, de literatura y, sobre todo, tenía aquellas limpias, aquellas deliciosas letras capitales, aquellas primorosas mayúsculas que parecían bailar en medio de cada página. Para atraer, para seducir al lector.

La “Revista de Occidente” nos dio en alguna ocasión la posibilidad de leer por vez primera un nombre llamado Lorca, o Alberti, o M. Hernández, o Aleixandre. Y nos adentrábamos en las delicias rítmicas del romancero o en las inexcrutables metáforas de los ángeles y sin darnos cuenta nos íbamos convirtiendo en lectores de primores. En lecto-

res de textos semicomprendidos, pero atrayentes. Y la revista —aquellos ejemplares manoseados, desencuadernados— pasaba de mano en mano. Y más de un lector, brillante ensayista hoy, nos explicaba a su manera la hermenéutica de los versos o la metáfora de una prosa escrita por la euritmia de Ortega, aquel Ortega de nuestras mocedades, descubridor e incitador de tantos ideales...

En la revista, además de literatura, y de historia, y de filosofía, se publicaban textos científicos, etruscos textos incomprensibles para nuestros afanes de curiosos lectores desordenados. Y entre ellos surgía un nombre, Blas Cabrera. Alguien nos dijo que era un físico, que había nacido en las islas y que desempeñaba su docencia en Madrid. Que era un sabio y que colaboraba con otros sabios en materias cuasi crípticas que iban más allá de la física clásica, mal estragada por nuestros cale- tres bachillerescos.

Cabrera escribía sobre el mundo del átomo —galaxia perdida para nuestro analfabetismo físico— y lo hacía con sencillez y con claridad. Manejaba aquel escritor un lenguaje distinto al de otros colegas suyos y pensaba de un modo especial; luego lo supimos en los lectores comunes de una revista de contenido muy amplio y, por tanto, de lectores con gustos y preferencias muy variados.

El átomo estaba allí. Con su misterio, con sus secretos —incomprensibles, pero cautivadores—, con aquel juego de fórmulas y en especial estaba al alcance de unos prebachilleres poco amigos de ciencias físicas, pero tentados por la magia de una lectura. Por el mensaje del ensayista capaz de seducir y de arropar los contenidos científicos con una forma amena y casi comprensible.

Allí fue el descubrimiento del escritor. Y allí quedó en el aire la seducción de un nombre del cual sólo había quedado el eco de un apellido. O la resonancia de algo recóndito y secreto.

Pasado el tiempo, pisando ya las aulas universitarias, aquel desordenado lector volvió a tropezarse, en la mesa de un compañero de pensión —estudiante de ciencias químicas—, con un texto de Cabrera, de un Cabrera que se llamaba Juan. Y volvió la evocación de aquellas lecturas de la “Revista de Occidente”, y volvió el afán de conocer algo más de aquel ensayista casi desconocido. Un inolvidable profesor de historia le procuró un ejemplar, hoy casi incunable, sobre la radiactividad, un ma-

nual escrito para inexpertos e indoctos. Y los arcanos se iban llenando de destellos. Destellos fugaces, pero destellos. Y otro profesor, un inolvidable profesor de ciencias naturales que había conocido al autor del libro, le contaba anécdotas de aquel sabio ignorado que hacía muchos años había abandonado su patria devorado por el torbellino... Y en el libro vio por vez primera su efigie y el nombre se llenó de sustancia.

Al releer hoy en el volumen —homenaje que ha recogido una “selecta” de su obra— el discurso de su ingreso en la Academia de la Lengua, es posible confirmar la sospecha del lector quinceañero. La sospecha del don de la claridad. La lengua científica, arduo temario para cualquier lengua, se nos va presentando como un atlas lleno de cartas ilustradas. Y en cada una anotación, y en cada una la explicación. El escritor, escritor ante todo, rezumando claridad. Los aldabonazos de la ciencia española y los recordatorios de un nombre resonador de magia, Einstein, surcando el laberinto de unas páginas y el desgranar de un discurso académico.

Blas Cabrera Felipe, lanzaroteño de Arrecife, español universal, maestro de la física en los últimos setenta años, fracasado alumno de derecho, colega de los maestros europeos, iniciador de sistemática investigadora en España, ejemplo y paradigma para los investigadores, resulta hoy, en el centenario de su nacimiento, una página encontrada de la historia de la ciencia española. Esa historia que se escribe con nombres olvidados, pero que se rubrica con señales indelebles.

Las que se han escrito con el esfuerzo y el magisterio de un sabio.

## DESARRAIGO Y DESTIERRO

El veintitres de abril, el Rey entregó el Premio Cervantes a Rafael Alberti. Uno y otro pronunciaron discursos, cuyos textos no han sido recogidos aún en su totalidad.

A través de los fragmentos publicados por la prensa y la audición que se pudo escuchar del texto Real, se deduce, sin afán crítico y sí con sentido objetivo, que el Rey y Alberti dijeron, al unísono, palabras valiosas y esclarecedoras. El tema de la "angustia de la Patria" dominó en las palabras de los dos oradores. Alberti, con su facundia poética, glorificando, a través del "transterrado" Miguel de Cervantes, el dramático peregrinaje español de la guerra civil; el Rey con mayor hondura, recordando a todos los desterrados españoles ("de todos los tiempos") y advirtiendo la necesidad de que nunca más vuelva a repetirse el exilio obligado.

Resulta singular que haya tenido más eco el texto de Alberti que el del Rey. Sin duda, por la calidad literaria del poeta y por ser el escritor galardonado.

Con todo, la lección del Rey —admonición suave, sí— conviene ser leída con curiosa serenidad. Son palabras ecuanímes, siempre, aunque vehemente dichas en algún momento, por el Jefe del Estado que, también, no se olvide, conoció "la angustia de la Patria lejana". No tuvo poder creador, para escribir versos como los del poeta andaluz (versos estremecedores, acerados, hirientes de pasión). Pero sí, que vivió y padeció, dentro y fuera de España, el aislamiento y la soledad del exiliado.

Por eso, sin duda, conviene ser leídas las palabras del Rey. Para aprender de ellas el latido humano que encierran. Y la enseñanza de que están impregnadas.

Hablando delante de un auditorio selecto, el Rey supo transmitirle la emoción de su parlamento, por otra parte entintado de una brillantez y galanura nada frecuentes en los textos de retórica política, más inclinada a la abstracción que a la concreción. Y con más frecuencia chapoteada de sensiblería que henchida de sentimiento.

Tal vez sea este sentimiento, esta sinceridad y esta fluidez los que, a cualquier lector común, pueden impresionar. Para hacerle reflexionar que el Rey ha sabido dedicar algún tiempo de su vivir cotidiano a la convivencia con intelectuales y artistas. Hermanos de aquellos otros idos para siempre; tras el puente insondable del destierro.

Ese amargo puente que en boca de Rodrigo Díaz de Vivar —otro transterrado—, era como “uña arrancada de la carne”. Porque es dolor duro y hondo.

Al nacer del vacío y de la soledad.

## UNIDAD Y VARIEDAD DEL ESPAÑOL

Pensaba para mí hace días, mi viejo amigo, en los años en que tú andabas metido en tus tareas de investigación históricas: intentando descubrir y ordenar un poco la selva, bien espesa por cierto, de la historia americana. De sus conquistas, de sus conquistadores, de sus depredadores, de sus esfuerzos de independencia, de sus guerras federales, de sus dictadores, de sus miserias y grandezas. Me acordaba, sí, de todos aquellos esfuerzos tuyos cuando ahora contemplo en este solar de don Rodrigo el de Guadalete, tanta autonomía mal digerida, tanto estatuto en borrador, tanto federalismo encubierto.

Me viene a la memoria el cuento de aquel niño, que, enfadado por no poder terminar de contemplar su juego mecánico termina por tirar la mitad de las piezas para construir lo que su libre imaginación le dicta. ¿Seremos los españoles unos malos armadores de "mecanos"? ¿Necesitaremos más piezas para terminar nuestros juguetes en armazón? Quiero pensar que hemos superado el infantilismo de otros tiempos, quiero pensar que estamos ya en la adolescencia de los adultos y quiero creer, también, que tenemos un mínimo de madurez para no tirar por la borda la mitad de las piezas de nuestro juego.

En los programas de lengua española, en los colegios y liceos, hay un lema que se titula así: "Unidad y variedad del español". Es el desarrollo histórico del fenómeno de la constitución de la lengua española, de sus vicisitudes, de sus orígenes, de sus influencias, de su desarrollo y enriquecimiento, hasta llegar al momento de su fijación y madurez. Todo ello, teniendo en cuenta las ramas dialectales que lo enriquecen, las lenguas vecinas que con el castellano conviven, y la difusión que ha alcanzado, lo cual es signo ineludible de su riqueza y de su variedad.



Al leer textos de nuestra Constitución relacionados con el plurilingüismo, al repensar en la suerte que le espera al educando catalán, gallego o vasco: al contemplar en la pantalla del futuro, el erial lingüístico que nos acecha, me echo a temblar. Y no sé, no sé si mis temblores están justificados.

Pienso en la isla Albión, cruzada de pueblos, de lenguas y de historia: pienso en los galeses, en los escoceses y en el conglomerado de normandos y sajones, y pienso en lo que ocurriría si el Parlamento sancionase el plurilingüismo dentro de la isla. Y pienso en los líricos, nostálgicos provenzales, sojuzgados por el poder franco. Y pienso en las minorías énicas de Córcega o de Cerdeña; y en la variedad lingüística rusa; y pienso en el babel africano, unificado administrativamente bajo el patrón inglés o francés. Sí, pienso, sigo pensando, y veo el coso del toro hispano muy, pero muy confuso. Y muy, muy aprovincianado. Porque si las diócesis de la España romana no hubiesen tenido el lazo del latín, ¡buena hubiera sido nuestra historia! Y si las provincias del Imperio hubiesen intentado imponer las primitivas hablas de cada región, ¡cualquiera sabe qué suerte hubiese corrido el francés, el español o el gutural germano, con todas sus variantes! Y digo el germano, por lo mucho que luchó y por la mucha sangre que le costó librarse del yugo romano: del yugo político, que no de la servidumbre cultural de la lengua.

Y cuando escucho y leo en este rincón atlántico que un político en el exilio se ha comprometido a publicar una gramática de la lengua guanche, sigo pensando que la torre de Babel debieron haberla construido de mantequilla, o de granulado de arena. Para que el viento se la llevase con tanta premura y facilidad. Porque si los guanches ¡ay! levantasen la cabeza, se reirían a mandíbula batiente de tanta estulticia. Y de tanta ignorancia estratificada.

Esta en la que estamos viviendo.

## LA CARTERA

Don Timoteo era profesor. Profesor en una Universidad provincial. No había podido acceder a una cátedra capitalina. Ni le interesaba. Allí, en su departamento dictaba sus clases, jugaba por las tardes en el Casino al poker, escribía —poco, muy poco— sobre unas páginas blancas —poco, muy poco emborronadas— y salía de paseo con su esposa para, al pasar por la Plaza Mayor de la ciudad, saludar y ser saludado ceremoniosamente, respetuosamente.

Alguna vez, a lo largo del año, D. Timoteo iba a la estación; con su maletín de viaje. Un maletín de cuero, semidoblado por arriba, con un complicado cierre metálico (Mudas de camisas blancas, dos corbatas, carpeta de cuero, calcetines de lana —D. Timoteo era friolero y artrítico—, ropa interior de franela, pañuelos blancos, bufanda tejida por su esposa, y los útiles de aseo). Don Timoteo era despedido en la estación por su ayudante, por su esposa, por su hija estilizada (feucha, desgarbada, estudiante de tercero de Farmacia). Y el tren llevaba a Don Timoteo, después de tres horas renqueantes y nada cómodas, a la capital.

Allí, en el Hotel, un hotel modesto —“¿Cómo está, D. Timoteo?— ¿y la señora?; ¿otra vez por aquí?”—. “Ya tenemos su habitación, la 202, en el pasillo, al final, con baño, sin ducha. Claro, es que tenemos en obra esa galería, y ya usted sabe, los fontaneros son informales. Pero no se preocupe usted; sí, podrá usted ducharse con agua caliente; en el baño del fondo del pasillo”. “¿Aquel baño del fondo del pasillo?”; “¿Aquel baño de servicio, destartado?”. “Bueno, no, está arreglado; usted sabe, el servicio es cada vez más exigente”. “En el baño del servicio ¡a mí, a un catedrático universitario!”! amigo mío, ¿pero usted, qué se cree?”. “Bien, bien, —lo arreglaremos, buscaremos habitación



con ducha; y con despacho de escribir, con su mesita, con su lamparita”—. Un hotel situado en una calle secundaria, sin letrero en la puerta; sin mecedoras en el hall. Y con un recepcionista algo sordo y amigo de empinar el codo.

Hacia arriba subía D. Timoteo. A su habitación 208 —la nueva habitación escogida; con ducha, con parco escritorio, con ventanas y con dos sillas a los pies de la cama— para colocar su menaje en el armario sin llave, con gabetas adornadas de coloreados papeles; con dos, tres perchas herrumbosas por los dobleces. Y con unos almohadones recostados en una manta gruesa que tenía en el centro un letrero redondeado y provocatorio de letras rojas; “Hotel La Amistad”.

Don Timoteo iba vaciando su maletín, y sacando de la carpeta papeles, papeles blancos, papeles mecanografiados; papeles timbrados, papeles cosidos y sin coser. Y los iba colocando en la mesa. Para ordenarlos. Para... bueno, para prepararlos, bien colocados, y entregarlos mañana a su amigo D. Romualdo, Jefe de Negociado del Ministerio. Que si la petición de subvención, que si el retraso del libramiento del pasado año, que si el proyecto de biblioteca nunca concluido. Bueno, eso, lo natural: bajar y subir escaleras. Y luego, volver a salir del Ministerio. Con menos papeles. Con runruneo de galanas promesas. Con etiquetaje de sonrisas con sacudidas de suaves palmadas (“Bien, bien; todo se andará, no se preocupe: en el próximo ejercicio tendremos en cuenta este proyecto. Ahora, ya usted comprende, el proyecto del velódromo unificado y polivalente: los gastos del macadán compacto, las exigencias de las compañías constructoras... Pero, nada, tomaremos nota. Ya lo verá usted. Ya lo verá. No desanimarse”).

Y D. Timoteo recogía sus papeles, guardaba en su carpetita de cuero (¿era cuero, era cartón, ah, sí, el regalo de su esposa, un día de su santo: “Bueno, ahí tienes una carpeta. Que la necesitabas. Ir a la Universidad con esos libros en la mano y con esas carpeticas de cartón. Y me costó barato. Sabes, me la encontré en la librería de la plaza. Me querían cobrar 850, y yo le dije: “No, no, esas carpetas las tienen ustedes del año pasado. No me engañe: ¿“No la ve usted un poco manchada”? “Así que yo le doy 500, y en paz”. “Y el tendero, que es un roñoso: ¿te acuerdas? Sí hombre, aquel que te reclamaba una vez un paquete de cien cuartillas satinadas que mandastes a buscar con Pepito”; “nunca te fijas en nada ni en nadie. Yo no sé cómo te fijaste en mí”).

Y Don Timoteo volvía a encerrar sus papeles hasta el año próximo; o hasta que le avisasen del Ministerio (“Tengo el gusto de participarle que... etc., etc”).

¡Ah!, pero D. Timoteo no dirigió sus pasos hacia el hotel de ducha de agua caliente. Ni al del hall con el recepcionista adormilado. Don Timoteo se encaminó hacia una callejuela estrecha y poco frecuentada: con algún bar de luz chillona, con algunos portales de luz escasa, escalera de madera, una amplia escalera, con barrotes de hierro, con pasamanos deslustrado; y con un bombillo, un cojituerto bombillo, en el tercer piso: en donde el ventarrón de un ventanuco lo hacía bailar de un lado para otro.

Y Don Timoteo, muy digno, muy circunspecto, subió uno, dos, veinte, treinta y dos peldaños. En los descansillos hacía una parada y volvía a reiniciar la subida. Muy digno, muy solemnemente.

Hasta que en el tercero derecha, después de tirar de la campanilla, apareció una maritornes de bata negra y delantal gris sucio, que, desde el dintel de la puerta, grito: “Niñas, aquí está Don Timo; ¡aquí está Don Timo!”.

Y Don Timoteo, casi sin sonreír, con su carpeta abultada de papeles, con sus expedientes sin resolver, con sus presupuestos pro-forma; y con una cajita misteriosa y pequeñina, escondida entre la balumba de papeles, entró (¡“Hola, niñas!; ¿cómo están mis churumbelinas?; hay que ver cómo has engordado, Pepi! Y tú, ¿cómo te llamas?”. “Es nueva, Don Timo; es la Carmen; vino del pueblo: lo de siempre; que si el novio, que si la echaron de la casa”. “Bueno, Carmelita, bueno, pues a mí me agradaría... , ya tú sabes; “Qué sí, Don Timo, que sea por eso; que no se preocupe”).

Y pasillo adelante, con la carpeta bamboleante, con los expedientes desordenados y con la cajita misteriosa rellena de unos dediles de goma —¡qué dediles más pequeñajos y gomosos!—, Don Timoteo, Don Timo, cerró la puerta y se desnudó. Mientras la Carmen tiraba las ligueras, el sostén y la pantaleta a los pies de la cama. Y mientras esperaba, desnuda y glutinosa, revolvía los papeles de Don Timo sin que éste mostrase la menor preocupación.

Y, con una parsimonia casi religiosa, la cajita de los dediles gomosos, la cajita guardada con tanto celo por Don Timoteo, había sido abierta por las hábiles manos del retozador Don Timo.

Mientras tanto, la bombilla amarillenta rompía las sábanas de la cama y los calzoncillos —largos, de franela, estirados— con tijeretazos de luz pálida y vergonzante...

## LA BIBLIOTECA

Para el Dr. Raúl Nass

El celoso Infante Don Juan Manuel quiso cuidar, con gran celo, la perennidad de sus obras. En Peñafiel, en su hermoso castillo, guardó y ordenó que se conservasen sus manuscritos autógrafos. Don Juan Manuel autor, bibliógrafo, recolector —tenía conciencia clara de que su mensaje tenía que perdurar. Porque esos infolios, tan mimosamente guardados, dirían más de él que las muchas “fazañas” realizadas, o que las picardías caballerescas tan pródigas en su vida cortesana.

EL CONDE LUCANOR está ahí, lo tenemos en nuestras manos. Nos sentimos, unas veces, más cerca de Patronio —su sagaz escudero— que de Lucanor— el infatuado Conde. Oímos, con invisible palabra, el relato del “cuntador”, del relator. Aquél que, muleteando el “et” conjuntivo (la aldaba cojitranca de la Y), iba desgranando el rosario y las cuentas de la historia. De la menuda, de la sabrosa historia de las Cosas pequeñas. Las mismas que, en libros más viejos y en lenguas bien distintas, el infante lector había leído y había sabido adaptar a la nueva lengua castellana.

Trotador de mundos, viajero en cautiverio, autor de aquel estremecedor prólogo al *Persiles*, escrito en vísperas de su muerte, nuestro Cervantes tuvo peor suerte con sus manuscritos. Desperdigados, como sus huesos, en ignoradas fosas del olvido.

Vehículo y motor de almas, el libro fue, ha sido y seguirá siendo patrimonio común, herencia impagable que todo pueblo debe conservar. Testamento de su historia, de su lengua, de su cultura. Palabra viva de los escritores que supieron dejar en sus páginas el ejemplo imperdurable de su magisterio.

Aún hoy, entre el hervor altisonante caraqueño, reposado en el viejo solar de San Francisco —cargado de historia—, el sosiego del libro vale más que otro cualquier don. Y con las páginas abiertas, el lector, sentado en el pupitre de la silenciosa Biblioteca, recreará y revivirá cada línea del libro; estará otra vez escuchando cada palabra guardada con tanto cuidado por el autor; estará comunicándose, a través de cada página, con el mensaje que un día dejó allí, para curiosidad y solaz de muchos, la mano inquieta, creadora y única.

Nada cuenta —y sí que pesa— que más allá de la sala de lectura, en el café-bar vecino, brinquen, jueguen o bailoteen los muñecos televisivos (devoradores de mil ojos, sojuzgadores de voluntades, acaparadores del entontecimiento colectivo). Nada cuenta que el altavoz discordante desborde la torrentera lacrimosa de la heroína serial de turno. Nada cuenta, en fin, que la imagen visual acapare, atontoline o hipnotice con la magia de su poder.

Allí, ensimismado, en compañía inaudible con el autor, nuestro lector prosigue su diálogo monologador. Su diálogo fructificante.

## EL ESPAÑOL MODERNO

*Para el maestro Américo Castro*

No es fácil fijar con exactitud el momento en que la lengua española adquiere fijeza y modernidad. La lengua, según los lingüistas, es un ser vivo; está en perpetua evolución, hasta se ha llegado a defender la tesis de la diacronía completa, el cambio perpetuo. Como si los manes de aquel Heráclito presocrático hubiesen tocado a los positivistas del lenguaje. Por ello, en nuestra lengua española, en la actual, en la hablada a los dos lados de las orillas atlánticas —olvido en que se suele incurrir por muchos hispano-hablantes—, es difícil precisar sus orígenes más inmediatos, sus progenitores más directos. Dejando atrás, claro está, las figuras señeras y doctrinales de Cervantes, Lope, Fray Luis, Góngora o Quevedo, por citar los nombres más esclarecidos en la revolución idiomática de los siglos XVI-XVII (amén de los Valdés, Nebrija o Covarrubias), habría que buscar en el grisáceo siglo XVIII a los modernizadores del idioma; a los defensores más celosos de su pureza; o a los innovadores más atrevidos. Fue en este siglo de luces y sombras, en donde es posible buscar, sin fatiga, nombres poco brillantes, figuras secundarias en la Literatura, que, convertidos en tenaces artesanos de la nueva lengua española, iban colocando los hitos más seguros para la fijación de una lengua que había quedado desbordada por la técnica, que había sido pródiga en los préstamos y en los donativos y que, en manos de geniales cultivadores, se había convertido en complicado anagrama para los mismos españoles. Contra esos males tuvieron que luchar los Jovellanos, los Moratín, los Feijóo, los Mayans y los Iriartes, todos, en mayor o menor grado, encuadrados en el anonimato del Diccionario de la Academia, ya en el de Autoridades (1726), ya en el de alguna de sus ediciones posteriores.



Si se quisiera sintetizar los logros alcanzados, se enumerarían así: A) claridad y justeza en la prosa, según Feijóo (a pesar de galicismos y extranjerismos); B) seudogongorismo y arcaísmo en la poesía (el “*ma-guerismo*” ridiculizado por los románticos del XIX), según se nota en el léxico poético de Meléndez o de Cienfuegos, a pesar de que se mirase con afán normativo a Fray Luis o a Garcilaso como han dejado señalado el recordado Pedro Salinas y el no menos magistral Amado Alonso; C) purismo excesivo que trajo un empobrecimiento inicial, pero a la larga un fructífero tono normativo: es la lucha de los cultismos o de los latinismos, la supresión de consonantes superfluas, la limpieza y la fijeza del idioma. D) la lucha ortográfica que terminaría, no sin la enemiga de una mayoría, con la victoria académica, en las sucesivas ediciones de su Diccionario. Fue el siglo de las luces, también el de la claridad y fijeza, porque fue el que logró dar una forma, que casi sería la definitiva, a la lengua española.

Llega el siglo XIX y con él, la fastuosidad retórica. En la Historia de España, puede decirse que entró con el pavoneo de unos Reyes degradados y un favorito nada meticuloso en el lenguaje de su Diario, con la estela roja de los cañones de Trafalgar y, por añadidura, como fondo a este panorama, con el bombardeo retórico de los tribunos de Cádiz, mientras la artillería francesa hacía trizas la Puerta de Tierra gaditana. En esta batalla de ideas y de palabras, en esta pugna de oratoria, se fue forjando: de un lado, el estilo de una época y de la otra, la fogosidad de una escuela literaria. El Romanticismo se forjó antes en los estrados de las Cortes que en las botillerías de Madrid o de Barcelona. Los primeros románticos templaron sus armas en el campo de las Constituyentes, en las que hacía falta más invención y argucia que talento y mesura. Por eso, nuestro Romanticismo fue más bravucón, menos profundo, más fugiminoso; aunque tan violento, en sus principios, como el resto del europeo. El lenguaje de los románticos es la mejor prueba.

La prosa romántica hay que buscarla no sólo en los artículos de Larra, sino también en los discursos de Donoso —un arrepentido romántico de primera hora—, en los de Argüelles, en los de M. de la Rosa o en los de Muñoz Torrero. Todos ellos, hombres de letras, lectores de nuestros clásicos, buscaban inspiración no ya sólo en tal o cual maestro galo, sino en la prosa fustigadora de un Granada (como Donoso) o en la limpidez de un Fray Luis o de un Mariana (como el Conde Toreno,

historiador y parlamentario). Nada de períodos cortos, nada de palabras medias, nada de verbos precisos; en vez de concisión, ampulosidad; en vez de claridad, perifrasis. Cuando la voz de Castelar resuena, en los últimos decenios del siglo, se estaba cerrando un período no de la oratoria española, sino, además, de un estilo de decir y de hablar. En Donoso, en Muñoz Torrero o en Castelar, tres hombres de tres momentos distintos, se encuentran los mismos arcaísmos, los mismos hipébaton, los mismos latinismos, los mismos retruécanos, los mismos tópicos y hasta la misma entonación. Los novelistas románticos, los escasos y muy grisáceos novelistas románticos españoles, utilizarían en su prosa mucho de la técnica francesa o inglesa (la novela romántica española es casi traducción y no creación), pero también aprenderían, de viva voz, mucho de la técnica oratoria, mucho del discurso oportuno o inoportuno con el que llenar páginas y páginas: es el retoricismo contra el cual habría de luchar Galdós y los maestros de la novela realista española. Ese retoricismo que, “malgre lui”, también prendió en muchas páginas galdosianas.

La poesía romántica ofrece mayor interés; sin duda, porque sus cultivadores alcanzaron más entidad. Un primer tiempo, Meléndez y Valdés, “el primer poeta romántico español”, según Salinas: en el que Favonios, Céfiros y Auras van acariciando “tristezas”, “soledades” y “lágrimas contenidas”. Larra, siempre avizor, sólo se detuvo en la lectura de los arcaísmos que inundaban sus anacreónticas; arcaísmos, justo es confesarlo, que respondían a una moda, a una manera de buen decir, ya en poesía, ya en prosa. El segundo tiempo, el de plenitud, lo marca Espronceda: patilla y barbilla bravucona, cabellera alborotada, ojos desmesurados. La estampa del buen romántico. Su poesía se llena de nuevo contenido, o intensifica el cultivo de temas que hasta entonces sólo habían sido tratados casi de soslayo, como el social (recuérdese la poesía social, casi socialista, de Meléndez); pero su forma, a pesar de innovaciones, sigue con la tradición de los cultismos (*vívido, fulgor, flébil*, etc.), o con la de los arcaísmos (*desaparecer*). La innovación, verdadera revolución, fue cargar de afectividad al lenguaje; llenarlo de un trasfondo que hasta entonces no habían tenido las palabras: las onomatopeyas y las hipérboles se multiplican, unas veces vacías de contenido y otras, erizadas de significación y de energía: el corazón, palabra grata a la nueva escuela, ya no está triste, solitario, sino “hecho pavesa”: sólo Lope o Góngora, afortunados imagineros de la palabra, pudieron

superar la febril imaginación romántica. El último momento, Bécquer, el último romántico: el más puro, el menos retórico, el más evocador. Lo que en Espronceda había sido ensayo o titubeo, alcanza en Bécquer plenitud y magisterio: Concha Zardoyá, y con anterioridad Dámaso Alonso, han sabido releer ese inmenso tesoro de sus Rimas, hechas con música de ángel; música difícil en ocasiones, por lo cargadas que está de intención, por lo poco grata que parece al primer oído. La lengua poética de Bécquer gana en expresividad a fuerza de contención, de misterio. Si se exagerasen los términos, se podría afirmar que fue él quien primero dictó las lecciones de poesía pura en la literatura española; no en vano se convirtió en maestro de las generaciones últimas de nuestra poesía contemporánea (Alberti, Cernuda, Juan Ramón, por citar a tres nombres).

Aún queda por revisar el último período de la literatura moderna española: desde 1850 a 1950, cien años en que se suceden vertiginosamente las escuelas, las modas, los nombres. Realismo. Modernismo, noventaichismo, vanguardismo, novecentismo, purismo, surrealismo, etc. Ísmos y más ísmos; y nombres y más nombres. La complejidad de este período, bien merece una revisión más detallada. Justo que pueda ser ofrecida en otro momento; y en otro espacio.

## LUZ Y SOMBRA

A mí se me ha antojado pensar en Góngora como un poeta proteico. No vestido de obscuridades —que las tuvo—, no imbuido de preceptiva barroca —que lo guió—, sino danzando ese eterno baile de toda la poesía española: entre el fuego de la belleza y el caudal vivo de la realidad. Entre Scila y Caribdis, según fórmula de Dámaso Alonso. Luis de Góngora, cuyo centenario se cumple en este año (1561-1627), también fue un poeta español tocado por la doble gracia de su poesía realista y de su elucubración barroca.

La crítica, la vieja y antañona crítica, está cansada de decir —siguiendo a Don Marcelino M. Pelayo— que en nuestro poeta hay dos frases: “poeta de la luz y poeta de las tinieblas”. Don Marcelino, lector envidiable, volvía a repetir lo que hacía unos siglos ya había dicho el murciano Cascales. Y con tal apelativo —“luces y sombras”— siguió apareciendo nuestro Don Luis por las páginas de todas las historias de la Literatura. El pobre Góngora —como diría Dámaso— había sido colocado en un cajón del fichero, y resultaba difícil meterlo en otro. Los poetas del 27 —los poetas y los críticos— hicieron el milagro: y entre los milagrosos, amén de los nombres ya insignes de Dámaso, G. Diego, M. Artigas, Alfonso Reyes, Chacón y Calvo, merece recordarse el de Agustín Espinosa, su ignominado catedrático de Literatura, por más señas poeta, que escribía malabarismos de crítica gongorina en una de las tantas revistas provincianas españolas. Y uno de esos malabarismos se titulaba: “Aleteos de Cisne”, una original y personalísima evocación de las polémicas del xvii —Góngora, Lope, Quevedo— escondida detrás de la andadura de la orgullosa ave.

Góngora apareció, reapareció, vestido ya con otro ropaje. Se lo habían puesto sus compañeros en lides poéticas del siglo xx, afanosos

de encontrar un nombre símbolo de la renovación poética y literaria a que aspiraban. Góngora, gallardete de algaradas literarias; Góngora, paladín de esforzadas causas de poesía. Y para ello necesitó ser redescubierto, interpretado, "traducido", literalmente traducido, por otros poetas: poetas armados de escalpelos de Aristarcos.

¿Y cuál es este Góngora de "luces", sin duda el menos conocido; o el menos leído? Letrillas, romances, décimas son los metros empleados, dicen los historiadores. Y añaden... Pero será mejor releer estos versos de un Romance, fechado precisamente en 1584, cuando Góngora contaba 23 años de edad. El texto dice así:

*Aquí, entre la verde juncia  
quiero (como el blanco cisne  
que envuelto en dulce armonía,  
la dulce vida despide),  
despedir mi vida amarga,  
envuelta de endechas tristes,  
y querellarme de aquella  
tan hermosa como libre.*

Con los primeros versos basta para analizar el contenido de esta faceta poética del genial cordobés.

El léxico, exquisitamente garcilasiano ("verde juncia" — "hierba verde" (Egloga III, Garcilaso); "blanco cisne" — "cual queda el blanco cisne", ibídem: "endechas tristes") las oraciones parentéticas que, como diría Dámaso, hacen precipitar más la acción incoativa, no concluida del "quiero", en el segundo verso ("quiero... despedir"); la adjetivación, tendenciosamente sensitiva ("verde juncia", "dulce armonía"); el vocabulario muy propio ya de madrugador barroquismo: "blanco cisne", ave muy cantada por todos los poetas, pero primordialmente significativa en el período barroco (hasta Gracián la menciona en su "Crítico"); el ya incipiente camino de estilización estética (lograda con ese doble juego del cisne y del poeta): todo es ya propio de un poeta que juega ya con alfiles distintos a los de Garcilaso. Aún resulta incompleto el juego; aún necesitará torres, peones, damas y reyes para completar su mate. Pero el jugador ya empezaba a menear, con gran atrevimiento, fichas hasta entonces inamovibles; palabras, conceptos y formas de expresión hasta aquel momento, o desconocidas, o inusitadas.

Bien que es cierto su garcilasismo —no puede olvidarse el Guadiana garcilasista de nuestra poesía, a lo largo del XVI, XVII y aún del XVIII—, no menos cierto su aire contenido y petrarquino; y hasta las referencias mitológicas no dejan de encontrarse en los poetas de la primera mitad del XVI. Pero es que Góngora estaba ya abocado a su gran cambio; es que el poeta se debatía ya entre las estrecheces de un lenguaje con el que su genio intentaba luchar, y no en vano. Y en esta lucha, en este duro forcejeo, que fue su lengua poética, a lo largo de más de treinta años, puede hacer un croquis de su cada vez más acusador estado de poeta barroco. De poeta de “tinieblas”. De poeta tal que concordase con las enseñanzas de los didactas de la época, defensores de una poesía hermética, reducida, minoritaria.

Poesía que, aunque peculiar de su segunda época, resulta un tanto extraña. Por lo apretada y densa. Por lo desnuda y conceptual. Dijérase que pudo haberla escrito Quevedo, Alonso Ledesma o cualquier poeta conceptista. Sólo dos versos (fecha: 1623) dicen más que todo el soneto al que pertenecen:

*Peligro corres, Licio, si porfías  
en seguir sombras y abrazar engaños.*

En el primer verso, contrabalanceando las dos acciones verbales (“corres”, “porfías”), un hombre; en el segundo verso, las dos acciones, unidas por el gancho conjuntivo —“y”—, que bimebran el verso, que lo hacen no perder el equilibrio. Esto, en cuanto a la forma; dentro, muy dentro de dos vocablos —“sombras”, “engaños”—, la evocación simbólica de la muerte, del término de la vida: Góngora augurador de Quevedo y Gracián, tocador de su misma cuerda. El relumbre culterano empañado por el filo mate del concepto, de la idea desnuda. Góngora, como Villamediana, como Pedro Espinosa, como Bocángel, como Rojas, jugando a conceptista; mezclando la palabra y la significación. Haciendo mangas y capirotos de su preceptiva culterana.

He aquí el Góngora menos conocido. Al que es necesario volver a descubrir. Y, sobre todo, releer. Tal vez para que nos enseñe el secreto de su magia poética con la que de chispas hizo llama. Y con la que quemó la envidia de sus contemporáneos, incapaces de malabarismos tan geniales. De jugueteos tan atrevidos.

Ya que, en definitiva, su atrevimiento fue su mejor triunfo.

## ALBORADAS DEL ROMANTICISMO

Europa resultaba, a partir de 1750, un volcán en erupción. Se había pasado de los salones a las barricadas; se había roto el diálogo y había triunfado el gesto. Un aquelarre de ideas y una gritería de palabras se iba enseñoreando de las mentes europeas: y de las americanas. El hombre no estaba ya satisfecho con ser súbdito; quería ser ciudadano. Al mandato substituye la Ley; y ésta, por añadidura, no la dictaba el Rey, emisario de Dios. Era el hombre, el consenso común de todos los hombres, el autor de esa Ley. Sí, orgullo, vanidad y hasta petulancia fueron los derribadores de viejos ídolos.

A partir de 1650 —las fechas, en Historia, son siempre imprecisas—; la Mitología, la adoración a la antigüedad, adornó a los poetas, a los pintores, a los escultores: el arte vivió bajo el signo del doble mito. Góngora podía ser el extremo inicial; Fontenelle, con su “Diálogo de los Muertos”, el otro. Entre ambos, una literatura devota del mundo perdido e ignorado. Pero... de pronto, en Suecia —luego, en París, más tarde en Madrid— se discute si la beatería por lo clásico era beneficiosa o no. Y, contra todas las tesis, se votó por la originalidad, por el triunfo del genio. Desde 1780 aproximadamente, la Mitología tenía sus días contados. Ya no más Boileau, ya no más reglas; ahora es Homero, ahora son los poemas gálicos, los himnos osiánicos: un primitivismo nuevo, puro, substituye a la copia falseada de los modelos clásicos. Lo primitivo se convierte en fuente de la nueva poesía. Y de la nueva ideología (recuérdense los intentos renovadores seudoerasmistas de Pistoia, o el galicanismo de la iglesia francesa).

Tiene todo este movimiento renovador una raíz: un mayor acercamiento a la Naturaleza. Ya no se necesitan fábulas, ni dioses, ni diosas: el río es río, el agua es agua, el prado es prado. Una borrachera, una

borrachera sensual —mal reprimida—, se desencadena. Los pueblos salvajes, los pueblos alejados de la civilización, los “descubrimientos” de Rousseau, de Fontenelle, de Diderot dejan boquiabiertos a los europeos. El hombre es más feliz cuanto más cerca esté de lo natural. Sí, ya algo parecido había dicho Moore; y nuestro Guevara, con su “villano del Danubio”, había dejado una semilla fructificadora. Pero lo importante es el tono exagerado, casi divino, que alcanza el fenómeno.

Primera consecuencia: el sentimiento es fundamental. De nada vale la razón, si falta el corazón. Genio y no talento: Adisson sería de los primeros en proclamar esta premisa revolucionaria. Luego, Young, en sus “Conjetures sur la composition originale”; a prisa, Herder, Lessing, Goethe. Osian podría significar mejor que nadie el nuevo derrotero de la poesía. Pasados los años, Richardson escribiría —describiría— los sufrimientos del atormentado corazón de Pamela; las cartas (lo confesional) tienen ahora un valor incalculable. Porque el hombre necesitaba confesarse en alta voz; o en baja voz, para que, luego, todos conociesen su confesión. Las cuitas de Werther o las de Pamela son gemelas: hay paridad de sentimientos.

La segunda: la ruptura con las reglas. Al corazón no se le puede medir los latidos. El artista es libre: elegirá su vocabulario, sus temas, sus formas. No tendrá estancos de géneros literarios; mezclará la prosa y el verso, enriquecerá la obra con ayes y exclamaciones, llenará los folios con pasión y con acción. El poeta se hace con “un cálido corazón, saturado de un único sentimiento”, diría Goethe. Y Diderot, aquellas palabras convertidas ya en enseña de una escuela: “La poesía desea ser una mezcla de lo bárbaro, de lo majestuoso y de lo salvaje”.

Y esto —majestuosidad, salvajismo, barbarismo— sólo podía hallarse entre los pueblos nórdicos, entre los escandinavos, entre los celtas, entre los sajones. Un desplazamiento radical hacia el Norte ocurre en este tiempo: desde el Mediterráneo hacia los mares nórdicos, brumosos, azulinos, llenos de tormenta y de zozobra. Las nuevas singladuras necesitarán nuevos navíos; y éstos —ya se ha dicho— se llamarán Osian, Bardos, Harold, Hervor, Odin. Los pilotos, Herder, Macpherson, Mallet, Gerstenberg, Thompson, Gessner. Por citar los dos nombres más representativos, gesnerianos y osianistas desatarán furor en toda Europa. La poesía se llena de ayes y de lágrimas, de misterios y de castillos, de



bosques y de susurros, de gentes lastimeras y corazones doloridos. Ya la poesía ha olvidado su fin utilitario —recuérdese a Blair— para convertirse en cauce de los sentimientos más escondidos. El poeta gana en singularidad lo que pierde en abstracción. La extravagancia en el atuendo o en el lenguaje son notas secundarias que completarán la paulatina transformación que irá sufriendo toda la Literatura.

## LA NUEVA FABULA

Toda novela se apoya en la hora en que nace: y recogerá de su hora, de su ambiente lo que conforme su realidad. Cervantes la deformará (por afán ético-ridículo); Stendhal la reinventará, sobre crónicas judiciales; Galdós se apoyará en la reseña periodística o en el reportaje. El novelista, filtro mágico, sabrá tomar, condimentar, transformar esa realidad en materia novelable. Casi siempre —en la novela tradicional— esa materia se incorpora al novelista; o éste la incorporaba. La gran novela del XIX es un friso, gigantesco, de la sociedad europea de su tiempo. Después, la novela psicológica o metafísica (Kafka, Joyce, Proust, Camus) intentará expresar la realidad interior por procedimientos varios. Sartre lo dirá con claridad (*situations*): “Los hechos aparecen a través de subjetividades”. Es el segundo realismo de Joyce, añade Sartre, “el realismo bruto de la subjetividad sin mediación ni distancia”. Zambullir al lector en el interior de una conciencia; obligarlo a la aventura, suprimido el narrador omnisciente, de saltar por encima de los intermedios y llegar al interior de los personajes. “Los hombres —dirá Camus— serán descritos por su apariencia externa, a través de sus gestos... en reproducir sus palabras, en proceder como si los hombres se definiesen por sus automatismos cotidianos”. Se tiende a la estilización de la realidad, a su mutilación deliberada.

### *No más objetividad*

Ya no más objetividad, ya no ver y contar —como hicieron Balzac, Dickens, Galdós—: ahora, ver y entrar. Sí, entrar en la conciencia, romper lindes, recrear la visión. O hacerla monstruosa, al deformarla. Deformación que nace —añade Sartre— del afán del compromiso; esto es,

el escritor no será un receptáculo de objetos, sino que los conquistará, los hará suyos. Con violencia, con saña, con parcialidad. No ver, sino conquistar; no recibir, sino aprehender.

La novela, hoy, no tiene héroe, más anti-héroes: no hay seres identificados con su fuerza, con su carácter, sino aprisionados por las circunstancias.

El personaje es abstracto: no tiene rostro, no tiene ascendientes. Como el K. de Kafka, puede no tener nombre.

La fábula se ha quebrado; sobre ella, dentro de ella está el río invisible, aunque caudaloso, de la conciencia: asociaciones, recuerdos, reflejos instintivos, interiorización de sentimientos.

La densidad de la narración sustituye a la narración-río: simultaneidad de acontecimientos, escenarios múltiples y simultáneos, tiempo roto (más psicológico que real).

El hilo narrativo parece un hilo eléctrico, cruzado de chispazos, casi de chisporroteos. De ahí la necesidad de que lector y suceso tengan espacios imperceptibles.

### *Escritor apasionado*

Todo esto trae una consecuencia: el escritor no puede ser pasivo. No es un testigo fiel, sino un agresor constante. Que lucha, intenta, ensaya, embiste, catapulta su imaginación para no dejar escapar nada dentro de aquel mágico circuito que debe recorrer la realidad. Esa que él ha recreado, con tan vastos, tan complejos, tan sutiles y tan complicados procedimientos. No es otro el procedimiento empleado por los lectores de Vargas Llosa, autores del libro que se presenta esta tarde.

Cuando el espacio se llama América, resulta más difícil y más compleja la tela novelística. Porque América, sociedad dual en la que —como dice Fernando Morán— el tiempo vulgar y el coyuntural aparecen fundidos cuando no indiferenciados: el hambre, la guerra, la violencia, las catástrofes —síntomas coyunturales— se vuelven fenómenos casi ininterrumpidos. Como si el tiempo estuviese marcado por aldabonazos arrítmicos y constantes. América, tierra sin ritmo, sin sincronía, con aluvión de realidades, necesitaba una novela capaz de reflejar este caos,

este magma en el que ni el más aséptico escritor hubiese podido vivir sin sentirse sacudido por su violencia y por sus estremecimientos.

### *Los contextos*

Carpentier —el lúcido cubano— señala como contextos esenciales de la novela hispanoamericana: coexistencia de hombres distintos, inestabilidad económica (siempre coyuntural, nunca firme), supervivencia del animismo (enlace del presente y pasado remoto), inestabilidad política y ambivalencia de las funciones de clase. De tales caracteres pensamos, tal vez sea en la ciudad, en el predio urbano, en donde resulte más fácil descubrirlos: porque la ciudad, el núcleo urbano, oculta siempre la mitad de la realidad. Mundo jánico en el que, cual segunda selva, el novelista deberá vivir, sobrevivir y narrar. Selva tan intrincada y mágica que sólo el misterio resulta real. Todo lo demás parecerá extraordinario, mágico o maravilloso. Repitiendo la frase de Cortés, el conquistador, “esta tierra más es para caballerías que para hombres”. Caballerías de cabalgadas ilusorias e irreales, como las de Palmerín o Amadís.

### *Magia*

Esta mezcla tan abigarrada, este mundo mágico y telúrico, este caos tentador, esta realidad atemporal y abstracta, este poderoso juego de contrastes tan violentos, es lo que el novelista americano ha percibido. Y ha sido capaz de narrar. De un modo inconexo, de una forma balbuciente, con una estructura caótica y desmembrada. Porque refleja el caos emocional y social del autor, sacudido también por los invisibles volcanes de la sociedad americana. Volcanes con riadas de lava viscosa, laberíntica y rojiza. Como las ciudades de América, hechas por simbiosis, formadas de amasijo, apoyadas en la fantasía. Como la misma sociedad, hecha de estratos petrificados —al decir de Morán—, en los que resulta difícil separar lo antiguo de lo moderno, el caos del orden, el mito de la justicia, la adolescencia de la madurez. Hacer de minero en esos estragos, cavar con furia, sobrevivir en medio de tal cúmulo de cosas, es labor impropia del escritor, ya no sólo testigo sino actor, y actor lúcido, de espectáculo tan lleno de maravilla y de realidad.

De ahí la violencia, hija de la violencia interior latente en toda América. La literatura resulta ser “una manifestación de una revolución

permanente". El novelista, como dice uno de los autores del libro que nos ocupa —"Agresión a la Realidad"—, "impone con su visión de alucinado su idea en un medio que suele resultar hostil. La coeteneidad del novelista y el lector hace que uno y otro se aproximen y se conozcan: la mitificación y popularidad del novelista tiene ahí su origen.<sup>1</sup>

### *Las armas "secretas"*

Sólo consigue cumplir su cometido con un arma: con las palabras. El habla, dice Carlos Fuentes, une el pasado y el presente, gracias a la intemporalidad de la lengua, gracias al bombardeo incesante de la palabra dicha de forma muy diversa: ordenada, distorsionada, cacofónica, salmodiadora. La palabra, más que signo, significante hecha de mil formas. Y cada una de ellas, labrada por la magia del escritor.

La novela hispanoamericana, criatura monstruosa y abigarrada, crecida en aluvión —Amazonas sin riberas—, tendrá la violencia y la agresión como signos inequívocos. Sólo con estas armas podrá subsistir en medio de lucha tan feroz. Y el novelista, poseedor de un inmenso poder crítico, deberá atalayar la riada que pasa ante sus ojos para convertirla en materia moldeable y literaria. Al decir de Gallacher —otro de los autores de "Agresión"—, "deberá comunicar sus experiencias, terribles, de su vida, para convertirlas en mito de trascendencia universal".

La circunstancia que rodee al escritor —su país, su gobierno, su ciudad, sus amigos o enemigos, su régimen político— es telón de fondo, es mero accidente. Aunque la revolución cubana haya perforado dialécticamente el continente, y aunque casi todos los novelistas se sientan solidarios de ella, no debe verse en este partidismo sino una mera causalidad secundaria. No hay apoyo político concreto. Ni Vargas, ni Rulfo, ni Cortázar, ni Carpentier, ni Borges, ni Onetti, tienen una ideología uniforme: son progresistas, han conocido la persecución, son mineros de la libertad, pero difieren entre sí como piedras que son de aristas muy distintas.

1. CARLOS FUENTES: "Agresión a la realidad".

*El corazón de la realidad*

El mismo Vargas, en un texto muy expresivo, nos lo dice claramente: "Trasladar al lector al corazón de la realidad". Y hacerlo con violencia, con agresividad: "son los que me arrastran, me arrebatan". Expresar diversos niveles de la realidad, descubrir los estratos del magma social, y descubrirlos íntegramente, sin dejar ningún rincón por visitar. Aunque, como él mismo dice, "una especie de jungla de la que no hay escapatoria posible", que es la sociedad, obligue al escritor a estar en una pugna constante, por ser la violencia el síntoma constante de las relaciones humanas.

Así, la Lima de "La Ciudad y los Perros": no la de la catedral barroca, no la de los palacios señoriales, no la del aire tibio y andino —según la vio Ricardo Palma—, sino la ciudad "color moco", color caca, ciudad j... Esa ciudad que hace exclamar a uno de los personajes, con una explosión bien significativa: "¿En qué momento se había j... el Perú?"

Descubrirlo, describirlo, vivirlo, comunicárnoslo: tal ha sido el secreto de Vargas Llosa, cuyas intimidades y cuyo saber hemos travisto gracias a las páginas de este libro que hoy hemos pregonado.

Haberlo hecho tumultosamente, haberlo hecho sin orden, tal vez a nuestro novelista se deba. Por eso, el pregonero prefiere guardar sus cuartillas para poder volver a releer las páginas de su libro. Ese que arrebatada y arrastra.

Para convertirse en lector arrebatado por la furia, la magia y la violencia de un novelista.

## JUAN RAMON: CITA OBLIGADA

*Para Saulo Torón, Pedro Perdomo,  
Agustín Millares, poetas.*

### I

La Laguna. Frío y niebla de octubre. Por la calle de San Agustín, rumor de estudiantes. Uno de ellos relee a un grupo de amigos —a Isidoro Luz, a Salvador Quintero, a Tomás Cruz— un libro de versos; se titula: “Sonetos Espirituales”.

*Estaba echado yo en la tierra, enfrente  
del infinito campo de Castilla,  
que el otoño envolvía en la amarilla  
dulzura de su claro sol poniente,*

Y cuando recitaba los últimos versos,

*la primavera le mostraba al mundo  
el árbol puro del amor eterno.*

parecía que estallaba una jauría de rosas en el frígido jardín del agustino convento lagunero.

Agustín Espinosa, bachiller en ciernes, estaba recibiendo las primeras lecciones de primor, de exquisitez y de simplicidad; de simplicidad, la eterna compañera del poeta. Estaba leyendo el bachiller aquellos versos —tan nuevos, tan extraños, tan cegadores de luz— para poder escribir años después al propio Juan Ramón: “Aún le podía a usted contar algo de mis lecturas juveniles, por los claustros del convento lagunero que albergaba el Instituto, cuando un grupo de amigos leíamos, embelesados, sus “Sonetos Espirituales”. O, con desgarró muy suyo, gritarle en otra carta: “¿Sabe usted, querido Maestro, lo que es ser Cadrático de Literatura en una isla pequeña y atlántica?”.

En aquel primer otoño lagunero, los trece años de Agustín Espinosa estaban enriqueciéndose por vez primera con las "islas del instante" del poeta: aquellas islas que él, Juan Ramón, iría desgranando una a una. Para llenarlas de color, para henchirlas de luz.

## II

Un libro verde, manoseado, signado de cruces; marcado de notas. Se titula "Antología". Primer libro de lectura bachilleresca. En las tardes de estudio, triscábamos palotes, entre página y página, mientras algún compañero leía. Alguna vez, muy pocas, reinaba el silencio: el profesor de literatura, con un seseo y un nerviosismo muy suyos, con en énfasis y un calor nada frecuentes, iba releendo el texto. Sobre todo uno: "Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de Platero"; así comenzaba. Nuestro profesor nos hablaba de un burro llamado Platero y de un poeta llamado Juan Ramón. Nosotros asociábamos el nombre del poeta con aquel loco rodeado de gritos y algarabía infantil; con aquel pobre hombre que se pasaba el libro dialogando con su borrico. Recuerdo que una tarde tuve que leer yo; y me tocó en suerte el capítulo de "Darbón"; profunda impresión me producía aquel médico con boca roja y desdentada. Leía a tropicones, mal engarzadas las frases, mal medidas las pausas, saltándome a la torera todos los puntos, ignorando las comas. El profesor me interrumpía: sus inflexiones, sus finales, su tono suave y marcado mal rimaba con mi descompasada lectura de once años. Todavía hoy recuerdo las primeras líneas del libro, mi primer libro de lectura: "Platero es pequeño, peludo, suave...". No sé por qué, pero de algún rincón, misterioso rincón de nuestra aula de Gramática, esperábamos que saliese, trotando y jugueteón el borriquillo de nuestros sueños: recreado con tan vívida realidad por un inolvidable lector que se llamó Agustín Espinosa.

## III

Madrid, 1936; Saulo Torón, con su segundo libro de versos: "El Caracol Encantado". Mar —como el de J. Ramón— que es alma, que es vida, que es eternidad; mar sin sirenas; sin tritones, sin oriflama. Mar sencillo, mar estilizado, rítmico, canoro; mar de tierras y mar de



orilla; mar de playa y de caracol; mar de rocas, de sirenas varadas, de eternidades. Por vez primera aparece en Canarias el eco juanramoniano; como seguiría oyéndose en Félix Delgado, y en Julio Antonio de la Rosa, aquél trágico y desolado poeta de Tenerife. Y aún, si quisiéramos completar el mapa poético de Juan Ramón en las islas, ahí está, inédito y estremecedor, el "Diario de un poeta recién casado", modulado con la mejor prosa de Agustín Espinosa, doctor juanramoniano.

Ahora, esta tarde, Ventura Doreste va a hablar del Maestro, ya ido: en jinete de aérea mariposa —como la de Platero, como las de Darbón. Y va a hablar con amor, con fervorosa unción. Quizás sea esta oración suya vespertina la primera elegía que escucha Juan Ramón en esta isla redonda, marina. Ungida para siempre por la gracia de un poeta, maestro de poetas.

## UNAMUNO DESTERRADO

1924. Miguel de Unamuno desterrado por el General Primo de Rivera a la isla de Fuerteventura (Canarias), a causa de unos artículos estimados ofensivos para la persona del Dictador. Un 10 de marzo llegó a Puerto de Cabras, capital de la isla, y allí permaneció hasta el mes de julio, en que el Gobierno, conocedor del proyecto de fuga urdido por el desterrado con la colaboración de elementos políticos franceses, decidió levantar el destierro que sobre él pesaba. Embarcó don Miguel en un barco francés en el Puerto de Las Palmas y se dirigió a París, en donde residió hasta la instauración de la República española en 1931. Allí, en Francia, lejos de su Patria y de los suyos, angustiado de soledad, el poeta terminó un libro de sonetos comenzado en los días fuerteventureños, mientras rumiaba los endecasílabos junto a las nítidas playas de la isla; y mientras, poco a poco, iba descubriendo la hondura del azul Atlántico.

A poco de llegar a París, escribe a Don Ramón de Castañeira, su más íntimo amigo de Canarias. En su casa, cada tarde, Unamuno sacudía a latigazos la modorra insular y la pacatería de los insulares que le escuchaban: el cura, el juez, algún propietario... Punzante, temible, la palabra de Unamuno cortaba el aire insular como una flecha hasta llegar a los pudibundos oídos de los contertulio. En recuerdo de aquellas tardes, añorando aquellos días, Unamuno vuelve sus ojos enfebrecidos de dolor hacia la última tierra española que había pisado antes de llegar a Francia; una tierra hosca, paramal y desértica que se adueñó del corazón del poeta. El libro de "De Fuerteventura a París", es, en su primera parte, el testimonio más fiel de la hondura con que caló "las raíces de roca" de la isla en aquel pecho tan amigo de la amistad:

“Es que no pueden figurarse el estado de mi ánimo, ni lo que es vivir en ansiedad y expectativa continuas. No es que me falte tiempo, no; es que me falta sosiego. Vivo devorando la historia que pasa. Me paso las horas muertas —¿muertas?— tendido sobre la cama, mirando el techo del cuarto —no al cielo— y soñando el porvenir. La agonía de España es algo trágico, porque voy creyendo que es España la que agoniza”.

“Porque es España la que agoniza”: he aquí resumida la idea batallona de don Miguel; la agonía española, la suya propia. Tonos negros, tétricos presagian el contenido de la carta. Alejado de España, sin poder pisar su tierra, estremecido de ausencia, Unamuno va hilando trabajos y días: y en esta urdimbre de sus sueños tenía mucho que ver la imagen de la isla fuerteventurosa en donde él había pasado tres meses continuados y en donde —como diría en otra ocasión— había encontrado la descarnadura volcánica de la “nobleza majorera”.

“¡Fuerteventura! ¡Mi Fuerteventura! ¡Cuánto he hablado de ella con mi querido Mr. Filtch, que también volverá a ésa, se lo aseguro. ¡Fuerteventura! Si viera que mi fin se acercaba y que no podía morir en mi tierra más propia, en mi Bilbao, donde nací y me crié, o en mi Salamanca, donde han nacido y se han criado mis hijos, iría a acabar mis días ahí, a esa tierra santa y bendita, y mandaría que me enterrasen en lo alto de la Montaña Quemada, o al lado de esa mar, junto a aquel peñasco al que solía ir a soñar, o en Playa Blanca”.

Nunca más volverán a sonar palabras tan íntimas y sobrecogedoras y tan ligadas a la geografía de la isla; geografía enriquecida por la palabra de un poeta. Vuelven a tener vida los paseos solitarios por la rojiza tierra volcánica, en compañía unas veces de Mr. Filtch —traductor y compañero de Unamuno durante una breve temporada en Fuerteventura— y otras en la de Hormiga, en la de Castañeira o en la de otros amigos insulares. Tan ligado está ya el nombre de la isla con el escritor, que constituirá el triángulo más afectivo de su vida. Bilbao, Salamanca, Fuerteventura, nombres con los que estaba ya vinculado el fervor unamuniano: Betancuria, Playa Blanca, Montaña Quemada, nombres inmortalizados para siempre por la más hermosa mitología. “La roca sedienta al Sol” que fue Fuerteventura para la imaginación del poeta, había dejado en su alma “raíces en la roca y raíces de roca”: hidalga, señorial y orgullosa como el “contorno esquinado” del camello, imagen viva de la isla.

Pero España, España le obsesionaba; fue su segunda amante. Por eso, después de esta remembranza lírica, volvía sus ojos hacia adentro y se desgarraba de tristeza y pesadumbre. El soneto que copia en la carta a Castañeira es uno de los que incluiría luego en su libro "De Fuerteventura..."; no en tanto el soneto —que transcribimos por las ligeras variantes que ofrece con el texto impreso—, cuanto a las acotaciones del propio autor:

"Y cuando publique mis sonetos irá al frente de ellos una carta a usted (promesa que Unamuno cumplió). He seguido haciéndolos, y llevo ya 103. Ahí va el 92 escrito el día en que acompañé el entierro del hijo de uno de mis amigos de aquí, muerto de meningitis tuberculosa":

*A un hijo de españoles arropamos  
hoy en tierra francesa, el inocente  
se apagó ¡féliz él!, cuando su mente  
se abrió al mundo en que muriendo vamos.  
A la pobre cajita sendos ramos  
echamos de azucenas, el relente  
llora sobre su huesa y al presente  
de nuestra Patria el pecho tornamos.  
"Ante la vida cruel que le acechaba  
mejor que se muera", nos decía  
su pobre padre con la voz temblando;  
era de Otoño y bruma el triste día  
y creí que enterramos ¡Dios callaba!  
tu porvenir sin luz, España mía.*

¡Y tan sin luz! Porque no se le ve salida a esto. Es imposible un cambio o estado de justicia, dignidad, libertad y normalidad sin procesar y castigar los sediciosos del 13 de setiembre, y sobre todo al M. Anido, el cerdo epiléptico, "cuyos crímenes y latrocinio exigen reparación".

Unamuno satírico, violento, iracundo, pasional; desvistiendo todo su ropaje humano, haciendo salir toda su furia española, aireando su encarnadura ibérica. Aunque estuviese vestida con el ropaje endecasilábico, aunque en el fondo latiese el más íntimo dolor del hombre.

Todas las menudencias domésticas españolas de aquellos años aparecen caricaturizadas en la prosa epistolar de Unamuno: los trabajos de conspiración en que andaba metido hombro a hombro con Blasco Ibáñez,

la publicación del semanario "España con honra", el manifiesto de Alba contra el Gobierno, la intervención de Herriot en favor de los republicanos españoles en exilio, la punzante referencia a la admiración que el Rey sentía por Unamuno, el fracasado golpe revolucionario en Vera (Navarra), la alusión a R. Soriano —compañero de destierro de Unamuno— y a sus manejos politiquiles nada limpios, la mención constante de M. Anido —"cerdo epiléptico"—, el pergueño risible de "los entes grotescos" conocidos por el desterrado en la isla, a la que, una y otra vez, volvía los ojos del recuerdo: como contraste a tanta suciedad y tanta bazofia.

"Y vuelvo sin querer a lo de esa isla bendita a la que llamé "tesoro de salud y de nobleza". No me canso de elogiarla. Y verán Vds. cuando publique mi libro. Bien quisiera ir dedicando un recuerdo a cada uno de ustedes, a su padre, a sus hermanos, a don Víctor —le escribiré en cuanto me sienta en ánimos de confesión—, a Paco Medina, a don Pancho, al Juez, a todos los de la tertulia inolvidable, al patriarca de todos, a don Matías López... Y volveremos a la Oliva, y a Pájara, y a la finca de Barrera. Y besaré con lágrimas en los ojos —como salí de ahí— esa tierra sedienta..."

La tertulia vespertina de Pto. de Cabras, sin faltar uno solo; hasta el posadero Medina y el cura don Víctor, al que Unamuno abrumaba de teologías, de latines y griegos en sus discusiones. Sopla una brisa reconfortadora en el ánimo del desterrado cuando evoca la placidez y la somnolencia insular, cuando, en la solana de la pensión, don Miguel jugaba a las paradojas, a las desconcertantes paradojas, con sus fervorosos contertulios. Quizás levara entonces por primera vez alguno de sus sonetos, quizás allí desgranara sus sueños más reconcomedores, quizás ante aquel parvo auditorio Miguel de Unamuno expusiese muchas de sus puntiagudas ideas: aquellas que tanto y tan profundamente calaron luego en la quelónica costra hispana. El escritor, nimbado de este recuerdos, no acierta a reunir las palabras con las cuales pudiese regalar a la tierra "sedienta y noble", "africana y quijotesca", algo de lo mucho que su espíritu hubiese deseado.

"Cuando voy al jardín de plantas me detengo ante los camellos. Pero no son los de ahí. ¡Ahí! ¡Cuándo volveré a ver esas peladas montañas desde la mar, en una barquita de Hormiga! ¡Cuándo volveré a sentarme en aquella roca, junto a aquellas

ruinas, a brisarme el corazón acongojado con el canto eterno de la mar apaciguadora! ¡Qué raíces echó ahí mi corazón! Y planta que echa ahí raíces da flor y fruto, pero apenas da hoja. Es como la aulaga”.

Ni más lirismo, ni más intimidad. Se oye el oleaje marino, se presiente al poeta en la playa, se vislumbra el inaudible martilleo de los endecasílabos enhebrados de sal marina y de solitarios monólogos. Y la mar —sí, mar mujer— estrellándose en la costa, o acariciando la arena, o meciendo el barquichuelo en el que el poeta volvía en sueños a sus infantiles años bilbaínos, cantábricos y rumorosos. En el corazón del poeta —enfebrecido y palpitante— había paz y mansedumbre al sentirse, aulaga de su tristeza, aquella agua soterrada que fluía día a día por todas sus venas.

Sí, desde París, un 29 de diciembre de 1924. Miguel de Unamuno, tendido en la cama de su pensión (2. Rue Laperouse), vio pasar por delante de sus ojos el hermoso desfile del pasado. Un pasado que, como él mismo decía, volvía

*Como las olas de la mar inmensa.*

Olas espumosas y palpitantes de palabras.

## ORTEGA O EL POLITICO

En un reciente libro de Guillermo Morón,<sup>1</sup> el autor desmenuza, de una manera consciente y ordenada, el material que, de un modo fraccionario, representó el acontecer histórico de España en los cincuenta años de esta centuria. Y centra, precisamente en Ortega, todo este oleaje nacional, unas veces rugidor, otras rumoroso, pocas veces plácido. Ortega y Gasset —Don José— fue el epicentro de la vida política española; y, como dice muy bien G. Morón, lo siguió siendo aún después de haber librado la “última gran batalla”. Esa batalla que él, millonario en metáforas, llamó la “muerte regocijada”.

Acercarse a Ortega “político”, y hacerlo, como lo hace G. Morón, sin pasión partidista y con claridad, predispone ya al lector. Analizar fría, serena, ampliamente hechos y cosas —conocidas unas, olvidadas otras, ignoradas algunas— acaecidos en la España contemporánea, implica en quien lo haga, dos virtudes: meticulosidad y ardor (que no es igual que pasión). Nadie más ardiente que Tácito, ni nadie más meticoloso: la infrahistoria de Roma está palpitante y viva en las páginas de sus “Anales”. También nuestra España, necesitada de algún Tácito revelador, ha encontrado en este historiador, uncido por hondos y enraizados sentimientos con todo lo hispano, un feliz narrador y un analista concienzudo de las intimidades españolas.

Porque bucear, como lo ha hecho el autor, en esa hoguera, aún llena de rescoldos y de brasas encendidas, sabiendo el riesgo que corría su aventura, prueba tener buena brújula para periplo tan peligroso. Pues como él mismo dice en sus preliminares palabras, su obra es tan sólo, “un guión de archivo”. Y el servir de guión, el archivar y ordenar datos,

---

1. *Historia política de José Ortega y Gasset*. México, Edic. Oasis, 1960.

el ofrecerlos a la curiosidad pública: eso sólo es capaz de hacer quien se sienta familiarizado con el pasado. Aun cuando, como en el caso Ortega, ese pasado tenga todavía vivencia actualizadora.

Gira el vivir político de Ortega en torno de una palabra: Libertad. Con mejor o peor suerte, sus amigos, sus discípulos y hasta sus detractores lo calificarán de "filósofo liberal". Su liberalismo será causa de su encasillamiento en tal o cual bandería. Morón aporta los primeros textos en donde el filósofo aletea su ideario de hombre liberal; y es curioso señalar que, aún poseyendo el albergue de "El Imparcial", reducto accesible a contados escritores españoles, el joven doctorando —en 1904, leía en la Universidad madrileña su tesis doctoral— ya se manifiesta disconforme con una parte del ideario tradicional en la casa de sus mayores. Su "afán de claridad sobre las cosas" le moverá a mostrarse riguroso censor del viejo liberalismo decimonónico, más amplio de rutinas que de novedades. Y él, José Ortega, definiría al liberalismo como movimiento renovador, no como fruto de una herencia recibida. Sería curioso buscar los antecedentes de esta dedicación fervorosa por la Libertad, dentro de la obra orteguiana: hacer algo así como un mapa espiritual de la Libertad en Ortega. Y, dejando a un lado otros ángulos de este polígono irregular y liberal, podrían quedar como hitos señeros: su artículo "Disciplina, jefe, energía" (1908), "La Rebelión de las Masas" (1930) y "Del Imperio Romano" (1940). Es posible que a ellos se puedan añadir otros nombres, bien inéditos, bien en vías de publicación. Por el momento, vale la pena contentarse con ellos. Y releerlos con un poco de calma, sin premura.

En 1908 alcanzaba Ortega a presagiar la "nueva emoción política" tan necesitada en la España de aquellos días, cargada de tan negros y nefastos nubarrones. La voz limpia y revolucionaria del "mayorazgo" Ortega, por boca del más joven de todos, denunciaba la necesidad de renovación en el andamiaje del liberalismo español. Aquel liberalismo —como dirían otros conspicuos liberales, entre ellos el Dr. Marañón— nacido en las entrañas mismas de la España de Fernán González o de Juan de Padilla, aunque uno y otro entendiesen de distinto modo el sentimiento liberal, o la defensa de la libertad: de las viejas y señeras "libertades". Para José Ortega neófito en lides políticas, tenían valor primario sus lecturas de Panecio, Posidonio y del más esclarecido de sus discípulos, de Cicerón. Las enseñanzas impartidas por los dos filóso-



fos griegos en la sociedad romana, y que tan honda huella dejarían, no pasaron desapercibidos para el profesor de Metafísica de la Universidad madrileña. Uno de sus más inmediatos discípulos, J. Marías, se ocuparía del problema estoico en dos de sus libros; el mismo Ortega, en el Prólogo a *Una Historia de la Filosofía*, de Brehier (Vid. "Dos prólogos", edic. Rev. Occidente, 1944), se refiere al fecundo maridaje de las filosofías, helenísticas, en donde los ecos platónicos y aristotélicos tienen tantas y tan variadas resonancias. Sin duda, Posidonio y Escipión, figuras tan caras a la prosa orteguiana, simbolizan el magisterio de un racionalismo que, gracias a la "llama afectiva", a la emoción con que explica los hechos, aparece depurado de su frialdad, de su artificio retórico. Por otro lado, el tono aristocrático que infunde Panecio a la concepción política del nuevo Estado-Ciudad, tenía que dejar huella indudable en el historiador Ortega. Pues, como él mismo declara en su mencionado "Prólogo", "la filosofía es función de la vida colectiva, es un hecho social": y el descubrir, estudiar, aplicar ese concepto —filosofía— a la "colectividad humana", fue un proceder común en los estoicos de la Stoa Media, en la Roma republicana; y de Ortega, neo-estoico español, en la España monárquica de principios de siglo. Y hasta, si se quisiera, se llegaría a forzar el paralelismo, cuando se recuerda el paredón que el judaísmo cristiano significó para la evolución del ultraestoicismo pagano. Al igual que Posidonio, también Ortega se encontró siempre, latente en su alma, ese nihilismo anticlerical que con tanta donosura está narrado en las páginas del libro del Dr. Morón.

En la "Rebelión de las Masas", Ortega, aristócrata por naturaleza y por cultura, se enfrenta con el pavoroso problema del hombre, no sustancia abstracta, sino género concreto, con su especificación bien clara: "hombre masa". Ortega tan propicio a la más leve incitación, no pudo inhibirse en el entonces candente problema social que, ya desde el ángulo católico —Encíclicas, Pastorales, Catecismos—, ya desde el campo marxista —manifiestos, folletos, etc.— inundaban a Europa. La Cuestión Social, un término que tuvo variadas terminologías según la pluma redactora, encontró en el sociólogo Ortega una definición más categórica, más ceñida, más concreta. A Ortega no le interesaba el aspecto social del problema, sino el análisis de quienes lo promovían. Y ese indefinido —"quienes"— alcanza en la prosa orteguiana la densidad apretada de un volumen, cuya lectura tan honda resonancia iba a dejar no ya sólo en el ruedo ibérico, sino más allá de nuestros lares

mediterráneos. Frente al hombre masa, Ortega, pensando como político —como filósofo acuciado por su función social—, adopta una actitud sin reservas: denuncia la arrolladora marea que Europa está sufriendo, desde hace unos decenios, en virtud de la cual la civilización y la barbarie parecen haberse ayuntado: en simbiosis un tanto original. El sentido respetuoso y liberal —raíz de su liberalismo, su respetuosidad (vid. libro de Morón, p. 71)— de Ortega chocó violentamente con esta ruptura incontrolable de toda clase de pactos o de obligaciones: el imperio del nihilismo y de estulticia comunales irritaron la sensible piel del pensador ibero. Y con igual furia acometió, denunciador valiente, contra el mal que ya comenzaba a asfixiar al hombre europeo. Sí, a aquel hombre europeo a quien él, José Ortega —ibero por tantas razones— se sentía tan hondamente ligado. Después vendría la risotada de los más, la ironía de los menos, el desdén de tirios y de troyanos: se hablaría hasta la saciedad de la torre de marfil orteguiana, del orgullo de casta, de sus ensueños seudoplatónicos. Y, aunque algo pudo haber de todo esto —Guillermo Morón apunta muchas razones en pro de esta hipótesis—, más pesó ese sentido universal, humano, que en todo momento fue dueño del alma vigorosa y sensible de Ortega.

En “Del Imperio Romano”, libro escrito en 1940, Ortega estudia el arduo problema que ya había dejado claramente esbozado Rostovtzeff, el historiador ruso del Imperio de Roma. Ortega va más allá, y se enfrenta con las causas definidoras del nacimiento del Imperio. Se vale para ello de un buen guía, del último gran republicano, de Cicerón. Descubría Ortega la “faena terrible e inexcusable del Estado”, descubría la razón del “imperium” o mando. Sin duda, fue esta devoción, esta religiosa inclinación por el mando, connatural al ciudadano romano, lo que movió más al romano a su sentimiento de Libertad —“vida como libertad”, al decir de Ortega— y a su odio hacia los Reyes, depredadores de esa Libertad, ostentadores del realganismo tiránico. Pero además dejaba Ortega esbozada otra cuestión, la libertad europea, la libertad de su tiempo: la que él, José Ortega, había conocido y que ahora —1940— añoraba. Sólo que él, a diferencia de su maestro Cicerón, no pedía una “libertad de palabra” para que hubiese, por ejemplo, Parlamentos, sino que, en el fondo, veía, con desesperanza —así son de melancólicas sus palabras— la imposibilidad de ver renacida aquella Libertad, suspiraba

con la misma intensidad que la soñó el último gran republicano de Roma. Ortega venía a ser el último y gran liberal de la Europa bélica de 1940.

No. Ortega no fue monárquico, ni republicano. No por singularidad —como Unamuno—; sino por exceso de razón. Su pecado, el pensamiento, lo llevó siempre a ese estado límite, a esa frontera en donde mejor es pasar que quedar. Y Ortega siempre quedó, Ortega prefirió no saltar. Aunque hubiese ya hecho el camino, aunque hubiese adoctrinado a otros: el prurito de la Razón lo detenía. Le faltó Acción, o Decisión. Prefirió henchir la individualidad de otros; no imponer la suya propia. Pero ese henchir de voluntades, esa ágora pública que fue su palabra viva, esa honda y fructificadora semilla que fue su enseñanza, eso, como dice G. Morón, bien vale el respeto y la admiración de todos.

## NUESTRA AMERICA

Recientemente, el escritor J. J. Armas Marcelo comentaba la sensibilidad política y la sordera sistemática predominante en altos, en muy altos, cargos de la Administración. Se refería al incidente promovido —tanto en Cuba como en Perú— por la ausencia del Presidente del Gobierno español en el acto de la toma de posesión del nuevo mandatario peruano.

Denunciaba Armas Marcelo esa sistemática indiferencia con que la política exterior española ha venido contemplando sus relaciones con América del Sur. Y la denuncia era dura, agresiva, correosa inclusive. Pero exacta.

Para cualquier conocedor del mundo americano, el “españolismo” con que se ha querido arropar cualquier acto, cualquier gesto hacia América, sintoniza con aquella arrogancia, con aquel desparpajo y con aquel aire de jactancia provocativa que acompañó a tantas páginas de nuestras relaciones americanas. Y no sólo durante el período del colonialismo, sino después de alcanzada la independencia de los países iberoamericanos.

Nuestros embajadores, nuestros cónsules han creído, casi siempre, que siguen siendo legados del Rey. Poseedores de un poder y de una autarquía virreinales que les impide conocer, palpar y convivir con el país residente. La Embajada o el Consulado adquieren un aire versallesco y decadente, digno del esperpentismo de Valle Inclán.

El paternalismo y la petulancia de una falsa sabiduría convierten a los interlocutores españoles en grotescos muñecos de bambalinas: faltos de naturalidad y de ligereza. Plúmbeos e insufribles: por su flatulencia y su ignorancia.

Ahora mismo, la última reunión de las Comisiones Nacionales del V Centenario celebrada en Buenos Aires ha demostrado, una vez más, la falta de sintonía española, incapaz de conectar, en la misma frecuencia, con un mensaje común, con una idea común y con un criterio común expresados por la mayoría de las Comisiones americanas.

Celébrese el Descubrimiento —¡sí!— el 12 de octubre de 1992. Prepárese ese largo centenario, para que una lengua unidora y un pensamiento histórico encadenen, aten y unan, no separen, alejen y confundan.

Háblese, de una vez, una lengua española que tenga la intensidad, el tono y el timbre familiares a los oídos americanos: no la lengua acalderonada, guturalizante y campanillera. Olvidemos de una vez la cruz y la espada, símbolos de tantos dislates, para acostumbrarnos a utilizar el diálogo auscultador. Un diálogo de interlocutores equilibrados por la paridad.

Cuando algo de todo esto lo aprendan nuestros políticos, entonces comenzará a hablarse en verdad de un modo iberoamericano. Mientras estos mismos políticos jueguen al escondite, oculten sus alfiles y utilicen mensajes inaudibles, seguirán siendo los “españolitos”, denigrados, escarnecidos y vapuleados por cualquier pedazo de tierra americana. Porque ese “españolito” —Presidente de Gobierno, Ministro, Embajador, Cónsul, o emigrante presuntuoso— sigue vestido ante sus interlocutores, como si aún llevase cota, malla, espada y fuese portador de la verdad única e incontrovertible. Sí, aprendamos humildad, cerremos todas las arcas del Cid y comencemos a admitir que 20 pueblos con un pasado común tienen un futuro que sólo ellos deben ir forjando. Sin tutelas, sin consejos y sin suficiencias de vieja consejera. Sí con hermandad igualadora.

Porque las consejas, decía el poeta, sólo se oyen al crepitar el rescoldo del fuego.

De nada sirven ser dichas cuando no van a ser escuchadas.

## EL HOMBRE AMERICANO

El tema resulta tentador. Mucho más para alguien que no es americano. Los hombres de América, a diferencia de los hombres de Europa y de Asia o de Africa, siempre han tenido curiosidad, centílica en ocasiones, por conocer su propia identidad. América es un amplio, un vasto, un desconocido continente. Sigue siendo un Nuevo Mundo, sigue siendo aquel profético mundo que Colón descubrió en 1492; un mundo, como ha dicho un historiador, que no sólo resultó nuevo para el descubridor, sino que resultó nuevo para el resto de la humanidad. Porque desde entonces la humanidad ha conocido la Edad Moderna.

Intentar un acercamiento, un ligero acercamiento al problema de la americanidad —y hay que perdonar el neologismo—, no es nada fácil. El hombre americano es una mezcla de razas, de culturas, de tradición, de novedad. Y de futuro. El hombre de América no puede ser el hombre cartesiano, no puede ser el hombre aristotélico, no puede ser el hombre tomista, no puede ser, ni siquiera, el hombre kafkiano, ese hombre abstracto, casi sólo un ser encerrado en el jardín de cristal de su desesperanza. El hombre americano vive, late, se apasiona, y parece comportarse como si todavía jugase al nuevo nacimiento de la Historia. Porque tal vez sea esto, el descubrir la novedad de cada día, el aprender un futuro que no aparece claro, el tener un vigor juvenil que nunca ha desaparecido, tal vez sea esto lo que más caracteriza al hombre de América. Al hombre del Nuevo Mundo. Al nuevo hombre que nace en una vieja tierra descubierta, hace ya aproximadamente cinco siglos.

De ahí que Colón, Hernán Cortés; Pizarro, Pedrarias, Lope de Aguirre, se comportaran como una mezcla de energúmenos y de magos; de conquistadores y de depredadores. Porque todos ellos, llegados de un viejo mundo, empapados sus ojos todavía con una cultura y una tra-

dición que resultaban viejas, no podían, no se sentían capaces de adaptar unos viejos moldes en unas nuevas formas. Y Cortés mató y robó, y Pedrarias descuartizó y Aguirre asesinó con saña y sin fortuna. Porque sus ojos, porque sus manos, porque su alma no estaban ni teñidas ni aparecían imbuidas de la dureza, de la virginidad, de ese nuevomundismo que tenían ante sus ojos.

Y debemos de pensar, con un poco de imaginación, en aquel español que por primera vez quiso entenderse con un indígena. No tenía una lengua común, no tenía unas ideas comunes y apenas tenía unos ojos y unas manos por donde se les escapaban las palabras en forma de gestos, y los deseos en forma de mudez intelectual. Así cuando el español quiso encontrar las palabras que no tenía, quizás, sintiéndose más culto y civilizado, quiso que el indígena entendiera su propia lengua; olvidando que aquel hombre tenía detrás de él una cultura y una tradición muy arraigadas. El diálogo resultó infructuoso, y tuvo que pasar mucho tiempo para que las palabras fueran hermanadas en distintos oídos.

Los cronistas escribieron las historias, y las historias se quedaron en relatos: relatos en los que la fantasía, en los que la literatura, en los que la imaginación eran los únicos modelos. Y los europeos empezaron a crear la imagen de un hombre americano que no se sabía a ciencia cierta si era un indio, si era un salvaje, si era un ser deforme o, como más tarde se diría, un hombre natural, bondadoso, pacífico y tierno. La imagen del hombre americano fue deformándose cada vez más. Fue creándose en su torno una aureola, unas veces de belleza y de paz, y otras de crueldad y de primitivismo. Por eso resultó difícil llegar a entenderlo. Y por eso resulta hoy doblemente incomprensible para muchos de los viajeros que, al pisar América, creen todavía que se encuentran hollando las tierras de un viejo continente.

Por eso América es distinta. Y por eso los ojos, las manos, los oídos del viajero tienen que tener un sexto sentido para aprender un mensaje que a lo largo de quinientos años se sigue recibiendo de América. Para ser descubierto más que por la historia, por la curiosidad.

Por la ingenua, por la sencilla curiosidad.

## POESIA Y PROSA DE AMERICA

*"América no invoco tu nombre en vano"*

Luis Monguió, profesor de la Universidad de California, ha reunido en un volumen, ensayos publicados en revistas dispersas por el continente americano. Y ha hecho bien, porque la suerte de la revista, pasada su actualidad, ya se sabe cuál es: el cementerio vivo de la Hemeroteca o la muerte estúpida en manos del traperero. De esta manera, pervivirán con eficacia, encerrados entre las guardas del libro.

"Verdad, bondad, belleza": he aquí los tres postulados en que condensa el autor la línea de pensamiento estético que va de Bello y llega hasta Lugones, dentro de la poesía americana. Si se establece una relación con la poesía peninsular, se apreciará que este ideal resulta un tanto atrasado: Luzán, en 1737, ya defendía estos conceptos, aceptados por los poetas neoclásicos. Los poetas prerrománticos españoles —Meléndez Valdés, por citar un nombre— buscaban ya en el sentimiento lo que malamente podía darles la razón. Razón frente a pasión, pugna de nuevas escuelas, es un doble eje alrededor del cual gira casi toda la poesía española comprendida entre 1750 y 1850.

En América, por unas razones o por otras, "el conservadurismo" de Bello, "el liberalismo" de Echeverría, "el eclecticismo" de Darío o "el comunismo" de Neruda, siguen sosteniéndose de aquella tríada preceptista lucitanesca. Y no porque Neruda, Echeverría o Darío participen del ideal neoclásico —francamente superado—, sino porque en la "Silva a la agricultura", en la oda "A Roosevelt", o en el "Camarada, me llamo Luis Cortés" nerudiano palpita lo que H. Ureña llamaba con gran acierto, "el utilitarismo" poético americano. Cada poeta, cada novelista, cada artista, había puesto su obra a la hora adecuada, en consonancia con



su época, participando —para bien o para mal— del medio que le rodeaba.

Es esta poesía americana, en fin, lo que pudiera ser llamada “de compromiso”; la ligada con tal o cual tendencia, con tal o cual ideología política, o con está o aquella directriz estética. Si girásemos la vista hasta la poesía negroide de nuestros días, encontraríanse epígonos de este utilitarismo literario: Palés, Guillén o Guirao, en resumen, están englobados en una expresión poética popular más instintiva que sensitiva, más gesticuladora que expresiva.

He aquí, puntualmente anotados por Monguió, algunos versos de esta tendencia. Olmedo:

*Primero lo que es bueno,  
Después lo que es amable.*

Después, Neruda:

*No escribo para que otros libros aprisionen  
ni para encarnizados aprendices de lirio,*

Dos posturas frente a la poesía, interpretada de dos maneras, concebidas de dos modos. Pero unidas por el denominador común de la “utilidad”.

Igual es la prosa.

Dice Monguió que en el género narrativo, de ficción o de creación, ha habido siempre una literatura instrumental, iniciada por “Periquillo Sarmiento” —el héroe mejicano picaresco— o por el “Señor Presidente”, de Asturias; novelas en las que hay una orientación, una tendencia, una finalidad. Se duele el comentarista de que siga habiendo una repetición de temas, de técnica; de que el novelista de 1950 siga utilizando el mismo espejo literario que el novelista de 1850; siga ilusionado por igual esperanza mesiánica, por idéntico deseo de moralización, de reforma. Porque la novela —y la prosa en general— de Hispanoamérica esconde siempre el fin didáctico que ya se ha señalado.

Igual da que Efraím, en “María”, represente al burgués que desea evitar el sacrificio al que le obliga su círculo familiar y social; igual da que Marcos, de “Canaima”, proclame sus derechos y los defienda; o

que fray Lázaro, en "El hermano asno", refiera a su manera un posible "milagro", aclarado suficientemente por Monguió al relacionarlo con una tradición de Palma y con "Los Tesoros", de Porres. En todos estos personajes —protagonistas novelescos— alienta el deseo de decir algo, de comunicar su "mensaje". Cada uno, a su manera, narrando y enseñando.

Y hay aún un sub-género novelesco que entra ya de lleno en el ensayo, a pesar de que Monguió, con gran habilidad, lo hace participar de la prosa de ficción. Las obras de Zea, de Picón, de Octavio Paz pertenecen a este grupo. No son ensayistas, ni filósofos, ni novelistas; participan de todo un poco. Narran y enseñan, profundizan y divagan; mezclan sus particulares vivencias aplicadas en cada caso particular, ciñéndolas al problema especial mejicano, venezolano o argentino. Rozan con la novela de tesis, ya que plantean un problema concreto, y lo estudian desde distintos ángulos; y este modo especial de enjuiciar el asunto, esta manera particular de estudiarlo, es lo que hace de cada uno algo más que un ensayista y algo menos que un novelista. Los convierte en definidores de la singularidad americana.

En uno y otro género literario —ensayo o novela— el prosista americano ha buscado siempre un fin didáctico, una enseñanza moral, le ha preocupado más la utilidad de su obra que el reflejo que pudiera tener. No le ha importado la falta de renovación, la ausencia de novedad, la escasez de técnica: le ha bastado hacer propaganda de tal o cual ideología, reivindicar muchas veces con tremendismo alguna lacra social, ajustarse, en fin, al medio ambiente en que escribe.

Si el romanticismo americano fue, aún más que el europeo, eminentemente social y revolucionario; si Olmedo, Heredia o Martí fueron antes americanos que románticos; si la novedad literaria se ajustaba a la función social que debía cumplir: si ocurrió todo esto en el siglo XIX, en el XX, a pesar de los "ismos" —muchos de ellos nacidos en América— a pesar del afán renovador de sus prosistas y de sus poetas, América exigió fundamentalmente a sus escritores que fuesen voceros de su misma vida, denunciadores de la verdad de América: amarga, cruel.

Viene bien recordar las palabras del ecuatoriano Rumazo a propósito de uno de los valores más señeros de la novelística americana, Jorge Icaza: "La auténtica novela no busca el personaje extrañamente exótico, ni la figura rara, ni el por qué angustioso de ese instante en que se

vuelven trizas las vidas... El novelista, lo mismo que el poeta de vuelo caudal, no cifra sus disciplinas en lo particular. Abre los brazos y abarca lo esencialmente humano, para conducirlo al desenlace donde las almas quedan temblando". Y más adelante, ya con más precisión, añade: "Jorge Icaza arrancó de raíz el alma del indio, o la astuta y cruel psicología del mestizo, para mostrarlas a las generaciones en su auténtica desnudez, azotada de injusticias y herida por el crimen del desprecio con que se les trata. Rebelde y valeroso, dijo una verdad, habló de su verdad".

Y no es otra la novela de América: la verdad desnuda. La de Gallegos, la de Asturias, la de Barrios, la de Lugones, la de Cuadra. Unos novelan la suerte de los hombres; otros, la de la Naturaleza; algunos, la de los sueños. Pero hombres, naturaleza y sueños tienen raíz auténticamente americana.

Cuando Mariano Azuela escribe "Los de Abajo", define con fidelidad, sólo con unas palabras, el secreto del hombre mejicano —esto es, del americano— a fin de cuentas partícipe de una psicología muy universalizada: "Mira esa piedra cómo ya no se para". El protagonista creado por Azuela, Gallegos, Prieto y Asturias, tienen un denominador común: ser hijo de América. Y esto ya los define y los separa.

Monguió ha conseguido en este denso libro suyo, formado de tan ricos fragmentos, historiar una buena parte de la prosa y de la poesía americana. Y que lo ha hecho con magisterio, es prueba la minuciosidad y ponderación con que han sido historiados los dos géneros literarios. Fruto no de la ligereza, sino de la reflexión y la constancia: las que sólo puede dar la docencia, el más oscuro y esclarecedor magisterio.

## CANARIAS Y AMERICA (I)

Camino de ida y vuelta el de Canarias y América. En el xvi, señalado por la pólvora; en el xvii, tachonado de azúcar; en el xviii, sembrado de brazos colonizadores; en el xix, de lengua viva, fresca, enriquecida también de siembras canarias; en el xx, las islas salpicadas de americanidad. Así sería el bosquejo muy sumario del problema. En el xvi, los hombres embarcados por Ordaz en su viaje a Parí, o los de D. Pedro de Mendoza en 1535, o los maestros canarios tan fundamentalmente celebrados por los oidores de Santo Domingo, los que cubrían desde las islas la carrera de América. En el xvii, centenares de familias isleñas camino de La Española o de Tierra Firme. En el xviii, la colonización de Florida; los colonos enviados a Santo Domingo, a Cuba, a Puerto Rico, a México, a California, a Uruguay, a Venezuela; miles de brazos isleños, millones de sonidos españoles en lenguas isleñas. América resonando de español insular en los campos, en las haciendas, en los caminos, en los trapiches. En el xix, las instituciones públicas de Cuba, de Puerto Rico o de Santo Domingo, solicitando mano de obra isleña. En el xx, en ese reflujó constante del isleño, viajero impenitente, los campos de las islas llenándose de indianos que con sus leontinas, sus bombines, sus jípijapas y su aire desenvuelto pasarían a engrosar las páginas de la literatura costumbrista canaria.

Es un mapa prieto, muy denso; encontrar huella literaria, hombres de pluma de pensamiento, es difícil; la nómina de canarios ilustres la podemos tomar de cualquiera de los historiadores ya mencionados. Hay Oidores de Audiencia, Gobernadores, Clérigos, Militares, Náuticos, Licenciados; como habrá en la historia de la revolución americana, isleños revolucionarios y antirrevolucionarios. Desde la bravuconada de Andresote, el venezolano, hasta el gesto desafiante de Juan Francisco de León en la plaza de Candelaria de Caracas, pasando por Key Muñoz y Aguilar, independistas isleños. De ahí que sea primordialmente a partir

del XIX cuando haya obras literarias de canarios en América y de isleños americanizados en Canarias. Pero es necesario recordar algo de lo que fue la lengua española en América para entender mejor esa huella isleña en ciertas áreas geográficas americanas. Conviene, antes de conocer la expresión literaria, escuchar la lengua hablada y extraer, como ya lo han hecho autoridades en lingüística, muestras de canarismos evidentes en el habla americana. Para ser más exactos, en el español de Santo Domingo, de Cuba, de Puerto Rico, de Venezuela y de Florida; esto es, en el español del Caribe, en donde se asentó el mayor número de emigrantes insulares a lo largo de casi cinco siglos.

La primera nota que podríamos advertir, simplemente con un oído más o menos familiarizado con el español americano y el isleño, es esa similitud de entonación que hay entre el hablante de América y el hablante canario. Esa similitud que hace rodar por el suelo aquella vieja tesis sostenida por los primeros historiadores de la lengua española en América, que defendían al andalucismo en América, el andalucismo fonético de América. Ya el propio Henríquez Ureña tuvo que rectificar algo de lo que había dicho años atrás en su hermoso libro sobre "Las Corrientes Literarias en América". —dice— Hay que admitir en Puerto Rico, en Santo Domingo y aun en Cuba determinadas áreas en donde el español canario se deja notar en sus formas morfológicas, fonéticas o sintácticas.

América no es andaluza, no, sino es una América española del siglo XVI con sus rasgos morfológicos, sintácticos y fonéticos. En el vocabulario tal vez sea en donde podamos encontrar una mayor semejanza. Regiones periféricas, como la nuestra, son regiones más arcaizantes. Canarias, América, conservan esas formas arcaizantes comunes. Por ejemplo, la voz "rapadura". Pérez Vidal ha estudiado esta palabra, y después de dar la definición, que es el sobrante que nace de raspar los aparatos para elaborar el azúcar, señala la extensión semántica que tiene el vocablo en casi toda el área del azúcar americano. En Cuba se le llama "raspaduras", en Perú se le llama "chancanca", en Colombia se le llama "panela", en Venezuela se llama "papelón", en Argentina "mazacote"; en Honduras, "rapadura". El vocablo insular, "rapadura" ha perdido, la ese medial; muy semejante a las formas empleadas todavía en Cuba, en Honduras y en Puerto Rico.

Otros vocablos relacionados con azúcar, como son: "chumacera", "hornalla", "remillón", "tacho" y "cachipa" son, dice Navarro Tomás,

voces llegadas a Puerto Rico a través de Canarias. Navarro Tomás, es lógico, en el estudio que tiene dedicado al *Español en Puerto Rico*, no puede consignar la extensión que estas voces han tenido, especialmente en Canarias y en determinadas zonas dialectales de Cuba y Puerto Rico, cuando adquiere el vocabulario vulgar una riqueza semántica que no puede ser aprehendida dentro de un lenguaje técnico. En los cuentos de Pepe Monagas, en donde Pancho Guerra recoge voces que solamente pudo haberlas escuchado en su San Bartolomé de Tirajana infantil, podemos encontrar que en algún momento, uno de los personajes llama a otro *chumacera* con un sentido que sigue teniendo en determinadas áreas de los barrios de Caracas: el significado de hombre o persona pobre, mal pudiente, hampón.

Como han señalado Alvar y Pérez Vidal, el mar ha sido para las islas y para América un camino y una unión; de ahí que en las largas singladuras y aún después, el vocablo marinero haya podido influir en el lenguaje común. Veamos, por ejemplo, alguno de esos vocablos marineros recogidos por Vidal y aumentados más tarde también por Alvar: *aboyar* por *flotar*, *atracar* por *arrimar*. No solamente atracar barcos, sino arrimar cosas o personas. *Abrirse* por *marcharse*, *amarra* por *ligadura*, *balde* por *cubo*, *bandaso*, *fletar* por *flotar*, *garuga* (llovizna fina), *marearse* (perder el color una tela). Cualquiera que haya estado en el camino viejo de Caracas, puede entrar en un *bochinche*; *bochinche*, *aguaitar*, *socaliña*, *pararse* ("está usted parado", "estar de pie"), *liviano*, *laja*, *bosta*, *embostar* ("ensuciar"), *botar* (despedir con violencia). En áreas muy específicas, como son las puertorriqueñas o de Florida, en donde es fácil aun hoy, precisar la ascendencia fonética o léxica canaria, Navarro Tomás ha señalado zonas en donde hubo colonos isleños con huellas claramente identificadas; el Dr. Alvar ha precisado que son tinerfeñismos que siguen vivos todavía en Puerto Rico. El profesor Pérez Vidal ha dado una amplia información de la huella isleña en la Parroquia de San Bernardo, en Florida.

Este capítulo es necesario además conocerlo, porque es un capítulo que ha pasado desapercibido, tanto para los historiadores como para los lingüistas. Es un episodio sentimental para los canarios, el saber que en la Parroquia de San Bernardo, en Luisiana, colonizada en 1778 por isleños llegados desde Santo Domingo o de Cuba, sus descendientes siguen hablando español con un fuerte matiz canario, se siguen dedicando a la pesca y la caza, y al terminar la jornada, dice Vidal, cantan aires

isleños, adivinanzas isleñas y juegos que todavía hoy se conservan, dice el historiador, en ciertas áreas de las Islas Canarias. Sería muy prolijo repetir lo que ya Vidal ha referido: cómo hablan el español estos descendientes de isleños que son una colonia muy cerrada, con muy poca comunicación en el exterior y que por esta razón sigue matizado su español de sonido insular. Estos isleños, estos tramperos de Florida hoy siguen diciendo *ligarto* por *lagarto*, *licción* por *lección*, *uestilla* por *astilla*, o *individuo* por *individuo*, o *romatismo* por *reumatismo*. Otras veces hay protesis, como *entodavía*, aspiración, como *cásne*, metátesis, como *alquiral*, epéntesis, como *haiga*, epítasis (tantas veces usada en los vulgarismos insulares), *fuistes*, *vistes*. Se encuentran determinados vocablos de raíz portuguesa, vigentes en nuestra habla, en nuestra habla corriente: *caquero*, *cambado*, *ferruje*, *fondaje*, *liña*, *quejo*, *guirre*, *puntilla*, *nombrete*. Este enclave canario situado Mississippi arriba, en la región de la Florida, como dice Mac Curdy, solamente puede explicarse a través de la pervivencia de una especie de un sustrato lingüístico que todavía no ha podido desaparecer a causa de las razones antes dichas.

En el amplio mundo folklórico, América y Canarias andan muy de la mano. Desde Henríquez Ureña, en su libro *Verificación Irregular*, hasta los folkloristas más nacionales de cada uno de los países americanos, todos han establecido conexión entre los dos mundos lúdicos, el insular y el americano. Romances, adivinanzas, juegos infantiles, canciones, han tenido un viaje de ida y vuelta. No es la primera vez que regresa a las Islas lo que ya había salido desde ellas en época de conquistas o de colonización.

Algunos breves ejemplos de este paso de las canciones en esta interrelación de América y las Islas. El canto de cuna en Castilla, dice Pérez Vidal, es *rorro*, en León y en Asturias; en Canarias, la palabra se hace aguda y se convierte en *arrorró*. Lo mismo ocurre en Cuba, en Puerto Rico y en Venezuela. Dos *arrorros*, uno de Cuba y otro de la Argentina; el de Canarias está en la mente de todos. El de Cuba dice: "arrorró niño chiquito,/ arrorró te daré yo,/ con el arrorró del cielo,/ mi niño se me durmió".

Y el de Argentina dice:

*Arrorró la virgen,  
Arrorró José.  
Y los angelitos,  
Arrorró también*

dice en el de Venezuela. Obsérvese que, por razón de la melodía, tanto en Canarias como en las zonas caribeñas, hay oxitonismo en la *nana*, mientras que hay paroxitonismo en la *nana* peninsular. Con las adivinanzas, las semejanzas son muy notables; así podemos oír una adivinanza de La Palma que dice:

*Corta sin tijeras,  
Cose sin agujas,  
da los puntos largos  
a correr la fortuna.*

Una adivinanza que se puede encontrar en todo el folklore peninsular. Pero estos dos primeros versos se repiten concretamente en Tucumán y en Venezuela:

*Alto en la altura,  
Anda la ventura;  
Corta sin tijeras,  
Cose sin costuras*

Esto, dice P. Vidal, evidencia claramente una fuente común que es la de La Palma, la de Canarias. O en otra adivinanza cotejada entre la isla del Hierro y Puerto Rico. La del Hierro:

*En el monte fue criado  
con grandes frescuras,  
vivo con el tiempo  
y sigo mi ventura.*

Y la de Puerto Rico:

*En el monte nace  
con mucha frescura,  
echa el paso largo  
y anda la ventura.*

Aquí la palabra *monte* cambia en la Argentina por *sierra*, mientras que en las dos islas, en Puerto Rico y en el Hierro, es la palabra *monte*; si comparásemos por ejemplo más adivinanzas como por ejemplo esta de Puerto Rico y de Tenerife:

Tenerife:

*Allá arriba en aquel monte  
hay una cesta de flores,  
todas esas noches se siembran  
y de día se recogen.*



Pto. Rico:

*En el cielo hay un platillo  
que está lleno de avellanas,  
por el día se recogen  
y por la noche se derraman*

Los romances son, sin duda ninguna, una de las formas literarias y populares que ofrecen un mayor número de coincidencias entre las dos áreas que se estudian. Como lo han hecho Pérez Vidal y Alvar, que han observado similitud de vocablos, de imágenes y hasta de procedimientos estilísticos. Véanse estos dos fragmentos de un mismo romance recogidos en La Palma y en Cuba. El de La Palma:

*Y échenme a la cabecera  
la silla de mi caballo  
y déjenme un brazo afuera  
con un letrado en la mano*

Cuba:

*Me pones a la cabeza  
la silla de mi caballo.  
Un brazo déjenme fuera  
con una mano de fuera.*

O el romance en donde la palabra *barranco* es la que adquiere mayor significación en el fragmento que vamos a escoger para compararlo:

*Pasar un barranquito  
y bajar una galera,  
al bajar un barranquito  
de amores de combatiera,*

dice el romance canario. Dice el de Puerto Rico:

*Al pasar un barranquito  
y bajar una galera*

El *barranco* es palabra fundamental, que no vuelve a encontrarse en las mismas formas, en el mismo romance recogido en Asturias o en otras áreas ya alejadas, bien de la relación insular o bien de la americana. Vale la pena aún señalar una de las versiones líricas de uno de los romances más hermosos de todo nuestro romancero:

*Estando Dña. Alda  
asomada a su balcón,*

tiene en Canarias una misma variante en Lanzarote, Gomera y La Palma, repetida en México, cuando fue recogida en boca de una mujer de Tenerife de setenta años, allá por 1780:

*Estando Doña María  
en la su sala primera,  
con sus dos hijas al lado  
Blanca Flor y Filomena,  
vido venir a Turquido  
armando traición por ellas*

En Asturias, en Marruecos y en otras áreas romancísticas, el nombre *Turquido* que aparece así en la versión de Canarias y de Puerto Rico, se transforma en *Tirquino*, en *Tarquín*, en *Tarquino* o en *un galán de Turquia*. Es decir, el romance de Puerto Rico y el romance de La Palma, en este caso, tienen una similitud mucho mayor que el mismo romance en Asturias, con León o con Castilla.

En resumen, una vez más la lengua y la vida van unidas gracias a la exposición popular, una expresión que ha tenido un origen común. La lengua, ya oral, ya escrita, sirviendo de puente y unión y precisamente como se ha visto a través de la poesía popular. Si la lengua es la sangre de un pueblo, ésta de América está teñida de color insular de entintado color isleño.

Pero en las relaciones Canarias-América, hay otro elemento cultural, el de la lengua literaria. Tanto en América como en las Islas hay nombres de escritores, títulos de libros y hasta anónimos cantares entrecruzados de isleñismos o de americanismos. Es lógico que en los dos primeros siglos, siglos de conquista, de colonización y de cronistas, no haya un gran número de canarios-americanos; abundarán más en los siglos XVIII y XIX, y nuestro siglo estará lleno de letra impresa en donde será difícil en ocasiones deslindar la sangre insular o la criolla. Especialmente será en Venezuela, Cuba y Puerto Rico los lugares en donde se encontrará mayor huella canaria, y será además la prensa en donde con más abundancia se notará la mano insular a partir del mediado del siglo XIX.

Si se quisiera buscar en la literatura colonial antecedentes remotos, inmediatamente surgen dos nombres: Castellano y Balboa. El primero como fuente historiográfica ha sido hartamente manejado por todos los historiadores, con sus versos épicos, donde aparece, el viajero, el con-

quistador, el clérigo y el poeta. En su inmensa crónica rimada de las *Elegías*, nombres de oscuros, de esforzados, de heroicos isleños llamados Agustín Delgado, Jerónimo Hortal, Antón García, Luis Perdomo. Son los primeros isleños inmortalizados por la poesía americana y son tal vez, dejando a un lado las prosas de Colón, del Castillo, de las Casas y de Oviedo, las primeras menciones que se hacen de las islas, de sus hombres, de sus virtudes, de sus esfuerzos.

Castellanos, en sus *Elegías*, habla de la expedición de Diego de Ordaz al Paria en 1526, en la que hubo de reclutar hombres y abastecimientos de víveres y municiones, y aún una nave canaria, al pasar la expedición por Tenerife en la que entre otros, embarcó Agustín Delgado, natural de Gran Canaria, nieto de Maninidra y hermano de Guanarte-me. Elogiado por los cronistas de la época y cantado por Juan de Castellanos en sus *Elegías* con versos que no eran precisamente los más afortunados, pero sí que hoy tienen una remembranza especial.

*Visto tan lastimero desconcierto  
llevaron a los ranchos y cabañas  
al indio vivo y al cristiano muerto  
dechado de virtudes y bazañas;*

Así veía Castellanos a este héroe que había muerto en lucha con los indios:

*El capitán Alonso de Herrera,  
Varón en mil conquistas señalado,  
era de los de Ordaz y en su bandera;  
mandaba buenos Agustín Delgado  
en quien podré deciros que cabía  
urbanidad, valor y valentía.*

Efectivamente, estas tres cualidades, destacadas por Castellanos, parecen ser el compendio de las más importantes que adornaban a este desconocido canario que murió luchando contra los indios en el siglo XVI, y que juntó su sangre, su sangre indígena, con la sangre de otros españoles que fueron a colonizar a América.

Bueno es recordarlo, para memoria de todos. Y para saber que los héroes no se hicieron tan sólo con los versos de los poetas sino con la sangre de los hombres.

## CANARIAS Y AMERICA (II)

Silvestre Núñez de Balboa es un escritor canario autor de *Espejo de Paciencia*, libro escrito en 1608 como crónica rimada en octavas reales con ecos clásicos de Ariosto y de Taso, pero con palpitación ya de tierra cubana, una tierra cantada en endecasílabos. Mucho más eufóricos que los de Castellanos, cuyo poema algún momento podría emparentarse con el *Templo Militante* de Cairasco escrito en 1602, o con la épica religiosa de Ojeda, de Balbuena o del isleño Antonio de Viana.

Y, junto con Núñez de Balboa, se pueden mencionar los nombres de Anchieta, lingüista y apóstol religioso que ha llenado tantas páginas dentro de la historiografía americana; de Abreu, el primer Marqués de Regalía, estudioso de temas americanos y españoles; del Obispo Abreu, autor de Pastorales; o de los nautas Pimienta, Fernández Romero y Zapata; o de los jurisconsultos Machado, Fiesco y Polier, figura ésta última eminentísima en el gobierno, administración y defensa de derechos americanos; o del inventor (así clasificado por Feijóo) llamado Torrebarrio y Lima, especializado en minas y en prospecciones mineralógicas<sup>1</sup>.

Son todos isleños que por una u otra razón escribieron sobre América, sobre la América que ellos vivían, la América que ya formaba parte de sus vidas, porque en ella dejaban ya, como veremos luego, fruto y simiente de su propia carne. Diríase que todos ellos pertenecen a la más esplendorosa época colonial, esplendidez renacentista o arabescos barrocos; desde el endecasílabo garcilacista de Balboa al alegato forense de Abreu, litigador y jurista.

1. (*Arte o Cartilla del nuevo beneficio de la plata*, en un lugar llamado San Juan de Lucanas, próximo a Lima, 1738. De él se ocupa Feijóo en la carta 19 de sus Cartas Eruditas).

En el siglo XVIII —*Ilustración, Revolución*—, tal vez aparezcan los nombres más interesantes para la interrelación isleño-criolla. Son los colonos, los universitarios (escasísimos todavía); los hombres del comercio, de la agricultura; los que asentados en tierra americana se sienten ya partícipes de las nuevas ideas. Gentes grisáceas, escritores de circunstancias, en ocasiones diaristas que, en sus escasas páginas, en sus “cartas” han dejado una, costumbrista y valiosa. Es decir, han pergeñado un cuadro de América. Este es el caso de Antonio Romero Vivero, un abogado de Gran Canaria de 1748, año en que comienza un fragmento del *Diario* en donde hay retazos de geografía humana de Venezuela: audiencia de Caracas, condenados a muerte, justicia real y comercio entre Caracas y Las Palmas, pues D. Antonio fue sobre todo un inquieto espíritu mercantil arropado de ciencia leguleya. La mano de su hijo Isidoro, autor de un más extenso *Diario* todavía inédito, concluyó lo que su padre dejó sin terminar; y así sabemos de los méritos, de los quehaceres, de los viajes y de los negocios de este inquieto insular que terminaría sus días en medio del proceloso océano, eterno compañero del viajero de las Islas. Romero no es un Mesonero Romanos, ni es un José de Cadalso, pero describe lo que vé y ya es bastante. Y es curioso lo que este insular dice de Caracas en 1748, después de llegar de la isla de Canaria tras un viaje accidentado y dramático. Dice Romero:

“Esta ciudad, mirada de los cerros vecinos dominantes, tiene muy buena perspectiva por su grandeza y excelente delineación, pero estándose dentro es algo melancólica, por las frecuentes nieblas, grande humedad y calor a que está sujeta; las tardes son en ella muy tristes sin ponderación, y aunque su asiento es llano y las calles las más bien cortadas del mundo, le falta a la ciudad el aire de suntuosidad que causa la altivez y corpulencia de edificios, alcázares y torreones. Tiene largos paseos pero solitarios y yermos, pues no concurren ni se aprovechan los naturales de este bien, porque parecen son muy inclinados uno y otro sexo a la soledad, pues por maravilla se verá una señora en la calle sino con motivo de ir a misa”.

Diarista meticoloso, observador fiel, costumbrista fidedigno, así vio Caracas nuestro Antonio Romero, residenciado en Venezuela, con dilatada descendencia americana, impertinente viajero y abogado arrastrado por la turbulencia mercantil en cuya navegación resultó tan diestro piloto.

Con el siglo XIX, la pólvora, la sangre, los panfletos y los gritos se adueñan de América. La Plaza Candelaria de Caracas se cruza de isleños y de venezolanos, de isleños y de venezolanos levantados y airados. Entre ellos, Juan Francisco de León, desafiante y valentón; al poco tiempo, Bolívar, protegido y alentado por dinero isleño y cartas isleñas escritas para avivar el chisporroteo de la revolución. Los Ascanios, los Pontes, los Key, los Ayala, de progenie insular; y el General Morales, de ortografía peculiar, de proclamas concisas, aquella de su fugaz conquista de Caracas o sus cartas dramáticas, mal escritas, dirigidas a Puerto Rico en solicitud de auxilio. O Monteverde, de recuerdos tan dramáticos para los caraqueños.

Interesa mucho más recordar una obra teatral inédita, inspirada en la victoria de Maracaibo obtenida por el General Morales frente a las fuerzas venezolanas. Es un melodrama representado en Las Palmas hacia 1826 y escrito por D. Bartolomé Martínez de Escobar; la música la escribió D. Mariano Romero, poeta decimonónico de esta Isla, y el título, muy romántico, *Rosemira o el triunfo sobre Maracaibo*. Está inspirada la obra en la reconquista de Maracaibo por las tropas de Morales. Surge un idilio entre un oficial realista, Narciso, y una joven venezolana, Rosemira, y al final, después de vencer muchas dificultades, el amor triunfa.

Se diría que este es un magnífico melodrama para poderlo escuchar por cualquiera de los seriales radiofónicos de nuestros días. Pero en él interesa destacar dos hechos: el tema y la época en que fue escrita la obra. El pretexto fue el nombramiento del General Morales como comandante General de Canarias en 1826. La época, de las más duras del absolutismo, no era propicia para esta clase de obras en que se exaltaba la libertad y la lucha contra la opresión. El autor, D. Bartolomé Martínez de Escobar, cabeza de una ilustre estirpe de poetas, abogados y oradores, la escribiría para un círculo de amigos que aparecen como actores y que al correr de los años ocuparían puestos señalados en la vida de la Isla. Sin duda, es una muy poco conocida aportación del melodramatismo tan en boga en el siglo XVIII —recordemos los antecedentes de Iriarte— y aún vivo en 1826 en Las Palmas, gracias a un jurisconsulto de sólida cultura clásica y a una tradición teatral que había surgido en la ciudad desde los años 20, cuando un Canónigo Doctoral había iniciado en el Palacio Episcopal de la Plaza de Santa Ana, entonces en

Sede vacante, montajes de obras teatrales franceses de Voltaire o españolas de Moratín. Este Canónigo se llamó Graciliano Afonso Naranjo.

Nace en la Orotava en 1775, estudia en el Seminario de Las Palmas, llega a ser Canónigo Doctoral, tiene una gran actividad dentro de su Cabildo, interviene en problemas políticos y culturales en el ámbito insular y nacional. El Cabildo Catedral de Canarias fue, no sólo el Banco de España de las Islas durante todo el siglo XVIII y XIX, sino además uno de los centros de mayor enjundia cultural, porque sus Canónigos, sus Beneficiados, resultaron ser la élite intelectual más interesante de todo el Archipiélago. Ejerció también Cátedra en el Seminario, había sido alumno de la Universidad de Alcalá, fue compañero del Duque de Rivas y del Obispo Romo, tuvo una actividad política destacadísima en las Cortes del 22, hubo de salir de Cádiz como consecuencia de la invasión del Duque de Angulema, marcha a América en donde vive desde los años 1823 al 37 entre Venezuela, Puerto Rico y la isla de Trinidad. En el destierro se da a conocer como un escritor prolijo; cuando ya tenía aproximadamente más de 40 años, empieza a escribir poesías: poesías bucólicas, poesías amorosas, poesías sentimentales. Y el escritor incipiente de Las Palmas se desarrolla plenamente en Cumaná, en Caracas, en San Juan de Puerto Rico y en la capital de la isla de Trinidad en donde residió durante algún tiempo. Precisamente, en Cumaná tiene una poesía titulada *A Concha*, "La Despedida" (1825), que es una poesía bucólica en donde el río Manzanares, un riachuelo que pasa por aquel lugar, hace revivir una especie de semidiosa anacreóntica con aire sensual: Diosa de "ojos bellos", de "hoguera celestial", de "ansia fiera". Una "ninfa del Manzanares", con "ojos bellos", "lascivos cabellos" y "dulce reír". Ninfa ante la que el poeta "lanza lágrimas", lágrimas de agradecimiento, lágrimas de amistad y lágrimas de amor, cuando se encuentra lejos de este lugar paradisíaco en donde él vivió, según cuentan, años felices de su vida.

Después, en Puerto Rico, en 1838, publica *El Beso de Abibina* y la traducción del *Poema de Leandro y Hero*. Este poema, así como el *Beso*, son los últimos poemas anacreónticos que podemos encontrar en la literatura puertorriqueña. Alejandro Tapia, el bibliógrafo, ha revalorizado con toda exactitud la influencia que ejerció especialmente *El Leandro*, en lo que él llama el Leandrismo de la Poesía portorriqueña; poetas, influidos por este sentimentalismo

seudorromántico nacido de los amores desesperados de estos dos amantes clásicos de la literatura griega. Es curioso además señalar, que *El Beso de Abibina*, poema bucólico, anacreónico, sentimental, está inspirado en un lugar bucólico para el poeta como son las Vegas de Tacoronte de Tenerife. Afonso, como Martínez de la Rosa, como Rivas, como Espronceda vuelve los ojos del recuerdo hacia las vivencias perdidas de su juventud, un bucolismo sentimental a lo Menéndez Valdés, pero sobre todo un bucolismo lleno de filosofía y de sentimiento de la libertad. También Afonso cantó al General Monagas, otro canario también, un héroe venezolano de estirpe canaria, el héroe de Oriente 1837: "Tu voz resuena que la patria escucha/ y renace al valor y la esperanza/ y los dispersos todos arrollan fiero los esclavos godos". Observamos el uso semántico de la palabra que en aquellos años tanta difusión tuvo en las proclamas y en la literatura revolucionaria: "los esclavos godos". Afonso cantando a un caudillo revolucionario símbolo de la libertad, con un vocabulario, con un ímpetu y un frenesí sólo explicables en un carácter como el suyo, vehemente y apasionado.

Dentro de nuestro XIX romántico, la figura de Afonso es necesario tenerla en cuenta, no sólo como predecesor sino como puente de americanidad. Hacia 1840, de regreso a Las Palmas, después de vencer dificultades sin número (condenas, expropiaciones y hostilidad de grupos absolutistas), Afonso escribe versos para celebrar la belleza, la libertad y la naturaleza virgen de América. No es otra la razón de nombrarlo con tanta prolijidad; es él sin duda la principal figura de este intercambio atlántico del cual se han ido viendo tantas muestras y tan variadas.

Otro capítulo muy denso y casi desconocido es el de la prensa isleña en América.

Se necesita disponer de tales periódicos para completar la historia contemporánea insular iniciada precisamente con la aparición de la imprenta. En Venezuela, hay censados cuatro títulos; son revistas evocadoras, nostálgicas. María Rosa Alonso en su libro *Residente en Venezuela*, da los nombres de comerciantes, de navieros, de marinos, de productores isleños, de viajeros y de los nombres de imprentas que se llaman *El Volcán*, *El Teide*, *La Rambla* o *El Nublo*, nombres tomados de periódicos de 1880-1890. Hay que buscar más nombres insulares en la poesía venezolana de los años 70 al 80; y recordar la reproducción que hacía la prensa venezolana, la prensa literaria venezolana, de las poesías



de Tomás Morales, de Manuel Verdugo, de Tabares Barlet o de Plácido Sansón, leídas en el Ateneo de Caracas. No podemos olvidar que en el Ateneo de Caracas hay un nombre esencialmente isleño, Félix Sublet.

Habría que estudiar la huella que el modernismo insular y no el rubeniano, sólo pudo dejar en ciertos poetas venezolanos entre los años 1914 y 1915. Hacia 1940 la nómina insular en Venezuela se incrementaba; no hace falta recordar el nombre ilustré de D. Agustín Millares Carló o el de María Rosa Alonso, ya citada, o el de Antonio de la Nuez o el del Dr. Hernández, un médico que colaboró con el Dr. Pi Suñer en la facultad de Medicina de Caracas, y que publicó varios folletos no sólo de tipo médico, sino de tipo político.

A estos nombres, a esta nómina ya tan extensa, podríamos añadir la de los pintores, la de los poetas y la de los escultores cuyos nombres están tan unidos a la historia del desarrollo del arte contemporáneo en Venezuela. Piénsese simplemente en Eduardo Gregorio, escultor que ha dejado en la historia del arte americano-venezolano una huella imborrable. En el citado libro de María Rosa Alonso, la nómina de venezolanos es interminable; solamente repetir alguno de los nombres que ya hemos mencionado, especialmente dos o tres de primera fila, como son Andrés Bello, Miranda, Sublet y Juan Manuel Díaz Rodríguez junto con José María Vargas que son los nombres más ilustres dentro de la revolución americana, nombres todos ellos ligados, con ascendencia isleña.

Si pasamos a Cuba, la prensa de Cuba es mucho más numerosa que la de Caracas. Podríamos mencionar *El Mencey*, *El Eco de Canarias* (en donde colabora Fernández Ferraz), *La Voz de Canarias*, *La Revista de Canarias*, *Heraldo de Canarias*, *Don Pelayo*, periódicos entre 1864 y 1897; o *El Magazín de la Raza*, de Luis Gómez, este último un nombre esclarecido dentro del periodismo de Cuba.

A todos estos nombres podríamos añadir el de José Martí. José Martí, en sus años de Madrid y de Zaragoza, en íntimo contacto con los federales españoles en su propósito de independencia cubana, o de autonomismo como se decía entonces. Y hay unos jocosos comentarios de Martí en alguno de sus artículos periodísticos, recogidos más tarde en sus obras completas, en los que aparecen alusiones al guanchismo, al isleñismo o al *brabuconismo* de D. Fernando León y Castillo. D. Fernando León y Castillo, Ministro de Ultramar, en la correspon-

dencia que sostiene con los Gobernadores de Cuba, de Puerto Rico y de Filipinas, hace menciones repetidas de Canarias para intentar aplicar, para recomendar, la aplicación en estas Islas, especialmente en Puerto Rico y Cuba, de muchos de los procedimientos administrativos que ya entonces imperaban en nuestras islas; se refería concretamente a los ahora tan debatidos puertos francos. A todos estos nombres habría que añadir los de Fernández Ferraz, Martínez de Escobar, el primero de ellos Catedrático de Griego, de Hebreo, hombre ilustre dentro de la historia de la Institución Libre de Enseñanza, amigo de Galdós y una de las figuras más desconocidas de la ilustración española, de la segunda ilustración española de la Restauración. En La Habana, ejerció la Cátedra hasta que pasó a Costa Rica en donde murió ya de edad muy longeva, y donde existen descendientes suyos.

D. Valeriano Fernández Ferraz dedicó en La Habana y publicó en *El Eco de Canarias* muchos artículos relacionados con Canarias y muchos relacionados con política española. Ferraz, junto con Domingo León Mora, Catedrático de Historia Latina y de Literatura Española en el Instituto de La Habana; o Francisco Guerra Betancourt, un periodista de *La Aurora*, de Matanzas, primer periódico que se publica en Matanzas, cuyo director es Ernesto Lecuona Ramos, padre del músico Lecuona. Otro nombre, Francisco Jordán, poeta neomodernista que publica en *La Habana Campana de a bordo* (1934), libro con mucha influencia de Morales y con un léxico rubeniano.

En Puerto Rico, después de haber señalado el nombre de Afonso y de la influencia que ejerció, podríamos añadir Cristóbal del Real, de la revista *Antillas*, o Carlos López Marichal, ya en nuestros días, un pintor, un excelente dibujante recientemente fallecido, dentro de la línea política de la independencia de Puerto Rico. Su hermano Juan, Catedrático en Harvard, es una de las figuras más preeminentes del hispanismo español en Norteamérica.

Aún queda un penúltimo capítulo que sería el de América en Canarias, el reflujo de América en Canarias. Encontraríamos primeramente el romancero insular, el romancero popular del siglo XIX, con repetidísimas muestras indianas. Podría leerse un romance, que comienza así:

*“Viniendo yo de las Indias  
habiendo saltado en tierra,*

*vi de estar una ventana  
una niña blanca y bella,  
peinándose sus cabellos  
en ricas trenzas de seda  
un día adentro en semana  
cómo será en día de fiesta.  
Pregunté a la vecindad  
de dónde era aquella doncella, etc."*

Es un romance en la que la figura del indiano, una figura tan vulgar y tan universal dentro de la literatura española de final de siglo, se repite; o de cuando ese indiano pasa a la literatura costumbrista por mano de las novelas o de los cuentos de los hermanos Millares, o de los más recientes de Pepe Monagas, de Pancho Guerra. A estos nombres había que añadir el de Francisco González Díaz, con su libro *Un Canario en Cuba*, en el que se recogen artículos, recuerdos de un viaje y el recuerdo de D. Teófilo Martínez de Escobar, fundador del Colegio de la Gran Antilla de La Habana. También en *El Viaje de la Vida*, del mismo autor, hay dos ensayos dedicados a la tiranía de Juan Manuel Rosas en la Argentina. Este nombre de Francisco González Díaz está íntimamente relacionado con un modernista americano, el famoso Vargas Vila, el amigo de Rubén Darío que ejercería en la incipiente poesía modernista canaria, es decir en la poesía modernista posterior a Tomás Morales, una extraordinaria influencia. El propio D. Miguel de Unamuno en una de las cartas dirigidas a González Díaz, se hace eco de este americanismo que él aprecia en muchos de los artículos de otro libro de González Díaz, de *Especies*, pero también hay muchas relaciones y muchas dependencias de América.

Cerraríamos esta larga nómina, y vale la pena haber sido tan prolijo, esta larga nómina de nombres canarios o de nombres criollos canarios, con las de tres canarios universales; los tres canarios más universales que han salido de Canarias: Nicolás Estévez, Benito Pérez Galdós y Blas Cabrera. El primero, en sus *Memorias*, documento de primera mano para conocer la vida española desde 1840 hasta fin de siglo, tiene páginas inolvidables dedicadas a sus años habaneros. Son los años de los Voluntarios, de los fusilamientos y del terror en La Habana. El segundo, con su epistolario puertorriqueño (Galdós fue Diputado de Puerto Rico), en el que sostiene correspondencia con los Alcaldes y con los prohombres del distrito de Bayamo. Es curioso señalar que en las car-

tas que conocemos de sus corresponsales puertorriqueños, éstos aluden concretamente a sugerencias o ideas que Galdós daba para posible aplicación en su distrito, de las que él conocía de su propia Isla de Gran Canaria. El tercero, D. Blas Cabrera, el Físico, eminente sabio, es autor en México de varios folletos y libros, unos de su propia especialidad y otros relacionados con la historia contemporánea española.

Un recorrido amplio, vastísimo e incompleto; con muchos nombres, nombres ilustres, otros casi ignorados, capítulos que necesitan ser investigados con mayor celo. Sólo una conclusión: América no fue hecha de Andaluces y Castellanos solamente, según aseguraban los primeros lingüistas hispanoamericanos. América fue, se diría que casi se formó, espiritualmente de las Islas de Canarias, esas tierras que fueron las últimas que dejó Colón un día de agosto de 1492.

## DIARIO DE UN "ISLEÑO" EN VENEZUELA

América siempre tuvo con las Islas Canarias comunicación y relación muy estrecha. Dejando atrás las estancias de Colón en las Islas, fue en los siglos XVII y XVIII cuando Canarias se volcó materialmente en el continente americano. Las islas —así se expresaba un Corregidor insular— “se despoblaban embarcándose cientos de familias acia las Américas”. Fenómeno investigado por historiadores y filólogos —aunque no lo suficiente—, ahí están los estudios de los profesores Morales Padrón, Rumeu de Armas y Pérez Vidal consagrados a mostrar una faceta determinada de las relaciones canario-americanas. Quizá sea el volumen de M. Padrón, “El Comercio entre Canarias y las Indias”, y el más reciente, sobre la figura del isleño León, el alborotador de Caracas en 1749, las aportaciones mejor documentadas.

El malvasía era el producto que salía con mayor abundancia desde las Islas hacia América. Y su exportación aparejaba disposiciones especiales de la Corona para permitir el comercio directo entre los puertos de Tenerife, La Palma y Gran Canaria —las tres islas mayores— con los de “Tierra Firme”, “Nueva España”, y con las “Islas de Barlovento”. Larga historia sería el relato de los muchos pleitos, de las infinitas reclamaciones, de los repetidos debates, de las incontables protestas de los Cabildos de las Islas para conseguir que persistieran las prerrogativas reales; el comercio sevillano, afectado por tal causa, hacía cuanto estaba de su mano para centralizar totalmente en Sevilla el comercio hispanoamericano. Sin embargo, las levas oficiales de familias isleñas destinadas a Santo Domingo, Puerto Rico, Venezuela o Florida; la pobreza económica del Archipiélago; su situación geográfica: todo hizo posible que continuara este comercio durante todo el siglo XVIII. Aunque, por otra parte, la presencia de extranjeros en las Islas —genoveses, ingleses, fla-

mencos— y su intromisión interesada en dicho comercio con Indias, hacía que transgredieran frecuentemente las disposiciones reales concernientes al comercio americano. Los expedientes inquisitoriales de Canarias están llenos de legajos con causas incoadas a pilotos y comerciantes extranjeros que, por una u otra causa, se veían sometidos a proceso inquisitorial.

Pero no fue sólo la exportación de productos insulares hacia América, sino la importación de los americanos en las Islas y en España. El café, el tabaco, fueron cargamentos que llegaban con regularidad a los puertos insulares, desde donde, por medios fraudulentos o legales, salían con destino a Europa. Los puertos de la Orotava —el famoso valle de la Orotava, vergel del malvasía—, de Santa Cruz de Tenerife, de Las Palmas y de Santa Cruz de la Palma, importaban y exportaban dichos productos: Y ello dio origen a la presencia de comerciantes que, con su capital y su poder económico, fueran creando la alta burguesía del Archipiélago; la que desplazaría bien pronto a la nobleza, hija de los privilegios reales.

No es raro, por esta razón, encontrar apellidos insulares en el comercio de La Habana, de Caracas o de Veracruz; especialmente, en el de Caracas, en donde se radicaron, de un modo sistemático, agricultores y terratenientes isleños que intervendrían muy activamente en los prolegómenos revolucionarios de la República. Guillermo Morón deja constancia, con su prosa salpicada de originalidad, de los muchos avatares de Andresoté, un moreno ligado al contrabando establecido por los isleños con los holandeses de Curazao; y de la arrogancia de León, el isleño alentado por cartas y proclamas de la nobleza caraqueña y de los pequeños propietarios agrícolas, de ascendencia o naturaleza insular. Por citar un nombre, recuérdese el papel de los Ascanios en los primeros intentos revolucionarios de Bolívar. O el de los Marreros y Galván, en las demagógicas juntas dictatoriales impuestas por Monteverde en Caracas. Sin contar con los vínculos de sangre que Páez, Bolívar, Miranda y otros caudillos venezolanos tuvieron con las Islas.

Antonio de Romero y Vivero fue uno de esos isleños que atraídos por el señuelo dorado de América, se trasladó a Caracas en 1748; casi en mitad de siglo. Allí fundó una familia y creó una fortuna que, como tantas otras, se trasplantaría después casi íntegramente a su isla nativa, Gran Canaria. Sus triunfos y sus derrotas, sus alegrías y sus tristezas,

sus afanes y sus decepciones, lo más íntimo de su vida, está referido en un Diario que escribió y del cual conocemos sólo una parte gracias a la diligencia y celo de su hijo Isidoro, caraqueño de nacimiento, diarista como su padre, el cual incluyó dentro de su propio Diario algunos folios que él recordaba o tenía del diario de don Antonio.

Pero antes de reproducir estas páginas, conviene hacer un poco la biografía. Para centrar al personaje, para rodearlo del ambiente en que vivió. Para conocerlo mejor. Y comprender el carácter de este canario esforzado que decidió "correr fortuna" en el Nuevo Mundo. Con el que no sólo le ligaron los más felices momentos de su vida, sino también la misma muerte, acaecida en uno de los viajes a Canarias.

Nació don Antonio Romero Vivero en Las Palmas de Gran Canaria en 1725; el 10 de mayo, para ser más exactos. Fueron sus padres, don Isidoro Romero, abogado, y su madre, doña Andrea Vivero del Toro. En 1745 se licencia de abogado en Granada, y en 1748, después de haber regresado a Canarias, embarca hacia Caracas; aquí comienza propiamente el fragmento del diario que transcribimos.

En la ciudad de Caracas se incorpora como abogado a la Audiencia de Santo Domingo para ejercer su profesión, y después de intervenir en algún pleito, consigue, por medio de un compañero, convertirse en asesor jurídico del General Gobernador Ricardos. Y, a causa de este cargo, interviene en los sucesos políticos de aquellos años; cuenta él mismo en su Diario que consiguió librar de la muerte a uno de los condenados. ¿Serían tal vez los cuatro condenados: "Juan de la Cruz, mulato, Raimundo Romero, zambo, Pedro Hernández y Andrés Rodríguez, naturales de las Islas"? De ellos, se libró Pedro Hernández, porque denunció a sus colaboradores: ¿tal vez por sugerencia de don Antonio? En fin, nada sabemos de cierto, en este punto. Sí, en cambio, de sus otras actividades.

He aquí algunas: asesor del Gobernador de Maracaibo, "con motivo de revueltas"; fiscal de "la Real Hacienda de Caracas"; abogado de don Pablo Olavide, pleiteante en la Audiencia de Santa Fe de Bogotá; antagonista del Gobernador Ricardos con quien tuvo sus disputas. Y, sobre todo, por encima de su condición de jurisconsulto, su calidad de hombre de negocios. Ya casado en 1750 y padre de un buen número de hijos —el mayor de todos, don Isidoro, el futuro diarista—, don Antonio embarca para Canarias en 1760 dispuesto a dedicarse de lleno, en colaboración con un hermano suyo residente en Canaria, al ne-

gocio del tabaco, y en general al tráfico de toda clase de mercancías. No fue otra la razón de su viaje a Madrid, en donde tuvo el placer de besar la mano del Borbón Carlos III... y de recibir, a cambio de éstas y otras lisonjas, un permiso para poder comerciar libremente entre Canarias y Venezuela: "el registro de permisión", en términos jurídicos: Compróse su barco don Antonio, en plena guerra con Inglaterra, y, después de conseguir el rescate de su hermano Francisco —su socio— apresado en pleno Atlántico por un barco de guerra inglés, regresa a Canarias, desde donde, cargada la nave, emprende el viaje hacia La Guaira. Corría el año 1763, y desde esta fecha hasta 1766 envía anualmente uno o dos navíos para las Islas desde Venezuela. En 1766, en compañía de su familia —en la que no figuraba, al parecer, su hijo Isidro—, carga su barco y regresa con él a Canarias; hace escala en La Habana, y, en medio del Océano, una tempestad da buena cuenta del abogado metido a exportador. Tenía entonces cuarenta y un años, poseía ya una regular fortuna y dejaba un hijo, abogado como él, don Isidoro, también ligado a lo largo de su vida con Caracas por muchas razones mercantiles.

Fue nuestro don Antonio Romero, de "regular corpulencia, más bien enjuto que gordo, mui bien echo de cuerpo, de temperamento ígneo (algo de esto debió saber el General Ricardos), alagüeño en su trato, cariredondo, pelo negro; persuasivo, cortés, y muy practico en la política; prudente aunque colérico cuando se enojava. Sus proietos eran vastos, porque sus pensamientos eran elevados... en materia de justicia hacia frente aún a el de mas elevado caracter". Así lo retrató su hijo Isidoro, en las páginas del Diario. Lástima que no se haya encontrado ningún retrato de este isleño aventurero que "aborrecía al artificio... y esto que se llama la contemplación". Aunque quizá supla esta falta de su imagen gráfica el autorretrato que él mismo, detallista y minucioso, nos ha dejado de sí mismo: su propio Diario, el más elocuente de los retratos.

Y ahí está. En su redacción primitiva y original. Sin ninguna adición ni rectificación ortográfica. Con su ingenuidad y su candor. Con su veracidad. Con esa belleza innata que sólo proporciona la sinceridad. La que —si creemos a don Isidoro— acompañó a don Antonio de Romero y Vivero:



### *Biaje a Caracas octubre año de 1748*

Haviendo el navio completo su carga serrado su bodega yechó su aguada por Octubre del año de 1748 y determinado partir a su destino, dimos a la vela con favorable tiempo el día 24 de dicho mes a las tres de la tarde.

Al siguiente día porque apaciguo el viento amanesimos por la vanda del Sud avista de la Isla<sup>1</sup>, pero a las doce del día ia la aviamos perdido de vista; y así fuimos navegando hasta el 2 de Nobiembre que empezó a faltar el tiempo y siendo así que en los antecedentes días aviamos navegado a quatro y media millas por hora, que hacian en la singladura 36 leguas; desde este día empesamos a echar solamente una o una y media, y quando mas una y dos tercios, esperimentando la grande desason de la agua que no con mucho ceso hacía el navío, y también el mal porte que le era forzoso al capitán dar a los prinzipales pasajeros por haversele escaseado los alimentos que llevaba el buque con la detención del biaje.

### *Muere un pasajero*

En esta conformidad de mui corto viento fuimos navegando haviendo experimentado el disgusto de que uno de los pasajeros senos murio.

El dia 12 de dicho mes de Nobiembre en que se celebra S. Diego de Alcalá propio nombre del hermano de dicho capitán hizo este un convite, haviendo echo isar el pavellon con una salva de tiros cuió regosijo se convirtió al siguiente dia en melancolicas reflexiones, haviendose reconocido que el agua que hacia el navio era casi inagotable, pues tenía 14 pulgadas de agua limpisima, y no se podia disminuir con las bombas que sin cesar trabajavan, cuió accidente turbo los animos, y especialmente el del contra maestre, que asegurava, que haviendo navegado desde

---

1. Se refiere a Gran Canaria, de cuyo Puerto de Las Palmas había salido la nave.

6 años de su edad continuamente y pasado borrascas, nunca avia perdido la esperanza de salvarse, sino en aquella ocasión en la qual tenia por irremediable el naufragio del bagel pues nos hallavamos lo más serca distantes del continente el espacio de mas de 300 leguas enmarados en aquel inmenso golfo que hay entre Africa y América.

### *Peligro himinente en que se vieron*

En esta critica situasion nos hallavamos todos, quando por maior trivulación el contra maestre dio la noticia de que las bombas no llamavan ia, y que era señal de estar mui cargado de agua dicho navio, solicitandose se pusiese todo en noticia del piloto Don Juan Questel celebre en su arte y esperiencia, el que sin perdida de tiempo hizo avilitar la entrada a la vodega y fondo del bajel para reconocer las bombas y su estado, de cui diligencia resultó, que sin que se dejasen de disponer para morir por el inminente riesgo que tenian mas de 200 almas, mando virar de vordo siguiendo rumbo a las costas de Cavoerde, que considerara mas sercanas, con el desigñio de vararse sobre ellas, si tenian la fortuna de llegarlas a tomar.

### *Osada resolución del Capitán*

Hizose asi consiguiendose llegar el 18 a navegar sobre los verdes lagos de Cavoerde, pero hallandonos a la distancia de 20 leguas de ellos, tomo el capitan secretamente la temeraria resolución (sin prevenir las fatales consecuencias que podian sobrevenir) de virar de vordo en busca del continente de América; a el precio del insoportable trabajo que tenian marineros y tripulación en agotar el agua por medio de las bombas sin cesar de noche ni de día, se logro que el motivo del maior peligro, no se aumentase navegando con la precaución de amainar las velas, soltar solo el trinquete y aun de ponerse a la capa con qualesquiera viento fresco y leve motivo que hubiese por lo viejo y mal estado de la nave, la cual sufrió el 17 a las siete de la tarde unas grandes fugadas de viento que sobrevinieron a resultas de una grande oscuridad que se dispó después de una copiosa llubia con que se sereno el tiempo. Se advierte que quando se paso el tropico el 29 de Octubre se celebrou en el mismo día con la acostumbrada garrocha de exigir dadivas de los pasajeros segun la costumbre nautica.

### *Río Marañón*

Asi proseguimos el viaje a favor de un viento favorable, llegando a tener la indispensable dicha de navegar el 22 de Nobiembre las verdes caudalosas aguas del Río Marañón, que naciendo junto a Lima, atra-

viesa un gran espacio del continente americano y desemvoca en el mar junto a el brasil colonia de Portugal en aquel nuevo mundo.

Se atraveso todo el golfo que forman las aguas de dicho rio; navegando en demanda del puerto de nuestro destino, nos hallamos el 23 según el punto de los pilotos a la distancia de 75 leguas al Leste de la Isla del Tavaco en la noche de cuio dia tubo la nave que combatir con un recio viento que sobrevino por cuiá razon fue necesaria ponerla a la capa; el 24 la avia amainado y se navegaba rreconosiendose por las muchas aves que se veían la cercania de la tierra.

*Se da vista a la isla de la Granada  
y a la del Tavaco*

El 25 se cumplio el punto de longitud del principal piloto sin tampoco descubrirse la tierra, pero se doblaron las sentinelas de proa y gavia sin lograrse avistarla hasta el 29, que se descubrio a el amanecer por el Barlovento la pingue isla de la Granada del dominio francés; en este dia se lidio con calma y no obstante con el auxilio de las corrientes navegando, descubrimos a el siguiente la isla inavitable del Tavaco distante de la dicha de la Granada unas doce leguas, y una corriente por nuestro costado de estribor que corria del sueste al este, tan rapido que parecia un arroyo mui despeñado, imitandole también en el bullicio e inquietud de sus ondas.

*Noviembre año de 1748. Vista de una vela*

El 31 amanecimos con viento fresco, y a las siete descubrimos una vela pequeña por la popa, la primera y unica que avistamos en toda lanavegación, lo que tuvimos por milagro en una ocasión que avia treguas, epoca de regularmente se apovechan los levantados, para insultar y cometer pirateria, las que no hubieramos evitado en manera alguna, aun del mas despreciable buque, por la mala disposición del nuestro que no hubiera podido usar de su artilleria, ni de maniobra alguna de guerra sin el bien fundado recelo de sumergirse.

*Mes de Diciembre. Isla de la Margarita*

El dia 2 de Diziembre amanesimos con el mismo viento fresco, sobre las puntas de la Margarita, que por ser muchas, son conocidas en las cartas de marear con los nombres unas de los frailes, y otras de los hermanos, y los compañeros; a las once del mismo dia avistamos la dicha Isla de la Margarita, la que llegamos a costear por su varlovento o el tiempo de oscurecer hallandonos a el amanecer nosin particular milagro

alcanzado por la intercesion del Sor San Xavier y Sta. Barvara, a quienes de corazón nos encomendamos sobre el cabo de Quadera distante 90 leguas de la dicha. Ysla de la Margarita, habiendo dejado atras el cabo Farallon.

### *Continente de Tierra Firme*

Este dia 3 que fue de San Xavier costeamos la tierra-firme y a las cuatro de la tarde avistamos el puerto de nuestro destino con el gozo que es presuntible, habiendo tenido la satisfacción de rrecrear la vista con las intrincadas arboledas de monte y pueblos de Indios por cuiu lado pasamos mui serca, raspando casi las riveras del mar, donde estaban situados entre grande amenidad.

### *Llegada al puerto de La Guaira*

A las oraciones acalmo el viento, como acostumbra en estas costas, en donde a las ocho de la mañana soplan las brisas hasta las seis de la tarde que amainan, quedando solo un terral con el qual entramos y dimos fondo una lengua del puerto, enfrente del deleitoso pueblo de Caraballera, que esta fundado en la misma costa.

### *Corsario Biscaino*

Inmediatamente el capitan se traslado a la lancha, que desde por la mañana se avia votado al agua, y se encaminó y pasó a el bordo de la galera y Javeque de los Biscainos corsarios, que estan allí destinados para privar el comercio furtivo y ilicito de las naciones, que esta en aquellas costas mui introducido, solicitando lanchas para remolcar a el navio hasta el puerto, lo que consiguio sin dificultad, teniendo la satisfacción de ver anclado su navio en el puerto a las 12 de la noche del mismo dia, amaneciendo el dia 4 propio dia de Sta. Barvara seguros y a salvamento, de que dimos infinitas gracias por tan señalado beneficio a nuestro Dios y Señor. La vista del puerto nos causo mucha melancolia por su pequenies como por la mala fachada de las casas que mas bien parecian edificios arruinados que avitaciones dignas de un lugar de tanto comercio y fama, no asi sus valuartes y fortalezas que son mui regulares y estan en buen estado de defensa.

El mismo dia 24 al amanecer desenvarco el capitan para subir a la ciudad a dar cuenta al governador de la llegado del navio y para que diese su comicion para la visita del navio la que se ejecuto el dia siguiente 25 por la mañana desde cuiu hora se empeso a desenvarcar la jente; Yo lo hize a las 2 de la tarde habiendo inbiado el criado por la

mañana con la carga y para que me buscara casa, la que con efecto se halla con gran incomodidad, subido precio, por no franquear mas lo reducido del lugar.

### *Descripción del Puerto de la Guaira*

Este pueblo tiene tan solo una parroquia y un convento de San Juan de Dios con 4 religiosos, se compone de dos calles; su temperamento es en extremo calido, y seco, mui acosado de brisas, y este es su bien, pues le templan sus calores. Es celebre un pequeño arroyo que tiene, que llaman de la Sarsa que suele secarse, cuias aguas mui salubres para bañarse y purgarse por la transpiración de malos humores, estan siempre calientes y por mucha que se veva de ellas nunca hacen mal.

En este puerto estube 10 dias gastando en cada uno en comida, ropa y casa dos pesos, siendo los alimentos tan bastos, que solo se gasta carne de baca y las gallinas comunmente valen a 7 reales y los pollos a dos.

Desde puerto a la ciudad de Caracas ai 5 leguas de penosísimo camino en el que me puso el dia 13 del dicho me de Diciembre, llegando a las 4 de la tarde a la casa que se me tenia prevenida en la calle de san Francisco en su frente, ajustada a el mes por ocho pesos.

### *Ciudad de Caracas*

Esta ciudad mirada de los cerros vecinos dominantes tiene mui buena perspectiva por su grandeza y ecelente delineación; pero estandose dentro es algo melancólica por las frecuentes nieblas, grande humedad, y calor que esta sujeta; Las tardes en ella son mui tristes sin ponderación; y aunque su asiento es llano y las calles las mas bien cortadas del mundo, como les falta a las casas la elevación que no se les puede dar por estar travasado este territorio de terremotos, le falta a la ciudad el aire de suntuosidad que causa la áltives y corpulencia de edificios alcazares y torreones. Tiene mui largos paseos, pero solitarios y llermos, porque no concurren ni se aprovechan los naturales de este bien, porque parece son naturalmente inclinados al retiro uno y otro sesos, pues por maravilla se vera una señora en la calle, sino con el motivo de ir a misa, y quando se ven en la precisión de salir a el estrado a recibir alguna visita, lo hacen solo las ansianas y matronas, dejando ocultas las mas juvenes.

### *Notta*

Nada mas que esto halle escrito en el diario que por su propio puño hizo el Lizdo. Dn. Antonio Romero mi venerado padre, pues aunque

del índice de sus capítulos consta que escribí más, también se echaba de ver que le arrancaron a el manuscrito parte de las fojas que le componían, desandándolo imperfecto y oscurecidos los más serios pasajes de su vida, de los cuales aunque tenga alguna luz es limitada y nunca podría circunstanciarlos como si estuvieran de su propio puño. Pero no obstante por no dejar imperfecto del todo este diario relataré lo que le sucedió hasta su muerte según y en la manera mejor que pueda aserlo, hallándome con solo noticias diminutas y bien escasas que me suministran muy pocos materiales para tal empresa, por lo que solo hare mención de los sucesos de cuya verdad tengo alguna certeza adquirida: por papeles que he visto y noticias fidedignas que he llegado a entender.

### *Suplemento*

En cumplimiento de lo cual digo que el dicho Lizo Dn Antonio Romero y Vivero habiéndose resuelto a recibir en la ciudad de Caracas y en ella ejercer las funciones de tal abogado; para poder verificar esto sin que se le impidiese, pareció por procurador en la Real Audiencia de la Isla de Sto Domingo, solicitándose le incorporase en ella, para poder actuar en la estension de su distrito lo que en efecto se le concedió y a su consecuencia en 17 de Noviembre de 1749 años se espidió el correspondiente título habiendo pagado la media nata de estilo.

### *Acesora al Gobernador de Caracas*

Desde entonces empezó a despachar y defender causas con mucho aire, energía y amor tomando un crédito muy grande en toda la provincia, de que resultó que Don Antolín de Liendo, asesor que era del Excelentísimo Sor Gobernador de aquella provincia Don Phelipe Ricardos le tomase por su compañero para aliviar el gran pondus de negocios que tenía a su cargo.

### *Sublevación en Benezuela*

Eran estos a la sazón muchos y muy graves con motivo de que avía auido un levantamiento por algunos vecinos revoltosos, tan sonado que volo a la corte de Madrid su noticia, y esta para prevenir los daños y atajarlos con tiempo, ordenó que al dicho Phelipe Ricardos pasase a ella, y relevando del gobierno al Sor Dn Frey Julián de Arriaga que a la sazón la gobernava, empuñase el baston y procediese a la pacificación de dicha provincia y al castigo de los que resultasen culpados.

### *Reo de muerte librado por don Antonio Romero*

En estos asuntos trabajo con imponderable celo y imparcial actividad dicho Don Antonio Romero para ayudar a dicho Gobernador; y co-

mo es mui irregular que en los absuntos de sublevación para abreviar se suelen atropellar las causas y difinirse sin la bastante prueba y sustantación devida, y prevenida en derecho, en una que avia de esta naturaleza por la que avian sido condenados a muerte 4 de los ceciciosos livro auno esponiendo en el dictamen que se le pidio sobre dicha sentencia que tres merecian la muerte pero que el uno devia suspenderse la por que segun resultava del proseso no la merecia cuio dictamen haviendolo seguido la maior parte de la Junta, se le mando sacar de la capilla, y pocos dias despues se le dio livertad por que se averiguo su inocencia.

*Noviembre del año 1750. Hijos de don Antonio Romero*

A 28 de Noviembre de 1750 se caso en dicha ciudad de Caracas con Doña Juana Josepha Ceballos Guerra hija legitima de Don Juan Antonio Ceballos Guerra natural de la villa de Cartes en el Arzobispado de Burgos y de Doña Juana García de Montes natural de dicha ciudad de Caracas, de cuio matrimonio tubo por hijos legitimos a Don Ysidoro = Don Juan Nepomuceno = Don Andres = Don Fernando = Doña Maria del Pino = Doña Barvara, que murio mui pequeña en el puerto de la Guaira.

*Febrero del año de 1752.* Nombrasele por Fiscal de la Real ACIENDA DE CARACAS. Hallandose la Real Acienda en aquella dicha ciudad abrumada con muchos y varios absuntos a que no se podia dar espediente por ser los mas de ellos puntos de Jurisprudencia, los oficiales Reales de las Casas de la mencionada ciudad hizieron una rrepresentación al gobernador proponiendole la necesidad que avia de nombrar un fiscal asi para que terminase lo que habia pendiente y que ocurriese, como para que estirpase el envejecido vicio del comercio clandestino y furtivo y que en atención a la facultad con que se hallavan, nombravan por tal fiscal al Lizdo Don Antonio Romero y Vivero por concurrir en el todas las qualidades que nesositavan; cuio espediente visto por dicho gobernador lo aprovo, señalando al dicho Dn Antonio 200 pesos de sueldo anuales, que cedio a beneficio del Rey nuestro Sor todo el tiempo que exercio dicho empleo con la maior integridad y celo del Real servicio.

*Tiene mui serios ataque con el Gobernador*

Tubo serias y mui pesadas contestaciones con el Excmo Sor Gobernador Don Phelipe Ricardos y con su acesor Don Antolin de Liendo los que le dieron el sonrojo de mandarle salir de dicha ciudad de Caracas; Pero de todos estos desaires salio triunfante y con el maior honor, que merecia su conducta.

*Asesora al Gobernador de Maracaibo. Año de 1753*

Don Francisco de Ugarta gobernador de la ciudad de Maracaibo, hallandose con el pueblo amotinado, y levantado contra sí, le solicitó y

nombró por su acesor aque se escuso, pero instado del respecto y vibas instancias, que le hizo la Real Compañia de Caracas acsedio al gusto de ellas, poniendose inmediatamente en camino para dicha ciudad en la qual entro en Junio del año de 1753.

### *Rebolución de dicha ciudad*

Hallola mui rebuelta, pero sin causa porque el governador estava ynocente y padecia verdaderamente persecusion por la Justicia que avia administrado sin contemplasión, especialmente contra los que defraudavan los Reales intereses de que era mui celoso:

### *Providencia irregular de la Audiencia de Sta. Fe*

Antes de empesarle a asesorar Don Antonio solicito su incorporacion en la Real Audiencia de cuiá juridicion era Maracaibo, que era Sta Fe de Bogotá. Mas este Tribunal tomando una providencia mui irregular se la nego y porqie insto sobre que se le concediese, espidio consecutivamente quatro Reales proviciones espulsorias mandandole restituir su domicilio a las que no dio cumplimiento ni dicho Don Antonio desistio por ello de asesorarle publicamente con arto dolor de sus emulos fundado en la practica que avia de haver confirmado dicha Audiencia varias sentencias fulminadas por los gobernadores de dicha ciudad de Maracaibo asesorados con abogados de Caracas, de cuió estilo haviendose echo sacar dicho governador varias certificaciones, una remitio al Rey Nuestro Señor y otras a dicha Real audiencia que no sesava en su negativa pero sin apremio ni violencia.

### *Suspéndese al dicho Gobernador*

Ya antes que Don Antonio Romero llegase a aquella ciudad seis de los enemigos de dicho governador avian escrito contra el a el Rey Nuestro Señor con tan adornado artificio que se llevo a dudar de su conducta; De cuios informes resulto que se despachase orden al Coronel de la tropa que estava en Caracas llamado Don Guil para que pasase a la de Maracaibo a tomar conocimiento de todas las causas y para que se hiciese pesquisa, tomase el baston y diese cuenta; todo lo qual se verificó defendiendo al mismo tiempo Don Antonio con notable empeño al dicho governador hasta la sustansacion de dicha causa que se remitio a España; despues de lo qual y de tres meses que duraron estas rebueltas se regreso a Caracas, mas bien cargado de atrasos que de utilidades.



*Restituiesele su Gobierno*

Las resultas de la corte fueron muy honrosas así para dicho gobernador como para Don Antonio pues se le restituyó el mando de su gobierno a aquel, y a la audiencia de Santa Fe le llegó una severa orden de que no le pusiese envaraso en la actuación de los asuntos a cuya expedición había pasado a la referida ciudad de Maracaibo Don Antonio Romero.

*Asistente de Sevilla castigado por hereje.  
Ciudad de Coro y Villa de San Carlos*

Restituido a Caracas hizo un viaje a la ciudad de Coro, ignorase el motivo, después a la villa de San Carlos distante 50 leguas de Caracas, a este último pueblo fue con motivo de una cobranza, que le dejó a su cuidado Pablo de Olavide, oidor que había sido de Lima, cuando a él restituirse a España pasó por la de Caracas el año 1752; cuya comisión por varias melancólicas circunstancias me ha sido muy dolorosa desde el año 1760 aca. Dicho Pablo Olavide hallándose con la dignidad de asistente de Sevilla y director de las nuevas poblaciones de Ciermorena fue declarado y castigado por hereje y deshonrado el año 1776.

*Subelevación de indios y otras de negros*

Estando dicho Don Antonio en Caracas sucedió la sublevación de los Indios contra la tropa arreglada en el sitio que llaman la soledad cuya causa se encomendó a su celo y cuidado, y igualmente sucedió otra de negros, que con gran secreto habían conspirado a destruir a todos los blancos el día del Señor San Juan Bautista cuya celebración es del cargo de los referidos negros en dicha ciudad. Pero dicha traición no tuvo efecto por que descubierta a tiempo por uno de ellos se previno con tiempo el daño con el castigo de los más culpados, que fueron sorprendidos y aprisionados cuando menos lo pensaban; Era costumbre en este día permitirles armas de fuego para que hiziesen salvas en obsequio del Sto Precursor; pero después de este día se les prohibió absolutamente el uso de ellas en lo sucesivo.

*Enfermedad aguda que padeció*

Padeció el año de 1757 una enfermedad muy aguda, prolija y peligrosa de pujos mezclados de sangre de cuyas evacuaciones hubo día que hizo hasta guarenta acompañándole fiebre con delirios y dormitaciones perniciosas; sufrió este achaque 90 días a el cabo de los cuales, los

7 médicos que avia en la ciudad de Caracas en junta que para ello tubieron, le anunciaron irremisiblemente la muerte, y no teniendo a su parecer mas que aplicarle los despido dicho Don Antonio y usando de una poca de agua tibia que le inspiró Dios nuestro Señor al tiempo de acostarse y entre dia empezo a mejorarse y se acavo de restablecer con los polvos de Aix y mas eficazmente con los de una raiz que avia traído de Maracaibo. Prevengo que lo de los pujos o cualesquiera otra evacuación no es conveniente curarse hasta que la naturaleza no se halla descargado de los perniciosos humores que los causan, porque suspensos puede resultar maior ruina.

### *Niégame al despacho del Bufete*

Finalmente dicho Don Antonio resuelto a evadir las desazones que a cada paso le armava la envidia por los progresos que hacia en la ciencia jurisperita, o mas bien instado de su propia inclinacion, que natural y poderosamente le llamava mas bien a el trafico del comercio, se nego a el despacho del bufete, y sino era afuerza de fuertes y poderosos respectos, no hacia escrito alguno, y aun estos no los firmava, por no causar quejas a otros a quienes se avia escusado con la ocasión de estar prosimo a rregresar a las Canarias y de allí a Europa en demanda del logro de vastos proyectos que llevaba delineados.

### *Envárcase para Canaria*

Llego pues el caso de poner en pactica esta peregrinación y antes de darle principio, providencio quanto conducía a la manutencion, honor y desensia de su esposa hijos y familia que durante su auciencia dejava en dicha ciudad de Caracas, donde estava avecindado; su embarque no se verificó hasta el mes de Maio del año de 1760, y este fue acompañandole io el maior de sus hijos en el navio llamado el bien comun su capitán don Joseph Botino; la navegación duro mas de 60 dias, y hubiera sido completamente felis, sino se hubiera lidiado por dos dias con una furiosa tempestad, en la que hubierra avido menos motivo de temer una desgracia, si el navio no hubiera estado en mal estado por su bejes, la que sin embargo resistio todo el furor de los elementos sin haver llegado el caso de hacer alijamiento llegando felismente a salvamento a Sta Cruz de Tenerife en el mes de Julio del referido año de 1760.

## “IDEAS NUEVAS”

Las islas, enlazadas con la suerte histórica de las provincias americanas del Caribe; las islas, donadoras de hombres, de esfuerzos, de dolores y de alegrías; las islas, cruzadas por la sombra siempre inquietante de las tierras colombinas. No las tierras de los siglos primeros de la conquista, sino la de los siglos colonizadores; la historia americana se forjó a partir de la segunda mitad del siglo XVII, tan pronto como llegó a sus costas la agitada tormenta de Europa —cruzada por el vendaval de la revolución y de la conmoción religiosa—, y fue en este tiempo cuando se incrementó la corriente emigratoria de las Islas Canarias hacia Venezuela, Cuba, Puerto Rico, Sto. Domingo y Luisiana. Por eso, la historia moderna de Venezuela, que es la historia de su americanidad, tiene tantos hitos isleños; no tan sólo los más conocidos —Miranda, Bolívar o Ascanio—, sino otros no por más desconocidos menos importantes: la intervención personal que tiene el abogado Romero en los primeros sucesos de Maracaibo y de Caracas, a raíz de los intentos republicanos de La Guaira, es un episodio casi inédito para la historia venezolana: un abogado canario defiende a los reos venezolanos —algunos condenados a muerte—, y su intervención debió de ser un tanto calurosa cuando, por orden superior, es desterrado fuera de la provincia de Caracas, y, poco después, debe regresar a las Islas.

No ha sido vano este rastreo hecho en las relaciones isleño-venezolanas, porque, como consecuencia, pude darme cuenta del eco que tenía en Venezuela, como en toda América, los fenómenos europeos. Unas veces, adquirirían carta de naturaleza americana, al decir de Henríquez Ureña; y otras, se adueñaban de una minoría que, de forma prodigiosa, conseguía, por mil procedimientos, hacerlos extensivos a los otros grupos sociales. El Barroquismo, por ejemplo, tiene en Arte o en Literatura un sello incon-

fundible de americanidad. Sor Juana es gongorina, pero es mejicana; y la Ilustración, según se verá, fue primero pecado de unos pocos para convertirse con el tiempo en delirio de muchos. De la Ilustración a la Revolución no hubo sino un paso —en Europa y en América—, y allá en las tierras venezolanas, este paso resultó decisivo y hasta, si se quiere, prematuro; pero, a la larga efectivo. Los revolucionarios americanos vistieron casaca, aspiraron rapé y escuchaban a Pergolesi gracias a la finura y maestría de un músico como Olivares; pero no pasó mucho tiempo sin que la casaca diese paso a la guerrera, y a la fragancia enervante del rapé sustituyese el olor fuerte de pólvora y de sangre.

Por esta razón, como se verá, Condillac venció a Sto. Tomás; y por esa misma razón, los que fueron primero tomistas terminaron en el sensualismo; y los que leían sólo a Montesquieu, terminaron atiborrándose de Rousseau. Claro, ésta fue la primera fase. Después, después vendrían los manifiestos, las proclamas —como las de Miranda, en 1806, en su fracasada invasión— y el vendaval de “papeles prohibidos que llegan a esta provincia”. Según refiere el profesor Grases, fueron centenares los ejemplares que se recogieron de “Los Derechos del Hombre”, traducidos primero por Miranda y difundidos por toda Venezuela a raíz de la sublevación republicana de La Guaira. Y los folletos de Burke, primeramente publicados en la “Gaceta de Caracas”, por orden de la Junta Revolucionaria, originaron una avalancha bibliográfica de controversistas —médicos, teólogos, moralistas— entre los que se cuentan un médico canario, profesor de la Facultad de Medicina de Caracas.

En cuanto a la Política, las Constituciones de cada una de las provincias venezolanas, organizadas federativamente, tenían la huella de los textos mirandinos (“Los Derechos del Hombre”), y el cotejo minucioso que ha hecho el profesor Grases de cada uno de los textos constitucionales venezolanos, prueba que hubo siempre una fuente común: el primitivismo constitucional dictado por los revolucionarios franceses de 1791. Precisamente, el cotejar los textos más antiguos de las constituciones venezolanas, colombianas, ecuatorianas y peruanas, amén de la cubana (redactadas entre 1809 y 1812), se llega a la conclusión de que los textos venezolanos fueron los primeros cronológicamente en toda América, y que los enviados de Miranda, de la Junta de Caracas y de Bolívar cumplieron con toda exactitud su cometido. Hoy diríamos que

fueron unos eficaces “quintacolumnistas”; no tan sólo ideológicamente, sino también en el campo mismo de la revolución.

A este apartado, hay que añadir los textos que tratan de Religión, Economía y Sociología en general. Burke fue el iniciador de una corriente deísta que no sólo circuló por Venezuela —y casi se convirtió en signo político de la nueva Junta—, sino que se extendió por todo lo ancho del Continente: la idea central de separar la Iglesia y el Estado había privado en Europa, desde los años prerrevolucionarios, había cuajado en el sínodo de Pistoia (Italia) y había tenido en España su manifestación más evidente en la Carta Colectiva de los Metropolitanos españoles que en el reinado de Carlos IV, sintiéndose regalistas y nacionalistas, aconsejaban al Rey, con mucha literatura, la mayor y más absoluta independencia de la esfera del Vaticano. O, como se decía entonces, en lo religioso y en lo filosófico; y su doctrina era hija de esta orientación: para comprender la huella profunda que dejó basta señalar que en Chile, en 1850, todavía se discutían algunos puntos ya planteados por las tesis de Burke, de 1810.

En Economía, Sttuart Mill se convirtió en maestro indiscutible de la nueva Libertad de Comercio. Desde el siglo xvii, con el Marqués de Varinas, y en xviii, con Floridablanca, se había propugnado esta libertad: la asonada del isleño León, dueño y señor de Caracas durante cierto tiempo, ocurrida a mediados del siglo xviii, tiene su raíz en el descontento que producía el monopolio de la Guipuzcoana; las cartas enviadas al Rey por los sublevados, como señala Morales Padrón, están llenas de doctrinarismo liberal. Estar sometidos al mandato de la Compañía no se avenía con el espíritu comercial y liberal de los agricultores isleños, verdaderos promotores de la asonada a causa de ser los representantes más conspicuos de la media burguesía caraqueña, esencialmente de carácter agrícola y poco después orientada hacia los cauces del comercio.

América cruzada de ventolera de libertad.

## CRIOLLOS Y PARDOS

“Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido y pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?”. Así escribía Martí en los últimos años del siglo XIX, en uno de sus más hermosos ensayos, (“Nuestra América”), palpitando su espíritu de unión, de defensa común frente a los peligros que entonces acechaban a la soberanía y a la unidad americanas. ¿Cómo concebía Martí a ese hombre americano?

Suponía el escritor cubano la existencia de un mosaico colorido a todo lo ancho del continente: “el indio, mudo”, “el negro otéado”, “el campesino, el creador”. Así suponía Martí que estaba substancialmente hecha la configuración humana del continente. Y, con su pasmosa parquedad, no estaba muy equivocado; pues líneas más abajo, añade: “el campesino, el creador, se revolvía ciego de indignación contra la ciudad desdeñosa, contra su criatura”. Había sabido definir Martí, con toda claridad, la variedad del mundo americano. Por un lado, el campesino; por el otro, la ciudad. En uno y otro lugar, en el campo y en la urbe, el color multiforme del mestizaje, o la vanidad del criollo, creyente en una superioridad que defenderá siempre con todo celo. Mundo de oprimidos y de opresores, de “charreteras y de togas”, “de alpargatas en los pies y la vincha en la cabeza”. Y así quedaba planteada la lucha, la sorda lucha: entre los de arriba y los de abajo, entre los de fuera y los de dentro. ¡Ah! sí, porque en América no sólo había arriba y abajo, sino dentro y fuera. “Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales”; y estos letrados serán los que mirarán con ojos suspicaces entrar en los cabildos a los pardos y a los chapetones, a los indios y a los esclavos, al común, en fin, que venían llamados por la hora de la revolución. Por la exigencia del grito y del plante.

Aún había otros hombres. “Los de la falsa erudición”, los que, como decía Martí, se avergonzaban de que “su madre llevase de lantal indio”. Contra ellos se lanzará el común, contra ellos alzarán sus voces y sus machetes; contra ellos, porque consideran que son los mismos que habían negado más de tres veces en los motines y en las primeras algaradas, o los que habían denunciado tales o cuales intenciones. “El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico”, dijo Martí, y esta derrota era mirada como un mal irremediable para los cultivadores del sofisma, o para los insuflados de fatuidad y llenos de vacío. Para vencerlos —ya se verá que Martí no se había equivocado en su dictamen— el nativo había utilizado todos los medios; si le fue necesario, hasta la tiranía, que, en América, nace precisamente cuando el pueblo se siente desdeniado, vejado en sus propios intereses. Pues en los “pueblos compuestos de elementos cultos e incultos, los incultos gobernarán, por su hábito de agredir y resolver las dudas con su mano, allí donde los cultos no aprenden el arte del gobierno”. El exotismo, la falta de nativismo, el orgullo son adornos que no puede tener un gobernante de América; el pueblo, siempre suspicaz, sabedor de su poder, no permite la presunción, o la “justicia acumulada de los libros”. Prefiere —exige— oler a indio que tener aroma de petimetre. El mayor pecado que se pudo cometer fue gobernar no con “el alma de la tierra”, sino con “las ideas y formas importadas”. Ya que vivir de prestado, rehusar el poder impuesto por extraños fue norma común del pueblo en América, desde el momento en que éste comprendió el olvido, se lanzó a la reconquista del poder.

Lucha, y lucha constante, fue la que hubo entre los unos y los otros. Tanta y tan insistente, que para algunos ha sido causa primordial de la Independencia; cuando no quieren ver la unidad de criterio y la diversidad de formas. A la Revolución llegarían los “levitas” con sus libros y con su fatuidad —hasta con su falsedad, en ocasiones—; los mestizos, con su pasión, con su furia, pedidores de justicia; los esclavos, libres de grillos y atados con las ideas; y los mejores, los escogidos, ansiosos de fundir “vincha y toga”, “libertad y justicia”, “igualdad y derecho”. Y así, en frase gráfica martiana, “con los hábitos monárquicos y el sol por pecho”, se echaron a levantar pueblos los venezolanos por el Norte y los argentinos por el Sur”. “A levantar pueblos”, sí, porque, ocultando sus mejores ideales, vestidos aún con la casaca borbónica, ya estaban lanzando al aire a sus mejores flecheros, dispuestos a hacer blanco, preparados para romper la diana. El edificio del “despotismo”

—término universal repetido a todo lo largo del continente— se vino al suelo tanto por el machetazo del común como por la letra escrita del “publicista”. Las dos armas fueron eficaces, y las dos se manejaron con igual maestría.

Después, las manos pulcras del letrado y las callosas del analfabeto sabrían empuñar con el mismo ardor el fusil de la guerra, o el cuchillo de la sangre. Martí ha sabido resumir certeramente la figura más adecuada: “Eramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”. Hasta en el vestido parecía el hombre americano un figurín, un disfraz de prestado. Debajo del disfraz había un “ilustrado” sin luces, o un militar sin casaca, o un abogado sin toga; o hasta podría haber un criollo avergonzado de su nacimiento. Podría haber todo esto, porque el hombre de relumbrón, el que tanto brilla en los primeros momentos de la sacudida revolucionaria, necesitaba del carnaval para pasar desapercibido... a pesar de que por todos fuese conocido.

Un papel amarillento, revivido gracias al vivificador que supo valorarlo, dirá más que todo cuanto se ha referido. Es un papel grueso, sellado, relleno de letra menuda y rasgada; letra curialesca y resabida. El vaho del escribano aún parece respirarse en cada línea del proceso, pues de proceso se trata. El encausado se llama Andresote, y su revividor es el Dr. Morón.<sup>1</sup>

El muy infatuado de Don Sebastián García de la Torre estaba dispuesto a dar caza al sublevado. Tenía en jaque al Gobierno, y en preocupación a muchos principales. Don Sebastián tenía la certeza de cumplir su misión a fuerza de papel y de palabras; los testigos van y vienen, y las respuestas vuelan por los aires. Los blancos, más esclavos que los mulatos, dicen algo importante para esta cuenta que se está llevando: “la esclavitud y servidumbre, desde cuando andan los alzados haciendo de las suyas, prestan menos respeto a la gente principal”. Grave cosa para la “gente principal”; el ver cara a cara al siervo, el notar en el esclavo, por vez primera, una mirada sostenida, o una sonrisa taimada. “Perder ese respeto es agarrar la libertad”, dice Morón. Y así es. Los comuneros de Andrés —pues comuneros fueron, y comuneros presagadores— estaban alzando el grito no tanto por la libertad cuanto por la conclusión de los tributos y de la centralización fiscalizadora. Aquella

1. GUILLERMO MORÓN: *La Palabra Acero*, Santander, 1953.



endemoniada centralización que con tanta severidad actuaba cuando de decomisos se trataba, pues su buena parte tenía en ello. La "gente principal" también estaba con el moreno —como lo estuvieron con el isleño León, poco tiempo después— mientras el compromiso o el peligro del desfavor gubernamental no impidieran lo contrario. Los de arriba y los de abajo comienzan a hacer el juego; sienten la necesidad del alzamiento, pero con una diferencia. Andresote y los suyos jugarán hasta la última carta, mientras que sus "protectores" retirarán las suyas cuando adivinan lejanos los triunfos. Y, sobre todo, cuando se dan cuenta —no sin temor— que el mulato podía llegar a imponer el derecho de su protesta.

Allí, en el proceso de Andresote, quedaban reflejados los estamentos sociales de la Venezuela colonial del siglo XVIII: el godo, el blanco servil, el pardo valeroso y el común, indeciso todavía. En el proceso, andan mezclados, no diferenciados; pero nótese que cada clase tiene su función, cada hombre tiene su obligación que cumplir. El escribano, ordenador de las mentiras de las cuentas históricas; el personero, hacer valer su poder y sus fueros; el blanco, el criollo que teme por sus intereses; el común, en el fondo, deseoso del triunfo del cabecilla. En el trasfondo se adivina la sombra de una mano opresora, la de la Compañía Guipuzcoana, que representa el fuero, el privilegio, el poder centralizado. El pueblo no la sufría por dos razones: porque impedía el contrabando y porque aumentaba los impuestos. Además, el comercio con los holandeses daba más estipendio y menos quebraderos de cabeza. El Gobierno entendió que para soslayar el comercio ilícito no había mejor solución sino monopolizarlo, entregarlo en manos de unos pocos. Y contra esos pocos, "contra ellos", alzó el común su voz de descontento: se avenía muy mal con el carácter apacible del campesino y aún del orgulloso mantuano. Y de este modo, la fuerza horizontal y oculta del dinero, y la vertical y apasionada de la sangre se aunaron para desterrar del país el poder despótico del monopolio guipuzcoano.

No por otra razón sino por esta amalgama —que resultó en algún momento infructífera— se puede decir que la revolución sería campesina, ya que del campo vino la llamarada más fuerte, la brasa más ardiente. Revolución rural fue, y en ella los conuqueros, los pequeños cosecheros, los granjeros y hasta los perdidos, sin casa ni hacienda, trataron de imponerse por encima del criollo ciudadano, del blanco no

personificado. Las malas palabras se fueron imponiendo a las buenas; el alboroto fue primero que el orden; la cautela dio paso al desahogo. El pueblo, formado por hombres de todos los colores, pero animados por un ideal común, aspiró, y en principio lo consiguió, a imponer su ley. A dejarse oír, a gritar por el silencio en que había vivido, a dictar leyes por los muchos siglos que las había soportado. En el mar de rumores que va bañando a la República, los más altos vinieron de las voces del "criollaje barato", el formado por la masa heterogénea de cosecheros, y de hilanderos, y de bizcocheros; porque en ellas estaba ya entretejida al nacionalidad presentida, la Patria buscada. No nacida en el rococó de brillantes uniformes militares, ni en lustre de chupas cortesanías, sino en el pardaje de manos toscas, en la comunidad de anonimato. Se juntaron en la Plaza cuando quisieron dejarse oír, invadieron la capital cuando no fueron a escucharlos, sitiaron a Corregidores demasiado incautos o excesivamente sordos a las súplicas, subieron las marmoladas escaleras del Cabildo para poder intervenir en los negocios ciudadanos. "En el verde rostro venezolano, asomó la nacionalidad un día cualquiera del siglo diez y ocho". Y tan en cualquiera día, pues a partir de Andrés Bote, y quizás antes, ya estaban en ebullición las pasiones y los ensueños de emancipación. Sobre todo, de autodeterminación y de autogobierno.

Sólo el arrojo, la valentía del pardo, del hombre sin origen noble, podía hacer este milagro. Dice el Dr. Morón que la americanidad se logró a fuerza de sudores de hombres sin limpieza de sangre. La sangre del pardo es roja, palpitante, fresca, sin mezcla, con líneas más o menos colaterales, sin follaje de árboles genealógicos. Los oligarcas, los poderosos, los tibios, los mantuanos, tuvieron que mirar con desconfianza tanto arrojo, tanta desfachatez. Los analfabetos escribiendo proclamas, los cosecheros hablando con el Capitán General, los comerciantes dejando a Mercurio para aliarse con Marte. Haber entrado en la historia con tanto estrépito, ignorantes del poder, ignorantes del saber, ignorantes de la felicidad aprendida en libros y en tertulias; haber llegado animados de rencor contra los españoles gobernantes y contra los criollos adulaadores: tal fue el signo con que subieron a las páginas de los historiadores estos proletarios americanos. Es posible —como dice el Dr. Morón— que el pecado de Miranda fue el color de su sangre, a pesar de la bravuconería de la montera; el pecado y el milagro, pues a fuerza de desdén, prefirió el Mundo antes que la ciudad, aceptó el exilio antes que el ostra-

cismo social. Buscó fuera lo que no pudo hallar dentro; mientras pisaba los salones europeos, mientras galanteaba con los corazones femeninos, mientras aprendía ciencia de gobierno en la vieja Europa, sus paisanos caraqueños, atraídos por su fama, se decidieron a la alianza, como lo hizo el padre de Bolívar en aquella carta tan repetida en casi todas las historias. Claro, tuvo un pecado: no tan sólo vestir de mantuano, sino, además, imponerse a los otros mantuanos: el hombre de la calle, el común no le perdonó este olvido. Ni el mantuano esta vanidad.

En esta lucha de clases, en esta arrogancia del tendero canario, Sebastián Miranda, está implícita la altivez, el arrojo de su hijo. América fue hecha gracias a los arrogantes, a los altivos, a los ignominados; porque los otros, "la gente calificada", se verían arrastrados por el alud impetuoso del pueblo. Por eso América es morena, mestiza, porque en sus entrañas está la razón de su existencia. Y ella se hizo no con las buenas maneras y las finuras, sino con el ímpetu y la tenacidad.

## LO AFROAMERICANO

Cuando se piensa en los millones de negros que viven o han nacido en América, se afianza más la idea de la variedad y de la falta de unidad continental. Esos millones de seres no son una gota de agua en medio del inmenso océano americano, sino una masa de proporciones bien definidas que cada vez va haciendo más cuerpo en el conglomerado de América. Masa avasalladora, inquietante, motivo de más de un capítulo de la Historia y razón de un principio de nueva vida. Por eso lo africano es factor esencial en la interpretación de América; porque está hecho un poco con el negro sudor africano y el marfil moldeado en risa. Y porque la complejidad americana necesita del africanismo para no mostrarse demasiada hermética.

Es la afroamericana la influencia que hoy tiene en América mayor extensión. Ha llegado a convertirse en motivo popular su manifestación musical y folklórica, y ha llegado a confundirse de tal modo lo genuinamente indígena con lo exótico, que resulta ya difícil establecer límites. La invasión de lo negro ha alcanzado extremos inconcebibles; el ritmo de los sonidos y la borrachera de los sentidos lo ha llegado a dominar todo. Ritmo y borrachera que constituyen el secreto africano. De los tristes lamentos del esclavo al lamento del "blue"; del chasquido del látigo a la percusión del bongo; de la docilidad del esclavo a las protestas líricas y retóricas; de la mansedumbre al caudillaje. El negro ostenta más y más la individualidad y el orgullo; para imponerlos, para dominarlos. Para conseguir el linchamiento espiritual del blanco. Y para dar fe de su presencia histórica no en vano se derramó sangre americana en dos ocasiones mezclada con el ébano de sus entrañas.

Es cierto que no acusa el continente la presencia africana por igual; puede decirse que es el Caribe la zona más amulata. Precisamente,

la correspondiente al clima más tropical. Cuba y las Antillas, Venezuela; América Central y al Sur de los Estados Unidos son, junto con el Brasil, las áreas más pobladas. En ellas palpita esa silenciosa lucha feroz; porque entraña la pugna de dos concepciones distintas de la vida. Y difícil de resolver, porque el antagonismo dificulta más su acercamiento. Detrás de cada blanco parece haber un demonio que lanza al negro, que lo persigue, que lo pretende hacer su enemigo; como si ese negro fuese un "ídolo tallado", una estatuilla de madera, una curiosidad casi infantil. Poque había en el negro una virtud y un pecado: la esclavitud. De ella provenía la lucha, la eterna lucha que iba a sostener con quienes se consideraban sus amos; lucha teñida más de leguleyismo lóbrego, triste, melancólico; no de lamentos líricos, sino de imprecaciones. El tormento y la angustia, el dolor y la desesperación, el odio y el pesimismo, la congoja y el abandono llenos de aureola romántica; enriquecidos de notas musicales; convertidos en el tema central de un modo de vida.

Y de este modo el negro pasa a ocupar un plano principal; adquiere una novedad que casi da signo a una época. Invadiéndolo todo, haciéndolo suyo, usurpándolo. El músico, el pintor, el modisto, el poeta vuelven sus ojos a la candorosidad africana y rehacen, a su manera, la trasvida del hombre de color. Y suena la estridencia del "jazz", y se llenan los lienzos de curvas sexuales y se puebla el aire de jitanjáforas líricas. Porque en estas tres cosas parece resumirse todo el mundo negro: en la furia, en la sinuosidad y en el disparate. El folklore de América se esconde y se confunde en muchas ocasiones con la superficialidad de lo exótico y de lo racial. Cuba, por citar un caso concreto, convierte su prehistoria en un injerto de oscuras y ancestrales culturas; olvida al indio y lo suplanta por el negro; y otro tanto se podría decir de Brasil, de Haití. No se puede hablar de indigenismo, sino de africanismo; y cualquier historiador de lo africano necesita el capítulo imprescindible de América. Para explicar cómo el primitivismo de una cultura se coloca al lado y hasta suplanta la madurez y perfección de otra; y cómo este espejismo deslumbrador alcanza por igual al hombre de la calle y al artista. Pues ha sido aquél y no éste el que más ha ayudado a la suplantación. Aunque, menester es reconocerlo, también el Arte ha admitido y ha hecho suyas las fórmulas y las expresiones más disparatadas. El bongó, la chachá, la maraca, la botija, el yambambó dominan los instintos más primitivos y convierten la expresión de sentimientos en una explosión

de impulsos. Y lo que parecía desnudez y simplicidad se convierte en lujuria y obscuridad.

Y es esta nota de lujuria la dominante. Mucho más en esa pseudo-mitología creada por el arte contemporáneo en torno a la raza de color en el campo más explotado de lo social.

En los dos caminos que ha escogido lo africano para adueñarse del alma americana quizá haya sido este último el más difícil, pero el que más resultados ha conseguido; precisamente, en estos dos años últimos. El "I, ve been a victim", de Huhgues, el poeta mulato, comprendía el credo de la raza: la desigualdad de derechos, la inferioridad humana, el espectro de la esclavitud. Gracias a este angustioso llamamiento ha conseguido interesar más y más a la Ciencia en descubrir y en explicar sus más arcanos secretos. Hasta la antología se ha dulcificado y ha hecho del rigor comprensión; y de esta manera el blanco va participando íntimamente del dominio insensible de los hombres primitivos. Se verifica esa misteriosa ósmosis entre las dos razas que ya intuyeron los poetas y los demagogos de la guerra de Secesión; cuando se discutía la igualdad de derechos de los esclavos emancipados y cuando los abolicionistas miraban aún con desconfianza el problema de la emancipación. *La Cabaña del Tío Tom* abría una literatura y encendía una simpatía universal por la opresión y el sometimiento del hombre libre. Era el primer paso, el más difícil: lo restante vendría por su propio peso. Adquiriendo madurez y substancia lo infantil y circunstancial; haciendo de la cantidad cualidad. Convirtiéndose las canciones de los soldados negros y mulatos en pretexto para expresar una filiación política; y del pretexto se pasó a la moda.

Se hizo moda interpretar el exotismo folklórico africano; un exotismo fabricado más en N. Orleans que en el secreto indígena. Se hizo moda sentirse melancólico o aburrido con el "jazz", con el ruido de sus "baterías", con el hermafroditismo de sus autores, con la tristeza —falsa, en muchas ocasiones— de su música, con el lamento y con la melancolía. Se bailó al son del "charleston" y se rumbeó al son de las maracas. Se creó una atmósfera ficticia de sentimentalidad romántica; como si el repiqueteo de unos tambores o la locura de una trompeta fuesen los mejores símbolos de un estado de ánimo. Es la época en que los sudores de un negro ante un piano, o la languidez del "blue" inundan las radios, los cines y las salas de espectáculos; el nocturno chopiniano

o el álbum romántico de la "Elisa" betoviana son sustituidos por la libertad rítmica de un "fox" o de un demoníaco "boogie". A los violines, la trompeta; a la trompeta, el tambor; al tambor, el bongó. Percusión por pulsación; percusión de instintos más que de sentimientos. Y el ángel negro, riéndose con su aleteo.

Y por si fuera poco, la poesía poblándose de onomatopeyas, de vagidos sunsuncantes, de signos y no de palabras. La palabra libre, avasalladora, sin lazos ni ataduras; andando sin respeto por la feracidad del griterío, del aullido o de las interjecciones.

Sí, los poetas, descubridores de lo folklórico, llenando los versos de interjecciones, cosiendo materialmente la frase con arcanos ruidos. Convirtiendo el ritmo en ruido; cuando más, en sonidos reiterados. Cada estrofa decorada con versículos, y cada versículo roto de conceptos.

*Retumba la rumba,  
Hierve la balumba,  
y con la calunga  
arrecia el furor.*

El negro maraquero detrás, las blancas caderas en movimiento, la comparsa avanza; en ese momento se enciende una luz en el balcón. Una mujer está despierta. Las palabras de amor, sobran. Ha bastado unas ágiles manos sobre el tambor. Lo demás es silencio. La muchacha sonreirá, arrojará unas monedas y soñará con su ardiente enamorado; el que ha pagado la comparsa para que cantase cuatro versos de amor al pie de la ventana.

El Tu-cu-tú sigue sonando; monótono, constante, dominador. Quizás un son, quizá un pregón, quizá una danza. Repicar de palos, zumbido de botijas, frenesí de danzantes, aullidos morenos, contorsiones espasmódicas: el negro avanza. Contagiando de su delirio a los blancos, adueñándose de su infantilidad y de sus pasiones; celestineando sus sentidos; haciendo de la chispa llama roja. El charol del "smoking" y el almidón de sus pecheras arden abrasados; resaca de tela blanca sobre la piel morena. Resaca que conmueve la ola de la multitud; que lo sacude todo. Dionisio, sin pámpano ni mirto, sólo con el teclado de una sonrisa perpetua, enfebrecce a sus adoradores; las cálidas bacantes siguen destilando el sudor de su lujuria.

Ahora el Dios es negro y ha convertido el ritmo en espasmo.

## ISLEÑOS

En 1492, Colón descubría América. Pisaba una tierra nueva y nacía un nuevo mundo. Desde 1402 a 1493, casi todo el siglo xv, las Islas Canarias van a ser objeto de conquista, de colonización por parte de las armas castellanas. En América, la conquista se dilató hasta bien entrado el siglo xvi; la tierra era extensa, los hombres eran pocos, el poderío de las armas castellanas tuvo la enemistad del suelo y la de los hombres. Las islas eran pocas, pequeñas, pero separadas por el mar; y el mar separa más que une. Por eso ir de una a otra isla, conquistar una y otra isla fue esfuerzos que necesitó tiempo, paciencia y dinero.

Lo que en América fue objeto de tantas discusiones, lo que originó tantos debates, lo que teólogos y moralistas escribieron acerca de la bondad o la maldad de la conquista, en las Canarias no hubo ni teología ni moral. Hubo sólo integración. Si en América el indio, mucho más numeroso, subsistió y fue siempre objeto unas veces de codicia, otra de tutela, en las islas el indígena desapareció, porque, apenas transcurridos 20 años, sólo había una lengua y una cultura. Todos cuantos vivían en las islas ya eran Canarios y Españoles, al mismo tiempo.

En las Indias, las lenguas indígenas tuvieron que subsistir; los predicadores tuvieron que aprenderla; el indigenismo fue una necesidad más que una imposición. En las Islas, no hubo lengua que subsistiese, no hubo cultura que pudiese persistir más allá de 1510 a 1520; todo lo demás se convirtió en pura abstracción arqueológica.

¿Y la lengua? La lengua llegó desde las costas de Andalucía, o desde las de Galicia, o desde las de Canarias. La lengua española injertada en aire americano, se suavizó, se dulcificó, se transformó. La lengua española llegada a las Islas, con aire andaluz, también adquirió carácter



propio; de la dureza de Castilla se pasó a la dulzura del español canario, que es hoy el que puede oírse y hablarse. América y Canarias unidas por razones geográficas, por razones culturales. Desde Canarias llegaron la caña de azúcar, los cerdos, los plátanos; desde América llegaron a las Islas vocablos, costumbres, música, vestuario. En ese oleaje continuo de la Historia, el reflujo americano ha pesado grandemente a partir del siglo XIX. La vuelta del indiano, el regreso del isleño que vuelve a su Isla después de una larga permanencia en Cuba, en Venezuela, en la Argentina o en Puerto Rico, daría lugar a una miniliteratura india; y se transparentaría en costumbres y en manera de vida. El isleño, que más que conquistador fue un criollo más asentado en América, supo no conquistar sino integrarse totalmente para ser un americano más. Ahí quedan los ejemplos de los isleños de Venezuela o de Cuba, isleños que siguen hoy todavía teniendo la misma vigencia que en la época de Bolívar o en la época de Martí.

Lengua, cultura e historia, han sido pues los determinantes comunes que han ordenado el quehacer histórico dentro de las Islas Canarias y dentro de América, de un modo especial de la América del Caribe. Pensar que el desarrollo del mundo americano y del mundo insular han sido paralelos, es pensar equivocadamente. Pero pensar que han sido divergentes, resulta también equivocación grave. Ni Canarias puede concebirse sin América, ni la América del Caribe puede concebirse sin Canarias. Miles de isleños fueron hacia América, miles de isleños poblaron América, y los árboles plantados por manos isleñas darían frutos, y frutos óptimos: en forma de pueblos, en forma de ciudades, en forma de grupos que aún hoy, pasados dos siglos, siguen teniendo un vigor, fuerza y realidad, como lo han demostrado esas agrupaciones que rodeadas y sitiadas por lenguas y costumbres extrañas, siguen conservando el habla insular, el folklore insular, los apellidos insulares, y el rezó insular.

Haber conseguido este milagro no es fruto de un día. Es el resultado de una tradición que une a los hombres de una y otra orilla del Atlántico.

## CAMINO DE IDA Y VUELTA

Hablaba el otro día, querido amigo, con un profesor universitario español; con un Rector de Universidad española, persona bien conocedora de la realidad americana y lector atento de la novela y la poesía contemporánea más importante de América española.

Me comentaba, dolorido, la incomprensión o miopía de la Administración española —¡tan miope y tan poco comprensiva!— respecto de América en tantas y tantas cosas. Y no era la menor el empecinamiento de seguir llamando a una cátedra, no precisamente muy abundante en las universidades españolas, con el título de “Literatura Hispanoamericana”. Y se quejaba, porque era tema que él conocía muy a fondo, de que siguiese ostentando tal denominación cuando la materia quedaba reducida a un cuatrimestre, y, entre los licenciados especialistas en América uno o dos cursos, siempre con predominio de las épocas coloniales. Y, mucho más grave, una cátedra ocupada hoy en España en sólo tres universidades.

Se dolía nuestro amigo de que nuestros universitarios, nuestros docentes universitarios de las Facultades de Letras, en las especialidades de Literatura, apenas sabían, o habían leído más allá de Rómulo Gallegos; con la ignorancia de todo el florecimiento novelístico posterior. Esto, en los casos más óptimos. Porque, en otros, Juan de Castellanos o los Historiadores de Indias parecían ser las lecturas más recientes.

¿No sería posible, se preguntaba, conseguir adscripciones temporales de especialistas americanos, de cada país, a cada una de las cátedras, para que dictasen un trimestre o un cuatrimestre? De este modo, se conseguiría: conocer a los docentes más cualificados hispanoamericanos y proporcionar al estudiante universitario un conocimiento direc-

to de una materia que no le puede ser ajena ni desconocida. Y otros sí: ¿por qué no pensar otro tanto con los docentes cualificados españoles para que dicten clase en las Facultades hispanoamericanas? Sería un intercambio beneficioso no sólo para el ámbito universitario, sino con repercusiones políticas de mayor dimensión. Los estancos se romperían y nos conoceríamos mejor; no sólo por hablar una lengua común, sino por tener unas raíces literarias comunes. ¿Y qué decir de otras materias comunes, la Historia, el Arte, las Lenguas Clásicas, y aún las Lenguas regionales —catalán, gallego—, cuyos miles y miles de hablantes viven en casi todas las Repúblicas de América?

Sí, mi querido amigo, se hace cada vez más exigente el camino de ida y vuelta. No adoquinado de buenas y hermosas palabras, sino cimentado por planificaciones amplias y realizables. Porque la Hispanidad, vocablo un día de semántica tan vacua, pudo tener, tal vez, realidad hace cincuenta, setenta años. Pero hoy, la Lengua y la Cultura no tienen semántica tan estrecha, ni campo tan limitado.

La rectoría lingüística no está ya en la calle Felipe IV, de Madrid, ni en San Francisco de Caracas, ni en la Academia de México, ni en Bogotá o en Buenos Aires. La rectoría está en el habla común y culta; está en la norma establecida por los bien hablantes del castellano, limitados de mar a mar y de río a río —el Grande, del Norte, y más abajo el Paraná, al Sur—, y está en ese mundo nuestro que no es privativo ni de los más viejos, ni de los más sabios. Sino de todos cuantos pertenecemos a unas mismas raíces y a unos comunes intereses.

## ERCILLA: UN MADRILEÑO EN CHILE

Atrás había quedado la Epica, sonora y majestuosa; en los romances medievales y en los cantares populares. Que resucitaban, vivificándolos, a los héroes forjadores de la grandeza de la patria. En la boca de los juglares y de los ciegos de camino, el Cid, Roldán, Bernardo Carpio, Fernán González, y tantos caudillos proclamaban sus conquistas, sus victorias y... su fanfarronería. Prietos octosílabos de fluir belicoso y de ritmo constante martilleaban en los oídos españoles hazañas guerreras y militares.

Pero llegó América. A la que hubo que conquistar con sudor y con sangre. Y surgieron conquistadores y colonizadores. Más los unos que los otros. Hacedores de la nueva historia con sus luchas, con sus envidias, con sus rencores. América entretejiendo su vida en la urdimbre de arrogantes castellanos, de pretenciosos extremeños, de sufridos gallegos y de recios vascos. Toda la fragancia y la feminidad americanas a merced de las apetencias del conquistador; excitado por donjuanismo amoroso y sosegado por mansedumbre indígena. Allí, los Pizarros adormidos por la modorra peruana; allí, los Valdivias, cegados por la codicia del metal. Y los indios, los sufridos indios, callando y callando; callando sus temores y callando su vasallaje.

Dice Mariana, casi contemporáneo de los hechos, que "en ausencia de Valdivia fue turbada la tranquilidad de Chile por la contumacia de los soldados y la insolencia de los indios". Y calla, no sabemos si por prudencia o por cazurrería, las verdaderas causas de la guerra. Aquella guerra que daría a conocer a un poeta y que enaltecería a un héroe. Silenciada fue la causa principal, y silenciada con cautela. Detrás estaba la maldición real sobre todos cuantos hablasen y proclamasen en alta

voz los desgraciados sucesos acaecidos en las orillas del Pacífico y en las alturas de los Andes.

La alegría que había inundado a España por el casamiento de Felipe II con la princesa María, se empañó con las primeras noticias llegadas desde América con la sublevación de los Araucanos. El Rey nombró a Jerónimo Alderete y a Ercilla, con otros capitanes, para sofocar la sublevación. Sangrienta, feroz. Nacida de "contumacia" y de "insolencia"; pero, sobre todo, de ferocidad. Ferocidad de los indios, libres del yugo; y ferocidad de los españoles, enfurecidos por la derrota. La sangre de Valdivia, fundida en oro, enrojecida de fuego; y la de Caupolicán, barrenada por "un negro gelofa, mal vestido". Y en medio, los endecasílabos de Ercilla; relatándolo todo, refiriéndolo todo, no dejando nada al azar.

No ya sólo las herocidades españolas;

*Tanto el esfuerzo y el ánimo le crece,  
que poca gente en contra los parece,*

sino también la furia, la caupolicana furia de los guerreros indígenas:

*Quién la carne y los huesos quebrantando,  
quién templados arneses abollando.*

Y; además, las victorias españolas en Lepanto, de S. Quintín; y, para añadidura, la gigantomaquia de Fitón, las desdichas de Dido. Canto inmenso y multiforme en el que van de la mano la historia y la fantasía, la poesía y la prosa, la leyenda y la hagiografía. Y hasta la mitología, la humanizada mitología recreada por las mentes renacentistas. Si movió al autor el afán de loar "el valor de estas gentes", más le movió aquella endiosada pretensión que inflamó los ánimos españoles en los siglos áureos, de enaltecer la grandeza imperial de España. Y la casi divinidad de sus reyes. Necesitado andaba D. Alonso de las gracias reales; necesitado y deseoso, porque su vida, su movida vida de aventurero y de cortesano, estaba teñida de lances, de bravuconadas y hasta de condenas de muerte no cumplidas...

Por eso, el retorcido árbol gongorino de sus metáforas; por eso, el majestuoso desfile de sus héroes; por eso, la estremecedora luz de sus combates; por eso, el titanismo pavoroso de los caudillos. Porque

el poeta buscaba cantar en alta voz, en alta y en resonante voz, lo acaecido y lo presumido. Lo real y lo ficticio. Porque se daba cuenta de que su canto no era uno más, sino el más importante, el más solemne y hasta el más majestuoso. Porque, en fin, sus versos se medían más por el eco de su sonoridad que por la precisión de sus acentos.

Si fantasioso fue, y mucho, no por ello dejó de ser menos alabado. Pues en las octavas brillaba más el poeta que el militar. Poeta nada afortunado en muchos versos, pero genial en sus descripciones. Como si Homero le hubiese dictado el arte del relato; como si Virgilio le hubiera enseñado el secreto de la divinidad. Aquella divinidad pagana, fraccionada, dividida, multiplicada por la fantasía poética. Para dirigir a los indios. Para cegarlos; y para enaltecerlos.

Frente a la abstracción de Homero, la concreción de Ercilla. Poblado el poema de "escuadrón de peces", de "cóncavas quijadas", de "caimán hambriento"; de lo que la fauna americana le había enseñado. De lo que habían visto sus ojos; o de lo que habían escuchado sus oídos. Más ricos que sus mismos ojos. Más ricos en dorada ficción. Como en aquel verso, en aquel feliz verso en donde no se sabe si admirar más la plasticidad o el sonido, el sigiloso sonido:

*Altos los cuellos tienden el oído*

O aquel otro, retumbante y mayestático; batido por el estremecimiento de los recios adjetivos:

*Con los corvos cuchillos carniceros*

Ercilla, rapsoda; Ercilla, narrador; Ercilla, retratista, Ercilla heroico. Especialmente heroico. Afanoso de mostrar el temple de su ánimo, y el de sus enemigos. Afanoso de encumbrar las hazañas ocurridas... y las nacidas en su imaginación. Afanoso de ganar la batalla de la fama gracias al estruendo de su ritmo bélico.

Nunca pudo, ciertamente, vencer la más difícil de las batallas. La de la épica primitiva. La de resucitar, pasados los siglos, la majestuosidad del primitivismo épico: su impersonalidad. Grande fue el Cid, y famoso; porque nació en la mente del pueblo. Y se aureoló de infantilidad y de fivinidad. A Caupolicán, el más feliz de los personajes er-

cillanos, le faltó soltura, originalidad; y frescura, frescura de tradición. Además de los adjetivos esplendorosos, de los verbos briosos y de las imágenes diámantinas le faltaba la sustancia de la acción. Acción que la conocerían los lectores, pero más necesaria a sus auditores. Ya que *La Araucana* nació más por la boca que por los ojos. Más por la palabra que por la imagen. Fue rica en sonoridad y falta de plasticidad. De brillante plasticidad. Salida de las manos encallecidas de un soldado que no había olvidado sus pulimentos cortesanos; y su culta cortesanía. Amigas de la *Iliada* y de la *Eneida*: incrustadas de ésta o de aquella manera en las octavas caupolicanas. Aburguesada la imaginación de escenas repetidas por los más clásicos textos y no endurecido su cuerpo por el lodo de la selva, por la viscosidad de la sangre y por los gritos salvajes de los combatientes. *Araucana* cortesana, *Araucana* preceptista. Guiada más por el dictado de Aristóteles que por el genio de Homero. Y en especial, retórica, vanamente retórica; como los interminables discursos de los capitanes o los hiperbólicos pensamientos del poeta.

Pero, con todas sus faltas, épica. Movida por un sacudimiento bélico; estremecedora por el eco de su sonido. Y, por encima de todo, evocadora de un mundo que en aquellos momentos España deseaba revivir. Canto más hecho para la gloria española que para la historia del Indio. Escrita por un español que vivió más en las entretelas de las intrigas que en la aspereza de los campamentos; vencido más por el impudor de rapiña que por la gloria de la victoria.

Y con todos sus pecados, poeta. Excelso poeta. Capaz de vibrar su estro con las hazañas de los conquistadores o con las heroicidades de los conquistadores. Pero capaz también de sosegar el bronco ruido de la batalla con la mansedumbre del movimiento, del sosegado movimiento:

*Hiriendo el fresco viento, los trinquetes  
comienzan a moverse sosegados*

Y se adivina el velamen acariciado por el viento. Y se presente el ánimo turbado del viajero. De aquel viajero, llegado un día de la reseca meseta de Castilla, de la dulcedumbre madrileña de Castilla, para rasgar la tenebrosa línea del horizonte. Aquel horizonte que tentó la voluntad de tantos españoles...

## EL INCA GARCILASO

Si hubo mundo de maravillas en las nuevas tierras descubiertas, sin duda fue el Perú, poblado de paradisíacos tesoros, el que más atrajo a los conquistadores. Sus fabulosas minas, sus tesoros inencontrados, su Potosí misterioso: nada más propicio a la leyenda, a la imaginación calenturienta de quienes llegaban dispuestos a vivir en un mundo de fantasía. De ahí que es el ignoto país de los Incas el más rico en bibliografía histórica; de historiadores nativos y europeos. Seglares unos y religiosos otros; todo, movido por una fiebre colectiva: lujuria de riqueza. Era preciso narrar aquello visto o presentado; enriquecido por las pasiones, estremecido por las luchas, dominado por la codicia. Y rico en humanidad, descarnada casi siempre, desnuda y veraz. Aunque cruda; solamente vestido con la estameña de los deseos.

La historia no podía encontrar material más propicio para su pulimento; pero faltaron los pulidores. Tosca, ruda, sencillamente iba naciendo un modo de referir las cosas. En tropel, los ojos deslumbrados, las manos trémulas, los historiadores hacían una historia suya; la de cada uno, la de su mundo. Después, vendría la historia grande, la Crónica o la Relación; pero antes, como fue siempre pecado y virtud de América, lo mío antes que lo nuestro. Aldeanos del mundo, como los llamaría Martí siglos después, prefirieron dejar minuciosa constancia de sus altercados familiares antes que de la trascendencia de los sucesos. No era, pues, la vieja narradora capaz de adoctrinar a la posteridad; bastaba contar a media voz, referir lo sucedido a pocos y no a muchos, convertir la tribuna en confortable fogón, asiento de familiar coloquio. Religiosos y seglares que escribieron libros históricos preferían sentarse en coro y oír de las bocas indígenas los sucesos antes que someterlos a la crítica o al desmenuzamiento. América nació así sometida más a la palabra que a la pluma; más al impulso que a la reflexión.



Abundaron más los españoles que los nativos en las narraciones históricas; razón había, pues éstos necesitaban aún de la cultura, más tarde envuelta en papeles de colores. Aquellos, los europeos, saturados de Renacimiento, de Reforma o de Libertad, calaron pronto y muy hondo en el virginal espíritu americano. Con moldes viejos pretendieron conformar odres nuevos, vacíos, impolutos; y muchas, muchísimas veces erraron en su labor. América tenía que ser descubierta desde dentro y no desde fuera; había que ganarla no con caricias y con dádivas, sino con esfuerzo y con dolor. Cuando este dolor se adueñó del alma de América, sus hijos salieron de ella más con el afán del viajero que con la vanidad del aldeano; porque sabían cuánto nuevo iban a encontrar, cuánto bueno iban a traer y cuánto anhelaban satisfacer su vanidad. Hacia Europa volvieron sus ojos los hijos de América ansiosos de complacer sus sentimientos o necesitados de apaciguar su fe ardorosa. Unos, movidos por la necesidad; otros, por un afán de superación. España empezó a conocer directa y personalmente a los indios; no a aquellos que vio Colón, sino a los que el tiempo y la cultura habían ya transformado en hombres que en nada se diferenciaban de sus conquistadores. América había alcanzado madurez y era justo que esta madurez se manifestase en sus propios hijos, ganados cada día más por la novedad y el deseo de cultivar su espíritu.

El Inca Garcilaso de la Vega, hijo de español y de una nieta de un Inca, fue un americano que llegó a España; movido más por deseo de justicia, ciertamente, que por preocupaciones espirituales. Buen conocedor de los horrores de la guerra civil entre Pizarro y Núñez de Vela, su propia casa sintió los estragos de las furias del caudillo extremeño. Estos recuerdos perdurarían a lo largo de su vida con claridad tal, que servirían para la redacción de *Los Comentarios Reales*, algo más que una simple biografía; mezcla de horror y de satisfacción por revivir aquellos años en que conoció algo menos que una concienzuda historia.

Avatares difíciles en que aprendió las lecciones más inolvidables. No tan sólo las recibidas del canónigo y latinista Cuéllar, sino las que le dio la propia vida. Las más provechosas cuando, al litigar con los legítimos herederos de su padre, residentes en España, conoció y vio por primera vez la gracia y la belleza andaluzas y la hondonada espiritual extremeña; y especialmente, la sinceridad española, llamada crudeza. Esa que él, nacido al otro lado del Océano, no comprendería fácilmente;

la que le convertía en un espúreo y hasta en un cobarde, según su hoja de servicios. Duro y enemigo fue el suelo patrio para el mestizo Garcilaso que terminaría alistándose en las banderas reales para luchar contra los moriscos en las Alpujarras. Triste sino el suyo: hizo de su vida un batallar cruel y sanguinario, enrojecido por fratricidas luchas y enturbia-do por equívocos o malintencionados enemigos. Aunque su estancia en España le daría algo más que desengaños y grados militares; también, serenidad y fortalecimiento de su espíritu: con severidad humanística y con devoción religiosa. El indio llega, y llega hondamente, hasta el secreto más íntimo de las fuentes humanísticas; como un español más de su tiempo, como un europeo que hubiese leído, traducido y comentado los textos más clásicos del humanismo europeo. Profunda transformación sufre el espíritu del escritor en estos años de residencia española; ganado más por el secreto de las letras que por sus pretensiones legitimistas, el Inca Garcilaso es uno de los primeros americanos que figurarían en la Literatura Española con derecho de primogenitura. Y no escribiendo —como haría Alarcón, por ejemplo— sobre temas de capa y espada, sino vivificando desde Córdoba y Sevilla los recuerdos de su infancia del Cuzco. Dándoles forma literaria, aureolándolos con la magnificencia de la poesía y encerrándolos en el cuadro de la Historia.

Cuando *Los Comentarios Reales* salieron de las prensas de Pedro Crasbeeck en 1609, el Consejo de Indias leyó con cierto recelo este libro que narraba la felicidad idílica de los nativos de las Indias, la maldad de los conquistadores y la pureza de una infancia —la del escritor— alentada con “fábulas históricas” contadas a media voz. El libro bien podía leerse como crónica o como alegato favorable a los enemigos de la política colonial española. Había alcanzado la controversia extremos inusitados, después de la edición del P. Las Casas, y resultaban lógicos los temores del Consejo. Pero si, pasado el tiempo, los románticos franceses y españoles vuelven sus ojos a la época de *Los Comentarios* es más por curiosidad literaria y con el pretexto de un tema que con afán de polémica. En la tersura de la prosa garcilasiana hay que admirar más la graciosa infantilidad de sus narraciones que el encubierto rencor del mestizo desposeído de sus derechos: no sólo había pasado la pátina de los años, sino también la limpidez del fervor religioso. El Inca Garcilaso termina de decidir su vida cuando abraza el estado eclesiástico, sin duda el lazo más vigoroso que lo ataría definitivamente al mundo hispánico. Más que el nacimiento, la vocación; el accidente des-

plazado por la substancia. No para olvidar sus obligaciones como americano, ni su brillantez de su segunda patria, en realidad la definitiva: solar de su espíritu. Ahí quedan para demostrar su naturaleza incaica textos como el siguiente; en donde no se sabe si admirar más la bondad del prosista o la evocación del hombre:

“En las cuales visitas, siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus Reyes, de la Majestad de ellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y en favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosa de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no la trajesen a cuenta”.

Por delante de sus ojos, los ojos del recuerdo, van desfilando las imágenes imborrables del infante que conoció la tragedia de las luchas de los familiares de su madre y de los compañeros de armas de su padre. Y él, curioso y presumido, preguntando y preguntando por cuanto su vivacidad de diez años no llegaba a comprender.

Haber enriquecido los últimos años de su vida con este ayer tan prometedor y áureo, dice bastante del clasicismo de este americano que supo aparejar la virginidad de su sangre materna con la arrogancia viril de la paterna. Esto es, que encontró moldes nuevos para el añejo vino de la historia.

## EL JUGLAR JUAN CASTELLANOS

La Venecia americana que encontró Colón iba a tener en la poesía el cantor más ubérrimo y más atrevido de toda América. Pues atrevimiento fue lanzarse a la aventura versificada de hacer del pasado y del presente venezolano un canto interminable que reuniese la fábula y la realidad; aquéllas que solamente con 87 años de intensa vida como la de Juan de Castellanos podían formar la pequeña *Iliada* que resultan las *Elegías de Varones Ilustres de Indias*. En donde hay héroes y hombres, dioses y diosas; y, como en Homero, héroes y dioses empapados de humanidad. No en vano Juan de Castellanos, mozo alborotado y conquistador, encontró en la isla de Sta. Margarita, frente a las costas venezolanas, lugar para "quemar su juventud" y para enriquecer su acervo poético.

Hay en las *Elegías* algo más que un ensayo, afortunado o no, de canto épico; también, crónica histórica rimada, canto lírico convertido en historia viva y palpitante. Historia en la que los personajes más tienen de carne y hueso que de vaguedad endecasilábica; hecha, formada con los cuentos, las narraciones y la memoria, la prodigiosa memoria, de este hombre que fue primero soldado para terminar en sacerdote; que recorrió el amplio escenario que va desde las playas venezolanas hasta las alturas andinas y que vistió la estameña militar y el sayal eclesiástico. Aventurero prodigioso, supo tanto de lo material como de lo espiritual, aunque, necesario es confesarlo, el espíritu de Castellanos estaba embriagado de heroicidades terrenas: como aquella lujuria mal encubierta dominadora de su juventud. Por eso hay tanta palpitación vital en la prosa rimada de Castellanos; porque la epopeya no está escrita por un poeta, sino por un prosaico y sencillo español que terminó en criollo de tanto amar, vivir y gozar el secreto de América. Nada importa que los versos sean de sílabas indeterminadas, que los acentos o que la rima no exista.

Allí está, farragoso y parlanchín, el viejo Castellanos “diciendo” en alta voz su historia, luchando a brazo partido con la poesía y con las leyes del ritmo y de la eufonía. No, a él no le importaba que la crítica le llamase “viejo gárrulo y prolijo”, si por encima de la garrulería y de la prolijidad estaba la verdad, la que había “tocado con las manos o visto con los ojos”; una verdad escuchada de bocas indígenas a lo largo de su vida. ¿Qué importaba que Ercilla, cortesano antes que militar, dijese “su” epopeya con gracia y con perspectiva? El autor de *La Araucana* estaba obligado a cumplir con las leyes poéticas; al de las *Elegías* le bastaban las de “su” sinceridad.

Juan de Castellanos urdió la epopeya a través de esos 70 años durante los cuales el sabor de las piñas, el color de las pitahayas, la acidez de los caracueyes transformaron su naturaleza española en criollismo indubitable. Nunca supo Ercilla de la frescura de una dulce fuente, sino del lugar poético; ni de “la sombra de la ceiba deleitosa”, ni de “los nuevos villancicos”, ni del “sencillo lenguaje”. Pesaba más en el historiador su estirpe, su orgullo, su hidalguía; faltóle “verdad y certidumbre”, riqueza de un sincero narrador de episodios. Quiso Castellanos —¡ingenuo!— medir sus fuerzas literarias con el cantor del Arauco y no puede resultar más desfavorecido; la máquina alegórica, palanca de la epopeya, no existe en el párroco de Tunjá. Y no podía existir, porque la desconocía; porque el antiguo galanteador de los “meneos agraciados” tenía más realidad que alegoría. Medía Ercilla la historia con patrones clásicos y desbordaba la historia a Castellanos; enriquecía a aquél su erudición y a éste su frescura y naturalidad. Una vida de acción como la del infatigable rimador no quedaba encerrada en patrones ni en limitaciones; libre, andante, ingenuo, Juan de Castellanos convirtió la narración en cuento, el episodio en acción: vitalizó a América con su generosidad.

Aliento grande necesitó nuestro versificador para acometer empresa de tanto empuje. Y no precisamente aliento poético, sino voluntad para plasmar en moldes literarios lo que era más hijo de la imaginación, que de la realidad. De ahí, la ausencia de creación poética; de ahí, en definitiva, el aire de consejo que tiene este poema más necesitado de poesía que de vigor. Un poema en el que no falta la geografía, en el que la historia es puntual y en el que hasta el escritor sufre una metamorfosis real en su vida —el soldado termina en sacerdote— para hacer más completa la concepción poemática. No estaba escribiendo el

clérigo fatigosos versos, sino relatando leyendas, rehaciendo el pasado; no con esculturas frías, sino con palpitante humanidad. Que se le escapa, que se le sale a borbotones; caudalosa, exuberantemente; así como su prosa. Pues prosa, y prosa viva, son estos versos "mal contados", estas rimas mal logradas, este aliento ahogado, esta premura de escribir. El pescador de perlas vestido de sacerdote, el gozador de indias ganado por el espíritu, el monaguillo lector de latines dejando a un lado toda suerte de retórica, toda clase de preceptiva, toda redundancia poética para lanzarse, sin freno alguno, por la corriente de su filosofía; la de su vida, la más rica y enjundiosa filosofía de un hombre que llegó al continente como conquistador y terminó conquistado. Dominado por la querencia de América.

Amor hacia América. Apasionada, lúbricamente; y hasta con ingenuidad. América, novia del poeta; del viejo poeta que enriquecía su ancianidad con un rosario de recuerdos no apagados. Y que hacía claror de la turbiedad de los años mozos; cuando más encendían sus ojos la ondulación de la mujer india que la limpidez del aire indígena. "Pasaban, pues, la vida dulcemente", dice de los indios margariteños; y lo dice él, que conoció la dulzura de la vida sosegada y el cabrilleo de las duras pasiones.

## CAPELLANES Y ALCALDES HISTORIADORES

Durante el siglo XVI los historiadores españoles habían ganado en clasicismo y en perfección. De las Crónicas medievales se había pasado a la prosa histórica; de los cronicones a la narración científica. Y fueron los Historiadores de Indias los que dieron mayor realce a la historia, pues eran las Indias el tema principal que se ofrecía al narrador; el más maravilloso para la curiosidad de las gentes. Toda España estaba pendiente de cuanto iba sucediendo más allá del Océano; la vida de la nación, su grandeza futura, pesaba en el esfuerzo y en el arrojo de los conquistadores. Y era necesario tener una idea exacta de aquellos milagros que iban acaeciendo; para enriquecer la fama de quienes arriesgaban su vida en el engrandecimiento de la Patria.

No hubo un cuerpo de historiadores desplazados al Nuevo Mundo para ir relatando las hazañas y las aventuras; los historiadores, un poco corresponsales de guerra, iban dando noticia de lo acaecido, de lo nuevo, de lo inesperado. Corresponsales fueron aquellos soldados, aquellos capellanes y aquellos funcionarios civiles urdidores de la historia americana. Y en el fragor de la lucha, como se desarrollaba la historia, gracias al esfuerzo de aquellos hombres, iba adquiriendo madurez. Madurez que no equivalía a maestría, pues quienes la escribían eran actores del presente, hombres que sabían más de la acción que de la reflexión. Pues no pudo haberse hecho la gesta americana con madurez sino con impulso; y hasta con pasión. Que es ésta la dominante en casi todos, lanzados más que dominados por la sesudez histórica.

Así está escrita la historia; a retazos, a tijeretazos, a golpes de lanza. No unitariamente, como si se tratase de pedazos sueltos y no de una unidad continental. Tal vez provenga de este fraccionamiento la actual división de América y la dificultad para establecer la totalidad ame-

ricana; aunque se habló, se pregonó y se luchó —como Martí, Bolívar o Miranda— que es uno y no varios el destino del continente. Por encima de los idealistas, la cruda realidad de los partidismos, de los caciques de campanario, de las federaciones mal entendidas. Como cuando los caciques, los grandes caciques indígenas, eran dueños y señores de las vidas y haciendas de sus súbditos; o cuando los conquistadores, algunos conquistadores, se arrogaban derechos similares a los de los caudillos para hacer mangas y capirotos de las haciendas y aún de las vidas indígenas. Y por si fuera poco, la extensión, la pavorosa extensión del continente que no podía medirse; extensión que dio facundia a los oradores, inspiración a los poetas, y a los historiadores imaginación. Sobre todo, imaginación, la dictadora de América.

Imaginación, porque América llegó a la prosa y a la poesía narrativa merced a la ciencia histórica de unos pocos y a la osadía de unos muchos, que sin haber estado en el continente, sólo con las informaciones oídas, afrontaron la responsabilidad de crear una nueva América. Como Solís, un clásico de nuestra Literatura, que explicó con todo detalle cómo había desaparecido el imperio mexicano; y cómo “un pájaro monstruoso, de extraordinaria hechura y tamaño”, fue causa principal del desastre de Moctezuma. Unificar la historia, convertirla en una unidad, reducirla a patrones preceptivos: aureorarla de clasicismo. Entre portadas barrocas, capitales góticos y copones renacentistas: encerrando la verdad detrás del follaje de la erudición. Convirtiendo a América en una visión vestida de ficción. Pues sólo los hombres de la revolución y antes que ellos, los naturalistas —entre los que se cuentan una mayoría española— dijeron la verdad del pasado americano; aunque los primeros, los revolucionarios, desfiguraran la realidad con el fervor romántico. Y por esa metáfora continua que fue el Nuevo Mundo, resulta tan difícil el descubrimiento de su verdad, encubierta más que patente. Unas veces, oculta por la pasión de los historiadores europeos y otras supervalorada por la de los indígenas. Y se llena la historia de pájaros monstruosos, de animales fantásticos, de leyendas fabulosas, nacidos casi siempre de la mitología creadora de quienes no olvidaban sus lecturas clásicas.

Por eso, como diría Martí, América necesita más de hombres que de eruditos; más de la sencillez que del engolamiento. Tuvo a unos y a otros; frailes fueron los primeros y alcaldes los segundos; con capellanías



o sin alcaldías. Aquéllos, sencillos; engolados, éstos. Y tenían que ser de este modo; nunca es fácil juntar la oficiosidad con la naturalidad.

Aquellos capellanes que acompañaron y que vivieron la conquista y la colonización americana narrarían sin mucha parsimonia lo sucedido, lo bueno y lo malo; sin medir honores ni prebendas. De la misma manera que sus libros, sus hazañas; pueblos y comarcas hubo nacidos de la misión: en las que el trabajo, la laboriosidad, el esfuerzo de manos indígenas sustituyeron a las polémicas, a las querellas, a las divisiones y hasta a las matanzas que enturbiaron los primeros años de la conquista. Aquella conquista brutalmente codiciada por unos litigantes empedernidos que rubricaban con sangre los pretendidos derechos que les asistían. Fray Pedro de Aguado, un sencillo franciscano del Reino de Nueva Granada, tocaba y veía las cosas para relatarlas; tosca, ruda, sencillamente. José Oviedo y Baños, familiar del Obispo Baños, mantuano caraqueño del siglo XVII, adereza y compone su prosa para describir o para narrar; y la adereza no sólo con la facundia de su hipérbole; sino con la de sus contemporáneos, amigos de sutileces estilísticas y de enrevesamiento gongorino. Como la de aquel poeta, loador de Oviedo, que hacía de Caracas,

*Fértil ribera que en plateadas ondas  
el elemento líquido guarnece.*

Como discípulo fiel de Góngora; como si Caracas se llamase Toledo, Roma o Sevilla, historiadas por mayestáticos ríos. O como si América, libre, natural y fiera, pudiese aureolarse con céfiros, con púrpuras o con bálsamos. Vestirla de máscara, disfrazarla de dama antigua, emperifollarla con afeites y encajes, llenarla de ridículo: he aquí la historia virreinal y sietemesina. Detrás, inconsciente de la farsa, la palabra desnuda y coloquial del misionero; aquél que iba llamando a las cosas por su nombre. Por el mismo nombre familiar al indio y no por el nuevo y deslumbrador del conquistador, ajeno y despreocupado de la rusticidad o del "salvajismo". El milagrero y un tantico malicioso de Fray Pedro Simón encierra en sus "Noticias Historiales" a los "orejones", debajo de cuyas orejas "cabén hasta cinco y seis hombres", y a los pigmeos "no más altos que un dedo", pero dueños de unas muelas con más de "dos libras de peso". Y lo hace así, porque está refiriendo lo que le han referido; repitiendo lo que ha oído. Sin más preocupación erudita, sin

más problema científico, sin más aparato crítico. Aún se presume al fraile, al risueño fraile que debió haber sido Fray Pedro, oyendo de sus indios las viejas leyendas, los misteriosos relatos de los hombres sobrehumanos o de las fieras inencontrables, las devoradoras de enfebrecidas imaginaciones. Como aquel Fray Baltasar de Obando, nuestro fraile pudo decir, aunque con una sonrisa mal encubierta, "lo visto es verdad, . . . y lo oído no menos". Fue éste lema de casi todos los historiadores americanos, pero lo cumplieron y lo confesaron más los religiosos que los civiles. Si el engolado López de Gómara, más preocupado de encumbrar al héroe —Cortés— que de buscar la verdad, hubiese añadido a sus frases hechas aquel lema, hubiese sido más sincero —porque de oídas y sólo de oídas escribió el cronista— capellán el panegírico del vencedor de México. Y no de otro modo pudo salir su Historia; más propicia a la rectificación que a la lectura.

De la crónica narrativa, versificada o no, hasta la "Historia Verdadera", hay un camino difícil; y largo. Recorrido a mandoblazos retóricos y a reposados coloquios. América, más llena de consejas que de discursos, prefirió siempre aquéllas. Tal vez más infantiles; tal vez más veraces. Y América, infantil y candorosa, tenía que entender mejor este lenguaje: al fin, el suyo propio.

## EL CONQUISTADOR REFIERE SUS HAZAÑAS

Mientras los conquistadores iban terminando sus hazañas, los historiadores estaban preparando la narración de las mismas para enaltecer sus glorias... y, también para dar fe de su facundia literaria. Fueron tan unidos unos y otros que no había guerrero que no llevase su "corresponsal", cuando no era el mismo caudillo español quien por su propia mano iba dejando constancia de sus heroicidades, muchas veces más hijas de la imaginación que de la realidad. Desde Colón, visionario y mediterráneo, hasta Solís, abarrocado y grandilocuente, la historia de América discurre entre oropel de imágenes y destellos de retórica. Por eso resulta tan difícil separar lo real de lo fantástico en ese mundo que roza lo literario y se escapa de lo real; porque los rimadores o los cronistas están imbuidos del recuerdo de la épica guerrera del XII y del XIII. Y porque, aunque lo ocultasen, les animaban los fantasmas medievales y caballerescos; unos fantasmas huidizos en un siglo de pólvora, brújula y cortesanos.

Hermoso y tentador era el nuevo mundo para los poetas y los prosistas; no podían haber encontrado otro mejor para sus imaginaciones calenturientas. Frondosidad, exuberancia, misterio y leyenda; belleza y tentación; y sobre todo, encubierta sensualidad provocadora. América, más mujer coqueta y atractiva que sirena engañadora, atraía y atraía a miles y miles de españoles deslumbrados más por las narraciones maravillosas que por la rudeza de la conquista. Fueron ellos, los historiadores, los cronistas, quienes más movieron la emigración americana; y quienes en definitiva fueron los verdaderos conquistadores. Donjuanes de la Historia, cayeron atrapados por esa provocación innata de aquel continente soñado primero por un visionario y descubierto luego por la fe ardiente de una reina. Y ese donjuanismo, ese galanteo constante de

los conquistadores convirtió al Nuevo Mundo en una hermosa mujer, un tanto presumida. A la que había que piropear, a la que había que cortejar, a la que había que recordar en todo momento su belleza. Así nacieron las primeras Crónicas; casi como cartas de amor, en donde no faltaba el éxtasis del enamorado, la solicitud del amante ni el rencor del desdeñado. Colón, cortejador infatigable, enriquece su prosa altisonante con los adjetivos más variados al contemplar, tocar, sentir entre sus manos aquella nueva mujer hecha suya: majestuosa y ardiente como la selva, erguida y sensual como la palmera y pródiga y cautivadora como aquella tierra que atrapaba a todos cuantos la pisaban en son de conquista. No por otra razón faltó en la historia americana objetividad y mesura; porque la pasión y los sentimientos vencieron a la frialdad del narrador y a la veracidad del historiador. Se volcaban las verdades en las Crónicas con el fulgor de los ojos enrojecidos de fiebre de quienes estaban escribiendo y “haciendo” la historia al mismo tiempo; y con ese fulgor, con esa brasa ardiente quemaban y enrojecían sus crónicas.

“Y no dudes que hay lestrigones o polífonos, alimentados con carne humana”, decía Pedro Mártir de Anglería a un amigo suyo italiano en una de sus cartas; y estaba viendo a estos monstruos fabulosos, como los habían visto cuantos geógrafos y naturalistas que, en los albores del Renacimiento, habían poblado el Mar Tenebroso de la fantasía más viva. El hombre renacentista, aún vinculado al mundo anterior, mitad medieval, mitad moderno, lleno de “los trigones”, pobladores de las páginas alquimistas, de los capitales catedralicios y de las visiones poéticas, no podía desvincularse de esa pesada carga que acompaña al cortesano seudocientífico que es el hombre del siglo XVI. Un hombre —justo es consignarlo— que era capaz de narrar, de contar, de referir lo que otros habían visto; quizás con excesiva imaginación, pero no con mucha inexactitud. Como cuando hablaba de las costas de Venezuela, “islas innumerables de hombres feroces que llaman caníbales o caribes. Los cuales; aunque desnudos, son guerreros bravos”. Todo lo contrario del rimador de Tunja, Juan de Castellanos, testigo fiel de aquel paraíso casi visionario en donde,

*Hay muchos bigos, uvas y melones,  
dignísimo de ver mesas de reyes,  
pitabayas, guanábanas, anones,  
guayabas, y guaraes y mancyes;  
hay chicha, cotupreises y mamones,  
piñas, curibijures, caracueyes;*

Y en donde él, con su letra apretada y monumental, iba llenando folios y más folios; para dejar constancia de su prodigiosa memoria, de su riquísima imaginación... y de su buena voluntad poética. Allí plasmó un paisaje que le pasmaba y que le dominaba; allí cantó, con trompa épica, las hazañas de los conquistadores y el valor de los indios; y allí, rimando y rimando versos, va cantando con minuciosidad desesperante todos los antepasados y todos los más íntimos detalles de los chibchas, con los que él, europeo, se sentía ligado, estrechamente ligado. Como un criollo más; y no, como Ercilla, como un castellano autor de sonoros endecasílabos. Mientras que Juan de Castellanos es el primer escritor que siente el mundo que lo rodeaba, Alonso de Ercilla, mejor poeta, recreaba con ficción la realidad, la desnudez y la rudeza. Dos modos de comprender la historia; y de escribirla. Episodio frente a epopeya; anonimato frente a heroicidad; versos prosificados en vez de once sílabas contadas. La historia narrada y la historia recreada por un poeta. Entre las dos, la primera; por su sencillez, por su desparpajo, y naturalidad.

Después, después... viene la sesudez, la retórica, el énfasis; surgen los profesionales de la historia que empiezan a amoldar la historia de América a los moldes clásicos. El uno, como Tácito, el otro como César, aquél al modo de Livio; y así resulta la pobre historia. Disfraz de la realidad; América de carnaval. Una América mediatizada, encuadrada, medida; una América que en nada se parece a la de Castellanos o Cortés. Una imagen invariable con el correr de los siglos; hasta que la plasmaron los románticos como la definitiva y verdadera. América virgen, natural, salvaje; descrita por el dominico Bartolome de Las Casas y sentida después por Chateaubriand. En medio, un océano de historia, un mar encrespado de crónicas, de narraciones, de epopeyas rimadas; de literatura. Brotan, chispazos de pasiones, polémicas y concilios, pragmáticas y decretos, cartas reales y patentes de corso. Va naciendo, en fin, el conglomerado formador de la vida americana. No es fácil ordenar, regular la variedad y la heterogeneidad de la prosa histórica en América; y en ese desorden, en esa variedad va transcurriendo la epopeya, la hazaña y la leyenda.

Es un mestizo, el Inca Garcilaso, quien da fe con más minuciosidad de los hechos acaecidos en el Perú de los años más sangrientos de su historia: Pizarro, Atahualpa, Núñez de Vela. El terror se había adueñado de los indígenas, y la mocedad del futuro historiador se enriqueció de

imágenes y de hechos imborrables para las páginas de sus Crónicas. Nada más real, ni más vivo que las descripciones del Inca, un indígena casi, criado entre sangre y costumbres indígenas y religión e historia españolas. Un mestizo que disputaba sus derechos a los hijos legítimos de su padre; y que, para suerte suya, conoció, vivió y se empapó de España durante su larga permanencia en el sur de la Península. Cuando se dio cuenta que entre sus mismos parientes había algo más que rencor, que odio o desigualdad de razas. Era uno de los primeros indígenas que venía a España para conocerla directamente y para recibir la mejor lección de españolidad; por el trato directo y personal con las gentes del pueblo. Allí, muy lejos del país de los Incas, Garcilaso escribió el más bello relato que se pudiese haber hecho de la vida de los antiguos habitantes del Perú. Historia novelada, los *Comentarios Reales* poseen esa fragancia que sólo la da un narrador enriquecido con el recuerdo vivo de los relatos de la infancia o con la observación personal de sus años juveniles, los más cruentos para el nuevo Virreinato. Por eso tiene realidad y naturalidad la prosa del Inca; no tan sólo por la sangre india que corría por sus venas, sino también por la mucha española que poseía. Y a pesar de que se le mire hoy como un adelantado de los historiadores del XVIII —bondad natural, virginidad del indio, “beau sauvage”—, el Inca Garcilaso es el más español de los escritores indígenas. No en vano fue Córdoba andaluza recinto de sus añoranzas; escritas más con amor que con rencor: hijas de la nobleza de sangre de “un capitán de su Majestad”.

## ILUSTRACION Y FELICIDAD

Cuatro conceptos. Cuatro palabras: "Ideas dominadoras". Se repetirán hasta la saciedad; por unos pocos. Para que las aprendan muchos.

Fue *buen nueva* que llegó muy lejos. Inundadora de bibliotecas, fiscalizadora del libre pensamiento, adoctrinadora de jóvenes seminaristas; y entrometida, casi de matute, en las aulas de Filosofía, de Física, de Moral o de Teología. Por eso triunfó; porque tuvo eco. Y porque resonó a donde quiera que llegaba.

"La isla de la Felicidad / no es una quimera", se repetía en una riada de versos lacrimosos. Y la quimera —utopía— se perseguía como dueña de un poder cautivador.

El Marqués de Casa León era un "mantuano" caraqueño de comienzos de siglo. Rico hacendado, ilustrado. Amigo de escritores, de músicos, de cortesanos, asiduo del palacio de la Capitanía General, preocupado por el bienestar de sus conciudadanos. Y movido por un espíritu patriótico y filantrópico en favor de "la Madre Patria", arrasada en 1809 por el estrago de la guerra:

"Sí, la América funda su felicidad y seguridad en ser parte integrante del pueblo que defiende la libertad de todos los que no han renunciado a la dignidad de las naciones"...

(A los habitantes de estas Provincias, *Gazeta de Caracas*, 2 de Febrero de 1810).

Así comenzaba su exhorto a los provincianos venezolanos, a sus paisanos. Solicitaba ayuda para "la oprimida y militante España". Y la solicitaba de un modo "filantrópico"; el Marqués quería ayudar a los

españoles de la metrópolis sojuzgados por el terror de la guerra. Consciente de lo que escribía, proponía, recomendaba hacer llevar la "felicidad" americana a "todos los que llevan el nombre español en este hemisferio".

El Marqués, un año antes del estallido de 1810, invitaba a los americanos, a ayudar a los "españoles europeos". El Marqués, consciente o inconscientemente, estaba escribiendo una proclama en defensa de la solidaridad americana. En aquel momento, con un fin benéfico y altruista; un año después, con un propósito americano e independentista.

Porque el Marqués, que no aparece entre los firmantes del acta de la Junta Suprema, había regresado de la Península hacía poco tiempo; con su título nobiliario concedido por el Rey. Como tantos otros "mantuanos", no se decidió desde el primer momento por aparecer entre los integrantes de la Primera Junta. Aunque hubiese intervenido en proclamas, en conciliábulos y en preparativos revolucionarios y terminase como Presidente del Tribunal Superior de Casación.

Sí, el terrateniente de Maracay, sumariado en 1809 por el Capitán General, quería congraciarse con este exhorto híbrido, en favor de la "Madre Patria": "Nosotros —concluía la carta pública— hicimos cuanto pudimos por vuestra felicidad y vuestra gloria en el otro continente".

Era el 30 de enero de 1809; y el 20 de junio del mismo año, el Regente Mosquera rellenaba su informe contra el poderoso Sr. de Maracay, dueño, se decía en el informe, de una "silla de damasco carmesí con flecos de oro".

Felicidad, escrita con mayúscula, es palabra clave del texto. Y es concepto que el ilustrado prócer repetirá más de una vez. Como tantos otros amigos suyos contemporáneos, entre los que figuraban los hermanos Bolívar, los dueños de la Cuadra, escenario de tantas reuniones "mantuanas"...

Virtud, Filantropía e Ilustración: muy juntas, muy atadas. Palabras vecinas de la Felicidad.

"Sin virtud no hay felicidad pública ni individual", era el título del artículo de la *Gazeta de Caracas* (27 de abril 1810). ¿Podría adivinarse la mano de A. Bello, el redactor de la *Gazeta*? No es fácil contestarlo. "La ilustración —afirmaba líneas más abajo—, que sólo puede existir



bajo la benéfica influencia de la libertad bien entendida, no puede ser la obra de la fermentación, de la sorpresa y del tumulto". ¿Advertencia premonitória, reflexión tardía (hecha pocos días después de la asonada del 19 de abril)?

Ahí estaban las dos palabras. En las letras de molde de aquella *Gazeta* impresa por Gallagher y Lamb, cuya suscripción salía a "ocho pesos al año". ¿Cuántos suscriptores tuvo, cuántos lectores? Seguramente, además de los que se admiraban por tan profundas reflexiones, otros lectores, deseosos de comprar alguna fanega "de maíz blanco del Norte" antes de que "se alterase el precio a que pueda venderse al por mayor" (*Gazeta*, 27 de abril, 1810).

La Guaira, Caracas, seguían su vida. Apacible. Colonial. Sencilla. A pesar de las elucubraciones de los redactores de la *Gazeta*, a pesar de las Proclamas de la Junta, inflamadas de fervor patriótico.

El mismo que inspiró a los redactores del texto de la "Independencia de Venezuela" (*Gazeta de Caracas* 9, julio, 1811). Venezuela rompía toda dependencia con España, "nuestro injusto cautiverio" —según palabras del manifiesto. Por esta decisión, bien razonada no hay Rey, no hay soberano, no hay diferencia entre criollos y españoles—, es por lo que se decidió la independencia. "¿Quién puede prometernos que sus sucesores (los del Rey Fernando VII) todos serán virtuosos, honrados, liberales y amigos de la humanidad?". Los redactores del texto independentista habían leído en Holbach o en Direrot, la definición de la *felicidad*.

La capacidad de ser virtuosos; ser "amigo de la humanidad". O ser, ser *benéficos*, al decir de Saint-Pierre.

Esto era lo que los venezolanos dudaban del Rey Fernando; y de sus sucesores. Y por eso, precisamente por eso defendían su libertad. Hasta aquel momento (1811) conseguida tan precariamente.

## IDIILIO Y SENTIMIENTO

Teresa había muerto; inesperadamente.

Bolívar decide regresar a Europa. En Francia, el hechizo de Fanny du Villars. Y la cortesanía de los salones elegantes.

El "genio" del joven caraqueño se aviene mal con las finuras cortesanas. Bolívar discute, se enfada, replica. En ocasiones, se comporta con grosería; tiene que excusarse, por carta, con sus contertulios. En las cartas se confiesa, en las cartas declara sus sentimientos.

En 1807, desde Cádiz, Bolívar desahoga su tristeza, con Fanny: es una carta reveladora. De un alma sensible y, en cierto modo, torturada. Esto es, de un prorromántico agitado por mil preocupaciones:

"Estoy fastidiado de la Europa y de sus *viejas sociedades*; me vuelvo a América... Savéis que todo en mi es espontáneo y que no formo jamás proyectos. *La vida del salvaje* tiene para mí muchos encantos. Es probable que yo *construiré una choza* en medio de los *bellos bosques de Venezuela*. Allí *podré arrancar las ramas de los árboles* a mi gusto"... (Carta a Fanny... Edic. V. Lecuna, T. I., p. 29 Edit. Lex, 1950. Habana).

El nuevo Emilio criollo había nacido. Las lecturas y las enseñanzas del viejo Simón Rodríguez habían producido su efecto. El alma sensible del viajero camino de su patria necesitaba explotar. Para dar rienda suelta a los sentimientos. El alma de Bolívar embargada de soñarrera criolla. Al "buen salvaje" no le faltaba nada: "una choza", "bellos bosques" "ramas de los árboles". Y soledad. Y libertad. Y naturaleza virgen.

No sólo la descripción, sino la declaración. Un romántico no sólo describe *su* paisaje, sino que expresa en alta voz sus sentimientos. Con sentido admirativo, con explosión sentimental.

“Ah ¡Teresa!”; ¡felicis aquéllos que creen en un mejor! (*Ibidem*).

El mundo soñado, la utopía de todo viajero, el retorno del alma americana a sus raíces de origen.

Como dice el profesor Aubrun (*Cuatro Cartas y una Memoria, de S. Bolívar, “Centro de Estudios Hispánicos”, París, 1961*),

“La curiosa influencia de las ideas cuáqueras (S. Rodríguez, discípulo de la Escuela de Laucaster y de H. Taine, hijo de cuáqueros), en Bolívar” (*Ibidem*, p. 20),

fue factor determinante en la formación y en la vida de Bolívar; y de su ideología movida por ese afán de convertir en idilio a la propia naturaleza:

“El idilio salvaje goza de todos los derechos de la Naturaleza, pero no sintiéndose inclinado ni por la autoridad ni a la industria, las desdena” (*Ibidem*, p. 18).

A esa vida paradisíaca aspiraba volver el parisino y empolvado Bolívar atrancesado. A gozar de “los derechos de la Naturaleza”; a vivir como el “indio salvaje”.

Y en el idilio, en la visión estereotipada —lecturas de Ossian, de Young, de Delille, de Anacreonte—, la Naturaleza es una suma de:

“Campos fértiles, llanuras pobladas de animales, lagos y rios caudalosos, el clima no le exige vestidos, puede vivir aislado y subsistir por sí mismo.” (*Ibidem*, p. 58).

Una nota propia del paisaje osiánico: *la naturaleza virgen*. Bolívar había asimilado muy bien sus lecturas; y las lecciones de aquel Simón Carreño Rodríguez, músico de la propia naturaleza. “Subsistir por sí mismo”: he ahí el lema al que aspiraba el “nuevo indígena” y “vivir aislado”, sin que el tráfico urbano pudiese enturbiar su felicidad.

Cuando años después, en Jamaica (1815); escribe su ya bien conocida *Carta*, no podía faltar la alusión a este paisaje. Casi arrancado de la página de uno de los tantos volúmenes de libros de viajes: “equinociales”. América tenía:

“Campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao, y el algodón; las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para extraer el oro” (*Ibidem*, p. 47).

América no soñada, sino vivida por un hombre de haciendas y tierras como Bolívar. En su epistolario, las referencias constante a las ventas de cacao, añil, café o caña, demuestran la familiaridad que tenía con tales especies. Y una nota más: la pulcritud del estilo en el escritor: cuidadoso de las similitudes, guardador de la similitudencia, ordenador de cada uno de los miembros del período.

Del Idilio a la Utopía, sólo un paso. Esta antes que aquél. Soñador y “espontáneo”, Bolívar pretendía poner las bases de aquella “anfictiónia” proclamada en Panamá y descrita con tantos y tan recamados detalles. No como una platónica república, sino como un sueño de sueños:

“Esta magnífica posición entre los dos grandes mares (se refiere al istmo de Panamá) podrá ser con el tiempo el emporio del universo; sus canales acortarán las distancias del mundo... ¡Acaso allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra como pretendió Constantino que fuese Bizancio, la del antiguo Hemisferio...” (*Ibidem*, p. 53).

Por debajo de la retórica, la ensoñación futura. Y, de pronto, el chispazo ilustrado; el recuerdo de las lecturas clásicas, el ejemplo del *Bizancio* de *Constantinopla*, página leída o comentada con apasionamiento por el robinsoniano Simón Rodríguez.

Oscilando entre el deseo y la realidad, balanceándose entre el mundo real e imaginario, el legislador de América, buscador de Bizancio, “la del antiguo hemisferio”. Ese que, muy a pesar, sirvió de modelo para tantas innovadas estructuras de la *nueva* América.

Como le ocurría a Caracas, a los ojos de Bolívar, “cuna de la independencia colombiana”, necesitada de los esfuerzos de todos los neogranadinos para ser reconquistada en 1812 de las huestes realistas:

“Caracas... debe merecer su redención, como otra Jerusalén, a nuevas cruzadas de fieles republicanos; y estos republicanos no pueden ser otros que aquellos que sean capaces de imponerse del sublime entusiasmo de ser los libertadores de sus hermanos cau-

tivos". ("Al Soberano Congreso de la Nueva Granada", Cartagena, 27 de Noviembre de 1812).

Una vez más la huella de los textos clásicos: (¿Ariosto, quizás?). Bolívar, siempre soñador, dispuesto a convertir la reconquista de Caracas en una nueva cruzada republicana. Cruzada dispuesta —con terminología prerromántica— a redimir del cautiverio a los caraqueños, sojuzgados bajo el terror de Monteverde, en 1812.

## “EL DESEO DE DOMINAR”

En Francia, Bolívar frecuenta tertulias, reuniones, amistades femeninas. Una de ellas, una de esas amistades es Fanny du Villars, uno de sus tantos amores, con la que cruzará cartas apasionadas desde muchos lugares de Europa. En la casa de Fanny escuchará a Madame de Esther, a Madame Recamier, a Humboldt, el que escribiría páginas inolvidables sobre la belleza y la grandeza de América.

Bolívar, con sus 20 años, con su juventud y su fogosidad política, con su cultura y, sobre todo, con las lecturas que Simón Rodríguez le había proporcionado de los enciclopedistas franceses; con ese idealismo de hombre ilustrado que a lo largo de su vida lo caracterizó, Bolívar se siente incómodo, al escuchar a aquellos cortesanos que empiezan a jugar a Imperio, que empiezan a aludir al Primer Cónsul, que empiezan a preparar la nueva Corte del primer gran Imperio que Napoleón insensiblemente iba forjando. Con el consentimiento, con la ayuda, con la simpatía de una buena parte de los franceses, de aquellos mismos franceses que lo habían considerado casi como un enemigo de la Nación y del Estado.

En esta carta dirigida al Coronel Denis de Trobiand, Bolívar ha de justificar su mal humor, sus malos modales tal vez, expresados en alguna reunión de días anteriores. Quiere excusarse, pero se ratifica; quiere ser galante, pero resulta más duro y más radical. Bolívar no se acomodaba bien a la cortesanía y a la ligereza francesa. Se mostraba un intransigente criollo, con sangre española en sus venas y con demasiada vehemencia radical en sus palabras.

“Coronel: ha seis años que os conozco; ha seis años que os amo con una verdadera amistad y que os profeso el más profundo

respeto por la nobleza de vuestro carácter y la sinceridad de vuestras opiniones”.

Así comienza la carta dirigida al Coronel o caballero francés Denis de Trobiand. Las palabras no pueden ser más galanas, los términos no pueden ser más comedidos, el caballero Bolívar parece haber aprendido una lección de cortesanía francesa. Pero bien pronto el tono, las palabras, las expresiones se vuelven más acres, más agudas, más apasionadas. Bolívar quiere dejar bien claro cuál es su ideal, cuáles son sus sentimientos, cuál es su criterio respecto de los sucesos políticos que estaba viviendo Francia. Que no eran otros sino los presagiadores de los que Venezuela y toda América iban a vivir muy pronto, con los ramalazos de su primera independencia:

“No tengo necesidad de deciros cuán afligido estoy de haberos hecho testigo del escándalo que ocasionó ayer en mi casa la exaltación fanática de algunos clérigos más intolerantes que sus antepasados y que hablan con tanta imprudencia como en España donde el pueblo les dobla la rodilla y les besa la falda de sus sotanas. Hábéis debido notar los altos empleos civiles y militares con que nos brindaron estos señores siendo los elogios del Primer Cónsul los que provocaron más mi exaltación que solo fue interrumpida debilmente. Ellos ahogaron su vergüenza y se contentaron con dirigirme algunas observaciones para poner a cubierto su responsabilidad hasta que los clérigos, tomando a cargo la causa de Bonaparte, se unieron a sus clamores”.

Bolívar, en este segundo párrafo de la carta, está denunciando su espíritu de hombre ilustrado, su anticlericalismo, su oposición al nuevo régimen. Esos clérigos intolerantes, esos personajes que le hacen recordar aquellos otros que en España tienen tanto predicamento —en la España que Bolívar había conocido tan bien—, esos contertulios que parecen que levantaron la polvareda de las fuertes palabras, que originaron el escándalo de que Bolívar habla en la carta; esos son, al parecer, los primeros defensores del Primer Cónsul, ese nuevo héroe que los franceses estaban fabricando para regenerar su patria.

El tono de Bolívar no pudo ser más exaltado; el mismo lo confiesa. No se comportó, al parecer, como un caballero francés, sino como un criollo americano. Por eso escribe la carta, por eso intenta justificarse. Pero sin apearse ni un punto de cuanto había dicho, ratificando lo que

había afirmado, y lo que es más importante, dándonos una imagen fiel de una tertulia, de una reunión galante, en donde entre taza y taza de café o entre copa y copa de vino Burdeos se decían, se hablaba, se criticaba y se auguraba muchas cosas. Se anunciaba buenas nuevas o al menos predecesoras para una nueva situación política:

“El deseo de dominar y de ocupar el primer rango en el Estado es el pensamiento de todos los clérigos. Los empleados piensan en conservar el sueldo, elogiando al que le paga; separando estas dos clases yo no concibo que nadie sea partidario del primer Consul, aunque vos, querido Coronel, cuyo servicio es tan recto le pongais en las nubes. Yo admiro como vos sus talentos militares; pero ¿cómo no veis que el único objeto de sus actos es apoderarse del poder? Este hombre se inclina al despotismo: ha perfeccionado de tal modo las instituciones, que, en su vasto imperio, en medio de sus ejércitos, gentes, empleados de toda especie, clérigos y gendarmes, no existe un solo individuo que pueda ocultarse a su activa vigilancia. ¿Se cuenta todavía con la era de la libertad? . . . ¡Qué virtudes es preciso tener para poseer una inmensa autoridad sin abusar de ella! ¿Puede tener interés ningún pueblo en confiarse a un solo hombre? ¡Ah! Estád convencidos, el reinado de Bonaparte será dentro de poco tiempo más duro que el de los tiranuelos a quienes ha destruído”

Contra la tiranía, contra el despotismo, contra los clérigos, contra los empleados. Bolívar, cada vez más radical, desmenuza todos sus razonamientos. Admira a Napoleón, pero le teme. Teme su despotismo, teme su poder, teme que toda Francia, la de los clérigos, la de los gendarmes, la de los ejércitos, la del pueblo, esté toda englobada en ese poderío suyo que se llamaba vigilancia. Napoleón convertido a los ojos de Bolívar en un Dictador, en un gigantesco Dictador que sólo tenía una misión: destruir a los tiranuelos, entre los que se contaba el Rey de España, para sustituir la tiranía por su poder omnímodo y personal. Por eso Bolívar no lo admitía, porque sus ideales políticos en aquel momento estaban muy lejos de concebir a la tiranía, al poder de uno solo como elemento fundamental de un nuevo Estado.

Después, después los años le harían cambiar. Después el tiempo le obligaría a convertirse sin querer en un pequeño tirano. En el defensor del cesarismo político llevado a América en su persona. Aquel cesarismo que sería motivo de su caída frente a los ojos de casi todos los americanos.



La vehemencia de Bolívar, la falta de medida para responder a sus interlocutores, el no tener respeto por la posición social de ninguno de ellos. Esta fue, según él dice en su carta, la norma que siempre le guió. No tenía obligación ninguna para respetar o para ser comedido. El prefería ser pertinaz y sincero:

“Hoy no soy más que un rico, lo superfluo de la sociedad, el dorado de un libro, el brillante de un pomo de la espada de Bonaparte, la daga del orador.”

Bolívar se daba cuenta de que su condición de nuevo rico le obligaba y le condicionaba. Y ese condicionante, que tanto pesó en su vida y en su acción de político y de militar, parecía ser una nube que flotaba encima de su destino. Era su mismo destino. Aquel que le acompañó siempre y que ya desde ahora sería una línea ininterrumpida en todo su quehacer como hombre que se lanzaba a la gran aventura de la liberación de América.

## MARTÍ: PALABRA DE FUEGO

*Carta a Germán Arciniegas*

Querido amigo:

He leído, y creo que demasiado de prisa, su libro "América Mágica". Y digo que no pausadamente, porque es su tratado de magia de aquellos que sólo con meditación, con paladeo y con sosiego se pueden gustar totalmente.

Si yo fuera a escoger uno de esos meses mágicos, me quedaría con enero. Tal vez porque es mi mes, tal vez porque en él nació José Martí. Y Martí, "su" Martí no es de los que pueden olvidarse fácilmente; termina prendido por el juego misterioso de sus palabras.

Hace ya algunos años, en mis estancias madrileñas, tuve que intervenir en un homenaje que los estudiantes cubanos rendían a Martí. Soportó la memoria del héroe riadas de discursos, cadenas de brindis, tu-fillo de almidón y pecheras blancas. Entonces, a mí se me ocurrió, después de haber leído reposadamente una buena parte de su obra poética y de sus artículos de prensa, que podría ser su epistolario un filón muy explotable. No me equivoqué, porque, con la ayuda de Lizaso y de Chacón, pude releer aquellas palabras escritas con fuego, con furia y con amor, dirigidas a Rosario, a su madre, a su hijo, a los hermanos, a sus amigos, a sus camaradas. Palabras en donde el nervio martiano iba serpenteando la pasión escondida de un hombre que, como el poeta madrileño (también, como Martí, gran amador), "moría en fuego y se deshacía en llanto".

Hoy, al volver a encontrarme con textos que un día me fueron familiares, y que usted ha sabido revalorizar, me atrevería a decir que

mi descubrimiento se ha hecho ahora. Cuando, con ayuda de su devoción de americano, he tenido el hallazgo de un hombre, de un hombre entero y cabal, prieto de humanidad, que no tuvo sino un ideal: la generosidad sin límites. La entrega total.

Oía yo relatar, gracias a infolios amarillos y mal escritos, cómo fue la acción guerrera de Dos Ríos. El testigo era español y vestía guerra de rayadillo; había intervenido en el combate, y describía cómo habían conducido el cadáver de Martí. Creo que Mañach repite conceptos similares en su palpitante biografía; pero escucharlo, casi de viva voz, en un informe oficial, redactado probablemente poco después del combate, parece que tiene más vida o más calor.

Pero mucho más vivo es el Diario, el palpitante Diario del héroe. No está hecho en el sosiego de una habitación, sino en la dureza de la tierra, "por espinas y alturas". Cada palabra, un fogonazo; cada línea huele a fragancia de cilantro y orégano. Nunca el español escrito después de Gracián fue más conceptual, ni más diáfano. Los sustantivos se ensortijan entre sí; algún adjetivo, redondo y jugoso, cierra la frase; los verbos se suponen; las oraciones, pegadas unas a las otras, desnudas de junturas conjuncionales. Y, sobre todo, el ritmo vivo o sosegado del hombre que escribe hablando; entrecortado, enérgico, vivo. Y de cuando, la gracia de una imagen: "la caricia del agua que corre, la seda del agua". Sí, el hombre, machete al cinto, cápsulas en el bolsillo, rodeado de silencio y de estruendo, con la vida en juego a cada minuto; pero, con todo, sus sentidos, sus jugosos y frescos sentidos, han paladeado, quizás más con los ojos que con el tacto, el frescor, la suavidad sedosa del agua.

¿Y qué decir de la palabra de fuego de Martí? No con retumbes de tambor castelarino, sólo con dureza ciceroniana. Se me ocurre pensar en el dominico fray Luis —no el salmantino—, cuando discurre su discurso entre hormigas, entre abejas; oliendo a naturaleza, refrescando el aire a fuerza de suavidad. Aventurado sería hablar de influencias. Pero el cauce oratorio de Martí desprende fragancia y vibración. Aquel su discurso de Tampa, tan bien escogido por usted, parece crecer y vibrar como un enhiesto pino acariciado por el viento. Solamente un alma poeta como la suya, un espíritu inflamado de amor y de fe, podía decir tanto en tan poco; y tanto con tanta belleza. Razón tenía cuando, al

escuchar en el hemiciclo del Congreso español las voces melifluas de oradores vacíos, comentaba en sus crónicas periodísticas: "Los rugidos oratorios apenas si se escuchaban en la galería alta". Allí escuchó la voz omnipotente de Castelar, la gracia de Sagasta, la ironía de Cánovas o la machaconería de León y Castillo, un ministro de Ultramar de quien Martí dijo cosas muy donosas y oportunas. A todos superó no sólo el gracejo del periodista, auditor de tales sermones civiles, sino la facundia del orador que, no solamente en el periódico o en el folleto, descargaba su furia de cubano ansioso de libertad y no de autonomías. Por eso, como usted dice muy bien, "el liberal combatió a los liberales", "el demócrata se alzó contra los republicanos". Por encima de su liberalismo y de su republicanidad estaba Cuba, la isla rodeada por cadenas encenagadas por el robo, por la podredumbre moral y por la ineptitud de sus administradores.

Como usted ve, he ido a salto de mata, por entre las páginas de su ensayo. No me he detenido, con mesura crítica, a valorar su prosa, sino a destacar la enjundia que contenía.

Ha conseguido usted entrar muy a fondo en el alma de Martí, a mi juicio el más actual de los grandes americanos; y ha conseguido usted encontrar los filones más opacos, pero más ricos del alma martiana. Ha sabido usted descubrir la magia de sus sueños; y poseer taumaturgia tan difícil dice mucho de sus artes mágicas, de su ciencia reveladora.

Sí, mágica, milagrosa fue la adivinación de Martí. De la nada lo hizo todo; con el esfuerzo suplió las faltas; con su muerte sostuvo la fe de los que dudaban; con sus palabras alentó a los escépticos y tímidos. Y el eco de su voz aún resuena en los ámbitos de América; a pesar de que sus enseñanzas hayan sido tan mal aprendidas.

Y ahora, como colofón, unas páginas inéditas martianas.

La Habana en 1870: Algarabía de marchas militares por el paseo de Carlos III; fanfarronadas de voluntarios, prosa menuda de los gacettilleros conservadores; el Capitán General está inquieto por algaradas y por desmanes de los "liberales". A Martí, a los 17 años, lo han condenado a trabajos forzados. Un muchacho español, vestido de voluntario, ha escrito una carta a poco de ser testigo de tales desmanes; la carta iba dirigida al Capitán General y pedía la baja en el Cuerpo. Te-

nía este muchacho mal cumplidos los 19 años. Este oscuro español testigo insospechado del nacimiento de un héroe, fue mi abuelo. Él fue, créame usted, quien primero me enseñó a pronunciar con respeto el nombre de José Martí.

Quedo emplazado, mi buen amigo, para releer con más calma su libro. Para descubrir sus magias; para saborear su prosa. Mientras tanto, tome usted esta carta como un bloc de notas. De notas apasionadas.

## EVOCACION DE ALFONSO REYES

Para Manuel Alvar

Hace ya unos cuantos años, mi querido Manuel Alvar, un grupo de amigos (entre los que figuraba nuestro fraternal Ventura Doreste) publicó un número de *Telde*,<sup>1</sup> consagrado al escritor Alfonso Reyes.

Desde fechas muy tempranas, y gracias precisamente al selecto rigor de Ventura, el escritor mexicano había tenido en Las Palmas un grupo muy reducido de lectores. El propio Saulo Torón llegó a tener correspondencia con D. Alfonso. Sin duda, fueron estos precedentes y el entonces recién homenaje rendido a D. Alfonso con ámbito americano, factores que contribuyeron a editar este rarísimo y original número homenaje.

Colaboraron en él, entre otros, M. Pidal, Azorín, Dámaso Alonso, Robb, A. Alonso, V. Doreste, P. Lezcano y algunas firmas más. En la carta de agradecimiento de A. Reyes, con la que se abría el número, se leía lo siguiente: "Me emociona saber que un grupo de jóvenes escritores insulares hayan dedicado un recuerdo a este ya viejo escritor de lengua española, los autores de este homenaje".

Quiero pensar, querido Manuel Alvar, que nuestro Alfonso Reyes, de haber vivido hoy, no hubiese dejado de acompañarnos en los pasados días del Simposio de Lengua Española. Y hubiésemos conocido, de su mano, mucho de lo bueno, de lo sabroso y de lo inédito que aquél gran conversador universal sabía. Ahí quedan esos Boletines de su biblioteca —plétóricos de cartas de D. Alfonso— que su nieta Alicia Reyes nos sigue remitiendo a los reyistas más conspicuos. Y quiero pensar, también, que D. Alfonso hubiese podido pisar "esa tierra insular conocida a través de amigos insulares" —se refería especialmente a

1. Revista escolar publicada en Telde (G. Canaria) en los años cincuenta.

nuestro inolvidable Agustín Millares Carló— para enriquecer su curiosidad y para regalarnos con su sabiduría.

El que Alfonso Reyes, “mejicano universal”, sea hoy figura preclara dentro del ensayismo español, creo que dice muy claramente cuál es la universalidad de nuestra lengua. La que utilizaron Sor Juana y el Inca Garcilaso; en la que escribieron Alarcón, Martí, Rubén, Caro, Bello, Bolívar, Rómulo Gallegos, Vargas Llosa, Borges o Gabriela Mistral. Y con la que Alfonso Reyes supo dejarnos el testamento de su obra literaria; escrita en español, salpicada de humor, acrecentada con aquella su savia mejicana, henchida de americanidad.

Para quienes aún hoy puedan creer en el fraccionamiento de la lengua española, la monumentalidad del libro español, dominador hoy en el campo editorial, es prueba inequívoca. Que colecciones que han pasado ya el número 1.000 —como *Monte Avila*, *Colegio de Méjico*, *Losada* o *Martí*— sigan con su misma pujanza, dice bien a las claras cuál es el vigor y la expansión de una lengua unidora y dominante.

Por todo ello, querido Alvar, a todos cuantos hablamos, enseñamos y escribimos el español en estos “siete peñascos” —según la festiva prosa de Nicolás Estévez—, nos enorgullece proclamar que desde nuestras Islas, hemos dedicado tantas horas y tanta atención a nuestra lengua, que hayan podido editarse ya casi mil páginas de ponencias y comunicaciones. Y que, sobre todo, tus libros y tus monografías consagrados a las Islas, hayan abierto camino a un mejor conocimiento de este “español” nuestro, el primer vagido del nuevo castellano aireado por alisios atlánticos.

Sí, podemos sentirnos orgullosos de seguir hablando lengua española. De seguir siendo docentes de la lengua de Gallegos y de Galdós. Y de haber aprendido de ti, querido Manuel Alvar, lecciones llenas de fe, de optimismo y de sapiencia.

## DON ALFONSO Y LOS GNOSTICOS

Aquella barbita blanca de Alfonso Reyes que adornó cara de niño juguetero en sus últimos años, parecía ocultar —según me decía Concha Meléndez— aquel aire mitad irónico, mitad satírico, que fue una de las notas más señaladas de su vida. Don Alfonso escribió siempre con una perpetua sonrisa, y ese tono de escéptico creyente se fue acentuando con los años. Algún día hablaré más despacio de algunas de las confesiones —confesiones en voz alta que él repetía a muchos de sus amigos— que guardo en el corto pero rico epistolario que de él poseo. En cada carta, en cada línea, en cada párrafo asomaba de continuo esa incertidumbre, ese temor y esa sonrisa que caracterizaron, de un modo especial, lo que él llamaba, no sin gracia, “la última singladura”.

Y si esta sonrisa fue compañera de su obra como escritor, nunca con mayor claridad se advierte como en las páginas dedicadas a la cultura griega; de un modo especial a la correspondiente al período helénico. Muchos y muy sabrosos libros dejó el humanista mejicano sobre este tema que él, con su gracia y su finura, tan bien supo redescubrir sin alharacas eruditas; pero hay unas pocas páginas, casi resumen de otras mucho más densas, que expresan con claridad esta innata predisposición sentida por el autor hacia este período de la cultura helénica. Me refiero a un manual, a un delicioso manual dedicado a la “Filosofía Helénica”, fruto más bien, como aclara su autor, de un curso dictado en la universidad de Méjico sobre Crítica Literaria.<sup>1</sup> Hoy es un volumen más que enriquece una colección bien difundida entre todos los lectores

---

1. Fondo Cultural Económico. *Breviarios*, Méjico, 1959.



de habla española; pero lo valioso del libro está, precisamente, en las páginas iniciales, en las que Reyes cuenta el nacimiento del libro. Casi un apéndice de otra obra más densa y más estructurada, que hoy es posible conocer en "Edad Ateniense" y "La Antigua Retórica".

Don Alfonso se acerca al piélago helenístico lleno de temores y de reservas; salva su responsabilidad con una o dos citas bibliográficas, cimienta de sus lecciones. Pero da a éstas tal sabor, las llena con tal realidad, las condimenta con tanta sal y con tanta donosura, que se olvida el lector de la Historia y se siente prendido en las alas fantasiosas del recreador. Reléanse estas líneas; tratan de la "Expansión helenística". Nada puede decirse con mayor poesía y con más precisión:

"La Antigüedad clásica había destilado una quintaesencia del espíritu, encerrándola en una preciosa y diminuta redoma. Alejandro rompió la cápsula y los concentrados aromas se difundieron. El Oriente empieza a respirarlos, y luego las legiones romanas los transportan en las ráfagas de sus conquistas".

El historiador ha sido vencido por el escritor; estalla la prosa con el metálico brillo de las imágenes. Parece estar recortada por el molde limpio y señero de otro gran historiador hispano: Ortega y Gasset, aventurero en lides romanas. Ortega como Reyes, maestros de la lengua y de la docencia, saben decir las mismas cosas con distintas palabras, y saben poner éstas en su lugar preciso; no para ahogar el lenguaje, sino para hacerlo más vivo, más atrayente, más actual. Alfonso Reyes resulta el actualizador de la Hélade alejandrina. Y hasta es capaz de dar un nuevo retrato del héroe mítico, del casi divino Alejandro. Es párrafo que parece escrito para ser leído en alta voz; para que la entonación vibrante de sus cláusulas produzcan el deseado efecto en el auditorio. Ni la abundancia de adjetivos, ni la retórica desusada empalidecen la ternura de la prosa. Plutarco pudo haberle dado la inspiración, pero los moldes nuevos hacen olvidar la añosidad del historiador heleno:

"De este príncipe griego y bárbaro, occidental y oriental, claro y misterioso, benigno y cruel; seguramente medio loco...; despilfarrador de humanidades y creador de pueblos... se ha podido decir con razón que pertenecía a la familia de Napoleón y de Hamlet".

Y si esto dice de Alejandro el guerrero, no es menos valiosa su interpretación de Alejandría y Pérgamo, pozos del saber. El cotejo que el historiador hace de las dos ciudades, emporios de la cultura helenística, definen su profundo conocimiento del nebuloso mundo de los Tolomeos y de los Eumenes. A un lado, dice Reyes, "Aristarco analogista" y de otro "Grates anomalista"; la imaginación y el falseamiento histórico caracterizadores de la escuela de Pérgamo, quedan reflejados en la autenticidad con que se acogen los pasajes interpolados en la *Iliada*, base posterior de la inspiración virgiliana.

Sobre todo, en las páginas consagradas ya de lleno al estudio y exposición de las doctrinas filosóficas, es en donde el autor se muestra más explícito y más personal. De un modo particular, en el análisis de los precursores del neoplatonismo plotínico, a cuyo filósofo dedica casi todo el último capítulo del manual.

Plotino resulta para Reyes un pensador al cual se le puso un poco en interdicto por parte del cristianismo y del paganismo; aunque participaba de las dos escuelas. Entregado al "raptó" como camino más adecuado para la especulación filosófica, tuvo que sufrir el desdén de quienes se creían y se sentían herederos de la tradición clásica griega, en donde el mito, como dice Reyes, sólo era purá metáfora y no, como en la escuela gnóstica, camino y medio del raciocinio un tanto esotérico de la nueva escuela.

No había en el gnosticismo lugar para el mundo sensible, ya que el meollo de su doctrina residía sobre todo en aquella sucesiva evolución creadora de los Eones, uno de los cuales convertido en Salvador, casi encarna al Cristo del Nuevo Testamento. Aunque bien se cuida el historiador de relatar cómo consigue esta Salvación: "Con masonería y ritos mágicos, ascetismo no siempre muy depurado, capillas, misterios, escuelas, charlatanería, ilusionismo". El rigor científico y la claridad expresiva que fueron siempre la norma de don Alfonso, rimaban muy mal con tales "charlatanes" de la Filosofía; y no por otra razón, sino por el rigor y por la huella platónica de su doctrina es por lo que Plotino se convierte en la figura más importante de toda la historia neoplatónica, según don Alfonso.

De Plotino dirá Reyes: "Es un pensador serio, sin aquellas teatralidades que empañan, por ejemplo, el genio de un Empédocles. Se ha

dicho que en Plotino no hay asomos de emoción enfermiza". Ahí radicaba el profundo respeto que inspiró a Reyes, como el amigo del "lúcido análisis de la inteligencia". Aquella inteligencia que había sido olvidada o mistificada en manos de seudofilósofos orientales, de caudillos occidentales orientalizados o de sacerdotes más llenos de picardía que de heterodoxia. Contra ellos luchó Plotino; contra esos mismos enemigos, vestidos con túnicas muy diversas, también luchó Reyes.

Luego de exponer, con esa nitidez que le caracterizaba, en qué consistía "la estructura inteligible del universo" según Plotino, pasa Reyes a analizar el sentido emanador de toda la filosofía del maestro egipcio. De cómo el Uno es el comienzo y el fin de todo: he aquí, en pocas palabras, planteado el sistema filosófico. Desde el Uno al Nous, y desde el Nous al Alma; ésta, intermedia entre las Ideas y los Fenómenos. De ahí el nacimiento de la Materia, última emanación, sin cualidad específica, sin determinación concreta, toda variedad e impotencia; aquí está la raíz de lo corpóreo, el *principium individuations*. Uno, Nous, Alma y Materia: así, en síntesis apretada, aparece el sistema Ontológico de Plotino. Y sobre el prodos, la *epistropheé* y el éxtasis, tres rugosos nudos que unen su filosofía con troncos caldeos o persas, Reyes mantiene una postura bien ecléctica: "él (Plotino) pretendía haberlo probado (el éxtasis), y nunca mostró sus hallazgos: nos muestra el camino y nos invita, eso es todo". Así concluye el expositor de la doctrina plotínica su párrafo. Y no es de despreciar el que dedica a la reencarnación, uno de los puntos más debatidos del neoplatonismo: por las derivaciones que luego tuvo en el campo de la Filosofía y de la Literatura.

Las almas descienden, y entonces encarnan; encuentran la cárcel del cuerpo. Por influjo del *epistropheé*, del volver hacia atrás, el alma intenta volver a su primitivo estado. Y aquí está la lucha con las cadenas corporales: hasta que surge, poderoso, el pecado, la inevitable caída. Cuando esto sucede, siempre por libertad de autodeterminación, el alma necesita reencarnarse, necesita volver a buscar su "cárcel", su sitio, su nuevo asiento. Y concluye Reyes: "Los buenos del tipo medio vuelven a ser hombres, a fin de acabar su pulimento... , los ricos ladrones serán pobres... , los sensuales se convertirán en bestias... , las almas estéticas en almas canoras... , los buenos tiranos, en águilas. Es lástima no haberle visto la cara a Plotino cuando escribía estas cosas. Siempre hemos sospechado que sonreía".

El, don Alfonso, sí que la vio. Y por ello, como el Maestro, también sonreía, mientras urdía este delicioso velo de su relato. La urdimbre resultaba firme, bien trabada, pero el color, el intangible color, lo ponía el historiador. Porque estaba convencido de que la probidad del filósofo estaba por encima de las elucubraciones del artista creador. Quizás sedujera más a Reyes la elucubración que el razonamiento, pero supo admirar el feliz ayuntamiento de las dos virtudes. Sin duda porque era para él su máxima aspiración.

## “MUERTES DE PERRO”, NOVELA TESTIMONIO

Resultaría pueril repetir conceptos que ya se han leído muchas veces. A pesar de ello, será necesario usar de dichos términos, con mucha parvedad, para situar al novelista dentro de su época y para justificar su inclusión dentro de la historia de la novela contemporánea hispano-americana.

Francisco Ayala es un autor ya maduro que aparece, desde los años 30, en los escaparates de las librerías madrileñas. *Tragicomedia de un hombre sin espíritu* (1925) y *Medusa artificial* (1930) lo dan a conocer en el entonces estrecho coso de la novelística española. Aquella novela que, como decía Ortega, estaba predestinada a desaparecer como género literario. Los historiadores la han calificado de “intelectual”, de “lírica” o de “ensayística”. Es igual. El novelista no caminaba; tenía parálisis narrativa, miopía en sus observaciones, impermeabilidad en sus impresiones. La novela era... estética, poesía, ensayo. Y el novelista resultaba, de este modo, híbrido, impuro. Max Aub, con una frase tal vez demasiado despectiva, pero sí muy gráfica, diría de este momento novelístico que los escritores hacían “cagarrutitas literarias”. Muy bien hechas, muy cuidaditas, muy llenas de estética, palabra ésta, no hace falta repetirlo, que se puso de moda. Y que resultó mal traducida y peor interpretada. Ayala comenzó siendo, dentro de la línea de Jarnés, de Bacarisse, uno de los novelistas más destacados; y es curioso que un escritor tan intelectual desembocase precisamente en un género, el ensayo, en donde tantas y tan hermosas muestras dejaría. Tanto desde su cátedra universitaria, como fuera de ella.

Ayala es —como señala muy bien E. Nora— uno de los novelistas que más evolución ha sufrido a lo largo de estos últimos 25 años. Desde la asepsia esteticista de Nora, un “realismo cruel, deformador y punzante”.

El mismo, en admirable ensayo —“El arte de novelar en Unamuno”—, deja planteado los conceptos fundamentales del buen novelista y las raíces más ocultas del género novelístico. Resulta necesario recordar que un novelista ha dejado constancia de su arte; un novelista, conviene repetirlo, que es, además, un ensayista nada común. Y de este modo, siguiendo la senda unamuniana, el ensayista Ayala procura presentar a la novela como “relato escrito” en el que el autor “pretende representar la vida humana con el propósito de hacer evidente su sentido, es decir, interpretándola”. Y esta interpretación, sólo el novelista, el narrador, puede hacerla por sí solo, con ayuda de la narración. Sin aditamento de voz, de mímica, de recitado. La novela nació para comunicarse, misteriosa e inefablemente, lector y autor. Y en esta misteriosa intercomunicación, la palabra, la palabra escrita es el único mensajero.

Y esto es lo que procura Ayala; comunicarse con el lector. Llevar a su ánimo ese “mensaje” que aparece tan claro y evidente, según Ayala, desde Cervantes, maestro en realidades idealizadas. Cada novelista ha utilizado una técnica distinta, pero todos se hallan movidos por la misma idea: volcarse hacia el lector y comunicar a través de los personajes algo de sí mismos. Conseguir que autor y lector se confiesen mutuamente. Para que, como dice Ayala, un misterioso espejo se vaya presentando ante los ojos del lector, apresado en las garras de las páginas noveladas.

Sin duda fue la Guerra Civil española la frontera que separa a las dos técnicas novelísticas de Ayala. Como a tantos escritores, la brutal realidad le obligó a cambiar de actitud. Olvidó la estética y escogió la ética. Eligió, en suma, el ya viejo camino que había tenido la narración en tiempos antiguos; aunque esta vez, la moral se cargase de pasión. Pero hubo en Ayala, aprendida la técnica de clásicos moldes, una actitud grotesca, una sátira punzante, un humor negro. Quevedo y Valle Inclán pudieron haber sido sus modelos. En especial, Quevedo. El Quevedo de los “Sueños”. Aunque Valle le proporcionase léxico y actitudes. El esperpentismo de Valle, dentro de lo novelesco, es fácil de adivinar en las páginas de nuestro Ayala. Deformación, monstruosidad, sarcasmo: he aquí algo de lo mucho que Ayala ofrecerá en sus últimas novelas. Las escritas después de 1939.

Y esto es, en definitiva, lo que puede encontrarse en *Muertes de perro*, novela que puede calificarse de “testimonio”, porque, sin ser

de clave, sí encierra claramente un mensaje, un oculto mensaje, dirigido a todos los pueblos en que haya podido haber un Bocanegra, personaje, como se verá, de raíz quevedesca y de factura valleinclana.

*"Muertes de perro", novela de Hispanoamérica*

A pesar de no ser el autor hispano-americano, la obra cae de lleno en la novelística americana. No tan sólo por el tema, sino por el tratamiento y hasta por la técnica. Encuadrada dentro de la novela política, *Muertes de perro* es documento testimonial de la dictadura, representada de maneras tan diversas a todo lo largo del continente. Y este testimonio, según se verá, está conformado con los moldes clásicos; utilizando modelos bien repetidos en la historia del género novelesco, incluyendo la novela americana.

*Muertes de perro* viene a ser uno de los tantos epígonos que *Tirano Banderas*, de V. Inclán, ha tenido a lo largo de la novela de Hispanoamérica. Aunque la figura de Bocanegra y de Tirano estén hechas con factura distinta. Y aunque la hipérbole y la deformación alcancen en Valle una intensidad y una continuidad no alcanzada por Ayala, es más parco y hasta más ortodoxo en su carpintería novelística.

Podría decirse que la novela entra de lleno en la clasificación que algún historiador ha hecho de la prosa contemporánea hispano-americana: "Prosa instrumental"; o, lo que es igual, para emplear viejos términos, prosa con fin moralizante. Como si del viejo "ejemplo" medieval se tratase, Ayala ha conseguido dar una imagen, más expresionista que impresionista, de Bocanegra —el protagonista de *Muertes de perro*—, y por eso su novela está más cerca del realismo que del impresionismo o del psicologismo, otra de las vertientes de la novelística de América. Por otro lado, las sucesivas y distintas perspectivas con que va siendo presentado el personaje recuerda, sin duda, el mismo procedimiento de la ya clásica novela del XIX. Y es que Ayala, no puede olvidarse este detalle, fue girando su derrotero de novelista desde la abstracción hacia la determinación más concreta.

Le ocurre un proceso muy parecido al de Valle Inclán, que del impresionismo llega a los límites del expresionismo después de una dilatada evolución en su prosa. La evolución en Ayala más fue de fondo que de forma; y por eso resulta menos violenta, más paulatina.

*Realidad e imaginación*

Preocupado Ayala con el tema, no deja de plantearlo en su novela. Se vale de un ya clásico procedimiento: el misterioso diario o las encontradas memorias con las cuales el novelista puede urdir su relato. Recuérdese a Cervantes con Cide Hamete, el falso memorialista de las aventuras quijotescas. En el caso de Ayala, las memorias de Tadeo Requena resultan el apoyo del narrador. Memorias que se van entrecruzando con el plano ideal de Luis Pinedo, el "insignificante Pinedo", testigo de excepción de los sucesos revolucionarios.

Gracias a este doble juego, el novelista consigue, sin gran esfuerzo, introducirse en el relato, aunque su presencia esté oculta y la libertad de los personajes no parezca coartada por el autor. No en vano, el ideal de la libertad artística, respetada con rigor por Ayala, es un denominador común de su obra, que él ha sabido siempre respetar.

Más inclinado estuvo el novelista a la observación directa, a contar lo que ha visto que a inventar y fraguar capítulos y situaciones. Observar y narrar: tal fue su técnica. Como la de cualquier novelista clásico. Hilvanar los sucesos con hilatura de la historia. Apoyar esos sucesos en la fidelidad de unos documentos, con los cuales el novelista ha hecho de trujimán en el relato.

Sí le sirvió este alias suyo para enriquecer sus disgresiones, para salpicar la novela de aire ensayístico, o, cuando menos, de atmósfera moralizante. Como si en las aparentes acotaciones de Pinedo escondiese el autor su voz—invisible aunque resonadora— para hacerla oír en medio del fabuloso mundo novelístico. No en vano, Ayala novelista esconde siempre al Ayala sociólogo; esto es, al Ayala moralizador. Su moral, su enseñanza aparece diluida en medio de la anécdota, en medio de los hechos, de los sucesos. Es el lector el que tiene que poner de su parte, al ir "rehaciendo" los hechos, los "facta", el significado que para el novelista han tenido.

Y este poner su trasfondo moral arranca de un concepto claro que Ayala tiene de la novela, según dejó constancia en su libro *Realidad y ensueño* (Gredos, 1963, p. 87 y sigs.): "La novela... se convierte en instrumento de conocimiento superior, capaz de comunicar en forma inmediata a los lectores (como a los oyentes el cuento folklórico...) una intuición del sentido de la existencia humana". Eso, intuir, ver



claramente algo sin apoyo racional; comunicar, misteriosamente, el latido humano que las Memorias de Requena tenían en sus amarillentas páginas. Conseguir que las generaciones futuras, esto es, la especie común de los lectores, aprendan en lo acontecido una lección viva de historia. En resumen, plasmar, en mítico espejo, el secreto, el destino de cada lector, precisamente a través del destino de todos y cada uno de los personajes de la novela.

Ha intentado buscar Ayala respuesta a tantas y a tan diversas preguntas que el hombre angustiado de los últimos treinta años ha tenido que irse planteando, o, lo que es más trágico, no ha tenido tiempo de plantearse. Y de este modo, los millares de Requena que en el mundo han sido, encuentran en las páginas de Ayala contestación a zozobrantos interrogaciones hechas siempre en silencio, siempre con temor, siempre en monólogo interior. Y el ensimismarse, el conseguir entrar dentro del alma del lector, para descubrir sus angustias y sus zozobras, es el fruto del discurrir novelesco. Una fluencia, la del novelista, que va unísona, en muchas ocasiones, con la del propio lector.

No por otra causa, sino por este unísono confluir, es por lo que esta vida humana, este torbellino que resulta en ocasiones el relato, unas veces tiene ritmo tormentoso y otras plácido. Porque el novelista ha sabido imprimir el ritmo adecuado. El ritmo exacto para que la tensión dramática del asunto, se vea reflejado en cada línea de la novela; visión de la esencia humana que el novelista ha querido ver en cada personaje, en cada suceso, en cada movimiento de la acción narrativa.

## MANGAS Y CAPIROTES

*Para J. Ramón Medina*

Está sobre mi mesa, un volumen azul de la Editorial Roble, de Caracas. Se titula: *Sobre la Justicia y otras tonterías*. No hace falta decirte, querido José Ramón, que su autor es Guillermo Morón.

El libro, con avidez, viene a ser un fichero sabiamente desordenado. Por un lector que ha devorado la literatura clásica, la más noble y la más honda, y la historia de todos los días, de los hombres y las naciones, de muchos hombres y de muchas naciones. Pero, sobre todo, pienso, es la medición en voz alta, de un venezolano, de un venezolano apasionado de venezolanidad, por las menudas, por las poco conocidas historias de Venezuela; esas pequeñas historias que van sedimentando el detritus con el que se van formando los pueblos. Aquello que nuestro Unamuno llamó la "intrahistoria". No el caudaloso río de las batallas y los triunfos, sino el arroyuelo tímido de los arados y los surcos invisibles. Arados y surcos, regados con sudor de hombres, que han ido marcando la siembra de la historia.

Se me ocurre pensar, querido José Ramón, en Bergamín, aquel de *Mangas y Capirotes*, cruzado de nerviosa prosa y de afilado estilo. De aquel conciso, zigzagueante estilo de Bergamín, aunque despojado de su textura críptica y conceptual, parece derivar este prosista nuestro, vestido con el oropel de la ironía, con la estameña del clamor y, en muchas ocasiones, con la finura de la sonrisa. Yo diría que, al igual que el ensayista español, este venezolano crudo y perspicaz que es Guillermo Morón ha sabido colocar los prismas coloreados de su catalejo para avizorar, primero, para describir después, y para comentar, por último, la dilatada visión de sus imágenes: cruzadas de gigantismo, teñidas de aparente pequeñez, relampagueantes por la denuncia que encierran las imágenes necesitadas de glosas.

## I

Aquel alfonsino de Carora llamado Pedro Montero comprendió con sabiduría el texto del Rey legislador: “El sabio Monarca... dice que los que administran justicia, aunque obren bien, preciso es que enemigos tengan”; a pesar, como dice el propio Rey, de que “faze pro a los otros”. Espigar, con rara habilidad, en el bosque de las *Partidas*, escoger el pensamiento exacto y oportuno, glosarlo con “buen aire”, al decir de Gracián, es virtud de pocos. Aplicarlo, sin señalar, a unos hombres y a unas tierras tan lejanas y tan próximas al eco del mensaje real, es también cualidad nada común. Porque en el “portillo a la mar”, que es Carora, parece haber llegado una ola, una invisible ola de siglos, que ha dejado en la playa la espuma de una lección impercedera.

## II

La “*Delicadeza*” del pensar es página antológica. Porque Platón no parece lectura de príncipes, sino del vulgo, del “común”. ¡Ahí es nada!, convertir un pensar individual en “un actuar colectivo”: ¿acaso es otro el plan de actuación de todo hombre metido en la política? ¿Acaso —se me ocurre— ha sido otro el meollo de los Diálogos platónicos? Transmitir saberes, enseñar a pensar, dictar lecciones del buen discurrir, construir andamios de razonamientos, impulsar a todos desde el uno. Y todo eso, no para embellecer las páginas de ediciones florentinas, no para sacudir oídos palatinos, sino para educar conciencias populares. ¿Acaso Platón pudo enseñar a los políticos del siglo XVI, del siglo XVII o del siglo XX, oscuros interpretadores de sus textos? ¿acaso Platón anda aún necesitado de discípulos que lleven su voz a otras latitudes? ¿Qué voces, qué lecciones son las que Guillermo Morón desearía escuchar en este siglo y en estos días tan alejados de los ecos platónicos? El sibilino mensaje que el ensayista ha dejado prendido en su glosa no se escapa fácilmente al lector; porque el lector, como el escritor, puede ir pensando en alta voz su lectura.

## III

“Tiempo de ira” es como una Fuga: pauta, lineal, reiterada. Sí, “Tiempo de ira” y no “Fragmento sobre la ira”, como la titula el

ensayista. Porque es en ese tiempo —el nuestro— en el que la ira parece haberse adueñado una y otra vez de los hombres que gobiernan, o que mandan: que no es igual mandar que gobernar. El gobierno conlleva medida y el mando, imperio. Y el mando, desbocado, sin freno, se precipita en torrentera sobre los gobernados: “Rapiña, conquista, esclavitud, injusticia”: así son, así fueron las aguas de la historia.

Y se me viene al recuerdo muchos y muchos nombres. Unos pequeños, insignificantes, y otros, más brillantes e igualmente humanos. Y la vorágine de nuestro ciclón en forma de guerra civil —¡ay, las inciviles guerras preñadas de sangre hispana desde el Ebro al Amazonas!— daría nombres sin cuento de los “hijos de la ira”, esos que “deben confiar en la espada del irritado”. Del irritado vencedor, dueño de la vida y de la muerte, depredador de la justicia y de la libertad, sojuzgador de invisibles grilletes.

#### IV

Y nuevamente Alfonso el Rey. Con sus *Partidas*. Enseñando que “El mayor poderío e más cumplido que el Emperador puede aver de fecho en su señorío, es cuando él ama a su gente o es amado en ella”. El Emperador obsequioso en “poderío cumplido”, esto es, en poder generoso, sin franquicias ni ataduras. En poder repartido por igual. “Cumplido”, aún adjetivo en 1.300, sin llegar a su calidad de sustantivo en 1.700, cuando “los cumplidos” adquieren virtud cortesana, o cuando “el cumplido” es sólo galana manera de comportarse. Aún para el Rey Alfonso, resulta obligación ineludible, porque si el poder no está lleno, dadivoso, pletórico, es inoperante, ineficaz, vacío.

¿En qué poder pensaba el ensayista para ver en el espejo del tiempo la figura del rey castellano? ¿En qué hombres, más atados por Reglamentos que por Leyes, más cegados por Decretos que por Razones? ¿Tal vez fuesen hombres del hoy, del ayer? Sin duda, el historiador escribía para el siempre, para el inalterable tiempo de los hombres, agitado, sí, pero imponderable, infinito y constante.

#### V

De entre todas las páginas, abiertas casi al azar, para concluir este desordenado hojear, las dedicadas a Luis Beltrán Heredia, no

sólo poeta, sino "soterrador" de la historia. En este caso, de la carolina isla de Margarita, de una tierra envejecida de historia venezolana. Historia cantada por el poeta en voz llana, coloquial y sencilla; historia de "trabajos y de días". Como la que, en prosa pulida, describe Morón, también recontador de sucesos y no de hazañas:

"Más, se hacen margariteños el cardón, el colibrí, el papagayo y el trompo, que los venezolanos de otras ciudades, de otros aleros y muros también tenemos o tuvimos alguna vez".

¿En qué perdido tiempo es posible volver a encontrar "esos aleros y muros"? ¿Qué estremecedora palpitación de recuerdos no esconde la evocación lírica del historiador? ¿Qué latidos misteriosos no parecen escaparse de esos torrentes del pasado? Sin duda, —y mi pensamiento no sé si coincide con el tuyo—, los muros y los aleros soñados pueden ser los mismos que existan hoy, los mismos que tocamos con nuestras manos. Los mismos que el predicador de cosas pasadas quisiera para sus venezolanos de nuestros días.

\* \* \*

Mas calas, muchas más necesita el libro. Porque es para ser releído; y para ser glosado por quienes tienen, mejor que yo, resonancias nativas venezolanas. Porque sus páginas parecen escritas para ser dichas en alta voz. Por aquellos inolvidables lectores que mataban el tiempo en las faenas artesanas: para ser zumbadores de conciencia.

## TRES PALABRAS

Guillermo Morón es un historiador venezolano que pretende desentrañar la historia vernácula; y lo logra apasionada, desgarradoramente. Hay en su prosa tono de narración juglaresca; más que de sosegada crónica. Y no es vituperio sino alabanza este desbordado cauce por donde el historiador, ahito de normas, ha ido apretujando la historia. La templada y caldeante historia de Venezuela. Escrita en tres tiempos.

He aquí el primero:

### *"Desesperación"*

"Fueron los negros, los zambos, los blancos descalzos quienes tuvieron la primera desesperación por Venezuela", dice. Y no hay definición más exacta, la revolución hija de la desesperación. No como fruto maduro, sino como estallido violento.

Así va conquistando el ánimo del lector la figura de Andresote —un esclavo revolucionario—, convertido en símbolo de la desesperación de un pueblo: maniatado por el contubernio, vendido por el monopolio, violentado por la avaricia de sus gobernantes. Se presiente en aquel zambo, caudillo improvisado, al futuro llanero. Y, al igual que Juan de León, tremoló la capitania del "común". Sólo les diferenciaba el estamento social: a Andresote sólo le acompañó el *pardo*, el hombre del pueblo; a León, además, la nobleza caraqueña. Aquella nobleza que vio en el "isleño" una víctima ideal para lanzarla, primero, contra el Capitán General, y después contra las bayonetas realistas.

Andresote, no. Andresote se convirtió, con el tiempo; en el instrumento ciego de la burguesía venezolana. Porque la rebeldía del zambo

favorecía al comercio ilegal con los holandeses y porque, por añadidura, abría nuevos horizontes al café y al cacao. Y no sólo esto. Además, el monopolio de la Guipuzcoana, contra la que se juntaban el odio burgués y popular; y la codicia de los justicias, comprada por el dinero de los comerciantes y de los conspiradores; y, por último, el desenfado con que el mulato trataba ya al colono: causas todas alentadoras de la protesta y de la rebelión.

Y es paradójico que la burguesía y el proletariado hayan estado unidos en la revolución. Y es paradójico, porque dos mundos tan distantes parecen olvidar sus diferencias para aunar sus inquietudes, engendradoras de la nueva Venezuela. Por eso, Andresote y Juan de León, representantes de los dos círculos sociales, saben sacudir la "gabela" y henchir de libertad a la Patria. El uno, en el campo, escondido de la tropa realista, protegido por el pueblo y por la burguesía; el otro, en la ciudad, adueñándose de la Plaza de Candelaria, vencedor de la pusilanimidad del Capitán General; caudillo del ruralismo, conquistador efímero de Caracas. Ambos, en fin, prendiendo fuego al corazón de los venezolanos, chispeante de desesperadas rojece.

No en vano habían encallecido sus manos con el sudor de cada día; y también sus ánimos, rebeldes ante la injusticia, hirvientes de desesperación.

### *"Violencia"*

La Violencia fue la segunda palabra.

Signo de toda lucha, en Venezuela adquirió caracteres trágicos: al ir abrazando las voluntades de la República. Aquella República, al decir de Morón, madre de hombres. Creadora de una comunal hombría.

Hombres carcomidos de pasiones, relampagueantes de coraje, inflamados de libertad: mezclando sus pasiones, sus libertades y su coraje; incendiando bélicamente el horizonte con el rojizo estandarte de la protesta, cada vez más firme y rugidora. En vez de caramillos pastoriles, el siglo XVIII venezolano sacudió con altívez la dormida arrogancia. Despertada, quizá, por la fanfarria y el estrépito.

Es la hora de los caudillos, de la sangre, del dolor. Se llena el cielo de acuchillados gritos; y hay un ardor contagioso en la multitud.

La torrentera, desbocada, rompió con furia. Y lo que había comenzado por una simple algarada terminó en civil y bélica batalla. En la que no sólo se disputaba la pervivencia de unos principios, sino también la abrasadora pasión de los revolucionarios. Ya que en ellos, nacidos en distintas cunas, cabía la prosapia del noble y el anonimato del pueblo.

El Romanticismo ha adquirido madurez, y desde las proclamas de Páez a las cartas de Bolívar —apasionado y fogoso— hay como un resplandor caracoleando por el azulado cielo venezolano. Vibran las proclamas de los generales, estallan los manifiestos de los diputados, y hasta en la brumosa ciudad londinense un ardiente venezolano va fraguando con ciencia y con tesón los derechos de la futura Patria. Los calabozos se llenan de presos, los paredones de fusilamientos y los galeones, los escasos galeones que marchan para la metrópoli, llevan en sus bodegas los grilletes de los mejores. Juan Pablo Ayala, Martín Tovar Ponte, Cristóbal Mendoza, Roscio, Sanz, fueron escribiendo las páginas más imborrables de la historia; tiéndolas de romanticismo, sí, y de sinceridad. De apasionada sinceridad.

Y hasta el Precursor, mimado por la fortuna, aparece aureolado con el sayal mantuano, aunque imbuido de *pardos* ideales. Se esfuerza Morón por demostrar cómo Francisco de Miranda, criado entre la mejor burguesía caraqueña, fue derrotado precisamente por quienes no le perdonaron la traición a su linaje. Y no es mera palabrería calificarlo como el primer pardo de América. Porque su “rebeldía”, y su “tenacidad” sólo pudieron haber nacido en la entraña más honda de la savia popular. En donde los hombres aprenden la austeridad a fuerza de practicarla y la hermandad a golpes de la necesidad. Como las que practicaba todo el criollaje americano, ineludible raíz de la revolución; un criollaje al que perteneció Miranda en cuerpo y en espíritu. A pesar de las “inquisiciones eruditas” y de los historiadores olvidadizos de lo humano como factor fundamental en la historia.

Sí, en las borbotantes arterias del común había ya un presentimiento de la revolución. Y únicamente quienes escucharon aquel hirviente fluido fueron capaces de comprender y luchar por el nuevo ideal. Para eso bastó: ánimo esforzado y deseos de libertad. Moradora de unos pechos violentos, estremecidos de furiosa y sacudidora violencia.

La alanceadora violencia de los forjadores de un destino.



“Federación”

“Pero ha desaparecido la pureza de los corazones. No es insurrección ni república. Ahora se dice federación”, afirma Morón. La ambición se desata de los corazones; en son de vasallaje y de conquista.

La vanidad, la mediocridad se enseñorean de los “hombres baldíos”, los nuevos rectores de la República. Y resulta inútil el esfuerzo de Cecilio Acosta por despertar las conciencias; y por luchar contra la demagogia, sierpe de la patria. Los caudillos, los vacuos caudillos, martilleando y destrozando el nuevo edificio: levantado a costa de tanto esfuerzo. Y los recios latigazos de la acusación de Acosta abofeteando a los falsarios, a los tercos, a los detractores, a los ambiciosos, a los eternos usurpadores del derecho del pueblo.

El historiador ha sabido narrar los capítulos vivos de la patria venezolana. Y lo ha hecho con método y con rigor. Pero, sobre todo, con pasión.

Porque únicamente con pasión pudo fraguarse la arcilla estremecedora de la tierra y del alma venezolana.

## EPHORUS, HISTORIADOR Y CRONISTA

Ya el autor del libro nos lo dice. Polibio, un viejo y venerable historiador, inventó a Ephorus. No es la primera vez en la historia, que inventan los historiadores; no es la primera vez que se inventa la historia. No es la primera vez que la leyenda, aroma de la historia, se convierte en realidad carnal y viva. Pero Ephorus, Ephorus es otra cosa.

Ephorus, citado por Polibio, por Estrabón, ¿existió?. Guillermo Morón, historiador no de leyendas, sino de realidades, afirma que existió; él lo ha leído, él, nos cuenta, tiene la certeza de su existencia. Porque si no hubiese existido, no hubiese podido agavillar el historiador Morón esas páginas de su libro,<sup>1</sup> ricas en noticias, pletóricas de erudición y con latidos de vida, de vida íntima, de estremecimientos vivos. Como si, a través de los siglos, el Guadiana invisible y soterrado volviese a tomar cuerpo en la pluma desenvuelta del historiador Morón. De este historiador de hoy, tan viejo amigo del Ephorus polibiano.

Gracias a él, desde la sombra de Sócrates hasta el martilleo de la sierra eléctrica, que electriza y enerva al historiador, van desfilando por el calendario de la historia. Hoja a hoja, línea a línea, el lector —el historiador es un devorador de libros— va sacando sus libros, va acariciando sus lómeras, va abriendo sus pliegos y, sobre todo, va espigando, en la selva oscura del plomo impreso, aquellas florecillas más espigadas, aquellas palabras más hirientes o más brillantes. Pero, sobre todo, el historiador, el voraz lector, va subrayando mental y prolijamente lo que, día a día, ha sido el fruto de su labor intelectual. Mientras el martilleo de tantas sierras eléctricas y el zumbido de tantos aviones torpes y monstruosos ronronean a su alrededor.

---

1. GUILLERMO MORÓN: *El libro de Ephorus*. Edesa, Caracas, 1977.

Yo, que no soy ni siquiera urdidor de leyendas, me he sentido atado por unas páginas del libro. Son las dedicadas a Fenelón, aquel repúblico de tan amplias letras. No es François de Salignac de la Mothe el que atrajo mi atención, sino la oscura, menuda y pequeña maestra, testigo también de otras páginas de historia; testigo y educadora. Aquellas notículas o glosas de la maestra, dueña del libro, salpican de curiosidad al lector. Lo obligan a interesarse por las metopas de los siglos; sin duda, en búsqueda de unas columnas estriadas invisibles. De unas señeras columnas que un día aguantaron el peso del tiempo y de la vida: como si de un frontispicio se tratase. Aquel frontispicio en el que, "agujerito de gusano de luz", no parece que hayan sido grabadas otras palabras.

Ephorus, el mágico historiador de las décadas sin nombre, vuelve hoy de la mano de Guillermo Morón. Para hacer oír su voz entre los sordos, los mutilados de voluntad y los necesitados de lazarillo; para que sus sabios consejos puedan servir de derrotero entre tantos oscuros caminos sin luz. Esos caminos tan necesitados de la luz de la historia.

## HISTORIAS Y MARAVILLAS

Yo no sé, querido Luis, querido José Ramón, querido Oscar, querido Lyll, querida Beatriz, querida Yolanda —porque con ustedes quisiera hablar en plática cordial—, si el libro que ahora he leído<sup>1</sup> está hecho con arcilla de historia o con aire de inspiración. Yo no sé, ni me será fácil adivinarlo, si el autor del libro ha escrito un hatillo de relatos, de viejos cuentos, o de narraciones veraces, de páginas vivas arrancadas del latido de las horas y los días. Sí, en verdad, no lo sé.

Sí pienso, y no sé si ustedes conmigo, que estos cuentos de Francisco —¿se llama Francisco, se llama Lázaro, se llama Pedro, como aquellos progenitores suyos?— son una gavilla de páginas escritas con primor, cinceladas con arte y, sobre todo, inspiradas con ese hálito que sólo puede ser hijo del primor de un puntual “escribidor”.

Porque narrador es el que narra, el “contador de exemplos”, como decía el viejo *Sendebat*, y estos *exemplos* arrancados de la tierra, de los niños, de las calles, de las plazas, de los rincones venezolanos están llenos de fragancia y de amor. Sólo con amor evocador, con la óptica de la infancia más entrañable pudo haber referido Francisco tantas y tan sabrosas historias.

Lector de Tácito, el cronista minucioso de Roma, no refiere nuestro Francisco “las cosas grandes” de las que nos habla, sino aquellas más nimias, y no por ello menos valiosas, para extraer de ellas “las causas y las razones”, al decir del rezongador historiador latino. *Causas y razones* dichas con llaneza, con gracia, con ingenuidad; y con verdad.

---

1. GUILLERMO MORÓN: *Historia de Francisco y otras maravillas*. Argos Vergara, Barcelona, 1982.

No en vano el sentido ético del historiador —historiador y narrador a la par— queda patente en la lectura interlineada del texto. Esa lectura, queridos y entrañables amigos, que el narrador de Francisco —¿narrador, transcriptor?— ha sabido hacer prender en el lector, atado a la locura del libro urdido entre ensoñaciones del buen imaginador y puntualizaciones de rigor histórico.

Rigor y ensoñación que han dado a Guillermo Morón, recreador de las aventuras de Francisco, un puesto indiscutible en la prosa contemporánea de lengua castellana.

## FABULAS CRIOLLAS

Guillermo Morón es historiador. Un excelente historiador. Ha escrito libros que son ya clásicos en la historiografía americana. Venezuela le debe, sin duda, el libro más exhaustivo sobre su historia; libro que ha sido ya traducido a varios idiomas. Además, su tesón y su espíritu coordinador han hecho posible una colección de libros de historia venezolana que ya tiene marchamo de clásica. En estos últimos años, viajando por toda América, se ha convertido en el gesto de una de las obras más ambiciosas sobre la historia de América: desde la época indígena a la industrial.

Guillermo Morón es, pues, narrador de ayer. Narrador fiel de acaeceres de hombres y de pasiones. Narrador apasionado de leyendas entintadas de historia. Buceador de galerías más perdidas y más oscuras, descifrador de los mensajes más crípticos, y, sobre todo, crítico agudo, documentalista riguroso. Lector feliz de los textos más difíciles y aun de los más incompletos.

Guillermo Morón, historiador de los ahora más recientes. Contemplador de la panorámica de la vida venezolana de hoy y de ayer próximo. En especial, oteador feliz de oleajes y marullas con que las mareas de la Historia han sacudido a Venezuela, que es un pedazo de América. Que es América. Ahí están sus libros recientes. Ahí está, desde hace ya más de un lustro, esa su columna periodística caraqueña cargada de humor, de sarcasmo o de ironía.

Guillermo Morón, lector infatigable, conocedor de los libros más señeros de la historiografía clásica. Y de Literatura antigua. Su biblioteca, paraíso de recogimiento —a pesar de los mosconeos periódicos de

los zamuros de acero de la Carlota—, sabe mezclar el sosiego del chinchorro y la avidez bibliográfica del fichero concienzudo.

Por eso, por su devoradora curiosidad, le es familiar tanto Hesiodo como Dilthey. Porque ha sabido leer con ojos escrutadores —en profundidad— lo que otros han hecho con ligereza fútil. Y por su sentido del humor, ha sido capaz de releer las páginas míticas de los fabularios menos conocidos; pero que fueron fuente de sabiduría en otras calendas. Por la profundidad y por la perennidad de sus mensajes.

Y entre los fabularios, ahora, en este su último libro<sup>1</sup> en el que ha sabido extraer de Claudio Eliano no sólo páginas esclarecedoras, sino recrearlas. Para actualizar, después de 22 siglos, las palabras mágicas del historiador clásico. Escritas para la Zoología mágica, para aquella que, siglos después, excitaría la imaginación de novelistas y fabuladores.

De él, de Claudio, aprenderían zoólogos fantásticos como Esopo; y cuentistas medievales; y poetas satíricos del Renacimiento; y depredadores de vocablos como Quevedo; y jugadores versallescos, como Iriarte. Todos, todos, disfrazando, ocultando, jugando con la máscara del hombre. Para dar a conocer mejor las cavernas del alma humana. Y todos, casi todos, sufriendo los dardos, las puñadas, las zancadillas del rencor, de la envidia, de la maldad.

Guillermo Morón, en esta fábula criolla, se atreve a presentar página a página, los tipos, los individuos de la especie zoológica. Desde el Octopus —“el más omnívoro de los animales”— a las Ephemereras, pasando por el Basilisco, o la Escolopendra, o los Anthias —depósitos de la “razón y la moral”: animales no de Claudio, sino de otros hombres “de nuestra época”. Animales con disfraz humano que pululan en los llanos, en la selva y en los dormitorios rascadores del cielo y arañadores del subterráneo.

Pero otros animales, muchos más familiares, mucho más domésticos, van surgiendo de las páginas del libro: “el Rey Pavón”, fabricante inusitado del poder; “las cucarachas venezolanas”, ignorantes del “baile de las gallinas devoradoras”; el “gallo pelón”... “que llegó a ser presidente”; “aquella gallina clueca... la primera en tener un

1. GUILLERMO MORÓN: *Ciertos animales criollos*. Caracas, 1985.

programa de televisión; las hormigas, cuya "ciudad socialista" era dominada y arrasada por la araña devoradora; el gavilán, soñoliento cazador de cotorras y loros parloteadores"; la vaca sagrada, "llamada democracia", devorada por garrapatas humanas; el caimán dormilón preocupado por "el hartazgo y la corrupción", autor de su propia biografía, enfermo y ahito de latrocinio y poder.

El historiador se ha hecho cronista, ha preferido describir a narrar. Al menos, en apariencia. Porque la descripción no resulta ligera, a pesar de la fábula animal bien construida. Debajo de cada línea escrita hay una glosa de lectura profunda. Para que cada lector la haga suya. Para que cada sonrisa truncada se convierta en mueca amarga.

Los pavones, los lagartos, las taritas, los tragavenados, los morrocayos, los chigüires, los cocuyos, las guacamayas, los báquiros, los caribes o los cachicamos están, se les ve, en Sabana Grande, en Prados del Este, en los altos de Florida, en el Country, en las proximidades de la Carlota. Y se les oye hablar. Y se les oye respirar. Y hasta se siente su trepidación respiratoria. Anhelosa, asfixiante, casi bronquial.

Haberlos sabido retratar con tanta fidelidad sólo puede ser fruto de una lente lúcida y de una mano firme.

Y, sobre todo, de un radiólogo de almas y de cuerpos.

De un minero de las galerías oscuras del hombre.



## LA CASA PERDIDA

*Para Guillermo Morón*

Francisco, el de las maravillas —¿solamente “flor listada de rayos rojos, de figura de campanillas”?—, ha vivido en muchas casas. Ha entrado y salido por muchos de sus portales. Ha conocido o ha entrevistado decenas y decenas de moradores cautivados o emparedados entre los mil desvanes empolvados de tiempo y de historia.<sup>1</sup>

María Pérez, D<sup>a</sup> Ramona, D. Ezequiel, el Sr. Ramos, Pedro Fernández, el pulpero —¿cómo se llamaba el pulpero?—, y aquella maestra que dominaba “la inmensa sala en donde ella daba la escuela”. He ahí algunos de los muchos vecinos, de los muchos platicadores de Francisco, el de las maravillas.

Francisco ha conocido el olor, el frescor de los árboles del patio, el estallido de color de las “rosas en el alero”, la fragancia de los verdes maçeteros, la petulancia embriagadora del guanábano, erguido y dominador.

Las casas de Francisco han sido urbanas y rurales; grandes y pequeñas; viejas y resonadoras. Porque en todas ellas queda un sonido inaudible, un diálogo sin tiempo; unas pisadas sin huella. La historia doméstica, menuda; salpicada de fragancia de olores, de resabios parece compañía constante de este Francisco vecino de tantos sueños.

De todas, aquella “casa pintada con zócalos azules y blancas las paredes, el piso de tierra, de zinc el techo temblón, goteras en el comedor”. ¿Existió, fue fruto de ensoñación? Más casa de espejo viejo, de verdinoso espejo plomizo en donde las imágenes quedan desvaídas en el vacío.

---

1. GUILLERMO MORÓN: *Historias de Francisco y otras maravillas*. Argos, Vergara, Barcelona, 1982.

¿Y las puertas de las casas de Francisco? ¿Por qué suelen estar abiertas casi siempre los portales? ¿Para entrar la luz, para salir por ellos los silencios, para ser hollados por el frescor infantil de los niños de la vecindad? ¿Para, tal vez, poder subir por aquellos escalones desportillados? No, no lo sabemos; ni Francisco nos lo cuenta.

Lo que sí parece cierto es que nuestro Francisco —caminante de corredores, abridor de puertas sin luz, auditor incansable de las consejas de D<sup>a</sup> Imelda, descubridor de aguamaniles centenarios— ha sabido recrear las cien casas que vivió. Aunque sobre todo una resulta ser la preferida.

La de la escuela del pueblo, en donde la maestra —¿había venido a Carora? ¿había vivido siempre allí? ¿sigue viviendo en las rinconeras del recuerdo más puro?— sabía contar con tanto gracejo, las historias más viejas que había leído en un libro, aún más viejo, escrito por un Rey que fue más escritor que Rey. Un Rey siempre recreador, cada día, en aquellas consejas de sus cuentos inolvidables...

Sí, el mismo Rey que endurmio las lecciones de la maestra, lectora infatigable, dobladora de hojas silentes y parladoras. Amiga de aquellos pequeños amigos recostados en el anaquel de la escuela.

## FIGURACION DE PUERTO RICO

*Carta a Concha Meléndez*

Ha llegado su hermoso libro, editado por el Instituto de Cultura Puertorriqueña con tanto primor, y en él he podido, poco a poco, ir regustando mucho que ignoraba y mucho que ya conocía. Viene a ser esta recopilación suya una amplia, sugestiva y variada lección de americanidad. Cada página está palpitante de América, cada idea está pletórica de continentalidad. Martí hubiese dicho que su prosa está hecha con "integridad americana".<sup>1</sup>

Me he detenido en su ensayo "El Tema de Nuestra Expresión", porque hay en él mucha enjundia y un feliz resumen de un tema que siempre resulta de interés al analfabeto en americanismo. Autoctonismo, internacionalidad, nacionalismo, criollismo, fastuosidad: así, y tal vez pecando por defecto más que por exceso, resumiría yo el alma americana. Usted misma ha conseguido señalar algunas de estas notas diferenciales en hombres de tanta talla como Echevarría, Martí, Rodó, Rojas, Ureña, Reyes, Mañach, Zum-Felde; pues dejo fuera de la lista los nombres no indígenas que, con mejor o peor fortuna, han ensayado métodos diversos para aprisionar el secreto americano mediante fórmulas cabalísticas o mediante trasplantes generacionales europeos, que siempre sientan muy mal en la inmensidad americana. A Martí, por ejemplo, no se le puede comprender sino en América; y sólo en la límpida atmósfera virginal puede leerse la obra de Gabriela, "realidad sensible del espíritu de la América hispana". Sor Juana —como han visto Reyes y Vossler— es algo más que una poetisa gongorina; en sus versos hay expresión mejicana, limpidez de altiplanicie, protesta y afán de comunica-

---

1. CONCHA MELÉNDEZ: *Figuración de Puerto Rico y otros Estudios*, S. Juan de Puerto Rico, 1958.

ción. La poderosa voz rubeniana, henchida de cien voces distintas, repite una y otra vez el deseo de unión, el sueño de unificación espiritual que él deseaba en sus *Cantos de vida y esperanza*: Cantos que expresan además la raíz hispana, el sello español. En cada verso de Rubén asoma aquel aire personal, aquella suprema ambición de "libertad" que es el denominador común de toda la gran América. América que nunca con mejor propiedad se puede calificar de "romántica": por lo ensoñadora.

"El crecer de la poesía de Martí" tiene para mí aciertos inestimables. Primero, "La creación poética de Martí". Ha sabido usted descubrir uno de los secretos que han escapado o pasado muy ligeramente ante los ojos de la crítica. Me refiero a su soterrado romanticismo. El haber sido llamado "precursor" por Rubén; el calificar Unamuno sus versos como "íntima poesía desbordante", todo esto significa encontrar en el poeta un aliento romántico del cual no se libraría —como lo reconoció él mismo— ni el propio Rubén. Precisamente, en el modo de su creación poética es en donde mejor se puede comprender la fuente romántica de José Martí. Yoísmo —"yo sé", "yo he visto", "yo soy"—, vuelo espiritual, descubrimiento inesperado de la belleza —"aurora inesperada"—, poder fantástico y evocador, desvelo amoroso; he aquí algo del romanticismo martiano. Usted ha visto con mucha certeza el entrañable "ritmo becqueriano" de los versos de "Ismaelillo"; "Cárcel", "lavas y llamas", "la tórtola blanca" son imágenes que después, sí, se volverán a encontrar en Rubén; pero disfrazadas de otros modos, vestidas con otros oropeles, escondidas tras de otros ritmos. Aquel verso destacado por usted tan felizmente,

*"Abrese el alma en flor, tiemblan las ramas",*

posee una armonía que sólo puede ser hija de un poeta, de un excepcional poeta: la cesura, el nítido acento en la sexta sílaba, la aliteración (a-e) tan sabiamente graduada, la simbología significativa de los dos verbos ("abrir", "temblar"), "el movimiento silencioso y oculto" —como usted dice muy bien: nada expresa con mayor fidelidad el alma romántica del poeta.

Pero volviendo a Puerto Rico, tema fundamental de su libro, quiero detenerme en "Nuevo verdor florece" dedicado a Lola Rodríguez de Tió. Porque es ella, sin ser precisamente la poetisa más expresiva de

Puerto Rico, la que reúne en mayor abundancia las notas diferenciales de la poesía puertorriqueña. Y la primera nota es la abundancia de la "copla", del cantar. Poesía para ser cantada, recitada, no leída; para llevar acompañamiento musical; para servir de fondo a una iluminación poética. Esta es la explicación de ese tono popular, de ese aire clásico de algunos de sus versos: sobre todo, los enriquecidos con ecos de Sor Juana. Por ejemplo,

*"Torna, en breve, mi bien, torna a mis brazos,  
y cese esta ansiedad que me devora".*

La otra nota es su romanticismo becqueriano, que no es otra cosa, como usted apunta muy bien, sino una transición hacia el premodernismo rubeniano; y a este aire romántico habría que añadir el tema de la "ausencia" y el de "ternura", pues los dos llevan un sello inconfundible de la escuela sentimental. Sentimentalismo que parece definido con mayor claridad en esos substantivos simbólicos tan oportunamente destacados —"niebla", "claros", "celajes"— y tan peculiares de la lexicología romántica.

La tercera nota es su anacreontismo. Y es de ella de la que desearía tratar con más amplitud. Tal vez con una divagación más amplia.

Ya es bastante que haya dicho de su libro tanto, y no todo lo bueno que debió haberse dicho. En especial, la muestra fehaciente de una labor crítica pocas veces superada. Por lo constante y por lo generosa.

## LECTURA POETICA

*Querido José Ramón:*

Creo haberte escrito al recibir tu libro *Antología Poética*, que he leído con calma y con placer. De esta lectura han ido surgiendo algunas notas, a punta de lápiz; y esas notas, lo más ordenadas posible, son las que te envió.

No son —ya lo comprenderás— una crítica del libro, que la haré con más extensión; cuando termine de anotarlos. Solamente me he contentado con escoger por orden cronológico, tres poemas, de tres épocas distintas, y anotarlos. No sé si será de tu agrado el procedimiento: aplicar la estilística sin mucho rigor... y la relectura con suma meditación. Dime, con absoluta franqueza de amigo a amigo, cuáles han sido mis errores de apreciación. Y digo de apreciación, pues no soy de aquellos Aristarcos que, movidos por una misteriosa fuerza agorera, dicen desentrañar el secreto de un poeta: con la misma precisión que si recogieran magnetofónicamente el murmullo inaudible de las ondas del agua, el susurro sonoro de la brisa vespertina o el silencio cortante de la negra soledad.

Aunque procuraré conservar el tono epistolar, me esforzaré por dar a la carta un tono semi-impersonal. A fin de que tú, si lo crees oportuno, utilices las notas para publicarlas donde te convenga.

No te digo nada nuevo, querido José Ramón, al referirme a este libro tuyo,<sup>1</sup> si te digo que hay como tres compartimientos perfectamente diferenciados a lo largo de tus páginas: un primer tiempo en que domina la intimidad, un segundo en que prevalece el tiempo y un tercer momento en que es la civilidad la nota fundamental. No los llamaría yo temas o ideas —ay, la Idea, con mayúscula, tan llevada y tan traída—,

---

1. JOSÉ RAMÓN MEDINA: *Antología Poética*. Ed. Losada, B. Aires [1957].

sino momentos, situaciones, actitudes. Eso, actitudes del poeta frente al mundo interior, unas veces, y al exterior otras.

Porque es curioso señalar en tu poesía, profundamente lírica, cómo está limitado el mundo subjetivo y el objetivo; y cómo consigues entremezclarlos, sin que jamás pierda el verso un hálito impersonal dominante. "Razón del tiempo" (p. 125) es un torbellino misterioso con una gradación desde lo más onírico y abstracto hasta lo más sensible y concreto; si me forzaran a definir —difícil cosa— yo diría que es un afortunado juego de lo irreal y lo real; o de lo figurado y lo representado. "Atardecer" (p. 127) funde las substancias abstractas personificadas ("la niebla sin mirarnos", "la ciega sensación") con las meras abstracciones, sin la compañía determinante de los artículos ("llanto de adentro", "maniatadas sedes"), o con la indeterminación aún si cabe más imprecisa ("un manso respiro", "un ave" "una tarde"); al final del breve poema, la objetivación repentina ("En una tarde como ésta") parece romper la ilación de abstracciones y personificaciones anteriores.

Yo, sin embargo, de elegir páginas de tu libro me quedaría con las primeras. No por ser las más perfectas, sino por tener la riqueza de lo puro y lo primitivo. Bien sé —y en su momento lo anotaré— cómo ha ido ganando tu poesía, al transcurrir del tiempo, en fuerza y en precisión. Pero no en la difícil facilidad de ennoblecer lo cotidiano, de revivir lo intrascendente, de alentar lo minúsculo y lo infantil: lo que Azorín ha llamado "la fragancia de lo indefinible".

Ahí está "Madre" (p. 56), poema rico en intimidad, en candor y en sencillez. La primera parte está dominada de pasados: (observa la reiteración de los imperfectos: "venía", "vivía", "llegaba", y de indefinidos: "descanso", "comió", "dijo", "quemó"), y en la segunda, los tiempos pasados parecen ganar realidad presente; y debe destacarse cómo has conseguido actualizar, gracias al presente histórico ("lleva su nombre"), la suma de recuerdos y de vivencias. Se diría que es tal la realidad que infundes a cada uno de tus versos, que, insensiblemente, se siente *cruzar, descansar, comer y esperar* a la Madre; no inconcreta, no indefinida, no imprecisa, sino limitada, retratada, revivida de tu propia y más escondida intimidad. La abundancia de verbos de movimiento da aún más vigor a la enumeración, y la yuxtaposición de las frases

(“descansó... comió”, “aquí su voz quemó”, “Aquí quemó sus dulces maderos”) complementa más y mejor esta sensación de vivísima realidad.

Escogiendo un poema más abstracto, “Límpida ausencia” (p. 19), es una muestra de cómo has conseguido graduar ese mundo de objetividades y subjetividades; el trasmundo de tu poesía. Utilizando el procedimiento nominal, aunque sin llegar a la exageración simbolista, consigues expresar —casi definir— un concepto abstracto por medios concretos. “Manos”, “voces”, “ojos”, “luz”, “oído”, “manos”, objetivaciones, se unen a: “sueños”, “canción romántica”, “frescura del rumor”, “el vacío”, “cárcel honda”, “suave transparencia”, “roma”, “sombra sin descanso”. Y en este feliz ayuntamiento de substancias, prevalece siempre el afán de tu poesía esclarecedora, ya que hay como un discurrir silogístico en el proceso mental de tus definiciones. Definiciones, como en el caso presente, tan inaprehensibles. Ha bastado ordenar cada verso, desmembrarlo en dos partes significativas, enriquecer el contenido de cada vocablo con la ilusión del poeta: henchir el lenguaje con nuevos significados. Esta ha sido tu labor, y no poco encomiable.

Pero desearía, con más detenimiento, releer un conjunto de tus poemas; unidos por su cronología, por sus motivos o por sus temas. Y en ellos, utilizando la vieja ciencia de la retórica, aplicar moldes, patrones y conceptos. Para descubrir en el secreto del verso —jamás mani-fiesto— la técnica de tu poesía, andamiaje de tu obra.

He escogido —atraído quizás por la intimidad a que ya he aludido— el primer poema, el primero de todos dedicado a Myriam.

Las tres partes en que lo divides podrían titularse: nacimiento del Amor, retrato de Myriam (=amor y Exaltación amorosa). Casi son tres momentos espirituales, en los cuales pesa más —muchísimo más— la carga afectiva de los versos que su valor expresivo.

*Métrica* —Volviendo por los fueros del tetrastrofo, raro verso en la lírica contemporánea, juegas con él con gran maestría. Como si hubieras leído ya los de Rubén, los de J. Ramón o los de Verlaine; siendo verso poco idóneo para nuestra poesía, en la tuya tiene un uso adecuado. Porque te sirve para equilibrar en cada una de sus cesuras los dos términos, las ambivalencias de tus definiciones. Prefieres la asonancia, y esta nota te sitúa más en los epígonos de la métrica modernista, aquella de la cual —aún negándola— han participado todos los poetas contem-



poráneos. Y, también usando de la misma técnica de Rubén, de J. Ramón y de Machado (Manuel), consigues hacer de cada verso una unidad conceptual: cuándo con aposiciones, cuándo con pronombres relativos, cuándo con conjunciones.

*“Desde el agua más tierna que brotó de unos ojos”  
 “con el primer rocto, inicial de la niebla”  
 “y un corazón de niña, frágil como la niebla”  
 “eres árbol sonoro; flauta de aguas serenas”.*

La acentuación es fluctuante, aunque predomina la rubeniana (3º, 6º, 13º).

*“Desde donde la brisa riega su suave polen”  
 “y el pájaro confunde su vuelo con la nube”*

En cualquiera de las formas —aún se podría añadir una acentuación en la cuarta sílaba—, siguiendo la tradición métrica, después de la sexta sílaba; lo cual inclina rítmicamente el verso hacia su segunda mitad: en ocasiones, como en “eres árbol...”, claramente señalado por la puntuación y en otros casos por las preposiciones o los relativos —“desde... | de un fugado perfume”; desde... | que despertó en la ausencia”—.

*Sonidos.* —Yo diría que es más abundante el vocalismo palatal (I, U), pues hay versos,

*“y el pájaro confunde su vuelo con la nube”*

en donde has conseguido una extraordinaria plasticidad gracias al juego de vocales; y es más de notar, cuando parece haber una premeditada distribución del vocalismo abierto y cerrado en un mismo verso:

*“desde el hondo remanso de un fugado perfume”*

O, también, homofonías: “Fugado perfume“, *pálido lirio*”; o aliteraciones: “viene este nombre leve”.

*Categorías gramaticales.* —Prefieres siempre el artículo determinado; cuando usas este último lo haces como elemento de oposición o contraste: (*El agua... unos ojos; el hondo remanso...; un fugado perfume*). Inclusive, buscas siempre, gracias al artículo, personificar, concretizar sustancias de índole abstracta: “el olvido puro”, “el silencio

grave", "el hondo remanso"; substancias que, además, quedan complementadas casi siempre por un atributo o por un determinativo. En uno de los ejemplos anteriores ("hondo remanso... fugado perfume"), se observa el paralelismo de los atributos, muy abundantes y destinados a sobrevalorar al sustantivo que complementan; "suave polen", "fresca sangre", "vespertina inocencia" son tres substancias matizadas, calificadas por los epítetos con un valor exacto y definidor. Particularmente, sería objeto de un estudio semántico, la sinonimia, con que has calificado al abstracto "inocencia": no mortecina, no ennegrecida, inexistente, sino "vespertina", llena de crepúsculo. En vez de Atributos, oraciones de relativo especificativas o explicativas; como en la mayoría de los simbolistas, diluyes la atribución en una oración, en un juicio más o menos completo:

*"me vuelvo a ti que tienes jubilosos los sueños"*  
*"me vuelvo a ti que tienes luminosas las manos"*

(añádase la plasticidad de estos dos adjetivos). En ocasiones, la oración de relativo queda sustituida por un complemento determinado o por un segundo término comparativo:

*"desde el amor fragante de una tarde de lluvia"*  
*"Myriam: mi amor proclamo como luzen la frente"*

Y hasta, para conseguir una concretización mayor, amontonas el adjetivo con el complemento nominal: "piel sonora de una campana alegre".

*Figuras de dicción.* —Las anáforas, tan sugestivas, redondean el tono retórico de los versos. Y este anaforismo alcanza todos los matices: desde la simple repetición, hasta la reiteración acumulativa ("desde... desde", etc.). Las hipérbolos ("el pájaro confunde su vuelo con la nube"), las metáforas ("el agua tierna", "piel sonora de una campana"), las personificaciones ("La risa sube cantando", "sonreír de aire"), las seriaciones ("como luz... como rosa... como agua"): he aquí algo de lo mucho que se podría decir de este primor tuyo.

Pero hay más. Mucho más. Tu vocabulario, que va ganando en amplitud y en concesión, tu métrica que se hace más perfecta, tus motivos que se hacen más variados. No dejaré de hablar de todo esto en mejor ocasión, y con más amplitud.

## LECCION DE VENEZUELA

La reciente actuación de la Orquesta Juvenil de Venezuela, con tanto entusiasmo escuchada en el Teatro Pérez Galdós de Las Palmas, por una masa estudiantil insular, merece consideración muy especial, por las conclusiones que pudieran obtenerse. Conclusiones que, sin duda, pudieran resultar clarificadoras para el futuro de la didáctica musical; y, en definitiva, para el futuro profesional de instrumentistas y profesionales de la música.

Las nueve decenas de jóvenes componentes de la Orquesta dan fe de un esfuerzo, de una continuidad y de una política fecundadora en el campo de la cultura. Haber conseguido reunir tal número de profesionales, procedentes de casi todos los Estados venezolanos, quiere decir que los rectores culturales de aquel país han tenido una idea muy clara de futuro; en este caso, del futuro de una juventud inclinada, cuando no apasionada por la música. Con ella, primero, se ha conseguido culturizar el país —conciertos, audiciones, ciclos musicales, etc.—; y con ella, además, se ha conseguido crear puestos de trabajo para los mejores o para los escogidos como más idóneos. Ahí está el conjunto orquestal con la demostración de haberse cumplido una programación fielmente trazada y disciplinadamente cumplida.

La existencia de academias musicales, de escuelas de música y de otros centros o instituciones musicales, a nivel estatal, municipal o privado, dedicados a la enseñanza elemental de la música, capacitan a las Escuelas de Música como auténticos Centros de Enseñanza Superior, en los cuales se imparten enseñanzas a los alumnos seleccionados y con unos conocimientos, unas aptitudes y una vocación bien demostradas. Todo ello impide que los Conservatorios se conviertan en tiendas de mal vivir, en donde el profesorado, desbordado por la masa ignorada o mal dotada, no tiene capacidad didáctica alguna.

El dar a la música la categoría de auténtica disciplina educacional —con el mismo rango de cualquiera otra de las ramas científicas o humanísticas— hace posible que el alumno pueda recibir una formación musical adecuada y adquirir una sensibilidad mínima. Labor en España, equiparable a la heroica, ignorada y perdida labor de los Conciertos Escolares, desarrollados en algunas ciudades españolas, muchas veces programados y efectuados con la reticencia cuando no con la oposición de docentes y de autoridades didácticas, miopes y sordas para los contenidos universales de la cultura.

Cuando la música no alcanza el rango merecido, dentro de los planes educacionales, malamente se puede conseguir una mínima sensibilidad en auditorios y aún de ejecutantes. Sustituir la docencia musical por folklorismo barato es empañar el oro con escuálidos dorados; cuando no esconder insuficiencia detrás de apariencias. Y no ha sido otra, por desgracia, la política seguida dentro de los Centros de Enseñanza españoles, en donde tal vez, con honradísimas excepciones sea cual sea el rango del Centro, puede existir una cátedra de música. El esperanzador ensayo iniciado en los Centros de enseñanza escolar —primaria o secundaria— podría servir de acicate para obtener frutos más óptimos; siempre que el docente musical pueda disponer de autoridad, libertad y poder para actuar en el mismo nivel que sus otros compañeros docentes. Por último, pensamos, después de haber contemplado la masa estudiantil que acudió a la audición orquestal venezolana, quizás sería éste el momento más idóneo para pensar seriamente en buscar los resortes adecuados que impulsen a los mejores o a los adecuadamente seleccionados, a ocupar en su momento los asientos de una futura orquesta sinfónica. Orquesta que podría tener —y debe tener— en los niveles escolares el más amplio apoyo (dirección idónea, formación instrumental, cursillos y seminarios, etc.). Orquesta que, con tesón, continuidad y esfuerzo puede dar origen a esa orquesta ansiada por todos. Pero el sueño no debe ser calderoniano sino de vigilia; para tener un feliz despertar. Y para conseguir, por quienes deben hacerlo, una línea política en la que la cultura no sea la criada de la limpieza, sino la mayordomía mayor de la vivienda. Mientras esto no ocurra, y mientras se siga con enanismos culturales, se continuará por el derrotero tan espinoso y tan zozobrador que ha existido hasta el momento.

Venezuela, una vez más, nos ha regalado una enseñanza que no debe ser desaprovechada.

# INDICE GENERAL



I

<i>Las Islas</i> .....	15
<i>Visión de las Islas</i> .....	19
<i>Cartas y fotografías</i> .....	23
<i>La piel del volcán</i> .....	27
<i>El viaje</i> .....	31
<i>Palabras</i> .....	35
<i>El profesor Juan Marichal</i> .....	37
<i>Juan Marichal, ensayista e historiador</i> .....	39
<i>Veintiún poemas</i> .....	43
<i>El libro</i> .....	45
<i>Pliegos de imprenta</i> .....	47
<i>Vanguardia y surrealismo</i> .....	49
<i>Recuerdos de un lector</i> .....	53
<i>Galdós o lo español</i> .....	55
<i>La intimidación de Galdós</i> .....	59
<i>El río de la lengua</i> .....	63
<i>Evocación de Blas Cabrera Felipe</i> .....	65
<i>Desarraigo y destierro</i> .....	69

<i>Unidad y variedad del español</i> .....	71
<i>La cartera</i> .....	73
<i>La biblioteca</i> .....	77
<i>El español moderno</i> .....	79
<i>Luz y sombra</i> .....	83
<i>Alboradas del romanticismo</i> .....	87
<i>La nueva fábula</i> .....	91
<i>Juan Ramón: Cita obligada</i> .....	97
<i>Unamuno desterrado</i> .....	101
<i>Ortega o el político</i> .....	107

## II

<i>Nuestra América</i> .....	115
<i>El hombre americano</i> .....	117
<i>Poesía y prosa de América</i> .....	119
<i>Canarias y América (I)</i> .....	123
<i>Canarias y América (II)</i> .....	131
<i>Diario de un "isleño" en Venezuela</i> .....	141
<i>"Ideas nuevas"</i> .....	155
<i>Criollos y Pardos</i> .....	159
<i>Lo afroamericano</i> .....	165
<i>Isteños</i> .....	169
<i>Camino de ida y vuelta</i> .....	171
<i>Ercilla: un madrileño en Chile</i> .....	173
<i>El Inca Garcilaso</i> .....	177
<i>El juglar Juan Castellanos</i> .....	181
<i>Capellanes y Alcaldes historiadores</i> .....	185

<i>El Conquistador refiere sus hazañas</i> .....	189
<i>Ilustración y felicidad</i> .....	193
<i>Idilio y sentimiento</i> .....	197
<i>"El deseo de dominar"</i> .....	201
<i>Martí, palabra de fuego</i> .....	205
<i>Evocación de Alfonso Reyes</i> .....	209
<i>Don Alfonso y los gnósticos</i> .....	211
<i>"Muertes de perro", novela testimonio</i> .....	217
<i>Mangas y capirotos</i> .....	223
<i>Tres palabras</i> .....	227
<i>Ephorus, historiador y cronista</i> .....	231
<i>Historias y maravillas</i> .....	233
<i>Fábulas criollas</i> .....	235
<i>La casa perdida</i> .....	239
<i>"Figuración de Puerto Rico"</i> .....	241
<i>Lectura Poética</i> .....	245
<i>Lección de Venezuela</i> .....	251



BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Serie ESTUDIOS, MONOGRAFÍAS Y ENSAYOS

Distribución: Avda. Libertador. Edif. Las Vegas.  
Esquina Avda. Las Acacias,  
Primer piso - Oficina 1-F.  
Tel.: 781.43.43 - 782.69.56

- Vol. 1: *El Coloniaje, la formación societaria de nuestro continente*. Por Edgar Gabaldón Márquez.
- Vol. 2: *Páginas biográficas y críticas*. Por Carlos Felice Cardot.
- Vol. 3: *Tratado de Confirmaciones Reales*. Por Antonio Rodríguez de León Pinelo. Estudio preliminar de Eduardo Arcila Farías.
- Vol. 4: *Datos para la historia de la educación en el Oriente de Venezuela*. Por Manuel Peñalver Gómez.
- Vol. 5: *La Tradición Saladoide del Oriente de Venezuela. La Fase Cuartel*. Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 6: *Las Culturas Formativas del Oriente de Venezuela. La Tradición Barrancas del Bajo Orinoco*. Por Mario Sanoja Obediente.
- Vol. 7: *Organizaciones Políticas de 1936. Su importancia en la socialización política del venezolano*. Por Silvia Mijares.
- Vol. 8: *Estudios en Antropología, Sociología, Historia y Folclor*. Por Miguel Acosta Saignes.
- Vol. 9: *Angel S. Domínguez, escritor de nitida arcilla criolla*. Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 10: *Estudios sobre las instituciones locales Hispanoamericanas*. Por Francisco Domínguez Compañy.
- Vol. 11: *Los Héroes y la Historia*. Por Ramón J. Velásquez.
- Vol. 12: *Ensayos sobre Historia Política de Venezuela*. Por Amalio Belmonte Guzmán, Dimitri Briceño Reyes y Henry Urbano Taylor.
- Vol. 13: *Rusia e Inglaterra en Asia Central*. Por M. F. Martens. Traducción y estudio preliminar de Héctor Gros Espiell.
- Vol. 14: *5 Procesos Históricos*. Por Raúl Díaz Legórburu.
- Vol. 15: *Individuos de Número*. Por Ramón J. Velásquez.
- Vol. 16: *Los Presidentes de Venezuela y su actuación militar (Esbozo)*. Por Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 17: *Semblanzas, Testimonios y Apólogos*. Por J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 18: *Impresiones de la América Española (1904-1906)*. Por M. de Oliveira Lima.
- Vol. 19: *Obras Públicas, Fiestas y Mensajes (Un Puntal del Régimen Gomecista)*. Por Ciro Caraballo Perichi.
- Vol. 20: *Investigaciones Arqueológicas en Parmana. Los sitios de La Gruta y Ronquín. Estado Guárico, Venezuela*. Por Iraida Vargas Arenas.
- Vol. 21: *La consolidación del régimen de Juan Vicente Gómez*. Por Yolanda Segnini.

- Vol. 22: *El proyecto universitario de Andrés Bello (1843)*. Por Rafael Fernández Heres.
- Vol. 23: *Guía para el estudio de la Historia de Venezuela*. Por R. J. Lovera De-Sola.
- Vol. 24: *Miranda y sus circunstancias*. Por Josefina Rodríguez de Alonso.
- Vol. 25: *Michelena y José Amando Pérez. El sembrador y su sueño*. Por Lucas Guillermo Castillo Lara.
- Vol. 26: *Chejendé. Historia y canto*. Por Emigdio Cañizales Guédez.
- Vol. 27: *Los conflictos de soberanía sobre Isla de Aves*. Por Juan Raúl Gil S.
- Vol. 28: *Historia de las Cárceles en Venezuela (1600-1890)*. Por Ermila Troconis de Veracochea.
- Vol. 29: *Esbozo de las Academias*. Por Héctor Parra Márquez.
- Vol. 30: *La poesía y el Derecho*. Por Mario Briceño Pérezo.
- Vol. 31: *Biografía del Almirante Luis Brión*. Por Johan Hartog.
- Vol. 32: *Don Pedro Gual - El Estadista Grancolombiano*. Por Abel Cruz Santos.
- Vol. 33: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Tomo I. Por Rafael Ramón Castellanos.
- Vol. 34: *Caracas 1883 (Centenario del natalicio del Libertador)*. Tomo II. Por Rafael Ramón Castellanos.
- Vol. 35: *Hilachas de Historia Patria*. Por Manuel Rafael Rivero.
- Vol. 36: *Estudio y antología de la Revista Bolívar*. Por Velia Bosch. Indices por Fernando Villarraga.
- Vol. 37: *Ideas del Libertador como gobernante a través de sus escritos (1813-1821)*. Por Aurelio Ferrero Tamayo.
- Vol. 38: *Zaraza. Biografía de un pueblo*. Por J. A. de Armas Chitty.
- Vol. 39: *Cartel de citación (Ensayos)*. Por Juandemaro Querales.
- Vol. 40: *La toponimia venezolana en las Fuentes Cartográficas del Archivo General de Indias*. Por Adolfo Salazar-Quijada.
- Vol. 41: *Primeros monumentos en Venezuela a Simón Bolívar*. Por Juan Carlos Palenzuela.
- Vol. 42: *El pensamiento filosófico y político de Francisco de Miranda*. Por Antonio Egea López.
- Vol. 43: *Bolívar en la historia del pensamiento económico y fiscal*. Por Tomás Enrique Carrillo Batalla.
- Vol. 44: *Chacao: un pueblo en la época de Bolívar (1768-1880)*. Por Antonio González Antías.
- Vol. 45: *Médicos, Cirujanos y Practicantes Próceres de la Nacionalidad*. Por Francisco Alejandro Vargas.
- Vol. 46: *Simón Bolívar. Su pensamiento político*. Por Enrique de Gandía.
- Vol. 47: *Vivencia de un Rito Ayamán en las Turas*. Por Luis Arturo Domínguez.
- Vol. 48: *La razón filosófico-jurídica de la Independencia*. Por Pompeyo Ramis.
- Vol. 49: *Tiempo y presencia de Bolívar en Lara*. Por Carlos Felice Cardot.

- Vol. 50: *Los papeles de Francisco de Miranda*. Por Gloria Henríquez Uzcátegui.
- Vol. 51: *La Guayana Esequiba. Los testimonios cartográficos de los geógrafos*. Por Marco A. Osorio Jiménez.
- Vol. 52: *El Gran Majadero*. Por R. J. Lovera De-Sola.
- Vol. 53: *Aproximación al sentido de la Historia de Oviedo y Baños como un hecho de lenguaje*. Por Susana Romero de Febres.
- Vol. 54: *El Diario "El Pregonero". Su importancia en el periodismo venezolano*. Por María Antonieta Delgado Ramírez.
- Vol. 55: *Historia del Estado Trujillo*. Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 56: *Las eras imaginarias de Lezama Lima*. Por Cesia Ziona Hirshbein.
- Vol. 57: *La educación primaria en Caracas en la época de Bolívar*. Por Aureo Yépez Castillo.
- Vol. 58: *Contribución al estudio del ensayo en Hispanoamérica*. Por Clara Rey de Guido.
- Vol. 59: *Contribución al estudio de la Historiografía literaria Hispanoamericana*. Por Beatriz González Stephan.
- Vol. 60: *Situación médico-sanitaria de Venezuela durante la época del Libertador*. Por Alberto Silva Alvarez.
- Vol. 61: *La formación de la vanguardia literaria en Venezuela (Antecedentes y documentos)*. Por Nelson Osorio T.
- Vol. 62: *Muro de dudas*. Tomo I. Por Ignacio Burk.
- Vol. 63: *Muro de dudas*. Tomo II. Por Ignacio Burk.
- Vol. 64: *Rómulo Gallegos: la realidad, la ficción, el símbolo (Un estudio del momento primero de la escritura galleguana)*. Por Rafael Fauquió Bescós.
- Vol. 65: *Flor y Canto. 25 años de poesía venezolana (1958-1983)*. Por Elena Vera.
- Vol. 66: *Las diabluras del Arcediano (Vida del Padre Antonio José de Sucre)*. Por Mario Germán Romero.
- Vol. 67: *La Historia como elemento creador de la cultura*. Por Mario Briceño Iragorry.
- Vol. 68: *El cuento folklórico en Venezuela. Antología, clasificación y estudio*. Por Yolanda Salas de Lecuna.
- Vol. 69: *La ganadería en los llanos centro-occidentales venezolanos, 1910-1935*. Por Tarcila Briceño.
- Vol. 70: *La República de las Floridas, 1817-1818*. Por Tulio Arends.
- Vol. 71: *Una discusión historiográfica en torno de "Hacia la democracia"*. Por Antonio Mieres.
- Vol. 72: *Rafael Villavicencio: Del positivismo al espiritualismo*. Por Luisa M. Poleo Pérez.
- Vol. 73: *Aportes a la historia documental y crítica*. Por Manuel Pérez Vila.
- Vol. 74: *Procerato Caroreño*. Por José María Zubillaga Perera.
- Vol. 75: *Los días de Cipriano Castro (Historia Venezolana del 900)*. Por Mariano Picón Salas.

- Vol. 76: *Nueva Historia de América. Las épocas de libertad y antilibertad desde la Independencia.* Por Enrique de Gandía.
- Vol. 77: *El enfoque geohistórico.* Por Ramón A. Tovar L.
- Vol. 78: *Los suburbios caraqueños del siglo XIX.* Por Margarita López Maya.
- Vol. 79: *Del antiguo al nuevo régimen en España.* Por Alberto Gil Novales.
- Vol. 80: *Anotaciones sobre el amor y el deseo.* Por Alejandro Varderi.
- Vol. 81: *Andrés Bello, filósofo.* Por Arturo Ardao.
- Vol. 82: *Los paisajes geohistóricos cañeros en Venezuela.* Por José Angel Rodríguez.
- Vol. 83: *Ser y ver.* Por Carlos Silva.
- Vol. 84: *La relación hombre-vegetación en la ciudad de Caracas (Aporte al estudio de la arquitectura paisajista de Caracas).* Por Giovanna Mérola Rosciano.
- Vol. 85: *El Libertador en la historia italiana: Ilustración, "Risorgimento", Fascismo.* Por Alberto Filippi.
- Vol. 86: *La medicina popular en Venezuela.* Por Angelina Pollak-Eltz.
- Vol. 87: *Protágoras: Naturaleza y cultura.* Por Angel J. Cappelletti.
- Vol. 88: *Filosofía de la ociosidad.* Por Ludovico Silva.
- Vol. 89: *La espada de Cervantes.* Por Mario Briceño Perozo.
- Vol. 90: *Una tribuna para los godos. El periodismo contrarrevolucionario de Miguel José Sanz y José Domingo Díaz.* Por Julio Barroeta Lara.
- Vol. 91: *La Presidencia de Sucre en Bolivia.* Por William Lee Lofstrom.
- Vol. 92: *El discurso literario destinado a niños.* Por Griselda Navas.
- Vol. 93: *Etnicidad, clase y nación en la cultura política del Caribe de habla inglesa.* Por Andrés Serbin.
- Vol. 94: *Huellas en el agua (Artículos periodísticos: 1933-1961).* Por Enrique Bernardo Núñez.
- Vol. 95: *La Instrucción Pública en el proyecto político de Guzmán Blanco: Ideas y hechos.* Por Rafael Fernández Heres.
- Vol. 96: *De revoluciones y contra-revoluciones.* Por Carlos Pérez Jurado.
- Vol. 97: *Chamanismo, mito y religión en cuatro naciones étnicas de América aborígen.* Por Ronny Velásquez.
- Vol. 98: *El pedestal con grietas.* Por Iván Petrovsky.
- Vol. 99: *Escritos de Plá y Beltrán.* Selección y prólogo de Juan Manuel Castañón.
- Vol. 100: *La ideología federal en la Convención de Valencia (1858). Tiempo y debate.* Por Eleonora Gabaldón.
- Vol. 101: *Vida de Don Quijote de la Libertad (España en el legado del Libertador).* Por Alberto Baeza Flores.
- Vol. 102: *Varia Académica Bolivariana.* Por José Rodríguez Iturbe.
- Vol. 103: *De la muerte a la vida —Testimonio de Henrique Soubllette.—.* Por Carmen Elena Alemán.
- Vol. 104: *Referencias para el estudio de las ideas educativas en Venezuela.* Por Rafael Fernández Heres.

- Vol. 105: *Aspectos económicos de la época de Bolívar. I - La Colonia (1776-1810)*. Por Miguel A. Martínez G.
- Vol. 106: *Aspectos económicos de la época de Bolívar. II - La República (1811-1830)*. Por Miguel A. Martínez G.
- Vol. 107: *Doble verdad y la nariz de Cleopatra*. Por Juan Nuño.
- Vol. 108: *Metamorfosis de la utopía (Problemas del Cambio Democrático)*. Por Carlos Raúl Hernández.
- Vol. 109: *José Gil Fortoul (1861-1943). Los nuevos caminos de la razón: La Historia como Ciencia*. Por Elena Plaza.
- Vol. 110: *Tejer y destejer*. Por Luis Beltrán Prieto Figueroa.
- Vol. 111: *Conversaciones sobre un joven que fue sabio (Semblanza del Dr. Caracciolo Parra León)*. Por Tomás Polanco Alcántara.
- Vol. 112: *La Educación Básica en Venezuela. Proyectos, realidad y perspectivas*. Por Nacarid Rodríguez T.
- Vol. 113: *Crónicas médicas de la Independencia Venezolana*. Por José Rafael Fortique.
- Vol. 114: *Los generales en Jefe de la Independencia (Apuntes Biográficos)*. Por Tomás Pérez Tenreiro.
- Vol. 115: *Los gobiernos de facto en América Latina. 1930-1980*. Por Krystian Complak.
- Vol. 116: *Arte, Educación y Museología. Estudios y polémicas, 1948-1988*. Por Miguel G. Arroyo C.
- Vol. 117: *La vida perdurable (Ensayos dispersos)*. Tomo I. Por Efraín Subero.
- Vol. 118: *La vida perdurable (Ensayos dispersos)*. Tomo II. Por Efraín Subero.
- Vol. 119: *Notas Históricas*. Por Marcos Falcón Briceño.
- Vol. 120: *Seis ensayos sobre estética prehispánica en Venezuela*. Por Lelia Delgado R.
- Vol. 121: *Reynaldo Hahn, caraqueño. Contribución a la biografía caraqueña de Reynaldo Hahn Echenagucia*. Por Mario Milanca Guzmán.
- Vol. 122: *De las dos orillas*. Por Alfonso Armas Ayala.

SE TERMINO DE IMPRIMIR ESTE LIBRO,  
EN LOS TALLERES DE ITALGRAFICA, S.R.L.  
EN LA CIUDAD DE CARACAS, EN EL MES  
DE DICIEMBRE DE 1989

Alfonso Armas Ayala (Palma de Gran Canaria, 1924) es profesor universitario y catedrático de literatura española en Educación Media. Su tesis doctoral en la Universidad de Madrid versó sobre **Graciliano Afonso, prerromántico español**, un escritor y político canario que vivió y desarrolló su actividad profesional en tierras venezolanas y puertorriqueñas por más de veinte años. Otras obras del profesor Armas Ayala son, **Del aislamiento y otras cosas; Graciliano Afonso y Viera Clavijo, dos ilustrados; La idea de la libertad en las Constituciones Americanas; Pérez Galdós y Pereda a través de sus cartas** y otros. Ha dictado conferencias en Universidades de Caracas y los Estados Unidos y es miembro correspondiente de las Academias de Historia, de España y Venezuela.

En su libro **De las dos orillas** el autor trata de ofrecer, a través de sesenta y un ensayos, una visión histórica y literaria de América y España vista desde las Islas Canarias. Intenta trazar una panorámica de lo que fue y ha sido el camino de ida y vuelta entre las Islas y el Nuevo Mundo. En "Nuestra América", título martiano de uno de los ensayos, se intenta recrear la imagen que los "isleños" tienen de la tierra nueva y de cómo la han convertido en suya. El autor ha recopilado también una buena parte de sus artículos en la prensa americana, y ha agregado otros de mayor extensión y densidad, con el propósito de ofrecer un conjunto homogéneo sobre el tema.